

A close-up photograph of a man and a woman about to kiss. The man is on the right, with a beard, and the woman is on the left. They are both looking at each other. The background is dark.

Contrato

LO QUE QUIERO DE TI

A close-up photograph of a small pile of rose petals on a dark surface. The petals are lit from below, creating a bright orange and yellow flame. Wisps of white smoke rise from the fire, drifting upwards and outwards. The background is dark.

ARYAM SHIELDS

Contrato

Lo que quiero de ti
Aryam Shields

Aryam Shields

Bilogía Contrato. Libro 2: Lo que quiero de ti.

Diseño de portada: Isa Quintin.

Maquetación: Aryam Shields.

Edición: Flor M Urdaneta./Mariana Sciacca.

Primera Edición: Enero de 2018

Registro: 10 – 688 -99 Dirección Nacional de Derechos de Autor.

ISBN-13:

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor, los lugares y personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual .

La vida se divide en cuatro partes
amar, sufrir, luchar y vencer, el que
ama sufre, el que sufre lucha y el que
lucha vence.

Anónimo

A ti que estás leyendo.
Gracias por la oportunidad

Tabla de contenido

SINOPSIS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo

Capítulo Extra

Agradecimientos

Sobre la Autora

SINOPSIS

Ama sin esperar nada a cambio, vive dando y muere recibiendo. Esta debería ser una premisa de vida...

¿Cómo hacer cuando el lado egoísta desea algo más...?

Katheryne y Alessandro han pasado seis meses, él siendo dominante y ella sumisa, pero el castigo injustificado lleva a Kath a abrir los ojos y a reconsiderar el contrato que había firmado con Alessandro, instaurando un nuevo acuerdo entre los dos que traerá nuevas condiciones que los llevará a profundizar su relación.

¿Podrá Alessandro aceptar las condiciones que Katheryne le exige a cambio de permanecer juntos?

1

Dos golpes en la puerta me hicieron despertar. La luz del sol se colaba por la ventana de mi apartamento, la erección matutina de Alessandro tallaba mi espalda baja. Podía escuchar el ronroneo acompasado de su respiración. Un nuevo golpe me sobresaltó, miré la hora en el reloj de mi buró.

¡Diablos!

Me solté del amarre de Alessandro y salté por encima de su cuerpo; seguía dormido, sin importar que los golpes se hicieron más insistentes. Tallé mis ojos y entreabrí la puerta. V estaba de pie frente a mí con una sonrisa enorme, a pesar de ser solo las siete y media de la mañana.

—Se te pegaron las cobijas, mi querida Kath.

Tallé mi ojo izquierdo de nuevo y carraspeé antes de hablar.

—Parece que estoy resfriada —murmuré en voz baja y acaricié mi garganta—. Anoche salí tarde de la cafetería y me he dado un buen baño con la lluvia, me duele el cuerpo por completo.

Estornudé.

V se alejó.

—Creo que hoy no podré ir a trabajar.

—Ok, le diré a la señora Kroutx, Jay tendrá que ayudarme. —Se acercó para despedirse, pero pareció pensarlo mejor y volvió a quedarse en su lugar—. Te llamaré. ¿Necesitas que deje a Nella con los chicos? No es bueno que esté aquí si estás resfriada.

—Nella está con los chicos. —Escuché ruidos en la cama, pero no me giré.

V entrecerró sus ojos.

—¿Adoptaste un gatito y no me dijiste? —inquirió sarcástica.

—¿Crees que olvidaría decirte algo así? Realmente me siento horrible, volveré a la cama y llamaré a la señora Kroutx. Te quiero, V. —Cerré la puerta y me recosté en ella hasta que sentí el chirrido de los escalones de madera de la escalera. Me giré para encontrarme con los somnolientos ojos verdes de Alessandro, estaba sentado en la cama, mirándome como si quisiera ver debajo de mi piel.

Di un suspiro fuerte y me separé de la puerta, necesitaba café antes de iniciar cualquier conversación. Él no dijo nada, pero su mirada se mantuvo en

mi espalda. Lo sentí levantarse de la cama y tomar sus pantalones, mientras yo evadía un poco la realidad, trasteando en la cocina.

No sabía cómo empezar o qué debía hacer, mi mente y mi corazón aún eran un torbellino de sentimientos confusos.

Terminé de preparar mi café y me giré para encontrar a mi sexy grifo detrás de la encimera de granito, estaba descalzo, se había puesto el pantalón, mas no usaba camisa. A pesar de haber dormido un par de horas, sus ojeras eran oscuras y profundas, su mirada turbia y sus labios estaban resecos.

Retuve el impulso de besarlo. Y, en vez de ello, saqué otra bolsilla de té dejándola en el agua caliente antes de tenderle la taza.

—Gracias.

Intenté no verme sorprendida por su agradecimiento y solo me encogí de hombros.

Él tomó la taza humeante y la dejó sobre la encimera.

—Katheryne.

—Alessandro. —Dejé mi taza a un lado de la suya y él hizo una señal para que continuara.

—Anoche...

—No era mi intención terminar aquí.

—Me has estado siguiendo.

—Solo quiero saber que estás bien.

—Yo lo estoy —respiré—. ¿Lo estás tú? —Lo vi, vi el momento en el que el escudo rodeaba su piel, empezaba a cerrarse—. No estás bien, no me mientas... —Peiné mi cabello hacia atrás y me moví hasta salir de la cocina para quedar más cerca de él—. Anoche dijiste...

—¡Lo que dije anoche no importa! —Sentenció con rudeza.

Ese era el Alessandro con el que estaba acostumbrada a tratar, no con el hombre débil que había visto la noche anterior.

—Importa si lo dijiste...

—¿Quién dice que no lo hice para lograr un objetivo?

—¿Pescar un refriado y dormir a mi lado?

—Esperaba poder follarte... Aún lo espero.

Negué con la cabeza, estaba mintiendo.

—Anoche dijiste que ellos no se callaban...

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Eso es lo que esperaba que me dijeras.

Alessandro sonrió. Lo que empezó como una mueca en sus labios,

terminó como una carcajada irónica.

—Iba a decir cualquier cosa con tal de tenerte, te quiero en casa, te quiero en mi cama. —Se separó de la encimera y se acercó a mí.

No me moví.

Su mano acarició mi barbilla con suavidad y su voz bajó un par de niveles.

—Vuelve a casa, sé mía de nuevo.

Mi cuerpo tembló ante su proximidad.

—Te deseo. —Se acercó aún más—. Te necesito.

Tragué el nudo en mi garganta mientras inhalaba lentamente.

—Tú también me deseas, me necesitas, ¿por qué demonios estás adquiriendo esta postura de orgullo de mierda y no te rindes de una vez? Yo puedo darte todo lo que tú necesitas... —Entonces me besó. Sus labios moldearon los míos y la mano que estaba en mi mejilla rodeó mi nuca con fuerza; su otra mano fue a mi cintura, pegándose más a su cuerpo. El beso fue voraz, salvaje, feroz..., un choque de lengua, dientes y labios; un roce desesperado, frenético, que me hizo gemir entre su boca. Sentí sus dedos deslizarse por mi espalda. La presión en mi nuca desapareció, a la vez que la posesión en mi cintura se acentuaba.

Podía rechazarlo, pero estaba cansada de luchar por algo que parecía no tener un buen final para mí. Cuando sus labios descendieron por mi cuello, susurré la única palabra que sabía lo detendría:

—Amor...

Alessandro se alejó como si le hubiese dado una bofetada.

—Necesito amor... —Mi voz se cortó.

—Katheryne. —Respiró hondo y pasó junto a mí hasta la habitación.

—Alessandro. —Lo seguí hasta allí.

Él se detuvo justo donde estaban sus zapatos y su camisa.

—¡No! —Se puso la camisa y luego se sentó en mi cama, abotonándose la camisa y calzándose los pies con rapidez antes de levantarse sin decir nada más; aunque no hacía falta, la rigidez de sus músculos hablaba por él. Salió de la habitación y caminó hacia la puerta, todo su cuerpo segregando una furia contenida. Tenía tanto que decir, pero no lo hice, me quedé ahí sin decir nada, viendo una vez más cómo se iba. Abrió la puerta, dispuesto a irse sin darme una mirada, y entonces, reaccioné.

—Irte solo demuestra lo cobarde que eres.

Se giró con una mueca burlona en su rostro.

Quise ir hasta él y golpearlo, pero no me moví de mi lugar.

—Hay un cobarde en esta habitación, pero no soy yo.

—Dices necesitarme, pero huyes.

—Adiós, Katheryne.

—No te vayas... —Mi voz fue solo un susurro, pero lo suficientemente alto como para que él me escuchara.

Cerró la puerta con fuerza y caminó de vuelta hacia mí como un toro cuando le ondean una bandera roja; tenía las pupilas dilatadas y el mentón tenso.

—¿Qué demonios quieres de mí?! —gritó, dejando salir su furia

—¿Te lo he estado diciendo desde que despertaste!

Él se acercó hasta estar separados por tan solo un par de pasos.

—¿Sabes lo que chillan mis demonios, Karheryne? ¿Sabes lo que significa que un hombre como yo sienta por ti más que deseo? ¡No sabes nada, joder! —Su respiración se hizo pesada, él era una bestia acorralada—. Te necesito, te deseo, estoy como un monstruo famélico por ti, por tu cuerpo, por tu piel, por tus jodidos gemidos... —Pasó la mano por sus cabellos en un intento desesperado por explicarse o contenerse..., no podía saber a ciencia cierta. Su furia iba menguando mientras una emoción, nunca antes vista en Alessandro, surgía lentamente—. Puedo darte dinero, placer, joyas..., pero nunca esperes de mí emociones y sentimientos que, al final, acabarán destruyéndote... —Respiró, completamente fuera de sí mismo—. Porque no estoy dispuesto a llevar a cuesta a otra persona que me amó. —Su voz bajó un par de octavas— y acabó destruida.

—Lex... —susurré y alcé mi mano para tocar su mejilla—, tienes miedo. Se alejó. Y cerré los ojos, intentando contener las lágrimas.

—Yo me rio del miedo...

—No tienes que hacerte el fuerte conmigo. —Me acerqué a él—. No tienes que levantar barreras cuando estoy cerca de ti... tus demonios, lo que te acecha...

—¿No sabes nada de mis demonios! ¡No sabes nada de mí!

—Sé que yo los silencio y eso es suficiente para mí. —Me acerqué de nuevo y coloqué mis dos manos en sus mejillas—. Déjame silenciarlos para ti.

—No puedo amarte. —Ignoré el dolor punzante en mi pecho—. No me pidas que te dé algo que no puedo darte... ¡Que no estoy dispuesto a darte!— Fue el turno de su mano para acariciar mi mejilla, algo en sus ojos se extinguió —. *non appostare il tuo cuore perché si partirá.*^[1] —Sonrió irónicamente.

Me acerqué más al suave toque de su palma.

—Pero te protegeré, puedo hacerlo, protección para ti y para tu hija.

—No quiero tu dinero ni tus lujos, te quiero a ti.

—¿Serás mi sumisa por convicción, Katheryne?

—Seré tu mujer porque quiero serlo.

—¡Maldita sea! Si quieres engañarte a ti misma, *principessa*, pero...

No lo dejé hablar más, me incliné hacia él y lo besé. Y, como nuestro beso anterior, él tomó el control rápidamente. Mis manos se deslizaron por su pecho y las suyas tomaron mi rostro con precisión.

—Te haré daño —murmuró entre besos.

—Soy consciente de ello. —beso —pero, no permitiré que me vuelvas a golpear, no habrá más castigos entre tú y yo. —Succionó el lóbulo de mi oreja y gemí tan fuerte que temí que todo el edificio me hubiese escuchado—. Tenemos que hablar... —Su lengua, delineando mi pulso hacía mucho más difícil la conversación.

—Ya hemos hablado, has decidido viajar por el purgatorio por convicción. —Se separó de mí, dejando que su mirada y la mía se enfrentaran. —Al final, arderás en las llamas de mi propio infierno.

Un escalofrío recorrió cada rincón de mi cuerpo.

—Yo no puedo darte más. —Volvió a besarme, lento pero insaciable—. Esto soy, Katheryne... Fuego. Yo no amo, *principessa*. —Mordió mi labio inferior con alevosía—. *non voglio essere amato, pero questo che no seppelito il mio cuore .non posso con un'altra morte e si tu mi amise tu mi ami ti perderò e non potrei sostenerlo*^[2]. —Succionó el camino entre mis pechos—. No me voy a arriesgar, Katheryne. Yo te necesito... Dispuesta. Te necesito en mi cama... y no sé por cuánto tiempo.

Mi cuerpo ardió en deseo. Los remilgos de placer eran cada vez más fuertes. Sus brazos apresaron mi cintura, me elevó y caminó hacia la cama—. ¿Quieres esto, *Piccola*?

—Sí...—Lo quería, lo ansiaba, lo necesitaba...

—¿Sí qué, Katheryne? —Su voz, aunque susurrante, fue inflexible.

—Sí, señor.

—¿Qué quieres que haga, *principessa*? —preguntó con voz contrita, dejándome sobre el colchón.

—Quiero que me tome, señor.

—¿Quieres que te folle? ¿Quieres que te haga gritar mi nombre?

—Señor... —murmuré.

—Dime.

—Por favor...

Desprendió mi ropa con rapidez, besando cada rincón de mi cuerpo con una lentitud torturadora. Sus manos acariciaron mi piel, marcándola a fuego lento mientras murmuraba palabras en italiano, plegarias en inglés y susurros roncós en español. Mi deseo hirviendo en mi interior, las flamas carbonizando mis sentidos, su lengua haciendo planos inexistentes entre mi pecho y abdomen hasta llegar a mi sexo.

—Desvísteme, Katheryne.

Lo despojé de su ropa con la misma lentitud con la que él me había atormentado. Mis dedos temblaban mientras desabotonaba su camisa blanca hasta deslizarla por sus hombros. Actué por impulso y llevé mis labios hasta el tatuaje de su corazón, "*Conoces a una persona, no su corazón.*" Yo conocía su corazón... Era negro, oscuro, sin luz, pero lo tenía.

Él gimió bajo al tacto de mis labios. Sus manos se hicieron puños cuando yo deslicé las mías hacia la hebilla de su pantalón.

Y allí estaba yo, Laura Katheryne Cortéz, desnuda, atendiendo los deseos de mi amo, con el corazón en brasas y los sentidos nublados por la necesidad de sentirlo.

—Te necesito —susurró en voz baja—, más de lo que quiero reconocer... —Abrí su cremallera, dejando salir su erección.

Mi mano acarició su glande, recogiendo el líquido pre seminal para darme mayor lubricación. Podía ver sus gestos de placer y me hacía sentir poderosa. Logré mantener el ritmo mientras mi otra mano acariciaba sus testículos.

—Te deseo. —Le dije en voz baja—. Huir de ti fue duro, me lastimaste.

—Lo sé.

—No quiero ser tu sumisa.

—Me has llamado señor —recalcó. —Soy tu amo. —Su mano se paseó por mi nuca y alzó mi rostro—. No puedo ofrecerte más, has mostrado tu sumisión a mí. No te dejaré ir. —Su voz se cortó al final.

—Tendrás mi sumisión cuando esté en tu cama, no fuera de ella...

—Ohm... No te detengas —siseó entre dientes.

—Me respetaras y no volverás a golpearme nunca más.

—¡Cristo!

—Ninguna mujer mientras estemos juntos.

—¡Demonios! No hablemos de esto ahora... —tomó su camisa por las

mangas—. Sabes lo que haré —dijo con su voz sensual—. ¿Estás de acuerdo?

Asentí

—Dilo.

—Alessandro, solo tú. Solo yo... Si me entrego a ti, no habrá más sumisas, no habrá ninguna otra mujer el tiempo que dure.

—¡Basta de jugar! Manos juntas, Katheryne, y arriba de la cabeza —susurró.

—Contéstame.

—Jamás esperes de mí sentimientos, no te daré mi corazón —murmuró—, pero te juro que, de ahora en adelante, solo serás tú.

Subí mis manos, cruzándolas, y él las amarró con las mangas de su camisa; la yema de sus dedos delinearon la piel de mis brazos y sentí su erección punzar en mi centro.

—Te necesito, te necesito tanto que no podré ser suave.

Asentí.

—Tus ojos en los míos —ordenó.

Entonces se adentró en mí. La primera estocada fue dolorosa, mi cuerpo nuevamente adaptándose a él. Grité, aferrándome de su cintura, con mis piernas obligándolo a ir más adentro. Colocó sus fuertes manos debajo de mi cintura, yendo más profundo. Seguí gritando con todas mis fuerzas, sin importarme si al día siguiente no tuviera departamento. Los embistes eran rápidos, constantes y certeros. Su boca succionando mi cuello, sus manos enterrándose en mis caderas, su polla llegando a lugares insospechados.

Mis músculos internos se contrajeron en torno a su miembro.

—Espera un poco más —rugió, aumentando las embestidas — solo un poco más. —Sentía las paredes de mi sexo contraerse—. Ciérrate en mí.

Comprimí mis músculos lo más fuerte que pude. El calor era sofocante, me estaba quemando y moría por quemarme entera.

Un gemido gutural escapó de su pecho, a la vez que yo gemía su nombre en voz alta y me entregaba al placer destructor y agotador que me daban cada uno de sus orgasmos.

—*miente mi separará da te katerynne....*—dijo con su perfecto acento italiano—. *ne anche tu stesa ...* ^[3]

Mientras yacía recostada sobre su pecho, pensaba en cómo hacer lo

correcto para mí, para Anto, pero sobre todo para él.

—Puedo escuchar el murmullo de tus pensamientos —murmuró contra mi sien.

—Pensé que dormías —susurré de vuelta.

—Ya dormí suficiente...

—Solo fueron tres horas.

—Suficiente para mí.

—¿Por qué nunca duermes de noche? —Alcé mi mirada, observándolo.

—Los monstruos suelen atacar cuando la oscuridad los cobija. —Me apretó entre sus brazos, pegándome más a su cuerpo. Por primera vez, desde que había aceptado su contrato, Alessandro hablaba después de intimar.

—¿Es por eso que nunca duermes conmigo?

—Ni contigo ni con nadie; simplemente, tengo otras cosas que hacer.

—¿Qué haces por las noches, Alessandro?

—Trabajo, hago ejercicio... follo. —Acercó su mano a mi pezón, apretándolo entre sus dedos levemente.

—¿No te cansas?

—¿De follar?

No dije nada...

« ¿Habíamos solo follado? Yo sentí algo más. »

—No trates de machacar tus neuronas, Katheryne. No intentes entenderme. Este es quien soy. —Sacó su brazo de debajo de mi cuerpo y se sentó sobre la cama—. ¿Cuánto pagas por esto? —dijo mirando el departamento.

—Es una renta cómoda. —Me incorporé, cubriéndome con el edredón.

Él se levantó de la cama, dándome una vista esplendida de su trasero.

—¿Dónde está el baño? —preguntó, mirándome.

Señalé la puerta a un costado de la habitación y mi mirada lo siguió hasta que cerró la puerta.

«Puedes con ello, Katheryne. » —Me dije a mí misma—. «Amor. A hombres como él hay que darles amor». —Recordé las palabras de Odette.

La puerta se abrió y alcé la mirada hacia Alessandro.

—Esto es más pequeño que una caja de cerillos, Katheryne —bufó mientras entraba a la cama—. Gírate —demandó.

Adquirí la posición que solicitaba. Él se acomodó de medio lado, atrayendo mi cuerpo al suyo. Podía sentir su miembro semierecto en mi trasero, su respiración me producía cosquillitas en mi cuello, no obstante, miré

la pared con suma atención.

Jamás en la vida me hubiese podido imaginar esto. Él y yo aquí.

Su mano alzó mi pierna dejándola sobre su cadera y luego se deslizó hasta acariciar debajo de mi ombligo.

—Alessandro. —Lo alerté cuando sentí su mano moverse entre mis muslos.

—Sabes que podría castigarte por haber descuidado esta área en específica.

—Iba a depilarme mañana.

—No creo que depilarte fuese suficiente... —Sonrió, atrapando el lóbulo de mi oreja y dando un fuerte chupetón.

—Ahh... no... —gemí un poco—. Dame un momento, yo necesito... ¡Diablos! —Su mano se colocó en mi sexo, abarcándolo en su totalidad. Dejó que su miembro se paseara por mis pliegues.

—Creo que habría que hacer una deforestación total. —Su dedo se coló entre mis húmedos pliegues—. Desinfectar con veneno... —Lo introdujo en mi cuerpo.

—Exa... —¡Dios!... Su pequeño vaivén estaba enloqueciéndome—. Exageras.

—Exagerar... No, *principessa*, estoy completamente seguro de que la selva amazónica es un jardín botánico si hacemos una comparación con esto. —Sonrió, mordiendo nuevamente mi lóbulo.

—¡Alessandro! —jadeé—. Por favor...

—¿Qué desea, *mia bella ragazza*? —susurró nuevamente, justo sobre mi oído.

—Tú sabes lo que quiero, best... Alessandro.

—¿Cómo me ibas a llamar? —Su voz salió juguetona mientras sacaba sus dedos y acomodaba su miembro justo en mi entrada.

—Bestia... —gemí al sentir la punta de su glande.

—Oh, sí, Katheryne. Eso es lo que soy... Una puta bestia. —Y se introdujo en mí.

¿Cuántas veces habíamos estado juntos en el transcurso del día? No podía saberlo. Lo único que sabía era que me dolía hasta la punta del cabello. Habíamos parado solo para comer la comida Thai que Riley había traído para

nosotros, y aproveché para llamar a mi jefa y reportar que estaba enferma. También para llamar a los chicos y preguntarles si podían quedarse una noche más con Nella. No pude evitar sentir una pequeña punzada en el pecho cuando tuve que fingir que estaba agripada. También habíamos dormido a ratos. Hasta que el cielo se oscureció; el día dándole paso a la noche.

Estaba quedándome dormida una vez más, mientras Alessandro tecleaba en su celular, cuando lo sentí removerse de la cama.

Alargué mi mano atrapando la de él.

—No —dije con voz somnolienta—. No te irás.

—No lo haré —susurró—. Quiero que duermas bien y ya te dije que yo no lo hago hasta que el sol no haya salido. Duerme tranquila, yo estaré aquí cuando despiertes. Ni aunque el diablo quiera, me separaré de ti, Katheryne. Menos ahora que eres mía por convicción.

2

Me levanté de la cama, cubriendo mis pechos con la sábana y negando con la cabeza.

—No. —Me tallé los ojos—. No quiero dormir. —Lo miré bien, en algún momento, mientras dormitaba se había colocado su ropa interior—. Voy a preparar algo de café, ¿puedes pasarme un camisón?

Él sonrió, su sonrisa ladeada y desintegra bragas. Se agachó un poco y tomó su camisa, tirándomela.

—Igual te la quitaré más tarde. —Volvió a sonreír. Y, por todos los dioses, yo quería que esa sonrisa fuera permanente.

Me levanté sintiendo una pequeña punzada en mi interior. Sentí sus manos en mi cintura cuando trastabillé. Caminé hacia la cocina, con él detrás de mí, y lo vi sentarse en el desayunador, mirándolo todo.

—Deja de observar mi apartamento como si fuese una pocilga.

—Es una pocilga —murmuró.

—No, no lo es. —Coloqué el agua en la tetera, bostezando.

—Ve a dormir. —Volví a negar, subiéndome en el taburete de al lado del desayunador.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —Le pregunté, acariciando su mejilla. Él no se apartó.

—En Italia, tenía asuntos que resolver.

—¿Quieres hablar de ello?

—Fui con Fiorella —declaró. Mi corazón se encogió un poco—. Siempre estoy con ella en su cumpleaños.

—¿Cumpleaños? —pregunté sin entender.

—Ella murió un seis de octubre y cumplía el diez. Celebro su vida, no su muerte. No quiero hablar de eso.

Asentí.

—Háblame de tu hija. Malinov me ha tenido al tanto de su salud, pero quiero saber muchas cosas de ella.

—Es mi hija, es lo único que debes saber.

—Sabes, Katheryne, tener una relación dominante-sumisa no solo es tener sexo, yo debo velar por tu protección y tu salud. Si tú hubieses dicho la palabra de seguridad, yo...

Lo callé, colocando la mano en su boca.

—Prefiero no recordar esa noche. —Retiré mi mano suavemente.

Él tomó mi mano atrayéndome hacia su cuerpo y deslizó la suya por mi glúteo herido. La cicatriz visible era la que había marcado lo que yo pensé como nuestro final.

—Me debes algunas explicaciones de esa noche, Katheryne. Como por ejemplo, qué hacías con el hijo de puta de Fabrizio. —Su voz se fue tornando dura a medida que hablaba.

—Alessandro, yo no...

—Katheryne, no hagas las cosas difíciles.

La tetera anunció que el agua estaba en su punto. Salí de sus brazos, buscando acomodar mis ideas con la excusa de mi café. Hice mi preparación en silencio y luego le tendí un té a él. Esta vez, me senté del otro lado de la encimera donde siempre tenía una silla y le di un generoso sorbo a mi bebida, a pesar de que estaba caliente.

—Katheryne... Estoy esperando que empieces a decirme qué demonios hacías bailando con el imbécil de mi primo.

—¿No querías que te hablara de Antonella? —Era mejor desviar la conversación.

—No juegues con mi buen humor, no tientes los límites de mi paciencia. Sea como sea que quieras llamar a esto, sigo siendo tu Amo; y en ese momento, te había dicho expresamente que no quería verte con nadie. Quizá yo me excedí, pero tú, Katheryne...

—¡Tú te fuiste con la zorra! —Me levanté de la silla. Recordar la humillación de ese día hacía que mi sangre hirviera—. ¿Qué pensabas? ¿Qué me quedaría ahí esperando a que terminaras de bailar con ella?, ¿qué te acompañara al baño e hiciéramos un trío? —Ahora estaba molesta.

—¿De qué demonios estás hablando? —Se apartó del desayunador—. Eso no responde la pregunta que te he hecho.

—Tú te fuiste con Krystal, así que yo salí a tomar aire porque me sentí humillada. —Las lágrimas empezaron a formarse en mis ojos y pestañeeé, obligándome a no derramarlas—. Él llegó, cruzamos un par de palabras, no sabía quién era él. ¡Dios! No hablamos mucho, porque cuando escuché que las canciones estaban a punto de terminar, volví al salón; pero no estabas. Tenía el maquillaje corrido porque había estado llorando como una estúpida, entonces fui a los baños y... ¡Allí estabas tú! —Me giré, viéndolo fijamente—. ¡Tú! —Mi dedo chocó con su pecho—. ¡Con ella, maldita sea! ¡Estabas con ella en

uno de los cubículos del baño! ¡Y no estaban revisándolo, precisamente! — Mis lágrimas escaparon de mis ojos—. Y tú me juzgas por haber bailado media canción con él, eres un...

No pude decirle más, su boca nuevamente atacó la mía, su lengua sometiéndome, sus besos dominando, sus fuertes manos agarrando mis muñecas, pegándolas a la pared...

—Yo —beso— nunca —beso— estuve —sus labios bajaron a mi barbilla— con Krystal. —Succionó mi cuello—. Solo bailé una pieza con ella. — Sus manos soltaron mis muñecas, arrancando los botones de su camisa—. Ya nunca podría estar con ella. —Acarició mi seno derecho—. Ella no huele como tú. —Lamió mi cuello—. No sabe como tú, *principessa*. —Subió mis piernas y su miembro, duro como la roca, me llenó completa—. Pero tú sí bailaste con él. —Sus arremetidas eran feroces—. Él te tocó, puso sus asquerosas manos en ti y eso me volvió loco, *ragazza*.

Mi cuerpo entero se erizó al escucharlo, pero mi cabeza estaba en estado de shock.

No podía emitir palabra o gemido alguno.

«Mi olor lo enloquecía, ¿a qué diablos olía yo?»

Tomé varias bocanadas de aire mientras nuestras caderas arremetían juntas, sin control; mis talones firmemente en su trasero, mis manos anudadas en su cuello, mis uñas arañando su espalda. En cada una de sus embestidas, su boca poseyendo la mía...

—Oh... ¡Dios! —grité mientras sentía mi cuerpo empezar a apretarse.

—¡No...! Aún no —dijo agónicamente mientras salía de mi cuerpo, haciéndome girar y empalándome desde atrás.

Me sentí morir cuando percibí sus labios en mi cuello, lamiéndolo, mientras descendía hasta mi hombro.

Separó su mano derecha de la mía, tomándome fuertemente del cabello. En vez de dolor, creí que iba a morir de placer.

Era una masoquista de mierda...

—Bésame —dijo entrecortado mientras giraba mi cabeza e impactaba sus labios con los míos. Seguía embistiéndome con una fuerza descomunal y, por un nanosegundo, pensé que iba a enloquecer.

—Alessandro. —Lloriquéé cuando sentí mis músculos internos contraerse. Había extrañado esto: sentir su miembro dentro de mi cuerpo, pero estaba agotada por la jornada maratónica.

—Vamos a correr juntos, Katheryne. Te prohíbo correr sin mí —

dijo entre gruñidos. Mi cuerpo temblaba, mis pulmones rogaban por aire, la piel empezaba a dolerme, ante el choque de su carne con la mía... ¡Dios! ¡Este hombre se tomaba la pastillita azul! Lo sentí rugir contra mi espalda—. *mai..mal bella tua fottuta cita mi lascerai ¡dio! questo non dovrebbe essere così,non dovrebbe... ¡cazzo!*^[4] —gritó—. Nunca dejes que otro que no sea yo te toque... Eres mía, Katheryne Cortéz. Solo mía... ¡Joder, DILO!

—Tuya. Completa, absoluta e irrevocablemente tuya. —En ese momento, él podría decirme que el cielo era verde y el césped azul y yo le hubiese dicho que sí—. Alessandro, estoy cerca —dije en un gruñido—. No voy... No voy a poder aguantarlo más. —Un jadeo ahogado salió de mi cuerpo. Mis dedos se flexionaron, conteniendo el orgasmo. La habitación se llenó de jadeos incontrolables, el único sonido que se escuchaba, aparte de los resuellos, era el de nuestras carnes golpearse con rigor.

El volcán dentro de mi interior amenazaba con hacer una explosión devastadora.

—Alessandro —imploré—, por favor... por favor.

—Córrete ya, *mía bella ragazza*. —Esas simples cinco palabras dieron a mi cuerpo el toque de detonación perfecto. Mis piernas flaquearon, pero las manos de Alessandro sostuvieron mi cintura, no dejándome caer—. *Il mio... Il mio*^[5] —repetía como mantra mientras descargaba en mi interior.

Descansó su cabeza en mi espalda mientras controlaba su respiración. Suspiré agarrándome a la pared mientras trataba de colocar nuevamente a los caballos dentro del corral de mi corazón.

Salió de mi cuerpo y no pude evitar el gemido vergonzoso que salió de mí.

—Vamos a la cama —susurró, alzándose y caminando hasta la cama, dejando los bóxer y su camisa hecha pedazos en el piso. Me recostó sobre las mantas y lo tomé por el brazo antes de que se fuera.

—Recuéstate.

—Dame un tiempo, no soy una puta máquina —rio.

—Pensé que te habías tomado la pastilla azul antes de venir. —Lo hice recostarse y me acosté sobre mi estómago, repasando sus abdominales con un dedo.

—Pastilla azul... ¿Qué demonios es eso? —Me encogí de hombros y él atrapó mi mano cuando empezaba a deslizarse por su cinturilla—. Quieta. —Llevó mi mano a sus labios, erizándose por completo—. ¿Por qué mejor no duermes un poco?

—No lo haré si tú no lo haces.

—Duerme, Katheryne. —Su tono de voz era autoritario.

—No quiero...

—No me iré.

Mis ojos se cerraban, estaba agotada en todos los términos posibles. Me acurruqué más a su costado y alcé la mirada observando su mentón.

—Quiero que dejemos algunas cosas claras.

—¿Una especie de cláusulas para nuestro contrato?

—Nuestro contrato ya no existe, no quiero que me pagues.

—Tiendo a pagar por lo que me ofrecen.

—Pues siéntete afortunado, te voy a dar sexo gratis —sonreí—. Era cierto cuando te decía que no vas a volver a castigarme.

—El castigo inspira respeto, Katheryne. ¿Cómo he de disciplinarte cuando no obedezcas?

—No eres mi padre, Lex, no tengo porqué obedecerte. Seré tu mujer, no tu juguete.

—¿Hiciste algún curso para decir estupideces este mes? —Frunció el ceño, tensando el brazo en mi cintura.

Me levanté molesta y me senté a un lado de él. ¿Qué carajos? Este hombre sí que sabía cómo dañar un momento.

—¡No! —Su mano sujetó la mía mientras con la otra apretaba el puente de su nariz—. Di de una vez qué demonios quieres.

—Un nuevo contrato.

—Pensé que no querías dinero...

Jalé mi mano bruscamente, zafándome de su abrazo.

—¡Y no lo quiero! —Me levanté de la cama—. ¡No soy una puta! —Volví a repetirle por vigésima vez en esa noche. «¿Es que este tipo es bruto, o sordo?»—. Quiero un contrato donde digas que no volverás a golpearme, ni a castigarme, ni a utilizar ninguno de tus juguetitos torturadores en mí.

—¿Ni los dildos? —preguntó.

—Me refiero a los que empleas para castigar: la fusta, el látigo, la pala y. en especial... el maldito látigo de siete puntas.

Se sentó en la cama mirándome caminar.

—Está bien, pero debo disciplinarte si haces algo mal... ¿Puedo usar mi mano?

—No castigos, Alessandro. Ninguno en donde me humilles. —Rascó su barba pensándolo.

—Ninguno... ¿Ninguno?

—Ninguno.

Se dejó caer en la cama.

—Bien, mujer. Tú ganas. Puedo disciplinarte de mil maneras diferentes sin siquiera tocarte un cabello. ¿Quieres algo más?

—No viviré en tu casa.

—Eso sí que no, vivirás allí y dormirás en mi cuarto, todo será jodidamente igual, como antes.

—Tengo que tener a Antonella junto a mí. —Recordé aquella amenaza de Gabriel. Aunque mi amigo y yo estábamos en mejores términos, no sabía cómo tomaría que volviese junto a él.

—Tu hija, la hija de la que nunca hablaste.

—No tenía porqué hacerlo, una de tus reglas decía que mi vida no te importaba.

—*Touché* —dijo en voz baja—. En la mansión, hay más de quince putas habitaciones, podemos adecuar una para tu hija.

—Alessandro...

—No voy a ceder en eso, Katheryne.

—No sé nada de ti, eres un completo extraño. No voy a exponer a mi bebé a eso, ni mucho menos a tu casa, para que en unos meses nos saques de tu vida y no volvamos a vernos jamás. —Mi verborrea mental se había trasladado a mi boca y había dicho lo que hasta ahora mi corazón guardaba. Alessandro no replicó nada, no me miró, no se movió—. ¿O me quieres dar a entender implícitamente que, por alguna extraña razón, esto va durar más de un año? —pregunté sintiendo el peso de mi realidad.

Silencio.

Su silencio lo decía todo.

Respiré profundamente y negué con mi cabeza antes de encaminarme hacia el baño y cerrar la puerta con un sonoro portazo.

Me dejé caer en el suelo mientras permitía que las lágrimas se derramasen. ¿Por qué demonios tenía que ceder? Esto era lo que nosotros teníamos: un contrato, un puto contrato con fecha de caducidad.

—Katheryne... —Su voz fue baja—. Katheryne, no puedo quedarme en esta ciudad, la detesto. Yo... Yo voy a irme tan pronto deje la sucursal en perfecto funcionamiento y encuentre a alguien capacitado para el cargo. Has vuelto a mí y debes ser consciente de que yo seré tu dominante, haya o no castigo. Y tú serás mi sumisa. Esto no es una relación, tú no me amas, y yo no

podría llegar a amarte nunca; porque, sinceramente, no quiero ser amado, ni amar a nadie. Es la tercera vez que te digo esto en menos de veinticuatro horas —soltó una risa irónica—. Yo soy un dominante por convicción, es este mi estilo de vida. Ahora. —Su voz se quebró—. Ahora tienes dos opciones: ser mi sumisa por lo que resta de nuestro contrato o... —Se calló, como queriendo no decir lo que en realidad estaba pensando—. ¡Prometiste no dejarme!

Estaba confundida. « ¿Yo no puedo dejarlo a él, pero el sí puede dejarme a mí? »

—Di algo...

« ¿Qué puedo decir? ¿Sí, Alessandro, toma mi corazón y juega con él durante los próximos cinco meses y luego entrégamelo destrozado? »

—Abre la puerta, Katheryne. —No me moví ni un centímetro—. Una puerta no te va separar de mí nuevamente. Tienes que aceptar lo que somos, aceptar lo que soy. O la abres o la derribaré.

« ¿Podrá alguna vez aceptar lo que soy yo para él? »

Pegué mi cabeza a mis rodillas y me apreté fuertemente a mí misma. Estaba confundida, mi cabeza daba vueltas y vueltas. Y, por Dios, que no sabía qué hacer.

Sentí cómo abría la puerta y luego sus pasos hasta llegar a mí; sus brazos abrazaron mi cuerpo y me quebré completamente. Aferré los brazos a su cuello, llorando en su pecho, mientras él me levantaba y me llevaba de regreso a la cama.

—*Se potessi lasciarti andaré*^[6] —susurró en su idioma de cuna—. *pero non posso, almeno non ora.*^[7] —Separé mi cabeza de su pecho y él limpió las lágrimas con sus dedos—. Sshh... No más llanto, *piccola*. Debes dormir.

Asentí mientras nos recostaba en la cama, jalándome hasta dejar mi cabeza recostada en su pecho.

—Más tarde hablaremos del contrato que quieres firmar y dejaremos todo de tal manera que nos satisfaga a ambos.

—Alessandro...

—Más tarde, *principessa*. —Sus brazos se aferraron a mi cintura mientras escuchaba el palpitar de su corazón.

Me quedé dormida rápidamente.

Tocaban la puerta insistentemente. Desperté y él aún dormía. Acaricié su pecho antes de sentir nuevamente el insistente toque. Caminé hasta la entrada, sintiendo un poco de dolor con cada paso que daba. Tomé mi bata del suelo y la deslicé por mi cuerpo, rodando con mis pies la ropa de Alessandro tirada en el suelo y a la vista.

—Dios, pensé que... No pensé. Efectivamente, se te hace tarde. ¡Caray, Katheryne! Tenemos que tomar el bus, caminar tres cuadras y... —La cantaleta de V paró, sus ojos casi se salen de sus cuencas y miró un punto fijo en la pared.

—¿V? —pregunté, realmente preocupada. Mi pequeña amiga era una parlanchina sin remedio y, verla callada, de un momento a otro, era sinónimo del fin del mundo.

—¡Oh Dios!... ¡Oh Dios!... —Me giré para ver la cara pícaro de mi bestia personal, enfundado solo en su bóxer negro mientras se rascaba el hombro.

—Al parecer, se nos hizo tarde, ¿no? —dijo antes de emitir un bostezo. Llegó hasta mí, dándome un beso en el tope de mi cabeza—. Alessandro D'Angelo, señorita... —Extendió su mano.

V estaba paralizada y yo no podía creerlo.

—Soy... V para los amigos. —Pude ver el sonrojo que cubrió su cuerpo, aun con guantes, gabardina y pasamontañas.

—Un gusto, V —sonrió. Oh, sí. Podía ver las bragas de mi amiga desintegrándose en cinco, cuatro, tres... —. Voy a darme una ducha en esa excusa de baño que tú tienes. —Se giró, caminando hasta la ducha.

V no respiraba, no se movía, y juraba por todos los santos que el interrogatorio iba ser largo. Entonces, Alessandro puso la cereza.

—Te espero adentro.

Tan pronto la puerta se cerró, mi amiga se giró a mí.

—¡Diablos! ¡Diablos! ¡Diablos! Eres una perra con suerte, ese es el hombre que yo me merezco. Eres una muy, muy mala amiga. Me voy a ir ahora y le diré a la señora Kroutx que sigues enferma... —Hablaba sin parar—. ¡Oh, sí! ¡Muy enferma! ¡Qué tuviste una noche terrible!... ¡Diablos! No quiero ni imaginar tu puta noche. —El sonrojo en mi rostro llegó a límites insospechados—. Seguro fue muy placentera. Pero, joder... ¡Katheryne, te juro por todos los putos dioses del *Asgard* que del interrogatorio no te salvarás! Dios, yo hablando de hombres con el demonio por dentro, y tú tenías uno para

ti solita... y muy bien guardado. Estoy enojada... Oh, sí. ¡Muy enojada! —dijo saliendo del departamento sin siquiera permitirme hablar.

Escuché una maldición desde el baño y sonreí... La calefacción estaba apagada.

Me quité la bata y lo acompañé en el baño.

—Demonios, mujer... —exclamó temblando cuando entré al baño—. ¡Esto está helado!

Dejé que mis manos se deslizaran por sus fuertes brazos.

Moví una pequeña palanca, permitiendo que el agua tibia nos rodeara a ambos. Aún me dolía nuestra conversación de hacía unas horas. Pero, por muy perverso que pareciese, prefería disfrutarlo unos meses, que perderlo desde ya. Me incliné un poco, alcanzando sus labios, a la vez que sus brazos apretaban mi cintura y sus manos acariciaban mi trasero.

Fue un beso largo, en el que, como para variar, su lengua sometía la mía; su barba hacía cosquillas en mis mejillas, mientras sus brazos me tenían unos centímetros alejada del suelo.

—¿Tienes algo con lo cual pueda hacer la deforestación de “el vergel”? —preguntó separándose de mí.

Asentí, caminando hasta la repisa, y tomé una cuchilla de afeitar.

Él sonrió.

—Siéntate en el retrete. —Obedecí como un robot. Lo vi agacharse un poco frente a mí—. Abre las piernas, *principessa*.

Dios, no podía creer lo que él pensaba hacerme ahí. Iba a...

Su precioso dedo delineó toda la línea de mi intimidad. Subió sus ojos, dándome una mirada muy pícara, mientras tomaba el jabón líquido, dejando caer un chorro en su palma y luego esparciéndolo en mi intimidad.

Gemí...

Y el maldito bastardo rio.

—Después, *piccola*. —Volvió a sonreír antes de deslizar la cuchilla en mi centro ardiente—. Esto es una medida desesperada, *affetto*^[8]. —Esa palabra era nueva, y era la segunda vez que se la escuchaba. Nota mental... ¡Dios! ¡Qué nota mental ni que ocho cuartos! Verlo allí, de rodillas ante mí, rasurando mi sexo, me tenía al borde de un orgasmo—. Haré una cita para que vaya a casa una de las asistentes del estilista que te preparó para la gala. —Rasuró los bordes exteriores, haciéndome enrojecer, no supe si de excitación o de vergüenza, dejando mi centro perfectamente depilado, a excepción de la línea de bikini.

Su miembro estaba erguido en toda su gloria y yo no podía negar que estaba muy, muy húmeda, y no a causa de la ducha.

—Verte así, ante mí, es como una visión, Katheryne. *¿che diábolò succede a me quando ti vedo?non posso innamorarmi di te ,non potrei sopportare se qualcosa di brutto ti dovesse accadere* ^[9]. —No entendí. Lo vi tomar la ducha íntima y la graduó, retirando el jabón. Y luego botó la rasuradora; pero no intentó nada sexual. Apagó la ducha de mano y se metió bajo la regadera.

Me coloqué unos jeans deslavados y un jersey cuello alto de color marrón; tenía mis bailarinas puestas y el abrigo cerca a la puerta para cuando saliéramos. Mi cabello había crecido de tal manera que ahora sí podía hacerme una coleta y no un remedo de ésta.

Alessandro tenía puesto un pantalón gris junto con una camisa negra, que había traído Riley después de nuestra ducha juntos. Lo vi mientras hablaba por su celular y no pude evitar el suspiro que salió de mí. Había vuelto a caer. Colgó la llamada con molestia y saqué los huevos de la sartén, dejándolo en dos platos frente a la encimera.

—¿Sucede algo? —pregunté, viendo su rostro cubierto por la preocupación.

—Nada que deba preocuparte.

—Sé que soy tu sumisa, pero me gustaría poder ayudarte, aunque sea escuchando —susurré, acariciando su mejilla.

—No es nada, solo mala prensa que ha empezado a afectar las demás sucursales. Si seguimos así, D'Angelo Building se irá al infierno. No vamos a tener con qué respaldar los nuevos proyectos; la sucursal de Italia no puede con toda la mierda que Fabrizio ha hecho en esta sucursal. —Se frotó la sien, preocupado—. Antoine y yo hemos hecho lo posible porque el verdadero escándalo no salga a la luz pública; pero si seguimos así, tendré que cerrar esta dependencia. Eso hará que los despidos anteriores sean una nimiedad en comparación a lo que ocurrió hace unos meses. Muchas familias dependen de que esta sucursal se mantenga a flote. Lo peor de todo es que el maldito sigue teniendo el treinta por ciento de las acciones de la compañía. Pude sacarlo de la presidencia, pero no de la junta directiva. —Golpeó la encimera con su puño—. Si hubiese sabido que cocinabas tan bien, hubiese podido sacar a

Sasha de la cocina. —Se metió el tenedor en la boca—. *Semplicemente squisito*^[10] —ronroneó en italiano.

Sonreí por su ronroneo.

—No tendré mucha información sobre lo que está pasando en tu empresa, pero he leído titulares y visto cosas en estos últimos meses. ¿No puedes decirle a los demás miembros que él ha hecho malos manejos y...?

—No, Katheryne, esto no funciona así. Le estoy dando al maldito el valor triplicado de lo que valen esas acciones y no quiere. Toda su vida se ha dedicado a joderme y, por lo que veo, aún no termina... —Separó el plato—. Ha sido suficiente para mí.

Miré su plato casi intacto. No había comido nada.

Sacó su celular del bolsillo y pulsó para llamar.

—¿Estás abajo? —dijo con voz de hierro—. Dos segundos. —Se giró hacia mí, trancando la llamada—. Riley está abajo, nos vamos.

—Solo déjame lavarme los dientes.

Asintió.

Salimos del edificio y no pude evitar sentir celos por las miradas que mis vecinas le daban a mi hombre. ¡Dios! Mi hombre... aunque no me amaba, era mío. Me había jurado no que no habría más nadie mientras estuviéramos juntos y, a parte, había dicho que me necesitaba por cómo olía, haciéndome recordar el último libro que había leído, en el que los protagonistas se mantenían vivos gracias al olor que desprendía su pareja.

Sí, era una tonta y estaba enamorada.

Riley me dio una sonrisa mientras abría nuestra puerta. Nos subimos al auto y no pude evitar preguntarle:

—¿A qué olía Fiorella?

—Mmm... —Despegó la mirada de su celular.

—Tú dijiste que mi olor era como el de ella, y yo...

—Eso es algo que no te diré. —Y sabía que no me lo diría. El auto se detuvo unas cuerdas antes de la casa de los chicos—. Vendré por ti y la niña.

—Alessandro...

—Sin discusión, Katheryne.

—No pienso ceder en esto. No puedes ordenarme ahora, todo lo que hago es porque quiero, así que no haré cosas que no quiera hacer.

—Ven aquí y bésame.

Me acerqué a él y dejé que mis labios tocaran los suyos antes de que su beso voraz me consumiera por completo. Me alejé.

—Esta conversación no termina.

—No serías tú si la dieras por concluida. —Sin decir más, me bajé del coche.

Como era sábado, Chris estaba en casa mientras Gabriel preparaba el desayuno.

—Qué bueno que llegaste —dijo Gabriel desde la cocina. Tomé a Anto de los brazos de mi amigo y le di un gran beso en la mejilla.

—¿Cómo se comportó mi pequeñita?

—Como una princesa. Pero, al parecer, este mes contigo la ha hecho mimada, fue un suplicio que anoche durmiera sola, necesitas una cuna.

—Ya estoy en ello. —Gabriel llegó hasta la mesa colocando un plato frente a mí y otro frente a Chris.

—Y tú estabas furibundo cuando te tocó llevarla a nuestra habitación —bromeó Gab.

—Si Dios nos hubiese dado la oportunidad de tener hijos, cariño, creo que necesitaríamos una cama más grande.

—¿Cómo sigues? Te veo bastante mejor. —Gabriel se sentó a mi lado con su taza de café y plato y le entregó a Antonella un biberón.

—Solo era algo de calentura, me siento mejor.

—Pero te ves como si te hubiese pasado un ferrocarril —dijo Chris y Gabriel le dio un pequeño golpe en el brazo.

—A veces siento que te estás exigiendo demasiado: el trabajo, la niña, el próximo año empezarás la universidad... —Comí de mi plato sin decir nada —. ¿Por qué no vuelves a casa?

—Gab, ya tuvimos esta discusión.

—Kath...

—Necesito mi independencia.

—Eso... o necesitas un lugar por si D'Angelo aparece. No creas que no sé que el hombre del auto negro es él y...

Solté mi tenedor, dispuesta a acabar la conversación y la visita, pero Chris tomó el brazo de Gab.

—Cariño, deja que Kath haga lo que ella considere necesario.

—Conseguí una guardería para Antonella, está cerca de la casa, y ellos pueden quedarse con ella mientras yo estoy en la cafetería y la universidad.

—No dejarás a Antonella con un extraño cuando yo puedo quedarme perfectamente con ella —refutó Gabriel.

—¿Tú? ¿Tengo que recordarte tu amenaza en el hospital?

—¿Cuál amenaza? —Christian nos miró confundido.

—Nada, olvídalo. —Gabriel se vio avergonzado—. Y si llego a volver a estar con Alessandro es porque quiero. Es mi vida, Gabriel, y no tienes porqué meterte en ella.

—Entonces tengo razón, no quieres volver a casa porque quieres estar con ese maldito hombre. —Se levantó de la mesa, malhumorado—. ¡Joder, Kath! Yo te creía más inteligente, pero veo que eres tan hueca como todas.

—Estás ofendiéndome —repuse lo más calmada posible.

—¡Me importa una mierda! También te dejaste tentar por la cara bonita y el dinero de ese hombre. ¿Eso es lo que quieres para un futuro? ¿Ser una puta más para él?

Fue mi turno para levantarme de la mesa.

—Me voy, Chris. —Le dije, lanzando una mirada letal a Gabriel. Tomé la maleta de Nella, que estaba en un sofá, y empecé a bajar la escalera mientras los escuchaba discutir.

Odiaba que ellos discutieran por mí, pero había salido de la casa de Gabriel y Christian porque necesitaba empezar mi propia vida y no daría un paso atrás.

Para cuando llegué al departamento, Antonella estaba dormida, un camión de mudanzas se estaba retirando y el auto negro que me había acompañado el último mes estaba en la esquina del supermarket que estaba cerca. Subí las escaleras con mucho cuidado y tropecé con un hombre que nunca había visto, mientras éste bajaba apresurado. Mi departamento no tenía mayores lujos, pero era extraño que hubiese desconocidos en el edificio. Cuando llegué a mi piso, la puerta de mi departamento estaba semiabierta. Me adentré con cautela, sujetando fuertemente a Antonella a mi pecho. Un hombre de overol hablaba con alguien al que no podía ver.

—Listo, señor. Si necesita algo más.

Empujé la puerta para ver a Alessandro estrechando la mano del hombre que había visto.

—¿Qué sucede?

El hombre se despidió y salió rápidamente. Alessandro miró de mí a Antonella y luego a mis ojos nuevamente.

—Tu cama era una maldita piedra, así que la remplacé. Tu calentador era una mierda, así que mandé a instalar uno nuevo. Tu refrigerador dejaba mucho que desear, por lo que, compré uno más actual. Tu despensa estaba vacía,

compré víveres, cambié el horrible sofá que tenías y añadí una cuna para la niña, ya que no vi ninguna aquí. También cambié las cerraduras y busqué quien remplazara el vidrio roto de tu ventana.

Observé todos los cambios, las cosas nuevas que hacían a mi departamento incluso más pequeño de lo que ya era

—De nada —dijo ante mi mutismo.

¿De Nada? ¡En serio!

Dinero, dinero, dinero... siempre el jodido dinero.

—¿Por qué lo hiciste...yo?

—Ya te dije el porqué.

—Yo no te pedí que lo hicieras. —Mi voz se escuchó decepcionada; hacía menos de tres horas le había dicho a este hombre que no quería su dinero, y él, imponiendo su ley, volvía a comprarme con cosas que en ese momento no quería. A pesar que las necesitaba, no las quería de él.

—Te lo dije ayer, una relación de dominante y sumisa no es solo sexo. Tengo que velar por ti y, si tú traes una “arandela” en el camino, también velaré por la “arandela.”

—¿Tú acabas de llamar a mi hija, arandela? —Apreté a Anto a mí y él bufó—. ¿Lo hiciste?

—¡No importa cómo demonios la llame! —exclamó enojado—. Lo que quiero es que entiendas que mi papel en esto es velar por ti, y si tengo que pagar para remodelar tu jodido apartamento de mierda, lo haré. Tengo dinero para comprar cien edificios como este ¡cómo para que me vengas a armar lío por menos de cien mil malditos dólares! Eres mi sumisa, la mujer que comparte la cama conmigo, y me importa un jodido infierno si te parece o no.

—¡Pueden ser cien mil o un millón! No has entendido nada, ¿verdad?

—¿Qué diablos tengo que entender, Katheryne? La que no entiende eres tú... ¡Demonios, es solo dinero!

—¡Dinero que no quiero! —Anto despertó sobresaltada y la arrullé para que no llorara—. No es tu responsabilidad, ni Antonella ni yo lo somos. Me acosté contigo porque quise.

Las aletas de su nariz se dilataron, apretó sus manos en puños y salió del departamento sin decir una sola palabra.

Me dejé caer en el nuevo sofá sintiéndome, una vez más, como una puta, la mujer que calienta su cama, su sumisa y ¿qué más...? ¿Solo eso? ¡Maldita sea! ¿Dónde habían quedado las putas palabras de la noche anterior? Mi olor, su necesidad...

Arrullé a Antonella hasta que estuvo nuevamente dormida, cambié su ropa por una más cómoda y la recosté sobre mi nueva cama, sin saber qué hacer. Había un televisor plasma colgado en la pared, frente a la cama, a un costado de la puerta del baño; un televisor que antes no estaba. Pasé la mano por mi rostro y tomé el control del nuevo televisor, encendiéndolo para que mi cabeza dejara de zumbear.

CNN mostraba el titular de prensa del *New York Times* en la sección de Finanzas:

Otro escándalo para D'Angelo Building... Se rumora que el antiguo presidente de la sucursal establecida en Nueva York ha hecho malos manejos...

Dejé de escuchar cuando empezaron a mostrar fotos de Alessandro, tanto en Nueva York como en Italia. También había fotos de Antoine y Gianna.

Las cabezas visibles de la organización, Alessandro D'Angelo y Antoine Difeo, han estado presentes...

El periodista seguía hablando, mientras una nueva fotografía salía en el televisor. Era Alessandro, iba de la mano de una mujer de pelo rojo, alta y muy hermosa.

La llamada de los celos me invadió completamente, pero recordé sus palabras, la intensidad de sus besos, y negué con mi cabeza mientras apagaba el televisor y acariciaba la carita redonda de mi pequeña. No supe en qué momento me quedé dormida.

Por segunda vez en el día, desperté con toques en la puerta. Antonella estaba despierta, pero miraba fijamente un programa de política en la TV. Abrí la puerta y un huracán llamado Alessandro me avasalló con toda su fuerza.

— *tu mi tiro fuori di proporzione Katheryne Cortez .si accemde il mio mondo ,tu sei come una droga per me.no bisogno dei tupí baci e i tuoi orgasmi, mi sono maledetto pero causa tua...*^[11] —Su boca invadió la mía de manera violenta, sus manos tensaron la piel en mi nuca y cintura. Inspiré en medio de su demencial beso.

—Lex...

—No sé hacer esto —musitó con la respiración descontrolada—. Todo lo que pides, lo que quieres, no sé hacerlo... ¡Maldición! Lo intento, pero...

Coloqué mi mano en su boca.

—No maldigas. —Me alejé de él, encontrándome con los ojitos de Nella que se había bajado de la cama y ahora miraba el hombre que se hallaba frente a ella con curiosidad—. Espérame aquí. —Le dije sin mirarlo. Y llevé a

Antonella de vuelta a mi cama.

—Mamá...

—Sí, amor. ¿Tienes mojada la cola? —Ella asintió vigorosamente. Tenía el oído en el pasillo de mi departamento, esperando sentir la puerta cerrarse en cualquier momento. Cambié el pañal de mi pequeña.

—Tete... —Busqué dentro de la maleta de Antonella, sacando el sobre de fórmula que sabía Chris había puesto ahí; con mi hija apoyada en mi cintura, salí al corredor, encontrándome con Alessandro. Sus manos cubrían su rostro.

No le di una mirada, en cambio, preparé el biberón de Antonella como si solo estuviéramos las dos. Y cuando estuvo listo, se lo tendí a mi niña hermosa y la llevé a la cama, colocando uno de sus programas favoritos.

Volví al pasillo con sigilo. Él no había cambiado de posición. Me acerqué hasta sentarme a su lado en el nuevo sofá y él alzó su mirada verde turbia hacia mí.

Apoyé mi mano en su mejilla antes de hablar.

—Quiero que dejes de tratarme como una prostituta —musité—. No lo soy, Alessandro.

—Si pensara que eres una puta, no te habría elegido, Katheryne. Pero lo hice, te elegí, y ahora no sé si hice lo correcto. Estás entregándote a mí de una manera que no merezco, que no quiero ni acepto, pero soy un maldito cerdo egoísta que te necesita en la cama. —Mi rostro se contrajo—. No como una puta, sino como una mujer dispuesta a entregarme placer. Lo único que puedo ofrecerte es protección, por el tiempo que esté aquí contigo, y seguridad económica. No estoy dispuesto a que tú ni la niña pasen necesidades cuando yo puedo remediarlo.

Me alejé rápidamente de él.

—Para ser un CEO brillante, eres muy estúpido, Alessandro D'Angelo. No quiero ni tu dinero ni tu poder. Nada de lo que representa el apellido D'Angelo. Para lo único que el dinero me servía ya está cubierto, lo más importante de mi vida está en esa habitación, lo único por lo que yo respiro y vivo, y luego llegaste tú. Y sí, soy una idiota por enam... —Fue su turno de tapar mi boca.

—Sshh... —Llegó hasta mí—. Por favor, no lo digas, Katheryne. Por favor, no lo hagas... Yo he sido un puto cabrón de mierda contigo. Te lastimé y tú vienes a decirme tu palabra de seguridad cuando no la necesitas. No quiero tu cariño, quiero tu cuerpo caliente, quiero tu coño estrecho y la sumisión de

tus besos, pero no necesito tus sentimientos ni las emociones que tú crees sentir por mí.

Sentí mis ojos llenarse de lágrimas, mi corazón partiéndose en miles de partículas. Esa sería mi vida, lo que él quería para mí... ¿Quería ser yo sólo eso para él?

—Entonces vete —dije sin verlo—. Déjame, porque yo no puedo mermar los límites de mi corazón y poner en peligro a la segunda persona que más... Que más amo en este mundo.

—Prometiste no dejarme. —Alzó mi rostro—. Prometiste no acabar el contrato.

Contrato, eso es lo que éramos, simples pedazos de papel.

—¿Me dejarás tú una vez lo acabemos?

—Solucionaré las cosas y me iré a Milán. Yo... —Se calló y respiró fuertemente—. Yo puedo conseguir una nueva sumisa una vez esté instalado en Milán.

¡Oh, sí, señores! Estaba confirmado. ¡El corazón puede partirse cuando ya está roto!

—Vete a la mierda, Alessandro. —Mi voz salió ronca—. Por todos los dioses, ¡vete de mi casa y no regreses!

—Katheryne...

—¡Vete!... Quiero que te vayas, quiero olvidar que existes, quiero... — Mis lágrimas ya salían solas—. Quiero que tú me...

Sus brazos se envolvieron a mi cuerpo.

—Por favor, por favor, cumple tu parte. No me dejes ahora, Katheryne. —Su voz era desesperada.

Lloré como niña entre sus brazos mientras me sostenía contra su fuerte pecho. Lloré porque yo no debía enamorarme. Lloré porque él se negaba al amor.

—Solo son cinco meses, *principessa*. —Me apretó más a él—. Ven conmigo a casa, tu hija y tú —dijo en voz baja—, yo las protegeré a ambas, lo juro. —Besó mi nariz y sus labios bajaron hasta besarme.

Era un beso cargado de necesidad, de temor... ¡Y, por un demonio, yo lo amaba! Lo amaba, no podía dejarlo, aunque mi razón me estuviera dando diez mil motivos para dejarlo ir, aunque mi corazón yaciera en partículas pulverizadas. Había que ser realistas, él no me iba a amar, él estaba completamente cerrado a esa opción; pero me necesitaba de igual manera, como yo lo necesitaba a él.

Tenía cinco meses para disfrutarlo, aunque al final del camino de Katheryne Cortéz quedaran solo vestigios.

Lo besé de la misma manera que él me besaba a mí.

—Necesito tiempo —dije cuando nos separamos por falta de aire.

—No —fue tajante—, te necesito.

—No puedo.

—Lo prometiste.

—Por favor...

—No puedo dejar de verte, no estoy preparado para dejarte ir ahora.

—Puedes venir todas las noches y hablaremos, pero no me besarás, no me tocarás, no nada. Puedo ser tu amiga, Alessandro.

—Yo no tengo amigos, Katheryne.

—Sí los tienes: Antoine y Gianna, el doctor Malinov...

—No.

—Sí, déjame ser tu amiga y dame tiempo para asimilar todo.

—Una semana, Katheryne, y vendré todas las malditas noches. Y cuando pase esta semana, te follaré tan fuerte que no vas querer separarte de mí.

—Vocabulario...

Se levantó del sofá y alisó las arrugas de su saco.

—Me voy, Cortéz, pero solo es una semana y luego volverás a ser mía. Todo en mi casa te extraña. No sé cómo lo hiciste, pero lograste que yo lo hiciera. —Depositó un beso suave en mis labios y se fue.

3

Casi no dormí. ¿Cómo demonios podía ser su amiga cuando incluso yo quería más, Cuando mi piel se erizaba ante su cercanía y mi cuerpo pedía a gritos que me postrara a sus pies? Di vueltas en la cama mientras divagaba una y otra vez, hasta que el cansancio me venció. Desperté con un gran dolor de cabeza y enfoqué mi vista en la pequeña personita que me miraba con sus grandes ojos azules.

—Buenos días, tesoro —dije levantándome de la cama. Antonella batió sus manitos, pidiéndome que la alzara, La acomodé en mi cintura como un monito y caminamos a la cocina.

Preparé un biberón para ella y la senté en el sofá mientras hacía waffles para las dos. La puerta se abrió y vi que Verónica entraba a casa.

—Tu “*dios del Olimpo*” me dejó una llave anoche, venía a devolverla.

—Quédatela —murmuré sin siquiera mirarla. Ella se dejó caer en el nuevo sofá, a un lado de Antonella. Besó su coronilla y alzó a mi chiquita en sus piernas.

—Los vecinos me contaron de la mudanza. ¿Quién hizo todo esto? ¿*Heathcliff*?^[12]

—Se llama Alessandro. Y sí, él compró algunas cosas.

—¿Me estás jodiendo? —Enarcó una de sus cejas.

—Vocabulario.

—Ok, lo siento, pero no son unas cosas, es el sofá, el refri... ¡Cambió las chapas de tu puerta!

—También cambió mi cama, el calentador, y trajo una cuna para Antonella —cuna que aún no ocupábamos—. Reemplazó el vidrio roto de la ventana y compró un televisor.

La mirada de V recorrió el mobiliario antes de soltar un sonoro bufido

—Ok, necesito un novio así. —Se levantó del sofá y caminó hacia mi cama, encendiendo la televisión y dejando a Antonella en la cuna—. Anoche venía a preguntarte si querías compartir una pizza cuando vi a tu *Mr. Hyde* bajar las escaleras, de dos en dos. ¡J. o. d. e. r! —Deletreó la palabra—. Amo cómo ese hombre mueve el trasero con cada paso. —Dejó caer su cabeza

hacia atrás—. Mueve tus posaderas hacia acá y cuéntale a la tía V cómo conociste a ese adonis caído del cielo.

Reí. Si algo admiraba de Verónica era su capacidad de hacer de la vida un chiste. De un momento a otro, se puso seria; su mirada divertida se borró y entrecerró sus ojos

—Dime algo, ¿sabe mover su serpiente? —Subió las cejas de manera chistosa.

—¿No tienes hambre? —pregunté.

—Obvio, pero el chismorreó mata casi cualquier cosa, así que no te hagas la chistosita conmigo y cuéntamelo todo. ¿Por qué yo que pido un hombre como esos no me llega, y tú, que no lo quieres...? —Se quedó callada—. Ya decía yo: tu material de lectura, esas “no ganas” de que te dominaran... ¡Jesús, María y José! Es un demonio, ¿verdad? ¡Y no tiene una serpiente, tiene una anaconda! —gritó y yo me solté a reír.

—Ven para acá, pequeña chismosa. —Volví a la cocina. V me siguió. Apagué la estufa, ya que había terminado de cocinar, saqué de la alacena el sirope para los waffles y me senté al lado de mi nueva mejor amiga.

Le conté todo a V. Por primera vez, me olvidé del maldito CDC^[13] y le conté a mi amiga lo demonio que podía ser Alessandro D’Angelo. V me miraba con una mezcla de envidia-adoración-veneración mientras yo le relataba los seis meses que duró nuestro contrato

—Y así fue cómo lo conocí.

—¡Es una bestia!

Reí ante el apodo que le había puesto nuestra última vez.

—Uuuff... Kath-Kath. ¿No sabes si tiene un amigo o algo así? Yo no necesito dinero, lo haría por amor al arte... —Sonrió pícaramente, llevando un trozo de waffle a su boca.

—¿Aceptarías que te atara, golpeará, y te dijera cómo debes respirar y cuándo debes tomar aire? —Le pregunté.

Ella dejó de masticar. Sus ojos, una mezcla extraña entre azules y verdes, me observaron con detenimiento.

—Bueno, no sé si eso de golpearme sea bueno, pero joder, sí que aceptaría que me amarrara y usara juguetitos conmigo. —Sonrió.

—No sabes lo que dices. —Negué con la cabeza.

—No, pero sí sé lo que deseo: un hombre oscuro, de ojos azules lujuriosos y cabellos castaños, que me mire con ojos de “voy a follarte toda la maldita noche.” Eso sería el paraíso.

Volví a negar. A V le faltaba una tuerca.

V se quedó todo el día conmigo. Christian llamó a media tarde mientras hacíamos un picnic improvisado en el parque cercano a nuestro edificio; luego comimos pizza en un pequeño restaurante italiano que estaba a un par de manzanas. Nella comió pasta.

No entendía porqué el auto negro seguía cerca, pero supuse que Alessandro estaba detrás de todo esto y tomé una nota mental para pedirle que parara cuando volviera a verlo.

Regresamos al departamento cuando ya oscurecía, y parecía que en cualquier momento un diluvio caería sobre la ciudad. V se quedó en su departamento y yo subí al mío; le di un baño a Antonella, que se había ensuciado la ropa con la pasta, e hice mi rutina normal de todas las noches. Cuando Antonella estuvo dormida, la dejé en su nueva cuna y la abrigué bien antes de desnudarme y meterme en el baño; disfruté del agua caliente, sin interrupciones, me jaboné sin prisas, lavé mi cabello y luego salí de la ducha enfundándome un pijama cómodo.

La lluvia había empezado a caer y encendí el televisor colocándolo en una película de Adam Sandler y Jennifer Anniston. El tiempo transcurría lento y, poco a poco, mis esperanzas de ver a Alessandro desaparecieron. Estaba quedándome dormida cuando sentí el toque en la puerta, entendí porqué le había dado la llave a Verónica, era su llave, se la había dado a ella para no irrumpir en mi departamento. Ese pequeño detalle hizo que mi corazón se saltara un par de latidos.

Llegué a la puerta, dejando que mi palma tocara la madera mientras él volvía a golpear.

« Eres su amiga. » —Me recordé—. « No dejes que te bese. Hagas lo que hagas, no lo toques, o perderás. »

Respiré profundamente y abrí la puerta, encontrándome con él del otro lado. Estaba vestido completamente de negro y solo resaltaba la corbata azul con la que me ató una vez.

—Hola...

—Hola, sigue.

Caminó con aire decidido y se sentó en el sofá, quitándose el saco. Por un momento, todo fue silencio. Lo vi suspirar, pero no pude moverme de la puerta. Sus ojos verdes me escudriñaban. Dio un suspiro derrotado antes de hablar.

—Háblame de ti —dijo en tono de voz suave—. ¿Quién eres, Katheryne

Cortéz?

—¿No...? —Me aclaré la voz—. ¿No me investigaste?

—Sí, lo hice.

—Entonces sabes todo de mí.

—Solo sé que escapaste de tu casa siendo muy niña y que tienes una pequeña que dices es tuya. —Pasó las manos por sus cortos cabellos—. Quieres hablar, *piccola*, entonces ven aquí y habla. —Palmeó el sofá.

Cerré la puerta y caminé lentamente hasta llegar a él, aspirando el aroma que me volvía loca.

—No sé por dónde empezar.

—Sería bueno si lo haces por el principio.

Suspiré y me tomó un par de minutos decirle lo que había sido mi vida. Él esperó con paciencia, mirándome en todo momento.

—Mi madre trabajaba en casa de Isabella, era su nana. Cuando murió mi abuela, me llevó a vivir con ella. La madre de Isa murió cuando ella nació, de una malformación congénita que heredó Isabella y también Antonella —miré a mi niña dormir a través de los barrotes de la cama—. Mi madre era como si fuera la suya y yo era como su hermana.

—¿El padre de Isabella?

—Un hombre de negocios que nunca estaba en casa —suspiré—. Mi madre murió de cáncer cuando Isabella cumplió veinte. Ella era cuatro años mayor que yo, le pidió a su padre que no me echara de casa y él accedió. Un día volvió de la universidad y me contó que había conocido a un chico y que estaba enamorada. Algunas veces, la acompañaba a verlo, pero nunca me quedaba cerca, me daba vergüenza verlos besarse. Ellos estuvieron juntos por cinco meses. Luego él desapareció, Isabella lloró mucho. Después de un tiempo, Isa se enteró que él había venido a Nueva York, así que tomamos unos ahorros y vinimos a buscarlo.

—¿Encontraron al hombre misterioso?

—Isabella me dejó en el hotel y fue a buscarlo, volvió hecha un mar de lágrimas y un manojo de nervios, pero nunca me contó qué pasó entre ellos. Una semana después, cuando íbamos a volver a casa, ella se enteró del embarazo. —Pasé las manos por mi cabello, observando al hombre que me miraba fijamente. Sus músculos en tensión y su respiración errática.

—Trabajamos en lo que pudimos: restaurantes, cafeterías y en un pub.

—Siempre has atendido mesas.

—No es un trabajo denigrante, Alessandro, es solo un trabajo.

—Continúa —indicó con seriedad.

—Con el trascurso de los meses, el embarazo empezó a notarse en Isa y la despidieron. También descubrieron que yo solo tenía diecisiete y, a pesar de que faltaba muy poco para que cumplierse años, también me despidieron. Ese día, en la pastelería, estaba Christian. Fue nuestro ángel en medio de la tormenta, nos ofreció ayuda a cambio de que lo ayudáramos con las labores domésticas de su departamento. Isabella se encargaba de la cocina y yo del quehacer.

Alessandro me miró fijo y yo me encogí de hombros

—Anda, dilo. Era una simple empleada doméstica... Tampoco es un trabajo deshonrado, Alessandro.

—No he dicho nada —dijo serio.

—Pero lo piensas —bufé.

—Deja de pensar por mí y continúa.

—Vivimos allí hasta que Christian decidió seguir su corazón y contarle a sus padres que era homosexual. Ellos renegaron de él, en pleno siglo XXI; también le cerraron las puertas en casi todos los bufetes de prestigio. —Respiré profundamente—. Fueron meses muy duros, nos fuimos a vivir a casa de la pareja de Chris. No lo conocimos hasta ese día y, a pesar de que Gabriel se negó al principio, llegamos al mismo acuerdo que con Christian: comida y techo a cambio de las labores domésticas. Isabella nunca estuvo de acuerdo, pero necesitábamos dinero para el bebé, no podíamos gastar en un alquiler y Gabriel era buena persona... a pesar de que a ella nunca le cayó bien. Meses después, antes de que Antonella naciera, la enfermedad congénita de corazón de Isa empeoró y ya no solo era el bebé, también era su salud. Conseguí un empleo, pero todos los tratamientos eran costosos. Todo era un caos. Isabella se alteraba con Gab y había momentos en los que Chris y yo no sabíamos qué hacer. Teníamos que quedarnos ahí, no teníamos a dónde ir.

—¿Nunca pensaron volver con el padre de Isabella? —Interrumpió.

—No, él no hubiese aceptado al bebé. Y aunque el novio de Isa fue un imbécil, ella quería a su niñita.

—Niñita que terminó siendo tu hija.

Sonreí.

—Lo que no entiendo... —Se levantó y dio dos pasos hacia la cuna de Nella. Luego pareció pensarlo mejor y caminó hacia el refrigerador, sacando una botella con agua—. ¿Cómo es que esa niña es legalmente tu hija, cuando no es cierto?

—Nos tomó todos nuestros ahorros y los de Chris...

Alessandro se sentó a mi lado y me alentó a seguir.

—Un cliente de Christian estaba muy agradecido con él por ayudarlo en un juicio —entrelacé mis dedos, nunca había contado esto—, él tenía una clínica donde se interrumpían embarazos ilegalmente.

—¿Y Christian lo ayudó?

—Él no lo sabía cuándo lo defendió. Ese doctor nos ayudó con los controles. El día del parto, Chris y Gab la llevaron ahí, yo estaba trabajando. Cuando llegué a la clínica, Chris me llevó con Isa y ella nos hizo jurar que él haría lo que estuviese en sus manos para que yo me quedara con Antonella, solo yo tenía derechos sobre el bebé.

—No debieron hacer eso.

—¿Y qué querías que hiciera?!, ¿que dejara que el departamento de niños y familia se llevara a la bebé de mi hermana?, ¿que fuese una niña más en el sistema, pasando de casa de acogida en casa de acogida?!...No, Alessandro, tenía dieciocho, pero no era una tonta. Y, en este país, las mujeres se embarazan desde antes.

—Eso es ilegal, Katheryne.

—¿Crees que no lo sé?! —Me levanté del sofá—. Vivo con miedo de que esto se sepa, que algún día el padre de Antonella aparezca como por arte de magia y quiera llevarla lejos de mí.

Alessandro me atrajo hacia él, sus brazos rodeando protectoramente mi cuerpo.

—Tranquila. —Me consoló—. ¿Qué pasó con Isabella?

—Ella murió horas después del parto. De igual manera, Antonella ya era legalmente mi hija. No sé si lo entiendes, pero ella es mi hija en mi corazón. — Caminé hacia la cuna y observé el rostro pacífico de mi bebé—. Nadie va a separarla de mí. —Sentí la presencia de Alessandro en mi espalda, sus manos tocaron mis hombros descendiendo por mis brazos hasta alejarme de la cuna y llevarme de vuelta al sofá.

—¿Y el padre?

—Él no existe...

—¿Nunca se enteró de ella?

Negué.

—¿Al menos sabes cómo se llamaba el bastardo?

—Nunca pregunté su nombre.

—¿Qué demonios! ¿Y te quedaste así, sin más? ¿No investigaste? Si esto

se sabe, puedes ir a prisión. Es un riesgo muy grande. ¡Cometiste un delito, Katheryne! ¿Qué harás si, como dices, un día el padre aparece en la puerta y te de denuncia por suplantación en documentos legales, secuestro, robo...? Y se me ocurren muchos cargos más. ¿Acaso no pensaste en tu futuro?!

—¡Basta! No te permito que juzgues mis decisiones. ¡Ella es mía!

—¡Esa niña era su responsabilidad! No la tuya.

—¡No! —musité enojada—. Esa niña es mi responsabilidad.

—No, no lo es. ¡Maldita sea! ¿Te vendiste por una niña que ni siquiera te pertenece?

—Calla, no sabes nada, Alessandro. Si tuviese que venderme mil veces más por Antonella, lo haría, porque esa niña es todo lo que yo tengo en este maldito mundo. Y es mía, es mi hija.

—Buscaré al padre de esa niña —dijo impertérrito—. Le haré saber lo que significa ser un hombre.

—No, no lo harás.

—¡Tiene que hacerse responsable! —Su voz subió un par de octavas.

—No, no tiene que hacerlo.

—Si fue tan hombre como para follarse a tu amiga, que por lo menos lo sea también para contribuir a la educación de esa chiquilla. ¿O es que piensas educarla a base de café y pasteles?

—A ella no le faltará nada, tendrá amor y cariño de mi parte, de Chris y de Gabriel.

—Con amor no se compra ropa, libros, estudios... ¿Crees que podrás darle mucho siendo una simple mesera de una cafetería? —espetó con crueldad.

—Le daré todo lo que pueda darle, y el pago en la cafetería es bueno. Es un trabajo decente, Alessandro.

—Es una niña con una cardiopatía congénita, estará medicada por siempre. ¿Qué pasa si su corazón falla? ¿Irás nuevamente a *The Chalets*? Ya no tienes nada que subastar. ¿Serás una puta, Katheryne?

Mi mano voló a su mejilla tan fuerte que la palma me ardió por el impacto.

—Si lo tengo que ser... —Mis lágrimas brotaban de indignación e ira—. Si tengo que venderle mi alma al diablo para que a mi niña no le falte nada, lo haré, Alessandro. A Antonella no le faltará nada, porque si tengo que volver a sacrificarme por ella, lo haré. Esa niña es mi hija, no mi responsabilidad, y ningún hijo de puta va venir a quitármela porque nuestro ADN no es el mismo.

Escuché el llanto de Antonella y corrí hacia su cuna observándola agarrada de los barrotes. La aferré a mi cuerpo y la arrullé mientras me mecía hacia delante y hacia atrás. Necesitaba el refugio que solo el calor de Antonella me daba. La consolé y me consolé a mí misma mientras mis lágrimas se derramaban por mis mejillas. Escuché cómo la puerta era cerrada con fuerza y me encogí en mi puesto sin voltear a mirar. Sin dejar de arrullar a Antonella, besé su cabeza una y otra vez mientras le murmuraba lo mucho que mamá la amaba y que nadie nos separaría.

Cuando ella se quedó dormida, caminé hasta mi cama y dormí con ella.

No necesitaba a nadie más, amaba a Alessandro; pero, por sobre todas las cosas, amaba a Antonella.

El día siguiente empezó mal, tenía un leve calambre en mi vientre bajo. No tenía ni idea de a qué hora me había quedado dormida. Las ojeras debajo de mis parpados pesaban como una tonelada.

Me di un baño rápido y desperté a Anto para darle un baño con agua tibia. Había amanecido tremendamente frío y lo que mi niña menos necesitaba en ese momento era pescar un refriado. La dejaría en la guardería de camino al trabajo. Terminé la maleta donde había guardado todo lo que Antonella pudiera necesitar, justo antes que dos toques en la puerta me sobresaltaran.

—¡V! ¡Usa tu llave! —grité, colocando una muda de ropa más. Era mejor que sobrara a que faltara. Sin embargo, no entró sino que escuché otro golpe.

Di un suspiro resignado, esquivando a Nella del suelo y abriendo la puerta.

No era V.

—Buenos días, señorita Katheryne —dijo amablemente Riley—. El señor le ha mandado esto. —Me tendió una caja forrada en un brillante papel plateado. Si pensaba que iba a arreglar nuestra situación con un regalo, estaba muy equivocado. Por un momento, pensaba que iba a encontrarme con un nuevo dildo, pero la caja era demasiado pequeña como para que cupiese uno—. También me ha dicho que estoy a su disposición.

—¿Se atrevió a manejar “el todo poderoso”? —Riley escondió una sonrisita burlona y negó—. Sigue adelante, Riley. ¿Te apetece una taza de café?

—No gracias, señorita. Y en cuanto su pregunta, la respuesta es no. El señor tenía una reunión con el doctor Difeo y varios de los socios. Debo ir por él a las 17:00 en punto.

—Pues entonces tendrás mucho tiempo libre, Riley —dije caminando hasta la cocina. Tiré la caja en el desayunador y me giré, sacando los dos biberones de mi peque—. ¿Qué es esto, Riley? —Señalé la caja.

—No lo sé, señorita. Yo debo esperarla abajo.

—No. —Riley me miró con los ojos abiertos—. Vete a D'Angelo, a la mansión, o donde gustes, yo no te necesito.

—Pero el señor dijo que...

—Dile al señor que yo te envié.

—¿Está segura, señorita?

—Kath, Riley. Mi nombre es Katheryne. Kath para los amigos, así que ve acostumbrándote. —Sonreí—. Ve tranquilo, Riley.

—Usted disfruta llevándole la contraria, ¿verdad?

Asentí.

—Vete ya, Riley —dije negando con la cabeza. Cargué a Nella y tomé la mochila antes de irme. Guardé la caja en el bolso y salí a tocarle la puerta a V, a quién, seguramente, se le habían pegado las sábanas.

A las tres en punto, colgué mi delantal junto con el de V y ambas caminamos hasta la guardería, donde Nella nos recibió con una sonrisa. Estaba acompañando a V hasta la parada del autobús para que ella tomara el transporte hacia su universidad, Antonella iba distraída con una punta de mi cabello y V y yo hablábamos del último capítulo de un libro que estábamos leyendo, cuando un auto negro, bastante conocido para nosotras, pasó justo a nuestro lado.

—¡Joder! ¿Ese es el auto que yo creo que es? —dijo V, mirándome a los ojos. Mi primer pensamiento nuevamente fue Alessandro, pero él no tenía razones para seguirme. Y Riley había dicho que volvería en la noche—. Ese auto ya me está dando miedo, Kath, creo que mejor no voy a la universidad y te acompaño a casa.

—No seas tonta, V. Es solo Lex. —La tranquilicé—. Tienes que ir a clase.

Ella asintió, aún viéndose nerviosa. Tomó a Anto de mis brazos y juntas seguimos nuestro camino.

Cuando llegamos a la parada, el auto negro estaba estacionado en la otra acera. V estaba tan distraída con mi peque que no lo notó, pero a mí me dejó un mal presentimiento en el pecho.

Llegué a mi edificio con la sensación de que estaba siendo observada; se hacía tarde y quería que el desasosiego se fuese de mi pecho. Caminé rápidamente con Antonella, casi ahogándola entre mis brazos. Y, cuando llegamos al departamento, cerré con doble llave.

Sabía que ni Gabriel ni Chris vendrían a visitarnos ese día; así que, luego de darle un baño a mi niña, la dejé jugando con sus bloquitos de *Legó* en su nueva cuna.

Preparé una comida muy rápida, pasta en salsa boloñesa con carne y saqué una Coca-Cola de la nevera. Le di su comida a Nella y nos sentamos a ver uno de sus programas infantiles.

Cuando Antonella se durmió, saqué las cosas de su bolsa, encontrándome con la caja plateada que Riley me había dado por la mañana. La destapé con premura, encontrando un nuevo teléfono celular. Estaba a punto de guardarlo nuevamente en la caja cuando escuché golpes en la puerta. La abrí, Alessandro estaba del otro lado. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa negra con las mangas enrolladas hasta los codos; mi mirada se quedó trabada en él por más tiempo del prudencial, fue el pequeño carraspeo de la mujer detrás de Alessandro lo que me sacó de mis pensamientos.

—Hola —dijo con voz gruesa y un amago de sonrisa bailó entre sus labios. Sasha me dio un saludo tímido, pero yo la estreché entre mis brazos, mientras me preguntaba mentalmente qué hacía ella en mi casa—. Ve a cambiarte, quiero que me acompañes a un lugar.

Salí de mi estupor inmediatamente.

—Alessandro, yo no puedo. Antonella está dormida.

—Sasha se quedará con ella, ponte unos vaqueros y algo que te abrigue, Katheryne. —Pasó a mi lado junto con una tímida Sasha—. Es para hoy.

—¿Dónde vamos a ir?

—No preguntes y ve a cambiarte, es la última vez que te lo digo. Para la próxima, te irás como estás.

—Ok, Ok. —Caminé hacia mi clóset, saqué unos vaqueros y un suéter de cuello alto color claro y me fui al baño mientras Sasha miraba a Antonella con adoración.

—Es tan hermosa —murmuró cuando salí del baño—. ¿Cuánto tiempo tiene? —Sasha miró a Alessandro, que estaba en el sofá observando su celular, parecía ajeno a lo que conversábamos, pero lo conocía tan bien que sabía estaba atento a lo que dijésemos Sasha o yo.

—Ella es la niña más bonita del mundo. —Acaricié la mejilla de mi niña—. En tres meses, cumplirá dos años. —Me senté sobre la cama colocándome unas botas de talle bajo y luego volví al baño para aplicarme un poco de maquillaje, algo muy suave; peiné mi cabello, dejándolo libre de cualquier horquilla —como a él le gustaba— y tomé mi chamarra marrón. Y ya estaba lista para salir.

Alessandro me miró de arriba abajo sin decir una palabra, guardó su celular en el bolsillo de su pantalón y dio orden a Sasha de permanecer en el departamento hasta que regresáramos, además de no descuidar a Antonella un solo segundo.

Después de un par de recomendaciones por mi parte, salimos de mi departamento.

Riley se bajó del auto y abrió la puerta al ver a Alessandro salir. Había empezado a nevar y el frío estaba inclemente; a pesar de la calefacción dentro del coche, tenía los dedos entumidos. Abrí y cerré mis manos varias veces y luego las froté una con la otra, intentando entrar en calor.

—No vamos a demorarnos, ¿verdad? —pregunté.

Alessandro tomó mis manos, las encerró en las suyas y sopló levemente. La sola acción hizo que cada poro de mi piel se dilatara ante el cálido vaho de su aliento.

—Solo un par de horas. —Sopló una vez más y luego tomó mi mentón, atrayendo mi rostro hacia el suyo, dándome un beso que me calentó por completo. Su lengua se introdujo en mi boca y me sometió por varios segundos antes de que mi mano lo jalara de la camisa, hacia mí. Él cortó el beso abruptamente, su dedo pulgar acarició mis labios y una lenta sonrisa se extendió por los suyos—. ¿Qué te he dicho sobre tratar de dominar, *mia bella ragazza*?

—Lo siento.

Él negó con la cabeza en un claro gesto de “no te creo nada.” Deslizó su brazo por mis hombros y me atrajo hacia él mucho más. El resto del camino se mantuvo mandando mensajes de texto. Riley condujo hasta las afueras de Dumbo, bueno... Muy afuera, hasta un lugar llamado *Black Moon*.

¿Una discoteca? Había pensado todo menos que Alessandro D'Angelo

me llevaría a una discoteca.

—¿Qué hacemos aquí? —Lo miré.

—Quiero enseñarte algunas cosas y este lugar ofrecía algo bueno hoy. —
Dejó salir todo el aire y besó mis labios suavemente antes de tocar la ventana para que Riley abriese la puerta—. Escúchame bien —dijo reteniendo mi barbilla con sus dedos—. Entrarás ahí conmigo y saldrás de ahí conmigo.

—Okey. —Salí del auto y él me siguió, deteniéndome antes de llegar a la entrada.

—Estoy hablando en serio, no nos iremos hasta que no veamos lo que hemos venido a observar.

Asentí.

—Detrás de mí, Katheryne.

Arqué una ceja en su dirección antes de pasar por su lado. El hombre en la entrada me miró de arriba abajo, cruzando los brazos en su pecho, Alessandro tomó mi mano, su mirada enojada y penetrante como si quisiera hacer un orificio en mi frente.

—¿Estás buscando un castigo, gatita?

¿Gatita?

El hombre de la puerta sonrió.

—Detrás de mí —musitó con rudeza, estaba a punto de mandarlo al infierno cuando él tensó su amarre en mi mano—. Voy a zurrar tu culo con tanta fuerza que no podrás sentarte en días.

Escuché al hombre bufar.

—A veces necesitan un collar, para que sepan cuál es su lugar, amigo —
rumió el guarda, pero Alessandro no contestó nada. En cambio, su mirada se intensificó. Se acercó a mí y susurró en mi oído:

—Escúchame muy bien, baja la mirada, no hagas contacto visual con nadie. Y, por favor, detrás de mí.

Asentí únicamente porque dijo “por favor.” Me coloqué tras él y se irguió en toda su altura, sacó de sus jeans una tarjeta dorada y el mastodonte que estaba en la puerta se movió, dejándonos pasar.

El lugar estaba en total oscuridad, agradecí haberme puesto mis botas planas. Lex deslizó la tarjeta en una cerradura y una puerta se abrió, dándonos paso a lo que era en realidad el lugar...

I want you she's so heavy de *The Beatles* se escuchaba bastante alto y varias parejas bailaban en medio de una pista improvisada, rodeada de paredes negras y luces azules y verdes. Alessandro tomó mi mano guiándome

hasta subir una escalera de caracol. En el segundo piso, las luces eran rojas, también la iluminación era escasa. Había algunas mesas dispersas por el lugar y un par sillones de color rojo y mesas negras. Alessandro caminó hacia uno de aquellos que estaba ubicado a la pared, a un lado de la barra, que daba una vista hacia el primer piso.

—¿Es un bar BDSM? —Le pregunté cuando estuvimos sentados uno frente al otro.

Él asintió, estiró su mano hacia mí y tomó mi mentón delicadamente.

—No cruces mirada con ningún otro hombre, no mires demasiado a las mujeres.

—¿Por qué me trajiste aquí? No soy tu sumisa.

—Ya te dije, quería que vieras algo, Katheryne. Siempre que estés conmigo, serás mi sumisa, mi mujer. El hecho de que esté haciendo las cosas a tu manera no quiere decir que la naturaleza de nuestro acuerdo haya cambiado, somos lo que somos, acéptalo de una buena vez.

—Quiero irme. —Tiré de él para salir de allí.

—No, ayer hablamos e hicimos las cosas como tú querías, hoy es mi turno.

Observé con detenimiento el lugar, había cadenas en las paredes, grilletes y un estante al final cubierto de palas, fustas y otros elementos usados para torturar.

—Este lugar me da miedo, Alessandro. Quiero irme.

Sostuvo mi mano fuertemente.

—No me retes, Katheryne. —Me advirtió entre dientes, jalando mi mano. Una chica vestida en un diminuto traje de cuero, medias de malla y tacones de los que, seguramente yo me caería, se acercó y destapó una bandeja que contenía collares.

Alessandro los observó por un momento y al final negó.

—Son las reglas, Amo... —susurró con voz melosa.

—Tengo mi propio collar.

La chica asintió y se retiró.

—Ven aquí, Katheryne.

—No vas a ponerme un collar como si fuera un perro.

—Ven aquí. —Gruño entre dientes. Al ver que no pensaba hacerlo, salió de su lugar, llegando hasta mí—. Gírate.

—Alessandro...

—Maldición, haz lo que te digo. Por una vez, compórtate como lo que

eres. —Tomó mis hombros, haciéndome girar de manera brusca. Iba a protestar justo cuando él dispuso mi cabello en uno de mis hombros y sus labios dejaron un beso húmedo en mi nuca, antes de deslizar una fina gargantilla de cuero con un pesado dije. Me pasó su celular abierto en la aplicación de la cámara frontal.

—Un gato...

—Mira hacia abajo. —Lo hice—. ¿Qué ves?

—La gente baila. —Quitó el celular de mis manos y dejó un beso abierto en la curvatura de mi cuello.

—Mira bien... —Observé los cuerpos abajo. *Tainted Love*, de Marilyn Manson, se reproducía mientras las parejas hacían una demostración de apareamiento con ropa.

—Ellos están...

—Muchos de ellos están follando, Katheryne...

Tragué grueso y me fijé que uno de cada pareja portaba un collar como los que la chica había traído a nuestra mesa, collares en cuero con puntas metálicas; otros, eran tiras con argollas que parecían más bien grilletes que collares.

—¿Me trajiste a ver una orgia?

—¿Por qué piensas lo peor de mí siempre? —Me dio otro beso húmedo y su mano se escurrió por mi cintura hasta llegar a mi vientre—. Siento lo de ayer.

Y mis piernas se derretían en cinco, cuatro...

—¿No buscarás al padre de Antonella?

No negó, pero tampoco asintió.

—Alessandro... —Su lengua se deslizó por mi piel sofocada por la temperatura del lugar, sus dedos levantaron mi suéter y la palma de su mano acarició la piel baja de mi vientre. Tensé mis manos en la baranda mientras un pequeño gemido abandonaba mi boca—. Lex... —advertí—. No tendré sexo contigo aquí. —Respiré con dificultad.

—No, no lo haremos.

—Ni aquí ni en ningún otro lugar.

Él sonrió en mi cuello.

—Es enserio... —Mi voz tembló por la sensación de sus dientes rozando suavemente en mi piel. Mi cuerpo se sacudió ante la corriente placentera que esa caricia dejó.

—Si tú lo dices... —Su voz fue ronca, sensual—. ¿Qué pasaría si

desabrocho tus jeans, gatita? ¿Te encontraría mojada para mí?

La respuesta era sí. La verdad, lo deseaba. ¡La postura de “amiga” me estaba costando toda mi fuerza de voluntad!

Las luces en el primer piso se apagaron y la música cesó, al tiempo que el calor del cuerpo de Alessandro se alejó de mí.

No pasó mucho tiempo antes de que las luces se encendieran. Miré hacia abajo encontrando la verdadera mazmorra.

¡Mierda!

4

Las personas se habían dispersado, y muchas de ellas empezaban a subir por las escaleras; otras, más audaces, se habían quedado en unas mesas que estaban a un costado de lo que antes había sido la pista. Mesas redondas con una sola silla. Una silla para el Amo. El Sumiso, fuese hombre o mujer, yacía a los pies del Amo, atado por una cuerda que estaba sujeta a su collar. Ahora que las luces azules habían quedado fijas, podía notar que la gran mayoría de las personas estaban vestidas de negro, por lo que mi suéter claro era como un letrero de neón.

La pista había desaparecido y, en su lugar, se hallaba una cama. En el costado opuesto a las mesas, estaba una gran X de madera, empotrada en la pared; también había un baúl similar al que Lex tenía en su armario de la tortura.

Poco a poco, el segundo piso fue llenándose; jaulas empezaron a bajar desde el tejado, eran pequeñas pero perfectamente podía caber una persona ahí.

Parecía un lugar sacado de una película de terror. Sin embargo, todos parecían encantados. Me daba un poco de miedo mirar a Lex y ver alguna mueca de satisfacción en su rostro.

—¿Puedes decirme una vez más por qué estamos aquí? —inquirí sin mirarlo.

—Hay una exposición de una antigua técnica japonesa que me parece fascinante, quería verla y quería que la vieras conmigo. —Sus dedos acariciaron los míos sobre la mesa—. Deja la cara de espanto, te aseguro que de ahí abajo solo saldrán gemidos de placer. —Tiró de mi mano y su barba picó en la piel de mis dedos cuando dejó un beso en ella—. Mantén tu vista en la cama... Algunos Amos se excitan con la demostración y pedirán a sus sumisos que los complazcan, no me interesa que le veas la polla a alguien más.

Tragué el nudo en mi garganta al tiempo que otra chica, enfundada en un diminuto traje rojo de cuero y tacones de infarto, llegó hasta nosotros.

—Buenas noches, estoy aquí para complacerlo, Señor. —Batió sus pestañas postizas y yo vi todo rojo. ¿Yo estaba pintada en la pared o qué mierda?

El agarre que tenía en las manos de Alessandro se tensó.

Él observó mi rostro y me dio una sonrisa ladeada al tiempo que arqueaba una de sus pobladas cejas.

—A ella tráele un vodka en jugo de arándanos y para mí un whisky doble seco. —La camarera agitó sus pestañas nuevamente.

« Zorra » .

—La función debe empezar en unos minutos.

Él soltó mis manos y le dio una mirada al piso ahora lleno: amos en sus tronos, súbditos a sus pies.

—No me sentaré en el suelo.

—No te he pedido eso, pero me gustaría que vinieras aquí, tu suéter resalta como un faro en medio del océano.

Me levanté de mi lugar y Alessandro abrió sus brazos hacia mí, acomodándose en sus piernas y deslizando su brazo por mi cintura. Me estaba reclamando, y eso, por estúpido que pareciera, hizo que mi corazón ilusionado palpitara con fuerza dentro de mi pecho.

—El *Shibari* es la denominación japonesa para los atamientos tipo *Bondage*, realizados como práctica de refinada relación sexual... ¿Recuerdas lo que leíste acerca del *Bondage*?

Asentí.

—Es algo similar y algo que me gustaría intentar contigo.

Tragué grueso...

—Lex...

—Es solo sexo, Kathyerine. —Su palma ardiente se coló por mi suéter, acariciando mi vientre con movimientos pausados.

—¿Lo has hecho antes? —pregunté vacilante.

—Sí...

Las luces se apagaron de un momento a otro; mientras se encendía una luz roja en todo el centro de la cama, *Closer* de *Nine Inch Nails* empezó a sonar muy suavemente y un par de chicas más aparecieron en el escenario. Una se fue a la jaula; la otra, tomó la postura de sumisa en medio de la cama.

—La función va a comenzar, recuerda, gatita: ojos al centro de la pista — murmuró, deslizando su nariz en mi cuello—. Si miras a algún otro Amo, éste puede pensar que quieres irte a un privado con él. Vendrá a preguntarme si quiero hacer intercambio de sumisas y yo le partiré a él la cara y a ti el culo a punta de azotes. Me importará una mierda si está dentro de nuestro nuevo acuerdo o no.

Un chico de mediana edad, de cabellera rubia y cuerpo atlético, vestido

solo con unos jeans de talle bajo, se colocó en el centro de la pista.

—¿Es un sumiso? —Le pregunté.

—No lo sé. —La zorra... digo, la mesera, se acercó dejando el vaso con licor ambarino para Lex y uno más claro para mí.

Alessandro bebió de su vaso y me incitó a tomar de mi bebida. Tomé un poco y no me supo desagradable del todo. Alessandro sonrió. Sí, había elegido bien. Miré al chico, que ahora había tomado un micrófono, y luego de dar las buenas noches, empezó a hablar.

—Podemos definir el *Shibari* como la acción de realizar una serie de ataduras que, a diferencia del *Bondage*, no tienen porqué implicar la inmovilización. Y, que, a su vez, poseen un gran valor estético... —La mujer que estaba en posición de sumisión se levantó. Sus pechos estaban descubiertos y su intimidad lucía una diminuta braga de color rojo, se acercó hasta el chico del micrófono y se arrodilló a sus pies—. El *Shibari* se construye por etapas, con una considerable atención a los tiempos. —Él acarició la cabellera dorada de la chica—. Primero, se inmoviliza el tronco, luego las nalgas y el vientre. Y, finalmente, el cuerpo en su conjunto. —Dos hombres más, vestidos solo con jeans, entraron a la pista—. Como parte básica de nuestro equipamiento, necesitaremos una o dos cuerdas de varios metros. —Uno de los dos sujetos, que habían llegado al escenario, fue hasta el baúl y sacó lo que parecía ser varios metros de cuerda, mientras el otro alzaba a la chica para llevarla a la cama. Cuando las cuerdas y la chica estuvieron sobre el colchón, el chico rubio fue hasta ella, no sin antes remplazar el micrófono por uno que le permitiera tener las manos libres—. El contar con algunas cuerdas cortas, de tres o cuatro metros, rompe la ortodoxia del *Bondage* tradicional, pero nos ayudará mucho al comienzo...

El animador siguió explicando:

—Las tres prácticas básicas son: *Shinju*, *Bondage de Senos*, llamado también *Las Perlas*. *Sakuranbo*, *Bondage de Nalgas*, que lleva por nombre *Las Cerezas*. —Acarició los glúteos de la chica y luego le soltó una palmada que la hizo gemir. Podía escuchar gemidos bajos, pero no miré a nadie que no fuesen las personas en el centro de la cama—. Y por último, mi favorita, la *Karada* que no es más que el *Bondage* corporal entero. —Tomó otra cuerda, una mucho más larga, y se sentó a un costado de la cama.

—¿La va a amarrar? —Mi tono titubeó. Todas mis alarmas se encendieron, ya Alessandro me había atado por completo una vez y el resultado no había sido bueno para mí—. ¡Quiero irme! —Le grité,

levantándome de sus piernas. Varias personas nos quedaron viendo, pero no me importó. Salí de su sillón, pero solo caminé dos pasos más hasta que sentí su mano cerrarse al contorno de mi muñeca. Me dobló sobre la mesa y me dio dos rápidos azotes en el trasero.

Mis ojos se abrieron húmedos cuando él me giró nuevamente, apretándome entre la mesa y su cuerpo.

—Me estoy cansado de tu jueguito. —Todo su cuerpo estaba rígido, alguien en la oscuridad gritó que necesitaba disciplina; una lágrima descendió por mi mejilla. Su mirada era dura, glacial. Me vi nuevamente en el comienzo de nuestro acuerdo—. Solo quiero que aprendas algo nuevo, que aprendamos juntos—murmuró entre dientes—. ¿Es tan difícil complacerme? —Su rostro era fiero.

—Me golpeaste. —Nadie parecía estar al tanto de nuestro intercambio, podía escuchar los sonidos propios de una felación, algunos gemían de manera baja, los gemidos más altos eran los de la chica de la demostración.

—Te discipliné. Fui benevolente, debí tomar la fusta y golpearte hasta dejar tu trasero hirviendo. En cambio, te he dado dos mínimas palmadas, aún con el jean puesto... De nada. —Me soltó y se sentó sobre el sillón, tomando lo que quedaba en su vaso de un solo trago—. Ven aquí, Kath.

Negué.

Su mirada se entrecerró en mi dirección.

—*¡Maldicione!* —Se levantó del sillón, dejando un par de billetes en la mesa, antes de tomarme por el brazo y empezar a bajar las escaleras de manera apremiante, sin importar si seguía o no su andar.

—Detente... —Salimos del lugar y el viento golpeó mi cara con rudeza.

Él siguió caminando, arrastrándome con él hasta perderse en el callejón detrás del local.

—Lex, detente. ¡Alessandro!

Me soltó con desdén.

—Escúchame bien, bruja —espetó con enojo—, porque estoy harto del “tira y afloja” que hemos tenido esta última semana, Katheryne. No me interesa ser tu amigo, me interesa que seas mi mujer, y como mujer me interesa que sigas mis deseos, siempre y cuando no altere los tuyos. El hecho que te traiga a un maldito bar de BDSM no quiere decir que te vea o considere una maldita prostituta, porque no es así. Si te considerara una puta, te hubiese dado el mismo valor que les he dado a todas las demás. Puedes calmar la mierda que me invade, puedes mantener todo a distancia, pero estoy a punto de

rebasar mi paciencia con tu actitud asustadiza, intentando cambiarme. No voy a ir por ahí con tu mano agarrada cuando quiero follarte hasta que pidas una tregua. No voy a comportarme como un hombre que no soy solo porque te aterrorizan unas nalgadas o una jodida cuerda. Puedo acceder alguna de tus imposiciones, pero ¡maldita sea si voy a dejar que una chiquilla pretenciosa quiera venir a revolver mi vida solo por un jodido error del cual ella fue la absoluta culpable! —Su pecho subía y bajaba, estaba más allá del enojo; sus ojos verdes, oscuros y dilatados—. No voy a ir a ti, Katheryne... Se acabó. Di lo que quieres y, por favor, no me salgas con esa tontería de ser jodidamente amigos.

Nos miramos durante unos segundos, sin decir una palabra más.

Negó con la cabeza y se giró, adentrándose aún más en el oscuro callejón.

—Lex... —Lo llamé, pero me ignoró. Caminé colocándome frente a él—. Lo siento, lamento haberme comportado como una chiquilla, yo solo quiero que tú...

—No.

—Ni siquiera sabes lo que quiero decir. —Sonreí y coloqué su mano sobre su pecho, donde su corazón tronaba como en una estampida de caballos salvajes—. Escucha. —Tomé su otra mano y la llevé al lado de la mía—. Siente.

—Estoy tan malditamente enfadado.

—Lo sé.

—No voy a ser tu amigo. ¡No voy a tomar tu mano y caminar hacia un mundo de arcoíris y jodidos unicornios!

—Eso también lo sé, solo quiero que veas las cosas desde mi punto de vista. Quieres usarme, Alessandro, y luego desecharme, y me destruirás... Tengo una hija y, aunque no la llevé en mi vientre, tengo que velar por ella. Antonella me necesita entera y, por primera vez en mi vida, me enamoré. Y no del príncipe azul que sale en los cuentos, nuestra historia es más como *La Bella y la Bestia*. Sé que quizá nunca me ames, pero ¿cómo le digo al corazón que no lata desesperado cuando te veo?, ¿cómo me evado de las mariposas y los desbocados latidos de mi corazón?

—Cállate, Kath. —Era la segunda vez que me llamaba por mi diminutivo. Sus manos tomaron mis mejillas—. ¿Por qué lo haces todo tan difícil?

—Somos de mundos diferentes.

—Eso es... mierda...

—No puedo hacer que te comportes como quiero, ni puedes obligarme a ser alguien que no soy... Llámame estúpida o masoquista, pero hay algo en ti, algo que me atrae hacia ti, y no puedo... —Fue mi turno de negar—. No quiero que te alejes... Pero tampoco quiero ser tu muñeca de desfogue. No te pido que me ames, solo que me trates como tu igual, que intentemos encontrar un punto medio en torno a esto que nos envuelve. —Acaricié su mejilla—. No me lastimes, Alessandro, no vuelvas a lastimarme. Déjame alejar tus demonios y, mientras, trátame como si fuese *ella*, pero sabiendo que soy yo.

—Sin quizá, Katheryne. Sin promesas, sin castigos, ni juguetes que consideres que son para tortura. Solo placer y compañía.

—Placer y compañía. —Me besó fuerte, áspero, sin un ápice de ternura o romance. Deseo, necesidad, no había nada más en ese beso. Y era lo mismo que yo estaba entregando.

Eso, más el plus de mi corazón en charola plateada.

Empujó mi cuerpo hasta que una pared nos impidió avanzar más.

—*Mi sei mancata*^[14] —gimió en mi oído, succionando fuertemente—. *Non voglio aspettare*^[15]. —Tomó mis piernas, anclándolas a su cintura, chocando nuestros sexos, sin importarle que tuviéramos la ropa puesta—. *La tua figa calda fare che più desiderate*^[16]. —Volvió a embestirme—. *Così scopare buon*^[17].

Gemí, no había nada más apasionante para mí que escucharlo hablar en el maldito, puto y excitante italiano.

Sus manos subieron mi suéter hasta dejar al descubierto mi sostén.

—*La mia ragazza carina verginale e innocente*^[18]. —Acarició por encima de la tela la piel de mis pechos, sin despejarme de la pared, antes de bajar la copa y llevar su boca hasta la aureola rosada que exigía atención; mientras su mano libre acariciaba el otro pecho.

« ¿Qué estupidez estaba pensando cuando dije que podíamos ser amigos? Dios, yo también lo necesito. »

Me agarré a su cuello dejándolo mamar como niño hambriento. En mi corazón, un tornado empezaba a desatarse, haciendo que mi sangre circulara más aprisa. Mi respiración empezó a ser más pesada y el cúmulo en mi vientre hacía pequeños estallidos, agrandándose para permitirme ver los fuegos artificiales.

Guió su mano hasta mi vientre, acariciando mi ombligo y haciéndome gemir audiblemente; desabrochó mi pantalón rápidamente y acarició mi sexo

por encima de la tela de las bragas.

El frío pasó a un segundo plano. La nieve que caía sobre nosotros dejó de importar. Su deseo abrasador lo calentaba todo. Sus manos fundían mi piel al tiempo que hacía mi sangre más y más espesa.

—*Dolce* —susurró, despegándose de mi pezón derecho para atacar el otro. Estaba en el puto paraíso, sus labios en mi cuerpo, con sus manos quemando cada lugar que acariciaba.

Sí, el tipo era un bipolar o lo que sea, y yo era una masoquista; así que, éramos una pareja imperfecta. Su dedo se coló por mis pliegues, obligándome a mandar al diablo todo pensamiento racional, antes de tirar un poco de mi clítoris. Podía sentir su erección, grande y gruesa. Mi espalda se curvó un poco, permitiendo aún más su toque. Estaba a punto, iba a correrme, nada podía detenerlo.

De un momento a otro, Alessandro empezó a reír. Apoyó su frente en mi hombro y rio con aún más fuerza. Mordió con rudeza la piel, haciéndome gemir más por placer que por dolor.

—Te he extrañado tanto que duele, *principessa*.

—¿Me tomarás aquí? —Él podía decir que sí y yo no se lo negaría. Mi piel, mis sentidos, todo... Yo lo necesitaba.

Respiró profundamente.

—Jamás, Cortéz. No creo que sea muy cómodo follarte contra esta pared. —Sujetándome contra su pecho, abrochó mis pantalones y acomodó mi camisa antes de dejarme en el suelo sobre mis pies—. Riley está en el estacionamiento, es por aquí. —Tendió su mano hacia mí y entendí que él estaba cediendo por mí, así que yo podía ceder por él.

—Lex...

—¿Sí?...

—¿Encontraremos el punto medio? —No dijo nada, en cambio, apretó mis dedos entre su mano.

Riley salió del coche al vernos y abrió la puerta para nosotros con formalidad, a pesar de que yo debía verme agitada, sonrosada y muerta de ansiedad.

—Llévanos al hotel más cercano, Riley... —musitó una vez estuvimos en el auto.

Hacía tres días que me había regresado a su casa. La habitación de Antonella era grande y espaciosa y Alessandro había colocado comunicadores en la habitación de mi peque y en la que ocuparíamos nosotros. También estaba Jane, una linda jovencita que podría ayudarme con mi bebé. Sus palabras habían sido: “tendrás a alguien que te ayude”, pero yo sabía lo que implicaban esas palabras, era más bien algo como: “Es alguien que estará con la niña mientras tú te ocupas de mí”... Oh, sí, él pensaba en todo.

Mi semana de amigos se había ido al traste después de aquella noche en ese horrible bar. Alessandro no había preguntado, habíamos llegado a mi departamento poco antes de medianoche. Saludó con un gesto a Sasha y caminó hasta mi clóset, tomando uno de los edredones gruesos antes de volver a mí:

—*Cubre a la niña y vámonos ya, Katheryne —ordenó—. Te estaré esperando abajo, tienes cinco minutos para despedirte de esa loca amiga tuya y dejarle dicho que no trabajarás más en esa cafetería.*

—*Alessandro, tú no puedes...*

—*¿No puedo qué, Katheryne?, ¿me retas? —Enarcó una de sus perfectas cejas.*

—*No te reto... —Suavicé mi voz sabiendo que imponiéndome no lograría nada—. Teníamos una semana de tregua. —Le recordé.*

—*No, hoy hemos hecho un nuevo acuerdo, Kath, y no permitiré que lo incumplas.*

—*¿Me has llamado Kath?!*

Sonrió.

—*Tú me llamas Lex, yo te llamaré como quiera. Ahora eres mi gatita... Kath te queda perfecto. Arropa a la niña y vámonos.*

Así que ahí estaba, cuando él hablaba, así de lindo, era todo un sol.

No había querido ver a Antonella. Cuando llegaba a mi apartamento, era demasiado tarde y mi peque ya estaba dormida; y desde que habíamos llegado a la mansión, él simplemente hacía como si ella no viviese ahí, sin crear ningún vínculo con ella. Antonella era una bebé preciosa, una que enamoraba a cualquiera que pusiera sus ojos en ella. Ya que el todopoderoso había ordenado no encender la televisión, pasaba casi todo el día en la habitación de Nella, leyendo o jugando con ella.

Sabía que su orden provenía de los problemas legales que la empresa estaba atravesando; al parecer, la única solución era declararse en quiebra,

compensar a los afectados y cerrar puertas en América. Pero tanto Alessandro como Antoine se negaban a hacerlo. Ellos habían llegado aproximadamente dos horas atrás, se habían encerrado en el estudio, junto con un señor de cabellera castaña y otro de largos cabellos rubios. Cerré el libro que estaba leyendo, incapaz de poderme concentrar en más de una frase.

« *¿Podríamos llamar masoquismo enamorarte de tu captor?* »

Creía sinceramente que en el amor no se mandaba, el corazón no seguía consejos o escuchaba las palabras sabias que alguna vez rondaban por nuestra mente. Yo amaba a Alessandro, un hombre que nunca me había demostrado amor, alguien que se negaba a amarme. Coloqué mi *tablet* en la mesita al lado del sofá que estaba en la habitación de Nella y me acerqué a su cuna donde mi hija ya dormía.

La rutina de Antonella no había cambiado con la mudanza, seguía tomando su almuerzo y durmiendo una pequeña siesta de una hora. Y, ahora que era una niña sana, pasaba el tiempo corriendo en el jardín. Algunas veces nos íbamos a la piscina; en la mañana habíamos ido con el doctor Thatcher, que estuvo satisfecho con su evolución post-operatoria.

Estaba colocándome los zapatos cuando la puerta se abrió y Jane entró sigilosamente, dándome una mediana sonrisa. Dejé a Antonella con ella y bajé las escaleras, escuchando gritos desde el estudio, y fui hacia allá como la hormiga hacia el cubo de azúcar.

La voz de Christian, suave y calmada, pareció sosegar la ira de Alessandro. Antoine le hizo algunas preguntas, que Chris contestó sin titubear. Nuevamente, Gabriel y yo estábamos enojados; él simplemente no entendía mis razones para volver con Alessandro. Y yo, aunque amaba a mi mejor amigo con todo mi corazón, estaba cansada de dar explicaciones sobre mi vida.

Me acerqué más a la puerta, intentando escuchar a través de los susurros. Una voz desconocida para mí se escuchó, el hombre intentaba mediar entre los tres hombres, hablaba de dinero, pérdidas y reparaciones monetarias. Escuché a alguien bufar y luego Chris retomó el hilo de la conversación, hablando de responsabilidad y beneficios.

Me pregunté qué hacía Christian hablando de los negocios de D'Angelo Building.

La puerta se abrió, haciéndome dar un salto hacia atrás. El hombre de cabello negro me guiñó un ojo al tiempo que se soltaba la corbata. Asintió con la cabeza a algo que decía el otro hombre y, sin decir nada, se marchó. Era

alto, apuesto, hoyuelos en las mejillas y sonrisa coqueta. Pensé que me acusaría por estar espiando, en cambio, él siguió de largo mientras hablaba con el otro hombre. Esperé a que salieran de la casa y me acerqué a la puerta entreabierta. Christian gesticulaba con las manos, mientras que Alessandro estaba recostado en su sillón apretando el puente de su nariz.

—Como cabeza visible de la organización, tienes que decir algo, Alessandro —dijo mi amigo con profesionalidad—. Los medios van a empezar a hacer especulaciones y es mejor que los frenes antes que se salga todo de las manos.

—Los medios pueden irse a la mierda, Christian. —Su voz retumbó entre las cuatro paredes de la habitación. Estaba molesto, podía verlo en la manera en la que apretaba su dedo índice y pulgar alrededor de su tabique nasal.

—No es lo mejor para tu empresa —rechistó Chris.

—Nada está bien para la empresa. ¿Sabes cuántos contratos han perdido las otras dos sucursales? La casa matriz en Italia está siendo sometida a auditorías, Christian. —A pesar del tono calmado de Antoine, podía entreverse que estaba preocupado.

—Y si no se enfrentan con los medios, será peor.

Alessandro dio un largo suspiro.

—¿Puedes hacerte cargo, Antoine? —El rubio asintió—. Si alguno de esos imbéciles llegase a nombrar a mis padres o a mí y ligarme con la mierda que hizo Frederick, no sé qué haría...

—Primero, debemos calmarnos. —Le aconsejó Antoine, estoico—. Tendremos que indemnizar a los heridos.

—Eso sería lo ideal —acotó Chris—. Lamentablemente, cuando terminen de auditar, se darán cuenta de que los materiales eran de mala calidad y eso va a joder mucho más a D'Angelo Building. Como presidente de la compañía, pueden detenerte, al ser el responsable máximo en la corporación, Alessandro.

Mi pecho se apretó ante lo dicho por mi amigo. Vi a Antoine gesticular mientras hablaba fluidamente en italiano. Christian comprendía el idioma, era de las pocas pasiones que compartía con Isabella.

—No iré a prisión por ese bastardo —bufó Lex.

—La multa va a ser millonaria.

Alessandro pasó las manos por su rostro, se veía agotado.

—Afortunadamente, no han hablado de víctimas mortales, tan solo una veintena de heridos graves. Tienes que revisar las obras en construcción, y

sería bueno que alguien hiciera una visita a las obras en funcionamiento.

—¡Maldito hijo de puta! —Explotó Antoine, pasándose la mano por el cabello—. ¿Cuánto tendremos que darles? ¿Crees que podíamos ponernos de acuerdo sin llegar a un juicio?

Christian negó.

—Van a ir a la yugular, son tiburones, Antoine. Vuelvo a repetirlo, y me perdonan que lo remarque, pero gracias a Dios la azotea se desplomó cuando ningún obrero estaba trabajando en la obra.

Vi a Alessandro bufar. Para él, Dios era un invento de ignorantes...

—No quiero ni imaginarlo —dijo Antoine.

—Cuando lo encuentre, voy a matarlo... Lenta y pausadamente —informó Alessandro entre dientes, su mirada decía peligro a los cuatro vientos.

—No, no lo harás. La última vez que quisiste matar a alguien, tuvimos muchos problemas, y la empresa no necesita un puto enunciado amarillista más —refutó Antoine—. Me asocié contigo porque vi tu capacidad para sortear y destrozarse cabezas sin que salpicara sangre, Alessandro, y así va seguir siendo; ni mi esposa ni mi hijo van a quedar desamparados en un futuro por un puto arranque tuyo. —Sentenció Antoine. Se veía diferente, más maduro, más... No sabía exactamente qué era.

La habitación se sumió en un silencio tenso.

Iba a volver a la habitación cuando su voz sonó como trueno.

—¿Qué demonios haces escuchando detrás de las puertas, Katheryne? —La mención de mi nombre me hizo pegar un brinco—. ¿No te enseñó tu madre que era de mala educación? —Su voz era tan afilada como una navaja nueva—. Ven aquí —ordenó.

—Yo solo... —Chris me dio una mirada interrogante—. No fue mi intención escuchar, simplemente bajé por algo de comer y escuché a Chris, pensé que quizá querría ver a Nella.

Mi amigo sonrió, él amaba a mi hija, era como si fuese parte de él.

—Me encantaría, peque, pero tengo una reunión en veinte minutos con la familia Claister. —Se giró viendo hacia Alessandro—. Cuadraré todo para que puedas dar esa conferencia mañana, Antoine.

—Contamos con eso, Chris —murmuró Antoine mientras servía un nuevo vaso de licor para él y tendía uno a Alessandro.

Mi amigo tomó su casco y su maletín, me dio un guiño cuando pasó a mi lado.

—¿La llevarás el domingo? —preguntó antes de irse—. La extraño.

—Lo haré. —Sonreí y vi a mi amigo partir.

Antoine se pasó la mano por su cabello.

—Yo debo irme también. —Colocó el vaso en el escritorio frente a Lex y bebió el suyo haciendo gestos extraños. Al parecer, estaba fuerte—. Klauss tiene su primera cita con el pediatra y Gianna no quiere ir sola. —Se dieron un fuerte apretón de manos. Antoine me dio un abrazo y salió del estudio, dejándonos a Alessandro y a mí sumidos en el más absoluto silencio. Iba a salir a encerrarme nuevamente con Antonella cuando...

—Odio cuando te quedas escuchando conversaciones que no te incumben, Katheryne.

—Solo venía a ver a Chris.

—Y yo nací ayer —contraatacó, irónico, llevando el vaso a su boca—. Sé que escuchaste casi todo. —Suspiró—. Ven aquí. —Palmeó su pierna.

—¿Qué sucedió? —pregunté, llegando a su lado.

—¿Sabes, Kath? Mi padre siempre decía que la ignorancia garantiza la felicidad. Entre menos sepas, más feliz serás. —Me hizo sentarme en su regazo.

—Quiero ayudarte.

—Y yo que no te metas.

—Alessandro...

—Shh... —Sus labios se unieron con los míos—. Ve con Antonella, despacha a Jane y quédate toda la noche junto a ella. Necesito salir y no sé cuánto tiempo estaré fuera.

—¿Dónde irás?

—No hagas preguntas que sabes que no te responderé. Mañana es la gala anual del GEA, no estoy para asistir a ninguna maldita fiesta, pero el departamento comercial de la empresa dice que debo actuar con normalidad—bufó—. Normal es no ir a ninguna jodida reunión, pero lo haré solo porque Dimitri me lo ha pedido. —Sus manos tomaron mis caderas, levantándose de su regazo.

—¿Estarás bien?

Él asintió.

—Te...

—Por favor, Katheryne. —Pasó la mano por sus cortos cabellos—. He tenido un día de mierda, estoy a punto de perder parte de la empresa por la cual he trabajado toda mi vida y, de paso, hacer un pequeño tour por algún reclusorio americano. Lo último que necesito es una jodida discusión por un

tema que ya hemos hablado. Sabes lo que pienso al respecto. Sé una buena chica y desaparece de mi vista hasta mañana, estoy en el límite de mi paciencia y eres la que menos merece que descargue mi ira. —Acarició mi mejilla con suavidad—. Anda, obedece.

Me arrodillé delante de él y mis manos acariciaron sus mejillas.

—Estoy aquí, Alessandro, para ti, para tus necesidades y tus problemas, sean los que sean...

—Lo sé... —Suspiró—. Vete ya, nena. —Me levanté, acercando mis labios a los suyos. Su perfecta mano me tomó de la nuca y unió nuestros labios en uno de sus besos devastadores—. Quédate con la niña, Katheryne.

Asentí. Si él quería silencio y soledad, yo se lo daría.

Subí las escaleras y me encerré en la gran habitación que mi hija tenía en esa casa. Jane estaba con ella, jugando con unos *Legos* en la alfombra.

—Puedes irte, Jane. Desde ahora, me haré cargo. —Le dije.

Ella sonrió.

—Si necesita algo, no dude en llamarme —expuso antes de salir.

—¿Qué vamos a armar, pequeña? ¿Una mini ciudad para la serie de *Peppa Pig*? —Mi nena me pasó un bloque—. ¿Un candado para colocar en el corazón de tu madre? —La alcé, dejándola en medio de mis piernas—. Él va cambiar, Antonella. —Suspiré—. Yo lo sé... Tú y yo lo vamos a hacer cambiar. Tú lo amarás y él te amará cuando te dé una oportunidad. —Me levanté del suelo y caminé hacia la ventana que daba al jardín delantero. A lo lejos, vi el *Lexus* de Alessandro abandonar la propiedad.

« ¿Dónde irás, Alessandro D'Angelo? »

5

Estaba profundamente dormida cuando un ruido me sobresaltó. Abrí los ojos y busqué el celular, viendo la aplicación donde podía vigilar la habitación de Antonella. Todo parecía normal, mi niña dormía profundamente. Dejé el celular sobre la mesa y estaba a punto de acostarme de nuevo cuando otro ruido me alarmó.

« ¿Y si había un ladrón? »

Me bajé de la cama –esta vez me había cerciorado de tener pijamas en el clóset–. Caminé hacia la salida. Si era un ladrón, prefería estar con Nella. Salí de la habitación, en estado alerta, la casa estaba en penumbras y la planta de arriba silenciosa. Bajé las escaleras, no sin antes tomar uno de los floreros menos pesados. El corazón me latía en los oídos. Bajo las escaleras estaba a oscuro, pero había un pequeño rayo de luz que provenía desde el estudio.

Alessandro estaba en casa.

« En serio... ¿Un ladrón? ¿En esta casa? ¿Con toda la seguridad que el maldito tiene, esa cerca inteligente y toda la tecnología? »

Negué ante mi tontería mental y bajé las escaleras con pasos suaves. Entreabrí la puerta un poco más, escuchando música triste y melancólica. Lex se había quitado el saco y no tenía corbata, por lo que, los primeros botones de su camisa estaban abiertos. En su mano sostenía una copa a medio llenar.

Suspiré suavemente mientras lo veía a la distancia: ojos cerrados, barbilla hacia arriba... Por un minuto, me dediqué a escuchar la melodía:

*Amor ti vieta
di non amar.
La man tua lieve,
che mi respinge,
cerca la stretta
della mia man;
La tua pupilla esprime:
¡T' amo! "
se il labbro dice:
"Non t'amerò!*

Alessandro llevó su mano hasta el puente de su nariz, respiró larga y profundamente antes de exhalar con fuerza.

—¿Qué te he dicho acerca de que me espíes? —murmuró, sin siquiera mirarme—. ¿Por qué te empeñas en llevarme la contraria, Katheryne? Quiero estar solo, te pedí que desaparecieras hasta mañana para que yo pudiera organizar mis ideas...

Decidí salir de la oscuridad y avancé un par de pasos hasta quedar dentro del estudio.

—Técnicamente, ya es mañana.

Él sonrió, últimamente sonreía mucho más y eso hacía que mi corazón aleteara desaforado.

—Mi chica inteligente y curiosa. —Llevó la copa a sus labios y tomó un sorbo generoso—. Ven aquí.

Caminé hasta llegar al sillón donde se encontraba. Él tomó mi mano dejándome sobre sus rodillas.

—¿Estás bien? —Cepillé su cabello con mis dedos y lo vi inhalar con fuerza. Cada noche, desde el día que llegué, se encerraba aquí hasta que el sol empezaba a despuntar, entonces iba a la habitación y me aferraba por la cintura.

Despertaba mucho antes que él, observaba a Jane atender a Antonella desde la aplicación que él mismo había instalado en mi celular. Luego lo observaba a él, la forma en su rostro se suavizaba mientras dormía, la simetría del mismo se vislumbraba en ese instante. Acariciaba sin tocarlo sus mejillas y me perdía en el tronar de su corazón.

Aún sin que él hiciera nada para demostrar que algún día podía amarme, yo seguía aferrándome a que él lo haría, no sabía si por la necesidad de sujetarme a algo que me mantuviera junto a él, o simplemente, por estupidez.

No habíamos intimado desde que había llegado a la casa. En un comienzo, supuse que había sido por mi período; pero cuando éste se fue, tampoco hubo acercamiento sexual.

No me tocaba como antes, pero me mantenía cerca.

—Lex... —susurré ante su silencio.

Él negó con la cabeza.

—No, no estoy bien. Esta sucursal se está yendo a la mierda y no puedo hacer nada para salvarla. El tiempo que estuve en Italia había logrado convencer a varios de nuestros socios de mantenerla abierta, pero con el desplome de ese edificio el día de ayer... La junta directiva quiere cerrar la

sucursal, indemnizar a los empleados y tratar de hacer lo posible por mantener la casa matriz a flote.

« En otras palabras: él va a irse... »

—Pero no lo permitiré, solo muerto. Fabrizio no va a volver a intentar joder mi vida. Esa gente, los empleados de D'Angelo Building, necesitan mantener su trabajo, no tener unos seguros por desempleo —murmuró y dejó el vaso en el escritorio—. Necesito pensar, pero no se me ocurre ningún tipo de estrategia, lo único que tengo claro es que debo vender la mitad de mis acciones y eso no es algo que me haga feliz, me deja al mismo nivel que el maldito, en cuanto a decisiones ante la junta directiva.

Estaba tenso, así que coloqué mis manos sobre sus hombros y empecé a masajearle.

Él deslizó sus manos por mis muslos, ascendiendo suavemente hasta dejarlas en mi cintura.

—Quisiera poder mandar todo al infierno, tomar mis cosas y volver a Italia. Quisiera simplemente llevarte a la cama y perderme en tu interior. — Sus labios buscaron los míos, y no se los negué, me estaba quemando por sentir cualquier tipo de contacto de su parte. Su tacto era el fuego en mi piel, quemando cada minúscula partícula de mi cuerpo—. *sentí come ti desidero bella? Voglio seppellirmi in te e voglio bere i tuoi ansiti, voglio che gridi il mio nome e graffi la mia spalda, voglio sentire un valore del tuo corpo accanto a me, che l'odore dei tuoi, poro, voglio bagnarme da te , ed essere con te finchè il mondo esploderà intorno a noi*^[19] —susurró en mi cuello. Solté un gemido ahogado al sentir su erección tallando sus pantalones. Su beso fue fuego quemando mis venas, lo deseaba con cada pequeño roce. Mi mano descendió por su pecho justo a la cinturilla de sus pantalones. Entonces Lex me detuvo. Su mano apresando la mía, sus ojos verdes observándome con lujuria. Mi respiración era acelerada, mientras él lo tenía todo controlado. Acarició mi labio con su pulgar—. Quisiera poder tomar todo de ti, Kath.

—Entonces hazlo —murmuré de vuelta.

—*No, se ti prendo in questo momento, sarebbe per ragioni egoistiche, sarebbe per il mio piacere e non per il tuo, per la prima volta sarei il tuo padrone e vorrei chiedere da te ogni minimo piacere che mi puoi dare ... tu e io non vogliamo farlo così, non voglio che tu mi vedi come un mostro.*^[20]

—Lex... —No había entendido ni la mitad de sus palabras. De hecho, solo había entendido la última frase. Él no quería ser un monstruo.

—Ve a la cama, *mia bella*. —Me instó a levantarme.

—Ven conmigo... —Tomé su mano y él giró el rostro hacia la pared de cristal.

—Aún es de noche, nena.

—Por favor...

—No insistas, no voy a hacerlo. —Me levantó de su regazo, dándome una nalgada juguetona—. Ve a dormir, voy a trabajar.

—¿Acabas de nalguearme? —inquirí, mirándolo incrédula. Necesitaba hacer algo por él.

—Lo hice. —Sonrió de medio lado.

—Dijimos que...

—¡A dormir! —indicó con voz de trueno, escondiendo una sonrisa.

Me giré, viéndolo patidifusa.

« ¡Te amo! ¡Te amo! » , gritaba en mi interior, pero no lo diría, a él no lo alegraría. Al contrario, esa minúscula palabra sería una roca más en su montón de problemas.

—A la cama. —Se levantó, dejando mi rostro apresado por sus manos, sus ojos enfocados en los míos—. No lo digas... —murmuró—. No lo sientas, no lo quiero, no lo merezco.

Me besó una vez más, sus dientes apresando mi labio. Era un beso suave, pero no por ello menos voraz que sus otros besos. Soltó mi rostro, bajó sus manos y caminó hacia su escritorio.

Suspiré resignada, con los ojos aguados ante su capacidad para volver mi corazón polvo. Yo decidía si amarlo o no, pero podía ver cuánto le afectaba que lo hiciera. Era el momento en el que levantaba su armadura.

—Katheryne... —Me giré—. Cómprate un vestido bonito para mañana, algo que deslumbre, tengo que salir temprano al terreno donde se construirá un nuevo edificio, pero Ben estará a tu disposición. Ahora, sé una buena chica y vete.

No noté cuando él entró a la cama conmigo, pero mi cuerpo me decía que lo había hecho en algún momento, cuando el sol despuntó. Las sábanas olían a su *Aftershave*. Abrí los ojos y me senté en la cama al verlo pasar del clóset a la habitación conjunta. Era temprano y la mañana parecía que iba a ser fría.

—Hola —susurré cuando lo vi subir los escalones. Me dio una media sonrisa y abrió el cajón de las corbatas, me quité las cobijas y bajé de la

cama. Y, en un impulso descontrolado, lo abracé por la espalda, acariciando su duro pectoral.

—¿Pudiste descansar?

—Lo normal.

—¿Te sientes mejor?

—Tanto como puedo al llevar auestas una empresa en ruinas.

Tomé la corbata verde de sus manos y lo llevé hasta la cama.

—Déjame hacer esto.

—Kath...

—Tssk. —Levanté el cuello de su camisa y empecé a hacer el nudo—. El padre de Isabella no sabía hacerlo, así que mi madre lo hizo por él hasta que Isa aprendió. Era un pequeño momento entre ellos... —Jalé la tela y acomodé el nudo en su cuello, antes de bajar el cuello de la camisa y deslizar mis manos por su clavícula.

Alessandro me instó a sentarme sobre sus piernas, a ahorcadas. Sus manos acariciaron mi espalda.

—Tengo que irme. —Mordió mi mentón. Más que dolor, la energía del placer recorrió cada rincón de mi cuerpo. Atrajo mi pecho al suyo—. Un bonito vestido, recuérdalo. Algo que deslumbré. Ve con Gianna o con esa loca amiga tuya.

Sabía que pedía algo deslumbrante para que yo fuese el foco de atención de la prensa; no me importaba, haría lo que fuese para ayudarlo.

Llamé a V una vez que Alessandro se fue. Ella estaba encantada de ayudarme a comprar. La verdad, me moría de ganas por llamar a Gianna, pero me sentía como la peor amiga del mundo... Había escuchado a Antoine hablar de Klauss, el hijo que él y Gi habían tenido, pero no sabía cómo volver a acercarme.

—¿Qué vas a hacer con el departamento? —dijo V mientras le colocaba el pañal a Antonella—. ¿Vas a entregarlo?

—No lo sé...

—¿No estás segura con él?

—Con Alessandro, nada es seguro, V.

—Bueno, no pensemos en eso, hoy nos vamos de compra. ¡y con un cupo ilimitado! —Levantó a Antonella—. ¡Ya sé, el vestido tiene que ser rojo —dijo un grito—, para que resalte el color de tu piel! —Se levantó del sofá—.

¡Mierda! También tenemos que comprar zapatos... Altos, muy altos.

« Dios me libre, Gianna recargada. »

—Sí, que te haga ver regia al lado de ese pedazo de hombre... ¡Oh, Dios! ¡Putá envidia, Katheryne! ¡Eres una muy mala amiga!

Iba a hablar, pero una vocecilla fina me interrumpió.

—Al menos te has dado cuenta ahora.

—¡Gianna! —Casi chillé mientras corría a abrazarla—. Oh, Gianna. Lo siento...

—Sabía que tenías algo guardado —apuntó, mirando a Antonella—. Así que no era tu hermana, ¿verdad?

—Gianna, yo...

—Antoine me lo explicó todo, él debe amarte mucho si te perdonó semejante mentirota.

V me miró, su mirada de “¿y esta tipa quién rayo es?”

—Soy Gianna Difeo —dijo, extendiendo la mano a mi amiga loquita.

—Yo soy... —V fingió pensar—. Soy V —dijo, extendiendo su mano y apretando la que Gianna le ofrecía.

—¿V? ¿Diminutivo de Vanessa o Victoria? —Una de las cejas rubias de Gianna se inclinó más que la otra.

—No, diminutivo de Ve...

—Solo V —mencionó mi amiga, interrumpiéndome.

Enarqué una ceja.

—Entonces, es tu hija —refirió Gianna, acercándose—. Bien, al menos Klauss tendrá una amiga de confianza. —Peinó su cabello—. Alessandro me ha llamado para que te acompañe a escoger un vestido.

Iba a hablar, pero Gi me interrumpió.

—No me vengas con esa excusa barata de que tienes el clóset lleno de vestidos —bufó exasperada.

—No, te iba a decir que V me iba a acompañar también.

Mi amiga cuadró su postura, quedando perfectamente erguida.

« ¿Qué se supone que soy yo, un hueso entre dos perros? »

—Puede venir con nosotros igual —aceptó Gianna, relajándose—. Sí quieres venir, ¿no?

—Por supuesto, claro que sí —replicó mi amiga, relajando también su postura.

—Alessandro también me ha dicho que hay que comprarle ropa al bebé.

—Antonella tiene suficiente ropa. —Me opuse, tomando uno de los

vestidos enterizos de mi hija.

—Tengo que comprar unas cosas para Klauss y, de paso, compararemos para tu bebé, y punto final, Katheryne. Me lo debes por no irme a ver mientras estuve de reposo.

—¡Dios, Gi! Lo lamento. ¿Dónde está Klauss? —pregunté.

—Es Niklauss —sonrió—. Está abajo con Mariana, una chica que Antoine contrató, según él, para que me ayude con el bebé, pero apenas llega a casa, me quita el bebé de los brazos y Mariana se hace cargo de él hasta la mañana siguiente. —Ya sabía de dónde había salido Jane.

—Entonces, ¿dónde vamos a ir a comprar ropa? —preguntó V, acomodando su cabello en una coleta alta.

—Creo que debemos empezar por Carolina Herrera, ella quizás tenga un bonito vestido que te siente bien. De paso, busquemos mi vestido. —Tomé a Antonella y suspiré, el día iba ser jodidamente largo...

Salimos de la habitación y bajé las escaleras. Pensaba llevar a Nella conmigo; confiaba en Jane, pero no quería dejarla sola.

—El señor ha informado que debo acompañarla, señora —dijo Jane cuando llegamos al primer piso.

—Jane, no es necesario, puedes quedarte y...

—Déjala que te acompañe. —Gianna habló—. No vamos a poder con las bolsas y los bebés, más todo lo demás.

Me dio miedo Gianna, cuando ella decía bolsas, y la juntaba con compras, significaba que el día iba ser demasiado tortuoso.

Y fue horrible...

Miles de bolsas, los pies me dolían. Cuando teníamos todo comprado, y cuando yo pensé que la tortura había acabado, Gianna me llevó donde se hallaba mi mayor pesadilla: ¡Francis!

Me tiraron del pelo. Hubiese preferido ir con Gabriel, pero él estaba hecho un energúmeno desde que se enteró que había vuelto con Alessandro, y nuevamente, había optado por el silencio...

Luego del peinado, y una mascarilla que Gianna y V me habían obligado a colocarme, me enfrenté a las benditas bandas de cera depilatoria. Nota mental, no juntar más a Gianna y V... Si por separado daban miedo, juntas eran el mismísimo demonio. Trataba de no pensar en la cantidad de dinero que

habíamos gastado, mientras las chicas de Francis me hacían las uñas.

Cuando llegamos a casa, Alessandro y Antoine salían del estudio.

—¡Jesús, María y José! —exclamó V, pegada a mi oído—. Dime, por el amor a todo lo sagrado, que ese espécimen hermoso no tiene dueña.

—Pues llegas tarde, corazón. —Gianna me guiñó un ojo, con diversión. A pesar de las diferencias se habían hecho amigas—. Está atado a mi cama hasta que se muera.

—¡Nooo! —V tenía un gesto demasiado dramático y cómico, soltando las bolsas de las compras y llevándose la mano derecha a sus ojos.

—Deduzco que has herido de muerte mi tarjeta de crédito, *mon amore* —dijo Antoine, mirando a su esposa, ante la risa mal disimulada de Alessandro.

—¡Quién te oye, te cree, exagerado! —bufó acercándose a su oído le susurró en italiano, guiñándole un ojo coquetamente, y Antoine sonrió exactamente la misma sonrisa de mi demonio.

—¿Tú también compraste algo para después de la gala? —Alessandro se acercó a mí. Entendí que por eso Gianna había insistido en que entráramos a ese *sex shop*.

—¿Necesitas un nuevo artilugio? —Él negó con la cabeza, se veía diferente, atrás había quedado la veta melancólica. Pasó la lengua por su labio y me sentí humedecer súbitamente.

—¡Oh, por favor! Demasiada tensión sexual en esta sala. Solo me falta traer el violín y tocarles... Eso, o una cámara para grabar una porno.

Casi dejo caer a Antonella, que venía dormida en mis brazos, y podía jurar que Gianna estaba sonrojada.

—Puritanas... —bufó—. Me voy, Katie Kath. Espero que tengas una noche bastante movida. —Meneó sugestivamente sus cejas recién delineadas y yo le di un codazo—. Procura ponerte la roja, eso les abre el apetito sexual —dijo en mi oído cuando se acercó a darme un beso, como si al hombre frente a mí tuviese que abrirle el apetito sexual—. Tengo una larga cita con Dsex esta noche.

—¿Dsex? —Se interesó Gianna, alzando una ceja.

—Ustedes no lo necesitan, créanme... —V le dio un beso a Antonella y salió de la casa. Riley iba a dejarla en nuestro antiguo edificio.

Gianna, Antoine y Klauss se despidieron a los pocos minutos que V se marchó. Noté que Alessandro no había dado una sola mirada al bebé envuelto en cobijas.

Entregué a Antonella a Jane y ella nos dejó solos en el recibidor.

—¿Compraste un bonito vestido? —inquirió Alessandro, mirándome de arriba abajo. Su mirada estaba viva, era como si el fuego bailara en su iris verde. Me acerqué a él y su mano hizo su camino hacia mi nuca. Su beso me supo a whisky, a deseo y promesas. Sentí un rayo de placer recorrerme entera. Lo necesitaba, hacía más de una semana que no teníamos ningún tipo de contacto, y mi cuerpo reclamaba el placer que solo él podía darme.

—Te ves de mejor humor. —Señalé cuando él terminó el beso.

—Si el infierno se abre ante ti, ve y conversa con el diablo. Voy a estar en el estudio, *principessa*. —Levantó mi mentón, dejándome perder en sus ojos verdes. Bajó un poco su cabeza, logrando que nuestros labios casi se rozasen. Me dio una nueva sonrisa deslumbrante antes de soltarme y empezar a caminar de vuelta a su estudio.

—Amo... —Él se giró, el gesto de satisfacción de su mirada era total—, te deseo.

Él asintió.

—Ven a mí cuando estés lista, yo me cambiaré en uno de los cuartos de huéspedes. Estoy demasiado controlado, pero no sé qué pasaría si te veo desnuda. —Su voz era lujuria líquida.

Joder, le decía que lo deseaba y él se iba. ¿Ni un beso, toqueteo o algo? ¡Dios, ¿quién entiende a los hombres?! Subí las escaleras, de dos en dos, y fui al cuarto de Antonella. Jane ya estaba allí cambiándole de ropita. Miré mi reloj de pulsera y suspiré, tenía el tiempo justo para comer algo rápido y arreglarme para la gala. Le di un beso a mi pequeña y me fui a mi habitación.

Me despojé de toda mi ropa y, con mucho cuidado de no dañarme el maquillaje y el peinado, me di un baño en la tina.

Cuando salí, Sasha dejaba un plato sobre la mesa frente al sofá.

—El señor quiere que coma algo ligero antes de irse, señorita.

Asentí, puesto que moría de hambre. Cuando terminé, saqué el vestido y los zapatos, y los coloqué en la cama. Debía empezar a arreglarme antes que se hiciera tarde.

Una hora más tarde, suspiré al verme en el espejo. Aún conservaba el maquillaje que Frankie se había empeñado en hacer, solo tuve que retocar mi labial por uno de color rojo que las chicas habían comprado. Miré mi reflejo

una vez más, el vestido era rojo, pero no un tono suave, era como un profundo carmesí; tenía un escote estilo corazón, de corte princesa y enmarcado con piedras que parecían cristales. Se ajustaba perfectamente en mi torso hasta llegar a la cadera, en donde caía en una falda drapeada. Tenía pequeños detalles bordados en plata muy finos y elegantes. Había sido un sí por parte de Gianna y V tan pronto salí con él del mostrador. Gianna le había dejado a V escoger mis zapatos si ella elegía la ropa interior del probador. Me impuse, no me sentía bien llevando el vestido sin bragas, así que Gianna eligió un pequeño panty de encaje en color rojo que era casi invisible... y lo decía en todos los sentidos. V, por su parte, escogió unas sandalias *Jimmy Choo*, altas, color escarlata, con pequeñas incrustaciones en brillantes, también eligió un bolso pequeño a juego.

Suspiré, tomando aire fuertemente antes de salir de la habitación. No fui con Antonella, sabía que Jane estaba con ella. Descendí las escaleras con mucho cuidado de no caerme.

Alessandro estaba en el estudio, como siempre. No podía ver cómo estaba vestido, pero sabía que se vería impresionante. Toqué en el umbral de la puerta y él levantó la cabeza del ordenador. Su mirada brilló y no pude evitar la sonrisa tonta en mi cara.

—Estoy lista —susurré.

—Ven aquí. —Me llamó, su voz fue grave.

Tragué el nudo en mi garganta y caminé hacia él con pasos lentos. Se había retocado el cabello, no tan corto como la primera vez que lo vi, pero estaba corto; su barba había sido arreglada y le daba esa imagen de hombre duro que él irradiaba. A medida que me acercaba, noté su camisa blanca e impoluta, y la corbata vino tinto que llevaba. Como si fuese un *déjà vu*, él abrió el cajón y me hizo sentar en sus piernas para colocarme la fina gargantilla de brillantes que hacía juego con los acabados del vestido.

Toqué la joya y recordé a Gianna tomándome una fotografía cuando salí del probador.

—Solo guardo los cambios y nos iremos.

—¿Puedo saber qué estás haciendo? —pregunté, mi voz salió muy baja.

—Un nuevo hotel, este quiero diseñarlo yo mismo de principio a fin. — Miré los planos en el programa del computador—. Pasará mucho tiempo antes de que pueda proponer el proyecto.

—¿Se han solucionado los problemas?

—Los problemas apenas empiezan, *principessa*... —suspiró resignado.

—Christian es un buen abogado.

—Lo es.

—Levántate, apoya las manos en el escritorio y abre tus piernas para mí.

Lo miré con los ojos abiertos debido al dispar rumbo de la conversación.

—Es una orden, Katheryne.

—Vamos a llegar tarde...

—No me hagas repetirlo. —Su voz tenía ese timbre controlador que había extrañado.

Me levanté de sus piernas e hice lo que me había ordenado.

—No voltees. Si lo haces, te azotaré.

—No puedes azotarme. —Mi voz tembló ante la anticipación.

—No querrás retarme, *picola*, ¿verdad? —Lo sentí rodar su silla hacia atrás y luego agacharse a mi espalda—. Zapatos para follar —murmuró para sí mismo—. Buena elección, me aseguraré de dejarlos donde están.

Iba a decir algo, pero la sutil caricia de sus dedos trabó mi lengua, mientras el cosquilleo se repartía por todo mi cuerpo. Acarició mi trasero, deteniéndose en la cicatriz que él había causado; la repasó como queriendo borrarla, lo que me hizo emitir un jadeo. Bajó mis minúsculas bragas y éstas cayeron por mis piernas, gracias a la gravedad.

—Te has depilado... —Sus dedos se trasladaron a mi sexo, caricias suaves y lentas. Empecé a respirar con dificultad. Sin penetrarme, acarició mis labios, ahora húmedos por su toque, y emitió un gemido estrangulado cuando encontró mi clítoris tan duro como una pequeña piedrecilla.

—Quisiera poder tomarte ahora, pero creo que arruinaría tu vestido y tu maquillaje.

No dije nada, no estaba segura de mi capacidad para hablar estaba intacta.

Retiró sus dedos de mi piel, haciéndome bufar.

—Abre las piernas.

—No puedo —vacilé—, el vestido no me lo permite.

—Sí, puedes. ¡Hazlo!

Me reacomodé y él retomó la torturante caricia. Poco a poco, mi sexo comenzó a calentarse y el calor causaba que toda mi intimidad pícara.

—Pensé en hacer esto de muchas maneras, incluso llegué a pensar en la posibilidad de usar un tampón. —El olor a canela inundó el lugar justo en el momento que dos de sus dedos me penetraban—. Pero me habría perdido de

esto.

Me aferré al escritorio. '

—Tan apretada. Tan malditamente apretada.

—Lex...

—Cada vez que camines, sentirás cómo tu sexo arde de deseo. — Masajeó mi clítoris, haciéndome gemir—. Desearás que te tome de cualquier manera.

« Ya deseo que me tomes. »

—Y lo haré. —Sus manos descendieron suavemente hasta llegar a mis talones—. *e poi quando arriviamo ti scoperp fino all'alba con qieste fottute scarpe*^[21]. —Tocó mi pantorrilla y dio un ligero golpe—. Levanta las piernas, bella.

Hice lo que me pidió y él volvió a colocar las bragas en su lugar. Sacó sus manos de bajo mi falda, sujetó mis caderas y luego se levantó. Me giró, situándome frente a él, y llevó mis diminutas bragas rojas de encaje a su nariz. Sin importarme nada más que el deseo recorriendo mi ser, estampé mis labios contra los suyos de manera apremiante. Lex tomó el control rápidamente. Su mano se fue a mi nuca y movió mi cabeza hacia un mejor ángulo. Devoró mis labios con hambre, dejando pequeños mordiscos en el inferior. Su lengua arremetió contra mi boca y mis manos apretaron su camisa.

Era un beso carnal, posesivo, uno que destilaba pasión y lujuria. Mandé mis pulmones al infinito y más allá cuando bramaron por aire. Seguí su beso casi con la misma intensidad que él y me subí sobre su escritorio, atrayéndolo hacia mí.

La fiesta podía irse al diablo.

Mi sexo ardía.

Mi interior palpitaba y la erección en sus pantalones negros hacía más que evidente que no era la única que deseaba sexo en la habitación.

Sin embargo, él se alejó, su viperina lengua lamió sus labios y su dedo pulgar se deslizó por el mío.

—*La mia ragazza dolce ed excitante*^[22]... —Mi pecho subía y bajaba de manera rápida, el calor en mi intimidad era desesperante—. Tenemos que ir a una fiesta. —Sonrió de medio lado y dejó el minúsculo pedazo de encaje en su gaveta—. Compórtate. Y cuando lleguemos... —Arregló su camisa y tomó su saco, empezando a caminar hacia la salida—. Tienes cinco minutos, te espero en el auto, *dolcezza*. —Agarró la manija y se giró—. No pienses en limpiarte o se acabó el juego.

« Si él tiene mis bragas en su gaveta ¡¿qué demonios tengo yo puesto?! »
Palpé mi cintura y, efectivamente, tenía unas nuevas pantis. Respiré profundamente intentando calmarme. Me sentía empapada y viscosa, pero él había dicho que no podía lavarme. Mi sexo ardía de deseo, mi cuerpo vibraba ante la sensación. Crispé mis manos, sujeta al escritorio, controlando el calor que me dominaba.

—Kath... —Escuché su voz en el recibidor.

—¡Ya voy!

—Vamos a llegar tarde, Katheryne. —Iba a decirle que hacía dos minutos no le importaba llegar tarde, cuando la vibración comenzó, leve, muy leve. Llevé mis manos a mi entrepierna. Un gemido vergonzoso salió de mi boca, al tiempo que apretaba mis piernas, intentando calmar el calor, la necesidad... Mordí mi labio justo cuando Lex aparecía por la entrada.

—Riley nos está esperando. —Abrió su mano, mostrándome un llavero con un pequeño cuadrado negro, similar a las alarmas de los autos—. Un poco de vibración hará tu noche más entretenida, tesoro. —Sonrió el demonio, mostrando su mejor sonrisa, una que prometía horas y horas de tortura—. Incrementará tu deseo. —La vibración cesó.

—Ya está incrementado. Créeme, la fiesta puede irse al infierno.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Te necesito aún más deseosa, casi tan famélica como yo. —Sus ojos se oscurecieron, o quizá era mi visión nublándose ante todas las sensaciones que recorrían mi cuerpo—. Un minuto, Katheryne.

6

Me tomó un poco más de un minuto recomponerme. Mis piernas parecían de gelatina; aun así, logré estabilizarme y salir. Alessandro estaba hablando por celular, caminaba de un lado al otro en el recibidor a medio alumbrar. Sus ojos se encontraron con los míos cuando despedía a la persona del otro lado de la línea. Guardó el aparato y tomó mi abrigo antes de encaminarse hacia mí. Me ayudó a colocármelo y acarició mi mejilla con su pulgar.

—¿Lista para irnos? —Asentí y él tomó su abrigo antes de agarrar mi mano y salir a la terraza.

Riley nos esperaba fuera de una hermosa limosina negra, con la puerta abierta para Alessandro.

Me ayudó a subir y luego lo hizo él. Su celular sonó en su saco y él miró el mensaje con una ceja arqueada. Nadie que lo viese en ese momento imaginaría lo excitadamente cruel y perverso que era. Él se enfrascó en su celular. Me dediqué a mirar los pocos copos de nieve que caían por la avenida. La fiesta de aniversario del GEA se llevaba a cabo en uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad. Al bajarnos de la limusina, la lluvia de flashes nos inundó; periodistas preguntaron a Alessandro sobre la empresa, pero él se dedicó a darles sonrisas forzadas. Mantuve mi mano en su espalda, acariciándole con mis dedos, intentando darle apoyo, hasta que pudimos entrar. Alessandro entregó la tarjeta y juntos pasamos hasta el salón, que estaba perfectamente decorado con los colores de la organización: blanco perlado y dorado. Las mesas estaban organizadas de tal manera que rodeaban la pista de baile y la pequeña tarima, donde tocaba una banda.

Caminamos entre las personas hasta encontrar nuestra mesa. La doctora Malinov rápidamente llegó hasta nosotros.

—Hola —dijo con su sonrisa característica—. Alessandro, quiero darte las gracias por el estuche de *Dolce & Gabbana* que diste para la subasta.

—No es nada, sé que ustedes apoyan a niños huérfanos, es por una buena causa.

—¡Katheryne, qué bueno verte! ¿Cómo se está portando mi paciente favorita?

—Como un ángel —respondí con una sonrisa—. No tengo cómo agradecer todo lo que usted hizo por nosotras, doctora Malinov.

—Solo Odette, Katheryne. ¡Tengo veintiséis! —rio—. Ven conmigo —dijo cuándo el doctor Malinov empezó a acercarse—, te presentaré a unas amigas.

Internamente, deseé que V estuviese por ahí...

Estaba hablando con Mía, una de las amigas de Odette, cuando vi a Gianna llegar. Se veía realmente hermosa en el vestido ocre que ella había escogido, sus zapatos eran impresionantemente altos. Se acercó a la doctora Malinov y le dio dos besos antes de llegar a mí.

—Quedaste preciosa —murmuró después de darme un abrazo.

—Gracias.

—Míralo, no despega la vista de ti.

Miré a Alessandro y él me dio su sonrisa “moja bragas.” Lo vi meter la mano que tenía libre al bolsillo del pantalón... No lo iba a hacer, ¿o sí?

La respuesta llegó demasiado rápido cuando la maldita braga empezó a vibrar.

—¿Kath? —Sabía perfectamente que Gianna me hablaba, pero mis sentidos estaban repartidos solo en dos cosas: Primero, implorarle con la mirada que parara; segundo, contener el gemido que tenía en mi garganta.

Abrí los ojos, respirando trabajosamente al sentir cómo la vibración mermaba...

« ¡Maldito bastardo! »

Él volvió a sonreír sin dejar de hablar con los hombres que lo rodeaban.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gianna—. Has empezado a sudar y te sonrojaste.

« ¡Ábrete tierra y trágame! .”

—Estoy bien, Gianna. —Dejé que el aire llenara mis pulmones y lo solté lentamente.

Le di una mirada a Alessandro, pero él ya no me veía, estaba absorto en lo que Antoine y el doctor Malinov le decían.

De un momento a otro, su mirada se dirigió a la entrada y su vista se quedó clavada en la perfecta figura de una mujer. Era alta, hermosa, de largos cabellos rojos. Tenía un vestido *strapless* que se ceñía perfectamente a su figura.

Ella caminó provocativamente, captando la mirada de casi todos los hombres del lugar, hasta llegar frente a Dimitri, Alessandro y Antoine.

—Como se acerque un poquito más, le voy a quitar cada una de las extensiones que tiene en el cabello —siseó Gianna.

—Si Dimitri sabe lo que le conviene, en estos momentos, va mover su trasero hasta la tarima —musitó Odette con seriedad.

« ¿Qué podía decir yo? ¿Podía exigir algo? »

La mujer se acercó hasta Antoine, hablándole muy cerca del oído.

—¡Yo la mato! —exclamó Gianna, que iba a ir a donde estaban ellos, pero yo la tomé del brazo.

—Te cuento hasta cinco, Malinov, y van tres —advirtió Odette, mirando fijamente a su marido. Vimos al doctor Malinov caminar hasta subir a la pequeña tarima—. Ése es mi hombre. —Se despidió educadamente y caminó hacia él.

La mujer se acercó a Alessandro y vi todo rojo. ¡Ese hombre era mío! Él se alejó rápidamente luego que ella intentara darle un beso en la comisura de su boca. Intenté recordar dónde la había visto, su rostro se me hacía conocido, pero por más que pensaba, no podía enfocarme.

—¿Sabes quién es? —pregunté a Gianna, que negó con la cabeza.

—La he visto un par de veces con Alessandro, pero nunca la ha presentado.

—Buenas noches —habló el doctor Malinov en tono monocorde—. Es para mí un honor tenerlos aquí, esto no es una gala benéfica —sonrió—. Lo siento, princesa, pero no lo es. —Miró a su esposa—. Sin embargo, varios de nuestros amigos han donado cosas para las fundaciones que manejan mi esposa y sus amigas. —Se pasó la mano por su cabello negro—. En fin, todos tenemos dinero, así que, amor, ven aquí y empieza tu subasta a ver si podemos bailar, comer y beber de una buena vez. —Todo el mundo rio por el tono jocosos de sus palabras.

Odette se subió en el escenario y entrecerró los ojos a su esposo. Me gustaba cómo se veían ellos dos. ¿Ya había dicho que él se veía como si pudiera colocarse frente a una bala por ella?

Sentí el aroma de mi hombre acercarse y sonreí antes de que sus manos me abrazaran por la espalda, dejándolas en mi cintura.

—Si te gusta algo, solo dímelo —susurró, mandando escalofríos en todo mi cuerpo—. ¡Huelo maravilloso, *mia bella!* Almizcle y sexo. —Me atrajo aún más hacia él, si es que eso era posible.

—¿Quién es ella? —Miré a la mujer de cabellos rojos, era sexy y elegante, pero había algo en ella que no me gustaba ni un poco—. ¿Una amiga? —Quería preguntar: ¿Una sumisa?, pero esa mujer tenía porte de todo, menos de sumisa.

—Sabes que yo no tengo amigos —susurró—. ¿Estás disfrutando de tus nuevas bragas? —inquirió, pícaro, cambiando el tema.

—No vuelvas a hacerlo, por favor...

—Te dije que te quería dispuesta. —Su mano subió un poco, dejándola debajo de mis pechos.

—¿Cuándo no lo he estado? Dios, Lex... Pueden vernos...

—Todos miran al frente, *principessa*.

—Ya estoy famélica por ti, no es necesario usar todo esto —murmuré con voz ronca—. Solo lleguemos a casa... —Suspiré temblorosa por la sugerente caricia de su mano. Gracias a los tacones, recosté mi cabeza en el hueco de su cuello y él besó el lugar donde mi pulso latía desaforado—. Te deseo... siempre.

Él inhaló de mi cuello antes de separarse de mí y tomar una postura rígida. La subasta empezó con el estuche que Alessandro había donado. Uno a uno, los artículos que estaban en una mesa se fueron agotando.

—Este es de un donante anónimo —dijo una de las amigas de la doctora Malinov, mostrando la cadenita. Era pequeñita, muy hermosa, de color plata, con un bello dije de angelito. Me recordó tanto a una que tenía Isa y que tuvimos que vender cuando llegamos a Chicago, que el corazón se me estrujó y me vi negando antes que un par de lágrimas abandonaran mis ojos.

—*Pero era de tu mamá —dije, mirando los ojos negros de Isabella—. No lo hagas.*

—*Tenemos hambre y el dinero no va alcanzarnos —sonrió con tristeza, luego se llevó las manos al cuello y desbrochó la cadenita—. Cuando consigamos trabajo, la recuperaremos —indicó ella.*

—*Sería un bonito recuerdo para nuestro bebé. —Le dije, acariciando su vientre plano—. Trabajaremos mucho y la sacaremos de aquí.*

Mi amiga sonrió.

—*Mi madre siempre estará conmigo, Kath, tenga o no la cadena. Ahora mismo, importa el presente, y el dinero que tenemos no es suficiente.*

—*Me siento como una completa inútil —bufé. Ella volvió a reír.*

—*Pues mire, completa inútil. Si usted no estuviese conmigo, hubiese regresado corriendo a los brazos de mi padre y tal vez Nella no existiría. —Tomó mis manos—. Me has dado apoyo y para mí eso es importante. —Entregó la cadenita al dependiente después de cerrar los ojos y apretarla fuertemente una última vez.*

—¿Te gusta? —Alessandro tomó mi mentón, haciéndome mirarlo. Mis ojos estaban anegados en lágrimas por los recuerdos.

Negué con la cabeza.

—Dos mil quinientos dólares —dijo Alessandro.

Mis ojos se abrieron, apartando las lágrimas.

—El señor D'Angelo ha hecho una buena oferta, ¿puede alguien darnos dos mil ochocientos dólares? —preguntó una chica de cabellos negros, menuda, mientras el doctor Malinov estaba atrás y movía su pie impaciente.

—Cinco mil dólares —dijo Alessandro. El doctor Malinov sonrió, una sonrisa ladina y ladeada.

—Es suyo, señor D'Angelo—anunció la chica dando saltitos.

Alessandro sacó su chequera e hizo un cheque rápidamente. El doctor Malinov le entregó la cajita de terciopelo y él la guardó en su saco.

Odette se acercó al micrófono y, después de dar las gracias, la orquesta empezó a tocar. Era una canción suave, por lo que varias personas se hicieron en grupo para hablar en las respectivas mesas en las fueron asignados. La extraña mujer estaba con una señora de edad adulta y su mirada se enfocaba en Alessandro.

Podía ser muy hermosa y elegante, pero había algo en ella que no me gustaba del todo. Tenía un aura enigmático, algo en su alrededor decía “peligro”, como si fuese una amenaza. Un hombre alto y fornido, de largos cabellos castaños, se acercó a nosotros, dejando callado momentáneamente al doctor Malinov y a Antoine.

—Alessandro D'Angelo —dijo, extendiendo su mano a Alessandro—. Soy Demian Hamilton. No me conoce, pero he escuchado de usted. —Me pregunté internamente quién no había escuchado de él—. Me gustaría reunirme con usted, que hiciéramos negocios juntos.

—Demian Hamilton... ¿De Hamilton Holding?

—El mismo.

—¿Negocios, dijo usted? —Enarcó una ceja.

—Sé que en estos momentos D'Angelo Building está envuelta en problemas, pero también sé que no gracias a usted.

—Él es Antoine Difeo, socio y vicepresidente de D'Angelo Building —dijo Alessandro, presentando a Antoine.

—Me gustaría hablar con ustedes. —Sacó una tarjeta de su costosísimo traje—. Digan la hora y el lugar.

Miré al hombre de arriba abajo, tenía una sonrisa sexy y una mirada coqueta, aunque por encimita se veía que no era peor a Alessandro y Antoine... A parte, era igual de hermoso, piel ligeramente bronceada, ojos azules y cuerpo y trasero de infarto. Poseía tanta seguridad y emanaba de su cuerpo un fuego abrumador a su alrededor.

V lo iba a amar.

—¡Guau!... Eso fue extraño —dijo el doctor Malinov mirando a Alessandro—. Creo que has conseguido un inversionista.

—No lo necesitamos —refutó Alessandro a la defensiva. Sentí su mirada en mi cuerpo, dura y enfadada. —Me di cuenta de que estabas mirando de Hamilton.

Traté de no sonrojarme, pero fue imposible.

¡El tipo estaba buenísimo!... Si bien yo estaba a dieta, eso no me impedía ver la carta de postres... ¿O sí? iba a contestarle cuando el doctor Malinov habló: —Siempre es bueno un inversionista, Alessandro. Eso le dará credibilidad a tu empresa y, en estos momentos, lo necesita. Ahora si me disculpan, tengo una tradición tonta con Odi, hay una canción que a ella le fascina y la bailamos en todas las galas del GEA. —El doctor Malinov se levantó de la mesa, llegando a donde el chico que cantaba, en un fluido inglés, canciones suaves. Luego se giró y miró con picardía a su esposa antes de que ella se reuniera con él en la pista de baile.

—¿Quieres bailar, amor? —Antoine le preguntó a Gianna, acariciando su mejilla con sus dedos, y ella le dio una mirada de amor. Intenté no mirar, pero fue imposible. Internamente, me pregunté si algún día Alessandro me miraría así, e mediamente me reprimí por ello.

Alessandro suspiró, un suspiro largo y prolongado. Su vista se enfocó en la de la mujer de cabellos rojos y ojos enigmáticos. Ella alzó su copa diciendo algo que no entendí, pero que lo hizo bufar.

—Bailemos —dijo levantándose y estirando las inexistentes arrugas de su saco antes de darme la mano. Caminamos hasta la pista de baile mientras una melodía suave nos envolvía a ambos.

Alessandro me pegó a su cuerpo, colocando una mano en mi cintura y la otra en mi espalda, descubierta por el vestido. Dejé que mis manos se escurrieran por su pecho, agarrando las solapas de su traje. Él empezó a movernos suavemente, al compás de *Thinking Out Loud* de *Ed Sheeran*, Dimitri dio un beso en la cabeza a Odette mientras la atraía más a su torso. Suspiré mientras escuchaba la letra de la canción, hablaba del amor que

parece que nunca va a terminar, que sigue, a pesar de los defectos de ambos.

Alessandro me apretó más a su cuerpo, estaba rígido, erguido en toda su altura, mientras me deslizaba por el salón. Inhalé su aroma natural mezclado con la fragancia que me volvía loca. Bailando al ritmo de la canción, Alessandro suspiró y su barbilla se apoyó en el tope de mi cabeza... Bailamos un par de canciones más, su aroma me tenía completamente drogada. Cada día más. El amor que sentía por él se expandía, y me dolía saber que él nunca me correspondería, pero siempre hay una pena de amor, ¿no? Siempre lloramos por un amor no correspondido. La mujer que diga que no lo ha hecho no sabe lo que es amar de verdad; y yo lo amaba. Negro, oscuro y sádico, así era él, esa era su esencia. Me recosté en su pecho, queriendo que en mi cuerpo se grabara su olor para recordarlo cuando ya no estuviera a mi lado.

—Vamos a la mesa —susurró Alessandro trayéndome de vuelta. Tomó mi mano y me condujo a la mesa, donde ya estaban sentados Gianna y Antoine. El doctor Malinov y su esposa aún bailaban...

—¿Estás bien, Kath? —me preguntó Gianna, frunciendo el ceño.

Asentí, llenando mis pulmones, al momento que el doctor y su esposa caminaban hacia nosotros.

Ví a Alessandro cruzar un par de miradas con Antoine y luego mirar hacia la mesa donde estaba sentada la mujer extraña. Ella me miraba mientras tomaba de su copa... De hecho, su mirada estaba puesta en cada una de las mujeres de la mesa. Pero sentía que me miraba más a mí que a las demás... Como si quisiera descifrarme.

Dios. ¡Me estaba volviendo paranoica!

—Hey... —Me llamó—. Estoy aquí, no allá. —Tomó mi mentón y dejó que nuestros ojos se conectaran. Sacó de su bolsillo la cajita de terciopelo y la abrió, ofreciéndome la cadenita... Era tan parecida, pero no la misma—. Ven, te la pondré.

Negué y él observó a nuestros acompañantes, cada uno parecía metido en su mundo.

—¿Qué te he dicho de no aceptar mis cosas, Katheryne? —murmuró en voz baja.

—No la quería para mí, se parece mucho a una que tuvo Isa, me gusta más para Antonella.

Sus ojos estuvieron clavados en los míos.

—Entonces se la pondrás a Antonella cuando llegemos a casa.

Hablamos unos cuantos minutos antes de que empezaran a traer la cena.

El bufet estaba realmente delicioso, agradecí las clases que había tomado con Gianna sobre protocolo y glamour antes del incidente del látigo.

Sentí la mano de Alessandro en mi pierna y mi cuerpo se tensó.

« ¡Diablos, no aquí! »

Tomé su mano cuando ya iba por mis muslos.

—No —articulé sin voz. Él me dio una mirada de “no me retes”, antes de meter su otra mano en el bolsillo.

La vibración fue suave, pero se sentía igual que la vez anterior. Crucé mis piernas. Él tomó el tenedor, comiendo como si nada sucediese. Lo miré fijamente, sin importarme si los demás en la mesa nos veían.

« ¡Apágalo! »

Pero como si leyera mis pensamientos, la presión seguía más y más fuerte, enviando oleadas de placer a mi vientre bajo. Podía sentir las partículas estrellarse unas con otras, uniéndose después al cúmulo de placer que ya estaba lo suficientemente grande y casi a punto de explotar.

—Por favor. —Le dije, sujetándome de las orillas de la mesa, tratando de que ninguno de nuestros acompañantes notara nada extraño. Gianna hablaba entretenida con Odette y Mía y los hombres estaban metidos en una conversación sobre no sé qué diablos, en la que Alessandro respondía con monosílabos.

—¡No vuelvas a mirar a otro hombre en frente de mis narices! —murmuró en mi oído.

Jadeé y llevé mi mano hacia mi entrepierna, intentando sin éxito separar la tela de mi piel. Él volvió a centrarse en su comida y yo me tragué un gemido, mi mano se corrió hasta su pierna apretando con fuerza sus pantalones.

Jesús, Alá, Buda, Virgen de Guadalupe, Jodido Odín y todos los putos dioses de Asgard... Iba morir, iba...

—Lex...

Entonces la vibración cesó. Estaba húmeda y jodidamente adolorida, mi intimidad vibraba ante el placer dado, no culminado. No sabía si agradecer porque hubiese parado o maldecir porque no había seguido.

—Necesi... Necesito ir al baño —murmuré, levantándome, ante la sonrisa relampagueante de Alessandro. El bastardo lo estaba disfrutando.

A la mierda, iba quitarme el jodido aceite y a botar las malditas bragas en el primer contenedor que encontrase.

Me levanté de la silla, tratando de recomponer el latido acelerado de mi

corazón y caminando lo más elegantemente posible para llegar al baño. Podía sentir la humedad en mis partes íntimas, casi goteando por entre mis muslos. Caminé hasta llegar al baño y me encerré en uno de los cubículos.

Sentía mi clítoris hinchado, palpitaba levemente. Diablos, estaba logrando su cometido, estaba sobreexcitada. Estaba segura de que si volvía a accionar el “aparato del mal” iba a tirarlo sobre la mesa y pedirle que me follara hasta que se acabara el mundo.

Me reí ante nuestra imagen en la mesa, delante de todos. Saqué de la cartera una toallita húmeda y bajé las bragas del demonio limpiando levemente mi excitación. Ahogué un gemido cuando mis dedos tocaron mi clítoris, encontrándolo extremadamente sensible.

Guardé la prenda en mi diminuta cartera de mano, desechando el empaque de las toallitas. Suspiré y acomodé mi vestido. Debía salir antes de que la bestia le diera por buscarme. En el camino, me tropecé con la amiga de Alessandro. Estaba preparada para contestar cualquier ataque de su parte, pero ella solo me observó con superioridad. Enderecé mi postura y la miré como si fuese una cucaracha pegada en la suela de mi zapato. Ella sonrió, una sonrisa cruel que me recordó a Lex, pero no dijo nada, pasó a mi lado en dirección al tocador.

—¿Estás bien? —susurró Alessandro por lo bajo.

Asentí.

—Solo una hora más y nos vamos. Bailemos. —Me tomó de la mano y me llevó al centro de la pista.

Esa vez, no me concentré en su aroma ni en el latir de su corazón, mi mente era un caos mientras recordaba la mirada de esa mujer.

—*Dio, voglio voi in modo*^[23]. Nos he estado torturando, nena, y lo único que deseo ahora es tu coño tragándose mi verga. —Subí mi mirada para conectarme con la suya.

—Llévame a casa, Lex —susurré, acariciando su mejilla. Solo me bastó decir eso para que su mano se cerrara fuertemente contra la mía y, prácticamente, me arrastrara fuera del salón. Caminamos como posesos hasta llegar al elevador. Y no se había cerrado del todo cuando, con movimientos bruscos, me recostó en la pared metálica, dejando que cada hueso de mi columna se golpeará con la estructura mientras su lengua arremetía dentro de mi boca en un beso desesperado, hambriento y doloroso; sus dientes mordían y tiraban de mi labio inferior.

Embistió sus caderas en las mías. Solté un grito de placer, tomé su rostro

con mis manos y me entregué a su beso carnal y violento.

—Debería azotarte por haberte quitado las bragas... —Mordió mi mandíbula sugestivamente, haciéndome sisear de placer.

—No azotes, ¿recuerdas? —dije entre suspiros, volviendo a tomar sus labios.

—No creo poder llegar a casa, nena, te necesito ahora. —Admitió, aún con sus labios pegados a los míos.

—Casa —articulé como pude. Lo vi sacar su celular del bolsillo y oprimir una de las teclas.

—¡Joder! —gimió cuando enterré la punta del tacón en su trasero—. ¡Maldita sea! ¡Te quiero fuera del puto edificio, YA! —gritó antes de cerrar el celular, volviendo a atacar mis labios ferozmente.

Cuando el ascensor paró en el primer piso, volvió a tomar mi mano hasta arrastrarme fuera de las instalaciones de GEA. Vi a Riley aparcar el lujoso automóvil rápidamente.

—Entra, nena. —Me urgió. Ni siquiera esperó a que Riley se bajara a abrir su puerta cuando estuve yo adentro. Él se subió al coche—. Arranca. —Ladró al momento que subía el vidrio que nos separaba de Riley—. Ven aquí. ¡Puto y maldito vestido del demonio! —Me subió a horcajadas sobre su gruesa erección y me besó. Su mano tomó mi nuca fuertemente absorbiendo mis labios, dominando mi lengua. Sus manos trazaron figuras en mis pechos con sus palmas antes de bajar e introducirlas por debajo del vestido que estaba enrollado a mi cintura y muslos.

—Intuía que te las quitarías. Te conozco bien, *dolce*. —Sus labios viajaron por mi cuello, succionando el camino de mi arteria y sus dedos abrían mis pliegues, húmedos por su anterior beso.

Dos de sus dedos entraron en mí sin contemplación.

—¡Cristo! —gimió, y allí lo perdí, olvidé que estábamos en un auto, olvidé que Riley conducía...

Los labios de Alessandro bajaron hasta encontrarse con mi pezón izquierdo y me agarré fuertemente de los asientos del auto, acallando mis gemidos, mordéndome el labio hasta el punto de sentir el sabor metalizado en mi boca, entre tanto los dedos de mi bestia hermosa se colaban en mi interior. Sus labios se apoderaron de los míos absorbiendo mi sangre, mi saliva, dejando que su lengua acariciara la mía al tiempo que sus dedos entraban en mí a una velocidad vertiginosa. Sentía la presión de mis paredes vaginales a punto de colapsar.

—Córrete para mí, nena. Sé que quieres hacerlo. Baña mis manos con tus jugos, déjame probarte, *principessa* —susurró y estallé.

Grité como demente, poseída por las múltiples sensaciones que me daban sus dedos entrando y saliendo de mi cuerpo. Me dejé caer en su pecho, su respiración casi tan errática como la mía. El bulto sobresalía de su pantalón. Aún con el corazón latiéndome a mil por hora, llevé mi mano a su protuberante erección y la acaricié por encima de la tela.

—No —gimió, siseando—. Quiero descargarme dentro de ti, necesito llenarte, sentirme en tu interior una vez más. —Sacó sus dedos de mi interior y, como siempre, me invitó a probarme.

Dejé que mi lengua se escurriera por sus dedos, saboreándome. Escuché los gemidos guturales de Alessandro y sentí la cabeza de su miembro alineada justo sobre mi intimidad.

—¡Riley, quiero estar en casa en menos de diez minutos! —gritó la orden de manera forzada—. Acelera —ordenó. Sus manos viajaron a mis pechos, los sacó de mi vestido y se dedicó a jugar con ellos.

No pasó mucho tiempo cuando sentimos a Riley estacionarse. Mis pezones estaban rojos e hinchados, tenían la marca de sus dientes, y yo estaba completamente húmeda. La necesidad de tenerlo enterrado en mi interior estaba a 1000%. Necesitaba sentir su cuerpo sudoroso sobre el mío, sentir el latido desesperado de su corazón... Necesitaba amarlo, amarlo y olvidar la mirada de esa mujer sobre él. Ella lo consideraba suyo, lo sabía, pero pelearía por él.

Alessandro me tendió su gabardina negra, ya que estaba prácticamente desnuda. El elegante vestido estaba enrollado en mi cintura, dejándome el torso completamente descubierto.

—Ve a nuestra habitación, selecciona tres juguetes del armario, desnúdate y no te quites los zapatos.

7

Entré a la casa primero que él, sabía que seguía en el auto y me estaba dando tiempo. Una parte de mí, quizá aquella que había descubierto el sexo de su mano, me pedía que corriera a la habitación y me preparara para recibirlo, pero simplemente no podía, mi vida se constituía en dos mitades: una era para él, la otra era para la pequeña niña que dormía en su cuna. Subí a la segunda planta y me fui hasta la habitación de Nella. Jane estaba en el pequeño sofá cama, dormida, por lo que fui cuidadosa en cuanto a no hacer ruido. Cubrí a mi pequeña y dejé un beso en su frente, que la hizo moverse, mas no despertarse.

—Te amo, Antonella Cortéz—susurré antes de abandonar la habitación. Miré por la baranda para ver a Alessandro entrar a la casa. Alzó la mirada, encontrándose conmigo e irguió dos de sus dedos.

Me estaba dando dos minutos.

Entré a nuestra habitación, soltándome el vestido y quedando frente a dos espejos, colocados a un lado y detrás de nuestra cama, espejos que antes no estaban allí, también noté dos largas tiras de cuero que descendían desde una viga en el techo. Sacudí mi cabeza y caminé hacia el clóset. No pensé, solo tomé los tres primeros juguetes que encontré a la vista, los dejé sobre la cama y salí del vestido, dejándolo en el sofá.

Escuché los pasos de Alessandro y me arrodillé en el suelo, asumiendo la posición de sumisión para él.

Abrió la puerta con suavidad y jadeó ante mi postura. Cerré los ojos, intentando despertar mis demás sentidos. Mi audición se agudizó y sentí sus pasos hasta que se detuvo frente a mí. El aroma de su fragancia se coló por mi nariz, embriagándome con su olor.

—*Bella*—dijo en su perfecto italiano y luego se alejó rápidamente, el sonido de la ropa desprendiéndose... Su cuerpo calentó mi sexo. Una suave melodía empezó a llenar el lugar. Mantuve mi respiración suave, a pesar de que, a medida de que pasaban los segundos, mi corazón latía más fuerte. Anticipación, de eso se trataba todo.

—Ven.—Su voz fue suave y profunda. Tres letras que me incitaban seguirle. Me levanté del suelo, llegando hasta donde él estaba. Se había quitado los zapatos y los calcetines, además de la camisa, lo que lo dejaba

simplemente en el pantalón que había usado durante la fiesta—. Eres perfecta —susurró cerca de mi lóbulo. Sus dedos delinearon el contorno de mi cuerpo hasta entrelazarlos con los míos y subir mis manos hasta las tiras de cuero, que estaban sujetas al techo, abrochándolas a las muñecas.

Mi mirada vagó de sus ojos verdes a los espejos, alineados de tal manera que podía verme en cualquier ángulo: De lado, de frente...

Gracias a los tacones, su altura y la mía estaban parejas. Llené mis pulmones de aire, enfocando mi mirada en el espejo, grabando en mi memoria la perfección de nuestros cuerpos desnudos. Sus manos descendieron con suavidad, tocando la punta de mis pezones, una caricia fantasma que hizo que mi cuerpo temblara. Besó mis mejillas con suavidad. Su piel desnuda manaba fuego junto a la mía.

—Oh, Katheryne... *voglio tutto da te ,non solo pero bruciare il tuo corpo.....ho bisogno di ferire la tua anima con il mio respiro ,rubare il tuo cuore o possedere il tuo corpo, possedere la tua mente, pero avvere i tuoi sospiri essere il proprietario del tuoi gemiti*^[24].

Mi corazón se aceleró al escucharlo hablar en su idioma, el sonido de su voz era como música. A pesar de no poder entender las palabras, hacía que todo mi cuerpo reaccionara a él.

—Señor... —Mi voz salió temblorosa.

—Esto, *principessa*, es un columpio erótico, mi último juguete... Aquí esta noche. ¿Estás lista?

Asentí excitada y temerosa.

Tomó una de las cuerdas, que tenían como una suerte de correas, y la anudó a mi espalda por debajo de mis brazos; luego, ató la otra, que era similar, a mi cadera. Sus manos tomaron mis caderas, suspendiéndome en el aire.

—Flexiona una de tus rodillas. Tranquila, no te dejaré caer —susurró mientras tomaba otra de las cuerdas y la pasaba por mi rodilla derecha, por unas asas que culminaban en la cuerda, y luego hizo lo mismo con mi rodilla izquierda, dejándome levemente suspendida en el aire—. ¿Tienes clara tu palabra de seguridad? Esto puede ser un poco extenuante para ti.

Asentí aunque no la usaría...

—¿Cuál es tu palabra de seguridad? —inquirió sobre mi cuello.

—Amor —dije con voz temblorosa.

—Úsala si te sientes amenazada. —Acarició mi mejilla—. ¿Lo harás?

Asentí incapaz de decir alguna palabra.

—Voy a suspenderte ahora, Katheryne. No vas a caerte, confía en mí. Mantén las piernas separadas para poder ver ese dulce coño que tú posees y sujétate bien de las cuerdas que tienen tus brazos amarrados. —Alessandro tomó un pequeño control y las cuerdas me suspendieron un poco, dejándome a la altura de su cadera, levemente sentada. Y tal como había dicho él, mis piernas estaban abiertas. Estaba expuesta, colgada del techo por tiras de cuero. Alessandro soltó el botón de su pantalón y bajó el cierre, ante mi atenta mirada. Sus bóxer fueron retirados con el pantalón, quedando tan desnudo y expuesto como yo.

Acarició su erección con sus manos, arriba y abajo, pasando la mano por su glande y esparciendo el líquido preseminal en su base. Acercó la punta de su miembro a mis pliegues, dejándolo entrar solo un poco antes de retirarse y deslizarlo sobre mi sexo..

Dios, no quería que jugara, quería sexo, quería que me follara. Yo estaba tan necesitada como él.

—Mira cómo nos vemos de bien, nena... Tu perfecto coño bañando mi polla con sus jugos. —Volvió a deslizar su miembro por mis pliegues, haciéndome mecer hacia atrás un poco, debido a la posición y a las cuerdas.

—Lex... —susurré.

—¿Me quieres dentro de ti? —preguntó con voz contenida. Sabía perfectamente que el bastardo estaba a mil—. ¿Eso quieres? —Su voz tenía una fiereza ardiente—. ¿Lo quieres, Katheryne? —Su glande entró en mí para luego volver a salir.

—¡Por un demonio, sí! —grité, estaba a punto, necesitaba sentirlo.

—Pídemelo, *principessa*.

—Por favor —imploré con voz agónica.

—Sé creativa, pequeña. —Movía sus caderas, acercándolas a las mías, a la vez que mi cuerpo se alejaba hacia atrás.

¡Maldición!

—Vamos, pequeña —susurró nuevamente.

—Maestro, señor, dueño y rey de mi jodido universo, deseo que me llene completamente —chillé con voz agónica.

Él sonrió complacido, una sonrisita canalla e irónica.

—¿Viste? Puedes ser creativa cuando te lo propones, tesoro —murmuró con voz ronca y entró en mí de una profunda estocada... Las tiras llevaron mi cuerpo hacia atrás. Gemí en voz alta y me aferré a él cuando el vaivén de sus arremetidas se volvió frenético. Alessandro me hizo suya con fuerza, con la

necesidad primitiva de alguien que le urge respirar. Por los espejos, podía ver nuestro reflejo. En ese momento, sentía que las cosas eran distintas. Lo que estábamos haciendo era una danza, dos amantes: el amor de uno, la necesidad del otro. Estaba segura de que para el día siguiente estaría adolorida, pero no me importaba, era loco, pasional, y mi cuerpo temblaba ante las sensaciones provocadas por su piel sudorosa. No le tomó mucho llegar al clímax, arrastrándome junto con él. Grité su nombre en medio del frenesí orgásmico, sin importarme si alguien me escuchaba. No usó los tres juguetes que me había pedido, no los requería conmigo. Me aferré aún más a él cuando las sacudidas desmadejaron mi cuerpo, con mi cabeza hundida en el hueco entre su clavícula y cuello, él besó mi sien y se mantuvo moviéndose hacia adelante y hacia atrás, haciendo que el columpio me moviera, creando fricción entre nuestros sexos por varios segundos más...

—¿Estás dormida? —preguntó varios minutos después. Negué con la cabeza. Había soltado los amarres una vez nuestras respiraciones se calmaron y luego me depositó en la cama, recostándose a mi lado. Se levantó y yo tomé su muñeca. No quería quedarme sola, no después de lo que habíamos compartido.

—Quédate. —Le pedí en voz baja.

—Es más de media noche... —Intentó levantarse nuevamente.

—Por favor, quédate. —Volví a insistir.

—No insistas, pequeña.

—Te lo pido, quédate un rato más, solo un rato. No tenemos por qué hablar, solo hazme compañía hasta que me duerma.

—Hasta que te duermas. —Aceptó a regañadientes. Se sentó en la cama y quitó los zapatos de mis pies—. Descansa —susurró antes de acostarse nuevamente a mi lado. Subí la cabeza, recostándome justamente en su tatuaje, y entrelacé mi pierna con la suya, dejando que mi centro se restregara descaradamente contra su cadera.

Suspiré.

—*La tua figa sarà la mia fine*^[25].

Dejé que mi brazo acariciara su cadera y me pegué mucho más a él, recordando todo el placer que experimenté en el columpio.

Al cabo de media hora, sentí su respiración acompasada. Me levanté un poco para verlo profundamente dormido, nunca antes lo había visto dormir en

medio de la noche. Retuve las ganas de tocarlo, de abrazarlo, de besar sus labios. Se veía tranquilo, relajado...

La magnitud de mis emociones me golpeó con fuerza y mis ojos picaron cuando las palabras abandonaron mi boca.

—Te amo —articulé mientras mis dedos viajaban sobre sus cejas—. Te amo tanto... —Mi cabeza bajó hasta quedar a centímetros de la suya—. Quisiera poder decírtelo, poder demostrártelo de alguna manera, pero tú me evitas, me lo prohíbes... ¿A qué le temes?

Mi dedo recorrió su rostro sin tocarlo verdaderamente. Rendida, me recosté en su pecho y suspiré antes de caer en un duermevela intranquilo.

—¡Basta! —El primer grito cargado de terror me despertó automáticamente—. No, suéltame... —Alessandro se removía en la cama—. Déjame en paz. ¡No fue mi culpa! —Se quedó callado—. ¡Maldito, maldito, déjame! —gritó aún más asustado.

—Alessandro. —Lo llamé. Di dos aplausos para que la luz se encendiera—. Lex...

Él se subió rápidamente sobre mí, sus manos apretando mi cuello con fuerza.

—Maldito bastardo! ¡Nunca más! ¡Nunca más! Aleja tus asquerosas manos de mí, ya no soy un niño... No, aléjate, te destruiré. Voy a acabar contigo, bastardo. Crecí, te gané, te vas a quemar en el infierno.

Traté de quitármelo de encima, de luchar contra él, pero cada vez presionaba más y más...

De repente, me soltó. Un gemido brotó de su garganta cuando el nombre de Fiorella salió de ella de manera angustiante.

—¡Regresa a mí! Lo prometiste, mi amor... —Se meció sobre mí—. Maldita sea. Déjala, Fabrizio, ¿qué quieres de mí? Déjala... No, tómate a mí... A mí. Déjala a ella... Fiore, mi amor, vuelve... —Empezó a sacudirse salvajemente.

—Alessandro. —Traté de removerlo y sus manos volvieron a mi cuello nuevamente.

Le golpeé. Mis uñas arañaron su pecho y él llevó su mano cerrada en un puño. Sin embargo, antes de que me golpease, grité lo primero que me vino a la mente:

—¡Amor! —Lex abrió los ojos, asustado. Se alejó de mí y me hice un ovillo a un lado de la cama. Una de mis manos trataba de sofocar el ardor en mi cuello.

—¡Maldición! —gritó—. ¡Tenías que dejarme ir! —Volvió a gritar, tomando mis manos y apartándomelas del cuello—. ¡Joder, Katheryne! ¡Joder! —maldijo una vez más al ver mi piel. Se levantó de la cama, caminando hasta la otra habitación.

«¿Qué demonios había sucedido?»

No supe cuánto tiempo había pasado. Miré el reloj para darme cuenta de que eran las 3:25 a.m. No había pasado ni una hora desde que él se había quedado dormido.

La puerta se abrió, mostrando a Alessandro supremamente enojado; su cuerpo estaba completamente rígido y las aletas de su nariz se movían rápidamente. Traía en sus manos una de sus toallas negras de hacer ejercicio.

—Déjame verte. —Se sentó en la cama a mi lado.

—Estoy bien. —No lo estaba. Quería salir corriendo y llevarme a todos sus fantasmas para ahogarlos en el *East River*.

—No, no lo estás —refutó, colocando la toalla en mi cuello. Estaba algo fría—. Debiste dejarme ir. ¡Maldita sea, Katheryne! Yo no duermo mientras hay luna, no lo hago.

—No ha pasado na...

—Te lastimé.

—No eras tú. —Alcé mi mano para tocar su rostro.

—¡No quiero tu lástima, Katheryne!

—Yo...

—¡NO! —gritó, levantándose de la cama.

—Alessandro...

Negó con la cabeza y caminó hacia la salida.

—¡Solo déjame en paz! —Cerró la puerta de un portazo.

Suspiré mientras recogía mis piernas, juntándolas con mi frente... Solo una hora. Miré por la ventana la oscuridad de la noche. El cielo no tenía estrellas, estaba encapotado como si fuese a caer una gran tormenta.

Quería llorar, y no por el ardor en mi garganta. Quería llorar por su cara de niño asustado cuando abrió los ojos, por el dolor y el miedo de sus palabras. Quería llorar por su pasado, aunque sabía perfectamente que ya nada podía hacer para cambiarlo. Quería llorar porque, aunque lo amaba, no podía hacer nada por él. Me levanté de la cama, no podía dormir. Caminé hasta el baño y dejé que el agua se llevara mis lágrimas de impotencia; porque, al igual que me pasó con Isabella, me sentía como una completa inútil.

Salí del baño minutos después, el cuerpo me pesaba horrorosamente. Me

coloqué el albornoz de Alessandro y salí de la habitación. Caminé hasta la habitación de Antonella y abrí la puerta con cuidado para ver a mi angelito dormir plácidamente. Jane no estaba. Bajé la baranda de la cuna, acomodé su piernita y la cubrí con la colcha antes de bajar las escaleras lentamente y recorrí la casa oscura hasta llegar al estudio. No estaba allí. Encendí la luz y caminé hasta la habitación donde estaban sus consolas.

« ¿Dónde estás, Alessandro? »

Agarré más fuerte el albornoz a mi cuerpo, dirigiéndome a la salida trasera de la casa. Abrí la puerta con cuidado y allí estaba sentado en los escalones.

—¿Qué demonios haces aquí? —Me reclamó, llevándose una botella de *Heineken* a la boca—. Ve arriba.

—Alessandro...

—No ahora, Katheryne. —Aspiró el cigarrillo que tenía en su mano mientras miraba a la nada—. Déjame solo, ¿sí?

Fui adentro de la casa sin decirle nada. Corrí escaleras arriba, busqué una de las cobijas del armario del corredor y luego volví al jardín trasero. Caminé los dos pasos que nos separaban y me senté junto a él en los escalones, colocando la cobija sobre sus hombros. Estábamos en diciembre, New York helaba cual puto Polo Norte, y eran las cuatro de la mañana. Él se encogió de hombros antes de suspirar y volver a beber de su cerveza. Suspiré. Ambos mirábamos a la nada.

—Ve arriba, nena. No es una petición —indicó con voz rasposa y sin mirarme.

—No puedes ordenarme, Alessandro, estoy aquí porque lo deseo. Y aunque eres mi señor, yo tengo voluntad, y mi voluntad es quedarme aquí con tu silencio.

Él no dijo nada, bebió lo que restaba de su cerveza y terminó el cigarro que estaba fumando antes de encender otro nuevo.

—¿Sabías que eso daña tus pulmones?

Él se encogió de hombros.

—¿Cáncer? ¿Has oído hablar de él?

—De algo debemos morirnos, Katheryne —susurró demasiado bajo. Por varios minutos más, estuvimos callados.

Una brisa helada me hizo estremecer y acariciar mis brazos, el uno con el otro. Alessandro me miró antes de pasar su mano por mis hombros. La pregunta que me ardía en los labios salió sin siquiera planteármela:

—¿Quién eres, Alessandro D'Angelo?

—Lo que ves, Katheryne.

Negué.

—Hay más. —Alcé mi mano, acariciando su mejilla—. Quiero ayudarte, déjame hacerlo.

Negó.

—Nadie puede...

—Al menos, déjame intentarlo.

—Te lastimé. —Su mano acarició mi cuello. Podía sentir un pequeño escozor en la garganta, probablemente, al día siguiente empezarían a notarse las marcas.

—No fue tu culpa.

Bajó su mano y volvió a mirar a la nada.

—¿Qué te atormenta? —Moví su rostro, dejando que sus dos hermosos iris se conectaran con las mías.

—No quieres saber.

—Te estoy preguntando.

—¿Estás preparada para escuchar esa historia?

Asentí.

—Está bien, si tú así lo quieres... —Me dio una mirada fría e impenetrable antes de levantarse y caminar hacia la casa.

Me levanté del escalón y caminé hacia la casa hasta llegar al estudio. Alessandro estaba allí sentado con su copa y la botella de whisky sobre el escritorio.

—Ve a la cama, Katheryne —dijo colocando sus dedos en el puente de su nariz—. No estoy jugando, no quiero verte.

—Te dije que me quedaría y lo cumpliré.

—¡Joder, Katheryne! —gritó abriendo sus ojos—. ¡¿Cuántas veces debo decirte mis jodidas reglas?! ¡Vete!

No me moví, Alessandro recurría al lenguaje soez y al mal humor cuando quería alejar a todos de su lado, cuando más necesitaba compañía.

—Prometiste contarme una historia... —me senté frente a él—, y estoy aquí para escucharla —dije firmemente.

Él rio, su sonrisa era irónica e impávida. Llevó la copa a su boca y dejó que su cabeza se recostara en su trono. Cerró los ojos y suspiró.

—*L'inferno prima brucia*^[26].

—No importa, tengo tiempo suficiente... —Nos miramos fijamente, él

había dicho que primero se congelaba el infierno. Bueno, yo estaba dispuesta a esperar.

—Gianna... —susurró demasiado bajo—, veo que te ha enseñado más que lo básico —volvió a beber de su vaso—. ¿A qué hora has estado practicando, Katheryne?

—No muchas, querer es poder. No soy del todo una ignorante del idioma, mi hija lleva un nombre italiano por algo. Además, terminé la secundaria y en enero pensaba entrar a la universidad. Un hombre pagó muy bien por ser mi primero —bufé, a lo que él abrió los ojos y me miró con fiereza.

—¡Maldita sea! —gimió frustrado—. No te irás, ¿verdad?

Negué.

—Entonces disfruta de la frustración, Katheryne, porque no pienso contarte mi jodida vida. No te interesa, mis reglas estaban claras y tú decidiste jugar, así que ahora no me vengas con sentimentalismos tontos y con la palabrería barata de querer ayudar, cuando la única persona que podía ayudarme está metida en una urna en un cementerio de Milán. Te quiero fuera de esta habitación ahora o me va importar una mierda nuestro acuerdo de no azotes y te daré unos cuantos por repelente y malcriada.

Me levanté realmente enojada de la silla.

« ¿Qué mierda le pasa a este hombre? ¡Joder! ¡Ella murió...! ¡Murió! Tiene que entenderlo . »

Me hacía daño cuando la nombraba, yo no era una puta estaca, tenía corazón y sentimientos. Sí, quizás se los había entregado al diablo, pero quería ayudarlo, quería dejar de sentirme impotente, y el muy imbécil levantaba su armadura negra y me sacaba de su vida... ¡Genial! Si eso era lo que quería, eso haría. Estaba harta de su mundo. Tomé la manilla de la puerta y me volteé a verlo.

—*Sei un idiota, se vuoi rimanere affondato nella tua merda, poi ti cazzo, mia figlia e io siamo partiti.*

Él levantó la vista, mirándome fijamente como si hubiese dicho algo extraño. Bueno, lo había mandado a la mierda, pero él ya estaba allí. Mi pronunciación apestaba, pero lo había dicho y él me había entendido.

—Repíteme lo que me dijiste —dijo con voz rasposa.

—Que te fueras a la mierda, que me aburrí y que mi hija y yo nos vamos en este momento.

—En italiano.

—Ya te lo dije en mi idioma, ahora me voy. —Estaba a punto de salir de la habitación cuando él me llamó.

—Espera... —Me llamó con voz ahogada.

—Me cansé. —Le dije sin verlo—. Me estoy entregando a ti, no como sumisa, Alessandro, estoy entregándome a ti como mujer, pero tú estás metido en un pozo profundo y quieres lamer tus heridas como un perro abandonado... Te quedaste con Fiorella y ella murió. Estoy completamente segura de que ella descansaría en paz si tú pudieras avanzar. Es más, si querías estar con ella... ¿Por qué diablos no te hiciste una habitación en el panteón? —Le golpeé, exasperada.

Él se quedó callado. Sus ojos se veían cual mar revuelto, como si se debatiese entre hablar o no hacerlo.

—¿Dijiste que estarías conmigo hasta que tuviese que irme a Milán, que no me dejarías! —gritó antes de soltarme y caminar al estudio nuevamente.

La ira recorrió cada una de mis terminaciones nerviosas. Así que, con pies de plomo y severamente cabreada, me volví al estudio.

—¿Yo no debo dejarte, Alessandro?!... ¡Yo! —grité—. ¡Maldita sea! Tú sí me vas a dejar en menos de cinco meses, ¿no? Porque eso es lo que falta para que se acabe nuestro jodido contrato. Eres un jodido cobarde. Eso es lo que tú eres. Le temes al amor, a los sentimientos que te embargan cuando te dejas llevar cuando amas. —Sentía que iba a reventar si no hablaba—. Temes entregarte otra vez y yo ya no puedo más porque...

—¡Basta! —Me interrumpió, pasándose una mano por su corto cabello—. ¡Tú no me conoces! ¡No sabes nada! —Su respiración se aceleró.

—¡Sé lo que tengo que saber! Tu novia murió, mi madre y mi mejor amiga también murieron, y aquí estoy... ¡Viviendo! Cada quien tiene su vida y sus problemas, sus fantasmas o demonios con que lidiar. No sabes lo duro que fue para Isabella y para mí esos primeros meses en Nueva York: comíamos sobras, vivimos de la caridad de Chris...

—¡A ti nunca te tocaron!

La habitación se sumió en un silencio denso.

—Alessandro, yo...

—No te anularon, nunca te quitaron tu voluntad... Tu hombría. No sabes lo que es vivir pensando todas las noches que él volverá, que sus asquerosas manos estarán sobre tu cuerpo... ¿Cuántas veces te golpearon con látigos? No, tú no sabes lo que es pasar días sin comer, soportar golpes por cosas que no tenías porqué presenciar. ¡No sabes nada!

—Alessandro...

—No sabes lo que es vivir con miedo, no sabes lo que es pasar de tener todo a no tener nada. No sabes cómo es ver que tu vida se consume. No sabes lo que es encontrar la luz de la esperanza y que te la quiten abruptamente. Fiorella era mi todo, ella era mi faro, mi conexión a tierra. Una sonrisa suya borraba todo... ¡Y murió por mi maldita culpa!

8

Su confesión nos envolvió. La habitación quedó en completo silencio. Escuchaba sus palabras, pero no podía oírlo. En mi cabeza resonaba lo que él había dicho.

« ¿Abusaron de él? ¿Fiorella murió por su culpa? »

Las preguntas llegaban a mí una tras otra, necesitaba saber, pero no me atrevía a preguntarle. Alessandro pasó las manos por su cabello con fuerza, caminó hacia el bar y llenó su vaso antes de estrellarlo contra el extinto fuego de la chimenea, haciendo que saltara en mi lugar. Él se derrumbó sobre el sillón y llevó las manos a su rostro de nuevo. Se veía abatido, derrotado, y eso hacía que mi pecho doliera. Necesitaba al hombre, que con voz de trueno, hacía que el mundo girara a sus pies.

Mis pies se movieron solos, tampoco me contuve, me acerqué a él, envolviendo mis brazos como pude en su cuerpo. Quería consolarlo, quería estar para él... ¡Por Dios! Quería que dejara que lo amara.

—Yo no le hago bien a nadie, Katheryne —murmuró entrecortado—. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras que escuché de mi madre? “Hoy te prometo amor eterno.” ¿Cuáles fueron las palabras de Fiore? “Volveré a ti porque te amo.” —Se levantó, quitándose de su lado—. Amor. —Sonrió irónico—, una palabra y cuatro putas letras, Katheryne. La palabra que más daño me hace, la palabra que me destruye. Tú dices amarme, ¿también quieres hacerlo? ¿También quieres destruirme? *se ti capital cual cosa per aquel che dici di provare per me ,mi distruggerai,mi anniemterirai. Non posso permettermi di credere che questo potrebbe essere di piu cheionmi merito ,e quando comimcio ad assagiarlo... Distruggermi*^[27].

No había entendido mucho de su diatriba en italiano, pero podía reconocer el sentimiento de sus anteriores palabras. Miedo... Eso era todo, él tenía miedo.

—No voy a irme a ningún lado. —Lo abracé aún más fuerte, mi ira se había disipado, quedando solo el dolor de sus palabras—. Estoy aquí y te...

—Sshh... Por favor... —Tocó mi cara suavemente, sus manos temblaban—. No lo digas, Katheryne, por favor... —Dos de sus dedos silenciaron mis labios y luego me dio un beso en la frente—. Ve arriba...Obedéceme. —Pegó su frente a la mía—. Sólo... Déjame solo... déjame solo.

Me incliné en puntillas y alcancé sus labios. Los besé tiernamente y, por primera vez, él no tomó el control del beso, me dejó que acariciara sus labios. Mis ojos estaban fijos en los de él, intentaba decirle a través de miradas lo que sentía. Me separé lentamente y suspiré.

—Estoy aquí, estoy contigo, y no tengo intención de irme ni alejarte. Te comprendo con tus mundos oscuros, te comprendo con tus miedos; pero no puedes escudarte en Fiorella o en tu pasado para no ver la vida que tienes frente a ti. Quizás tu infancia y tu adolescencia fueron una mierda. Es más, sé que tu presente también lo es, pero puedes hacer algo para cambiar tu futuro...

—Acaricié su mandíbula—. Me encantaría que fuese conmigo, pero podré entender si nunca llegas a amarme como yo a ti. —Negué con la cabeza al sentir cómo su cuerpo se tensaba—. Solo sé feliz, Alessandro. No eres un mal hombre. —Me separé de él y caminé hasta la salida del estudio.

—¿Te irás? —preguntó mirándome.

—Me has pedido espacio y te lo daré. Estaré arriba en la habitación. Masoquistamente, yo quiero estar aquí. —Salí del estudio sintiendo las lágrimas en mis ojos.

Necesitaba respuestas, Alessandro me había dicho mucho y nada.

Fui a la cocina por un vaso con agua. Luego subí a la habitación, busqué la cartera, tomé mi celular y marqué a la única persona que podría ayudarme:

—¿Antoine? —dije después de un hola somnoliento.

—*¿Sucede algo, Katheryne?* —preguntó alarmado—. *¿Está bien Alessandro?*

—Sí... No.

—*¿Sí o no?*

—Antoine, necesito respuestas —fui directa, pues estaba desesperada—. ¿Hace cuánto conoces a Alessandro? Una vez tú me dijiste que eras su casi hermano y yo necesito saber qué...

—*Hey, cálmate. Respira y dime qué quieres saber.* —Me interrumpió.

—Alessandro se quedó dormido junto a mí, se despertó diciendo cosas y...

—*Espera... ¿Se quedó dormido de noche? ¿Tú estás bien?*

—Yo estoy bien. —Casi me mata, quería gritar—. Fue mi culpa, Antoine. En fin, cuando despertó, sufrió un ataque de pánico. Y cuando el sueño se disipó por completo, se enojó, y ahora está en el estudio. Pero no está enojado, solo ahí encerrado en su propio caparazón.

—*Voy para allá.* —Se sentía movimiento, por lo que imaginé que había

salido de la cama.

—No, espera, por favor. No vengas ahora, ¿sí? Me pidió espacio y quiero dárselo, pero tengo una pregunta.

—*Dime.*

—¿Sabes si él sufrió abusos de niño? —inquirí con cierto temor.

—*Katheryne...* —Su voz bajó un par de octavas—. *No soy yo quién debe responderte ese tipo de preguntas. Alessandro es mi amigo... No, él es mi hermano. Me ayudó en muchas etapas de mi vida, le debo lealtad y respeto. Él no habla de su niñez, y cuando lo conocí, ya estaba bastante jodido* —dio un largo suspiro—. *Si tú lo amas, como creo que lo haces, debes enfocarte más en el hoy y dejar al Alessandro del pasado allí mismo, en el pasado.*

—Dijo tantas cosas... —Retiré la toalla de mi ojo, dejando los hielos en el vaso.

—*¿Te habló de su pasado?* —Antoine parecía sorprendido.

—Divagó diciendo cosas inconexas, pero luego me pidió que lo dejara solo, y eso hice.

—*Déjalo, yo iré a verlo más tarde. Pero te diré algo: él se encerrará en sí mismo, no trates de entrar a la fuerza, dale tiempo.*

—Lo sé. Eso haré, Antoine.

—*Y Katheryne... Sé paciente. Alessandro puede verse muy fuerte y muy cabrón, pero cuando se enfrenta a lo desconocido...* —Dejó la frase suelta.

—Te entiendo, disculpa por haber llamado tan temprano. —Me disculpé, mirando el reloj. Aún seguía oscuro.

—*Tranquila, estaba despierto. Klaus puede ser muy molesto de noche.*

—Te entiendo, gracias, Antoine. —Colgué.

Me recosté en la cama mirando al ventanal. Quería estar con él, necesitaba consolarlo. Había algo dentro de mí que me hacía querer bajar, pero también había una fuerza extraña que me mantenía en la cama. Cerré los ojos, recordando las palabras que él había dicho, haciéndome miles de preguntas, y todas sin respuesta. Estaba agotada física y mentalmente, no supe en qué momento me quedé dormida.

Abrí los ojos cuando la claridad del día golpeó en el rostro. No había corrido las cortinas de la habitación y ahora los rayos del sol pegaban justo en mis ojos. Iba a moverme, pero dos brazos estaban atados a mi cintura. Giré un poco la cabeza para ver a Alessandro acostado tras de mí. Su cabeza estaba apoyada en mi espalda, estaba en posición fetal. Acaricié sus brazos con la

punta de mis dedos antes de mirar el reloj de la mesita y ver que eran...

¡Las 11:30!... ¡Mierda, Antonella!

Entonces recordé que Jane estaba con ella siempre y que solo se iba cuando yo entraba a la habitación. Me moví lentamente hasta salir de la cárcel que eran sus brazos. Estaba completamente desnudo. Yo aún conservaba el albornoz.

Cuando salté de la cama, ahogué un grito. Me dolían los brazos, sentía la garganta levemente inflamada como si tuviese piedras. Alessandro se giró dejándome ver al extraño animal tatuado en su espalda. Un guardián... Recordé aquellas palabras de Alessandro al día siguiente de haber estado con él.

«*Los grifos son guardianes*».

¿Protección? ¿Este hombre intimidante y siniestro buscaba protección?

Decidí guardar mis teorías o me volvería loca. Arrastré los pies hasta llegar al baño; no pude evitar mirarme en el espejo. Había marcas en mi cuello, sus dedos estaban marcados ahí. Sollocé en voz baja, no por mí, por él. Moví la cabeza de un lado a otro, negando. Él no quería mi lástima. Abrí la ducha graduando la temperatura del agua para que me ayudase a relajar mis músculos. Cuando estuve lista, accioné todos los chorros de agua de la ducha de hidromasajes.

La cabeza me daba vueltas, así que dejé que mi frente descansara en la cerámica del baño.

«¿Quién lo tocaba? ¿Por qué se sentía culpable de la muerte de Fiorella?». Estaba tan metida en mi propias divagaciones mentales que solo reaccioné cuando sentí unos tibios labios en mi espalda.

Sus fuertes manos agarraron mi cintura, mientras me dejaba sentir el calor que desprendía de su cuerpo. Siseé un poquito por el dolor en mi cintura y él bajó un poco más sus manos.

—Lo siento. —Besó mi espalda nuevamente—. Gírate, *dolcezza* —susurró en voz baja—. Te necesito. —Me giró sin soltar mis caderas.

La sola visión del agua bajando de su cabeza y recorriendo los contornos de su rostro hizo que mi vientre se contrajera dolorosamente.

—Yo... —Sus labios acariciaron mi cuello, succionando mi piel. Y luego descendieron por mis pechos, tomándose el tiempo para atender primero uno y luego el otro antes de seguir su descenso. Podía sentir su barba raspar cada poro de piel —. Yo necesito sentirte. —Se fue agachando hasta que su cabeza quedó alienada con mi cintura. Su lengua dibujó un camino por mi

ombbligo y su mano bajó por todo mi muslo hasta dejarla apoyada en la parte trasera de mi rodilla, mientras rodeaba de besos mariposa mi vientre bajo.

—Ábrete para mí, *principessa*.

Abrí las piernas cuando él tomó una de ellas, subiéndola a su hombro. Su nariz delineó toda mi entrada sin abrir mis pliegues. Con suma paciencia, rozó mi capullo inflamado por sus caricias; lamió con tortura y luego lo succionó por lo que parecieron horas. Mi pierna en el suelo tembló ante el placer de sus arremetidas, me aferré a su cabeza, sin saber qué hacer del todo. El placer se arremolinó en mi vientre bajo y mi pierna falló, lo que hizo que Alessandro llevara sus manos hacia mi trasero, sosteniéndome mientras su lengua barría mi sexo, enviándome directo al abismo. Mi cuerpo se estremeció estrepitosamente, estallando, mandando latigazos de placer por cada una de mis terminaciones nerviosas. Grité, sintiendo el cosquilleo en la punta de mis pies. Y, cuando sus dientes tiraron de mi centro henchido, estallé.

Secó mi cuerpo con mimo y luego me dejó en la cama, recostándose a mi lado, atrayéndome a su pecho con fuerza, como si buscara justificarse por lo ocurrido en la noche. Quise relajarme en sus brazos, con su olor, hacerle sentir que no lo culpaba por tener pesadillas, incluso que entendía su asalto en el baño.

Lex no era un hombre de palabras, a pesar de que él tenía su propio lenguaje. Quizá fuese una noción estúpida, pero entendía su necesidad de tener el control siempre, su manera de arreglar todo con un orgasmo provocado por él.

Respiré profundamente. Luego de varios minutos en la misma posición, me removí, separándome de él y sentándome sobre la cama.

—Debo ver cómo está Antonella. —Le dije, peinándome el cabello con una mano.

—Está con Jane —murmuró, jalándome hacia su cuerpo, rehuyendo de mi mirada.

—No entiendes, no podemos quedarnos acá todo el día.

—Sí, sí podemos.

—Alessandro...

—No quiero discutir, Katheryne, tu hija está bien y con la niñera. Tu deber hoy es complacerme a mí, y a mí me place pasar todo el día en cama con

mi mujer.

Dios, se escuchaba tan bien ser su mujer...

—¿Eso soy para ti? —intenté, pero no pude evitar la pregunta —. Soy tu...

—Eres la mujer que está conmigo en la cama. —Señaló interrumpiéndome y sentándose en la cama. La sábana cubría parcialmente su masculinidad. Me besó, uno de sus besos diabólicamente placenteros, esos que arrasaban con mi poca voluntad. Mis manos cobraron vida propia acariciando cada pedazo de piel del torso desnudo de mi hombre, sintiendo cómo los vellos de su pecho le hacían cosquillas a mis dedos, mimando cada tetilla, repasando cada cicatriz...

“Látigos...”

Me enfoqué en no pensar en eso, en disfrutar. Mi mano siguió su camino mientras sentía a Alessandro sonreír entre el beso ardiente que me estaba dando. Una de sus manos estaba en mi nuca y la otra en mi cadera.

Tomé su miembro con una de mis manos y lo apreté levemente haciéndole sisear. Mordió mi labio y llevó sus manos tras su espalda, liberándome un poco. Bajé mis labios por su perfecta mandíbula y delineé su torso hasta llegar donde quería. Sin mirarlo, quité la sábana que ocultaba su masculinidad.

Estaba nerviosa, esa era la segunda vez que lo haría y quería hacerlo bien.

—Piensa menos y actúa más —incitó Alessandro, marcando el acento de su ciudad natal. Tragué grueso y relamí mis labios, acercándome a él, mirando fijamente la cabeza de su intimidante miembro. Podía sentir el sudor en mi frente. Di un suspiro largo y entreabrí mis labios acercándolos aún más a su glande. Los ojos de Alessandro se oscurecieron dándome la satisfacción de saber que yo lograba encender su libido. Él arqueó una ceja en mi dirección, retándome a hacerlo de nuevo. Acepté el desafío, si eso hacía que la mirada sombría desapareciera de su rostro.

Entonces bajé la cabeza y le di el mismo tratamiento que él había hecho conmigo en el baño.

Sentí sus manos debajo de mis pechos, que dolían un poco por todos los mordiscos y jalones que habían recibido en las últimas horas. No puede evitar el jadeo.

—Estoy adolorida, creo que se cumplirá tu santa voluntad y estaré aquí por semanas, metida en la cama.

Él sonrió en mi espalda mientras seguía acariciando mis pechos. Era solo un roce, una caricia.

—No soy una máquina, Katheryne, pero tampoco estoy satisfecho, solo te dejaré descansar por los próximos... cuarenta minutos. —Besó la piel que se hallaba entre mi cuello y mi hombro—. Cuéntame algo de ti.

—Te lo he contado todo, soy un libro abierto.

—¿Tienes sueños, Katheryne? ¿Qué quieres para tu futuro? —Me moví entre sus brazos hasta quedar frente a él.

« Te quiero a ti .»

No lo dije, en vez de eso, acaricié con mi dedo el puente de su nariz, sus labios y su barba.

—Quiero que Antonella sea feliz, que tenga salud —dije, sintiendo su mano en mi cadera.

—¿Y para ti?

« Quiero que me ames. »

—¿Por qué mejor no me cuentas de ti? —Acaricié su mejilla. Era la primera vez que estábamos en la cama y no estábamos uno sobre el otro.

—Katheryne...

—Tú sabes todo de mí y yo no sé nada de ti.

—Así debe ser. —Mi dedo recorrió sus párpados.

Tomó mi mano y besó el contorno de mi muñeca.

—Creo que deberías dormir, así recuperarás fuerzas para una nueva ronda.

—Estoy adolorida. —Me quejé—. Me gusta esto de hablar, además no creo poder aguantar otro asalto, a no ser que quieras estar con una muñeca de hule. —Sonreí y él también—. Vamos, hablemos... Cuéntame cómo la conociste, a ella... a Fiorella. —Su rostro mostró la tensión de su cuerpo—. Estamos hablando como amigos.

—¿Amigos que follan? —Enarcó una de sus cejas y me dio una sonrisa ladeada.

—Es mejor esa terminología que sumisa y dominante.

—Es lo que soy, Katheryne. Lo que somos.

—Y me gusta lo que eres tú, pero odio lo que soy yo, en lo que me convierte a mí.

Él sonrió.

—La conocí cuando tenía diez años. Logré conquistarla cuando ella tenía veinte y murió a los veintidós. Lo demás no es importante. —Frunció el ceño,

levantándose de la cama y dejándome bajo su cuerpo.

—¡No! ¡Ya te dije que no podría recibirte de nuevo! —grité al sentir sus piernas separando a las mías.

—Solo una vez más... —Pidió divertido antes de succionar mi cuello.

—¡Pervertido! —grité por las cosquillas que me daba su barba. Pataleé y traté inútilmente de hacerle cosquillas con mis uñas. Sus manos tomaron mis caderas sujetándome a él. Y se reía, mordiendo mi hombro.

Su risa, quería escucharla todos los días. No quería verlo nuevamente como en la mañana. Acaricié su cabeza, riendo igual que él cuando ubicó sus manos cerca de mis costillas y empezó a hacerme cosquillas.

—¡Por favor! —gemí —. Lexx... ¡Basta! —Hablabla entrecortado, buscando aire desesperadamente—. Bestia, detén... Dios, Lex... —Lo jalé de sus orejas y empecé a tirar de ellas hasta que él cesó sus movimientos, riendo como un niño, a la vez que yo buscaba aire desesperadamente. Su mano acarició mi mejilla derecha antes de que sus dedos acariciaran mi ojo. Dejé de respirar, observando sus ojos verdes. Tenían pequeñas motas marrones que nunca antes había notado y me miraba con ternura... Lo amaba, sus ojos enfocándose en los míos. Lo miraba diciéndole lo que mis labios tenían prohibido pronunciar.

Colocó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y se inclinó para besarme.

Alcé la cabeza haciendo más corto el camino de nuestros labios y, entonces, el teléfono de la habitación se escuchó. Alessandro negó con su cabeza y tomó el auricular.

—Llévala al estudio y atiéndela, yo bajaré en unos minutos, Benjamín — dijo con voz seria. Toda la paz de su cuerpo se esfumó, su piel dejó de sentirse cálida y su mirada cambió por una glacial mientras se vestía.

—Alessandro... —Lo llamé cuando lo vi buscar una de sus camisas sin manga en el cajón del clóset.

Se giró a verme, parecía molesto.

—Voy abajo. En ninguna circunstancia salgas de la habitación. —Se colocó sus pantuflas y la camiseta gris que había sacado del clóset—. No me hagas castigarte, Katheryne. Es mejor que esta vez me obedezcas. —Sin más, salió de la habitación.

Tomé el teléfono y marqué a la cocina, pero nadie atendió. Salí de la cama, observándome en los espejos... Mi piel parecía un jodido mapa. No solo tenía las marcas propias del maltrato provocado por el columpio, también

estaban las que sus manos habían dejado en mi cintura y sus dedos en mi cuello...

Llegué hasta el baño, me di una ducha rápida y me coloqué uno de los albornoces de Alessandro. Salí de la habitación, asomándome por la baranda, pero no había nadie cerca, por lo que fui hasta la habitación de Nella.

Mi nena batió los brazos para que la alzara.

—Aprovechando que usted está aquí, voy por su papilla —dijo Jane, saliendo de la habitación. Si vio el golpe en mi ojo, lo dejó pasar. No dijo nada.

Eso tenían en común los empleados de Alessandro, el mundo podía estarse cayendo a su alrededor, pero ellos eran ciegos, sordos y mudos.

—¿Cómo amaneció la princesa más bella de todo el continente? — exclamé haciéndole cosquillitas a mi bebé, que estaba en un overol color naranja. La risa de Antonella era el más hermoso sonido para mí. Miré los ojitos de mi nena. Se parecía tanto a mi amiga.

Jane entró a la habitación.

—Vaya, eso fue rápido.

Ella miró mi cuello y yo me cubrí con el albornoz.

—No es lo que parece, Jane... Yo...

—No se preocupe, señora, no tiene por qué darme explicaciones.

—Pero yo...

—Conozco al señor D'Angelo, y si teme que piense que él la lastimó a propósito, eso no va a suceder. Sasha trabaja hace mucho con él, sabemos que tiene un estilo de vida extraño, pero no es un mal hombre. En cuanto a su papilla, Sasha la traía, el señor le dijo que me la diera antes de encerrarse en el estudio con la mujer que vino a visitarlo.

¿Mujer?

—¿Señora? —preguntó Jane con la mano extendida hacia mí. ¿Cuánto tiempo llevaba ofreciéndomela?—. ¿Le pregunté si le dará la papilla usted o prefiere que se la dé yo? —Moví la cabeza a ambos lados.

—Soy Kath, Jane —dije con la cabeza nublada—. Dásela tú, yo debo ir a saludar a la amiga de Alessandro. Te amo, bebé. Vendré más tarde. —Le di un beso a la cabeza de mi pequeña antes de salir de la habitación. Bajé las escaleras con cuidado hasta llegar al estudio.

La mujer pelirroja de la fiesta estaba ahí. Usaba un vestido negro demasiado escotado y corto para venir a visitar a un amigo. Tenía un cigarrillo en una mano y un vaso de licor en la otra.

—¿Entonces? —dijo ella, mirándolo fijamente, mientras él le ofrecía una copa con licor.

¿¡Qué demonios hacía ella aquí!?

—No te incumbe. —El cuerpo de Alessandro seguía en tensión, aunque sabía disimularlo o, al menos, lo intentaba.

—Te conozco demasiado bien, Alessandro.

—No, conocías al anterior Alessandro. Hace muchos años que tú no me has visto para que sepas quién soy.

—Fuiste a mí hace un mes —replicó.

—Estuve con muchas mujeres hace un mes —repuso Alessandro, colocando su vaso en el escritorio. Sentí cómo mi corazón dejó de latir. Hace un mes... Él me había dicho que no había estado con nadie. Entonces, recordé aquellas fotografías que había visto en las noticias. La mujer de cabellos rojos era ella era... La voz de Dominique me sacó de mi divagues.

—¿Cuántas maltrataste? —Una sonrisa relampagueante cruzó la cara de Alessandro.

—Muchas. —Se levantó, yendo hasta el bar y rellenando su copa de nuevo.

—Conocí a tu... —Se calló y sonrió burlescamente—. Prometida. ¿Es que ahora se les llama así a las putas?

—Katheryne no es ninguna puta. —Arremetió él con fiereza.

Ella se levantó, caminó hacia él, acariciándolo por la espalda. Gracias a sus zapatos altos, quedaban casi de la misma altura.

—¿Sabes? Todo este mes me has dejado pensando en ti. —Su lengua acarició el cuello de él. Lo vi tensarse un poco más antes de apartarse—. Me pregunto qué habría pasado si te hubiese dado ese castigo que reclamabas... —dijo, dejándolo ir.

—Te habría follado —dijo él con voz rasposa.

—Mmm, hubiese sido una lucha de poderes, Alessandro —susurró ella—. Y eso habría sido interesante. Siempre supe que tenías algo. Creo que fue un error haberte dejado ir. —Volvió a acercarse a él, mas Lex volvió a apartarse de ella.

—¿Qué demonios te sucede? —inquirió ella con rabia y luego soltó una carcajada—. No puedo creerlo.

—¿Qué estás pensando? —Alessandro enfocó su mirada en ella.

—De cualquier persona podría pensarlo, pero ¿tú?

—No tengo el poder de leer mentes, Dominique. Tampoco paciencia

para soportar estupideces.

—*Colpo di fulmine...* —Esta vez, fue Alessandro el que rio—. Sucumbiste ante el amor de esa cosita que tienes por sumisa.

—Deja de hablar cosas que no sabes. —Lex bebió de su copa y se sentó en su sillón de cuero.

—Oh, sí. Lo sé, tienes esa mirada de corderito, la vi ayer mientras ella se alejaba hacia el baño. Ella te ama y tú estás a punto de ceder ante ella, a su amor.

La carcajada resonó por todo el lugar.

—¿Ceder? —preguntó con voz trémula—. Nunca, Dominique. Yo desterré todo sentimiento de mí. He sido claro con ella, nuestro maldito contrato se acaba en unos meses. Me iré a Italia y será como si ella no hubiese existido nunca.

¡Dios...! Me aferré la mano al pecho. No iba llorar, no iba a... Respirar dolía pero estaba allí, plantada como si me hubiesen atornillado al piso.

—Entonces... ¿No sientes cosas por ella?

—¿Otra vez con el mismo tema? —Enarcó una de sus cejas—. ¿Por qué no mejor me cuentas qué rayos haces aquí en New York? —Propuso él.

—Quería ver a antiguos amigos, y me llegó esa invitación del GEA. También tenía curiosidad por verlos a los tres juntos. Sé que no tuve la oportunidad de instruir a Dimitri, el maldito quería ser un domine desde el comienzo... En cambio, Antonie y tú querían aprender, me dejaban dominar. Con Dimitri, siempre fue muy difícil, preferiría no cambiaras el tema.

Alessandro tomó un sorbo de su copa sin despegar la mirada de ella.

—La última vez no tardaste tanto. Es más, contestaste con un no rotundo. —Se levantó de la silla donde se había sentado y caminó hasta quedar justo a su lado. Sus largas uñas de color rojo sangre acariciaron el mentón de Alessandro—. ¿Ha cambiado algo desde hace un mes? —Le tomó la mandíbula, haciendo que sus ojos se conectaran—. ¿Amas a Katheryne Cortéz? ¿Es alguien importante para ti?

El negó con la cabeza.

—¿Importante...? —Rio—. ¿Para mí?... A mí nadie me importa... Dominique, métete algo en esa cabecita que tienes: Katheryne Cortéz es una sumisa más, ella no es nadie, un juguete, una acompañante, un trapito que botaré a la basura cuando me aburra de jugar, cuando su ciclo de utilidad haya acabado... ¿Amar? Yo soy Alessandro D'Angelo, yo no amo, no siento y no le pertenezco ni le perteneceré a nadie jamás —colocó el vaso en la mesa—. No,

yo no siento amor ni compasión por nada, yo solo necesitaba el alimento de mis demonios, alguien que satisficiera mi necesidad, alguien que me diera placer; un cuerpo desnudo que le diera calor a mi cama. Me conoces, soy el diablo, yo disfruto de mi maldita soledad.

¡Dios! El aire empezó a escasear en mis pulmones, el nudo en mi garganta me impedía respirar: él no iba amarme nunca. Él... Yo era solo una sumisa, un cuerpo desnudo, un par de piernas abiertas...

¿Por qué me dolían tanto sus palabras? Efectivamente, eso era lo que yo significaba en su vida: un medio para un fin. Él me lo había dicho infinidad de veces, no debería doler tanto, no debería...sentir tanto dolor.

¡Al diablo! Dolía demasiado: una cosa era saberlo, y otra escucharle a él hablar así de mí. Era como si me quemaran en brasas ardientes, como si me cortaran las alas.

¡Qué estúpida había sido! ¡Qué imbécil! Me había engañado a mí misma pensando que, tal vez, sus sentimientos hacia mí habían cambiado... ¡Lo había visto! Sus ojos nunca me mentían, sus ojos eran transparentes para mí. La voz de Dominique me hizo enfocarme nuevamente en la escena frente a mí.

—Bésame. —Le ordenó ella mirando su boca—. Si no sientes nada por la poca cosa que tienes en la cama.

Él sonrió mi sonrs...

¡Idiota!

Nada de él era mío. ¡Nada!

Inspiré profundamente viendo la sonrisa relampagueante de la bestia sin alma, a quien le había entregado mi corazón, antes de que su mano rodeara la curvatura de su cuello y pegara sus labios a los de ella.

9

Verlos era un espectáculo salvaje. Ella dominaba, pero él no dejaba dominarse completamente, imponía su ritmo, su fuerza. Era una lucha de poderes, una en donde la más perjudicada era yo.

El grito de decepción quemó en mi garganta, los ojos se me llenaron de lágrimas mientras veía la escena, pero no me permití llorar, el corazón yacía destrozado latiendo arrítmicamente como cuando estás a punto de morir. Mis sueños, mi ilusión y mi amor estaban pulverizados en algún lugar de esa habitación.

Un gemido lastimero abandonó la boca de la mujer mientras se sentaba ahorrajadas sobre él, pasando sus uñas por su pecho, y ese fue el detonante para mí.

Me obligué a caminar de nuevo a la habitación, haciendo todo por inercia, pero sin permitir derramar una sola lágrima. Ascendí las escaleras.

—Señorita —Benjamín se me quedó mirando—, ¿desea algo de comer?

No podía hablar, mi garganta estaba cerrada a fuego; así que, solo negué y seguí subiendo las escaleras. No podía seguir con esto, yo simplemente no podía seguir subiendo al acantilado para terminar estrellándome con las piedras que encontraba en la parte de abajo, una y otra vez. Buscaba desesperadamente agua, pero tan solo había rocas cada vez más filosas.

No sé en qué momento me vestí, estaba demasiado dolida. Actué de manera automática. Cuando la razón quiso llegar a mí, ya estaba frente a la habitación de Antonella. Una lágrima rodó por mi mejilla, pero la quité rápidamente antes de abrir la puerta.

Jane estaba arrullando a mi pequeña y mi bebé estaba prácticamente dormido. Sin embargo, la necesitaba en ese momento, solo ella me mantenía en pie. Extendí mis brazos hacia ella dejando que Jane me la cediera y enterrando mi rostro en su largo cabello negro, llenándome del aroma de inocencia que solo podía darme ella. Recluí mis lágrimas una vez más, sintiéndome como un trapito sucio que Alessandro utilizaba, como el juguete desgastado y roto que desechan cuando ya no sirve para más. Me obligué a mí misma a no desmoronarme. No, aún no.

—Jane. —Mi voz salió ronca, así que carraspeé un poco cuando la linda pelirroja enfocó su vista en mí—. Necesito una mochila equipada para Nella,

Voy a salir.

—Sí, señora, disculpe que le pregunte, pero... ¿A dónde vamos?

Enfoqué mi vista en un punto fijo en la pared.

—Puedes tomarte el resto del día, Chris me ha llamado y llevaré a la niña con él. Apresúrate, por favor. —La vi salir de la habitación, apreté a Antonella en mi regazo, repitiendo mi mantra.

« No llores, sé fuerte... No llores, tienes a Antonella. »

Dejé a Antonella en su cuna al ver que mi pequeña había sucumbido ante el sueño, pero solo fue dejarla en la cuna para que ella abriese sus ojos. Sus pequeñas manitas agarraron mis mejillas, consolándome, mientras sus esferas azules me miraban interrogantes.

—Mamá —dijo mirándome.

—Oh, Nella —exclamé, acariciando su cabello—. Mamá es una estúpida, bebé. —Limpié las lágrimas que sin permiso se habían derramado, justo cuando Jane entraba.

—He guardado su comida y un biberón—. Saqué una muda de ropa del armario y una cobija gruesa. Tomé la mochila y luego a mi peque antes de bajar las escaleras, sin importarme que por dentro estuviese muriendo.

Por un momento, por un maldito y mísero momento, quise volver al estudio y encontrar a Alessandro con la cabeza recostada en su sillón mientras bebía su whisky, pero temía que lo que estaba sucediendo dentro de ese estudio no fuese nada parecido y no iba a destrozar más mi corazón. Así que hice lo que debía haber hecho hacía mucho, salir de allí. Afuera, Riley terminaba de encerar el *Lexus*.

—Riley. —Mi voz salió baja, e inmediatamente me obligué a mantenerme serena—. Necesito que me lleves a mi... A la casa de Chris y Gab.

—El señor no me dijo que usted iba a salir.

—Solo voy a ir un momento a dejar a Antonella. —Le mostré la mochila—. Alessandro está ocupado con su vieja amiga y Chris acaba de marcarme. Ya le he dejado una nota con Ben. Solo me llevarás y luego te hablaré para que vuelvas a por mí.

—Como usted diga. —Aceptó, tirando la toalla sucia a un balde a su lado antes de abrirme la puerta.

Durante el camino a casa de Chris y Gab, mantuve mi mente en blanco. Vi a Riley mirarme por el retrovisor un par de veces, miré a Nella sentada en la silla que Alessandro había mandado a comprar para ella. Acaricié su cabeza y saqué de mi bolso el maquillaje necesario para cubrir el moretón de mi ojo. Una vez estuvo cubierto, abroché mi chaqueta hasta el último botón. Hacía frío, por lo cual no sería sospechoso. Vi los ojos de Riley escudriñarme por el espejo una vez más y le sonreí, fingiendo una paz y tranquilidad que no sentía. Él detuvo el auto frente a la casa de mis amigos, me bajé del coche sin despedirme e intenté sonreír a Chris, que estaba abajo, en el salón, mientras que Gab terminaba el planchado de una de sus clientas.

—¿Estás bien? —preguntó Chris mirándome fijamente.

—Sí, claro. —Mentí—. Vine a traerla, como te prometí.

—¿No me digas? Necesitas tiempo a solas con el bastardo —bufó Gabriel.

—Hoy no, Gabriel. —Mi voz se rompió al final y tomó todo de mí no derrumbarme delante de mis amigos. Agradecí internamente que Chris me hubiese arrebatado a Antonella de los brazos—. Necesito hacer una diligencia, ¿podrían quedarse con Nella? —Sentí a Gab resoplar, pero Chris asintió rápidamente—. Prometo no demorarme. —Me despedí.

—Sabes que amamos a esta pequeña —dijo, dándose la vuelta y caminando hacia las escaleras.

—Nunca se nos ha hecho una carga —dijo Gab—. ¿Qué tienes que hacer ahora? ¿Una nueva gala? Saliste muy elegante en las fotos de la dichosa fiesta de anoche. O, mejor, ¿una cita, Katheryne? ¿O debería decirte, Kathlyn?

—Sabes, Gab... —El nudo en mí garganta era insoportable—. Vete al infierno —dije antes de salir del salón. Mis energías eran nulas y mi fuerza se había agotado.

Caminé por horas, llorando, gimiendo internamente, recordando las palabras de Alessandro.

¿Cómo llegué a mi antiguo departamento? Supongo que caminé mucho. Subir las escaleras fue cruel, mi respiración era errática y sentía que no podría soportar por más tiempo estar en pie. Llené de aire mis pulmones antes de levantar la mano y tocar la puerta dos veces.

Adentro se escuchaba una de las tantas canciones de Muse, el grupo favorito de V.

—¡Kath! —Mi amiga me abrió sorprendida, pero yo no pude decir nada, me pegué a su cuerpo como niño buscando calor, dejando la fuerza en un lado

y quebrándome externamente tanto como estaba internamente.

V no dijo nada, me condujo al sofá mientras acariciaba mi cabello y yo dejaba ir el dolor, la frustración y la impotencia por haber sido tan idiota como para dejarlo entrar en mi vida y en la de mi bebé, cuando había decidido no hacerlo, cuando él me había hecho daño anteriormente.

Gemí, lloré y grité ante la mirada atónita de mi mejor amiga, el ángel que Isa me había mandado desde el cielo, porque nadie, absolutamente nadie, podía entender la forma tan retorcida en la que V y yo nos compenetrábamos. Era como si ella y yo hubiésemos estado unidas de por vida, a pesar de solo tener un par de meses conociéndonos.

Ella era mi consejera, mi libro abierto, mi hombro para llorar... Y yo, en el fondo de mi alma, esperaba retribuirle igual. Deseaba ser para ella todo lo que ella era para mí.

—Basta ya de llorar, Katheryne —exclamó V después de un tiempo. ¿Cuánto había pasado? ¿Un minuto, quizás dos?—. Te he dejado llorar por veinte minutos —exageró—, pero ya fue bastante —dijo con su voz de “no hay replica posible.” Enfoqué mi vista borrosa por las lágrimas, dos más cayeron de mis ojos—. Espérame aquí. —Caminó hasta su cocina y sacó de la nevera un par de botellas. Luego llegó y se desplomó contra el sofá—. ¡Maldición ¿qué le pasó a tu cuello?! —Dejó las botellas en la mesa de café y quitó mi bufanda con cuidado. Tomó las botellas y me pasó una—. Vamos a tomarnos un trago, las penas saben mejor con mi amigo vodka, luego me contarás si tengo que ir a castrar a *Mr. Hyde*. Así que empieza a beber y, cuando quieras hablar, aquí estoy. —Su pie empezó a repicar en el piso luego que yo tomara el primer sorbo de la bebida con sabor a limón. Tenía alcohol, podía sentirlo, pero era muy suave.

Mi paladar recordó el sabor, lo mismo que había bebido en aquel bar. Las lágrimas nuevamente volvieron a mí mientras recordaba sus palabras.

« Un trapito... Un juguete que botaré cuando cumpla su ciclo... ».

—Ok, quería darte tu tiempo, pero no soy tan buena amiga. ¿Qué demonios te ha pasado? —Se levantó del sofá, caminando en círculos y moviendo sus manos exageradamente—. Y más te vale que dejes de llorar y empieces a hablar, Cortéz. —Se acercó a mí—. ¡Por un demonio, Katheryne! ¡Estoy empezando a preocuparme! —replicó, mirándome a los ojos con su par de gemas oscuras enfocadas en los míos.

—No le importo —dije, sintiendo mi corazón disolverse un poco más. ¿Era mi corazón o algún otro órgano que sufría conmigo?—. Para él, solo soy

un juguete, un par de piernas abiertas, el objeto que da calor a su cama, V.

—¿Te lo dijo él? —preguntó mi amiga, agarrando mis manos—. Yo lo vi ayer, ese hombre siente algo, pero es un hijo de su mamá. Se ve que no está acostumbrado a mostrar sus sentimientos, no obstante, ahí hay algo...

—Deseo, lujuria, sexo...

—Sexo, sí. Ese hombre dice “te voy a follar” con solo mirarte, pero hay algo más —dijo, mirándome fijamente.

—Yo escuché como le decía... —repuse, interrumpiéndola—. Le dijo que yo no era más que su nuevo y brillante juguete...

—Katheryne...

—V, me enamoré. No me preguntes cómo, pero lo hice, y ¡Dios... Él lo sabe!

—Él siente algo por ti.

—No siente nada por mí y yo me cansé, no puedo seguir así, V. Sé que él ha sido claro, ha dicho infinidad de veces que lo que tenemos es un contrato; pero joder, V... Duele, sus palabras son mucho peor que los latigazos.

—Nena... —V me abrazó.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —continué, separándome de ella —, que no sé si podré separarme de él porque lo amo. Masoquistamente, lo amo. Si estar con él es estar en medio de un huracán, estar sin él es vivir en medio de un desierto. Ya lo viví, y si no hubiese sido por Antonella... —V volvió a abrazarme—. Dolor por dolor —susurré.

El silencio nos envolvió a ambas por unos minutos, hasta que V habló:

—Katheryne, soy tu amiga y te quiero, y ahora seré una completa perra contigo, pero soy así, la vida me ha hecho así, el amor me ha convertido en esto. Solo quiero que recuerdes que yo te quiero mucho.

Asentí.

—Ok, ahí te va. ¡Deja de llorar como una estúpida! ¿Quieres estar con él? Pues disfruta lo que te da y, cuando se vaya, yo estaré aquí y saldremos de ésta. Solo piensa, ¿lo dejarás ir? ¿Tú realmente alguna vez deseaste que cambiara? Tu problema es que esperas que cambie y lo que tienes que preguntarte es: ¿realmente crees que él va a cambiar? Siento ser tan cruel, nena, pero te tengo que hacer esas preguntas para que tú lo pienses, para que cuando tomes una decisión, sepas que lo haces conscientemente.

—V, tú no entiendes...

—Escapé de mi casa a los dieciséis años con Jasón, mi novio. Vivimos felices tres años, pero su sueño era servir a este maldito país. Y cuando

estaban reclutando personal para la puta guerra con Irak, él se ofreció como voluntario. Lloré, gemí, le supliqué... Lo iban a entrenar seis meses. Al principio, pensé en irme y vivir sola, pero luego pensé... Y sabía que no podría hacerlo, porque estaba hasta el tuétano de Jasón, así que a pesar de saber que se iba para una guerra, que no tenía ni pies ni cabeza, me quedé junto a él. Esos meses tenía mi corazón en constante zozobra, Jas me amaba y yo a él, pero a él le importaba más su puta guerra. Es lo mismo que pasa con tu hombre, Katheryne.

—Y el amor, ¿pudiste dejarlo ir? —V se sentó a mi lado.

—Joder, Katheryne, se fue hace cinco malditos años... Los primeros, lo esperé; el tercer año sin noticias, fue horrible para mí y ya me resigné a dos cosas: la primera, que murió; y la segunda, que se consiguió una chica exótica que le mueve las caderas a punto de música árabe... A veces prefiero creer eso.

—¿Cómo hiciste para...? —V bebió de su botella.

—¿Sabes que hacía cada vez que sentía las putas mariposas en mi estómago?

Negué.

—Me tomaba un vaso de agua, o lo que fuera necesario para ahogar a las malditas. —Sonrió tristemente—. Yo soy feliz si tú lo eres, pero no quiero verte mal de nuevo por cosas que tú ya sabes... —Bebió todo el contenido de su botella—. Mierda, soy una maldita. Se supone que debería decirte que le patees el culo y que no lo vuelvas a ver jamás... Pero, ¿por qué negarte esos cuatro meses que faltan, Katheryne? ¿Por estar con sentimentalismos tontos? Tienes que ser consciente de que siempre que te lances de un acantilado... ¿encontrarías piedras o agua? Con Alessandro siempre encontrarás piedras. Ese ha sido tu problema, lanzarte esperando que abajo haya agua o un jodido trampolín; pero no, hay rocas y te golpean, y te duele, y quieres morirte, como ahora. Si para él eres un maldito juguete, entonces que él lo sea para ti también. Amarra tu corazón y ahoga las malditas mariposas, porque vas a sufrir, Katheryne. Lamento decírtelo; pero decidas lo que decidas, te hará sufrir.

Pasé las manos por mis cabellos. Lo que V me proponía era que volviera a casa como si nada hubiese pasado. No, simplemente no podía, mi cuerpo y mi corazón habían dicho basta.

—Tengo que irme. —Me levanté del sofá, entregándole la botella medio llena a V.

—¿A dónde vas a ir?

—No lo sé, V. Necesito... Necesito pensar antes de tomar cualquier decisión; porque como tú dices, haga lo que haga, la más lastimada voy a ser yo. Lo amo tan masoquistamente que no me importa seguir destruyendo mi dignidad, seguir recibiendo golpe tras golpe por estar a su lado, pero alejarme de él me daña de igual modo. Solo quiero pensar.

V caminó hasta quedar frente a mí, tomándome por los hombros.

—Eres una mujer fuerte, Katheryne Cortéz. Yo he dicho muchas cosas hace unos minutos, sé que estás enamorada y el amor te vuelve ciego y muy bruto. Somos como cucarachas, nos están pisoteando y, seguimos dando lucha. Entiendo lo que me dices de la dignidad, y también entiendo el dolor del alma. Y sí, mi historia con JD es muy diferente... Ya me hice bolas... —Rascó su cabeza—. Tomes la decisión que tomes, aquí voy a estar.

—Lo sé, V. —La abracé antes de caminar hasta la puerta.

Mi cabeza era un caos, mi vida una completa locura. Necesitaba una señal, ¡algo!, ¡lo que fuese! Caminé hasta el parque que había visto la primera vez que visité el barrio, recostándome bajo el árbol que había sido testigo de muchos pensamientos y lecturas. El corazón latíendome a mil por hora, una neblina de resoluciones en mi cabeza y dos caminos que me auguraban dolor.

Respiré profundamente intentando no llorar, viendo a las personas pasar felices y a los niños jugando. De alguno de los locales cercanos, se escuchaba una canción. Saqué de bolsillo de mis jeans mi celular y le marqué a Chris.

No contestó.

—Chris. —Empecé hablando—. Cuida a mi bebé mientras no esté cerca — dije y colgué.

Cerré los ojos y recosté mi cabeza en el árbol, dejando que el viento acariciara mi rostro.

« Isabella, dime qué tengo que hacer... ¿Por qué duele tanto? ¿Esto fue lo que sentiste con el padre de Nella? ¿Por eso nunca quisiste decirme quién fue? Duele cada latido, Isa. Duele mucho. »

Mi vida era tranquila y se volvió una tormenta de un momento a otro. La lluvia empezó a caer sobre mí, pero no me moví, tenía el pecho helado, la lluvia no significaba nada. Observé a la gente correr buscando donde esconderse, pero yo me mantuve ahí hasta que la lluvia cesó.

No pasó mucho cuando un par de chicos con una grabadora portable llegaron a la cancha de baloncesto. *Love The Way You Lie* de Eminem y Rhianna empezó a escucharse. Me vi a mí misma repasando la letra de la

canción y comparándola con mi vida.

*Just gonna stand there
and watch me burn
But that's alright
Because I like the way it hurts*

Me levanté del césped dispuesta a superarme, a no dejarme consumir. El frío estaba calándome los huesos, tenía la ropa empapada y el corazón destruido. Caminé con pasos lentos, dejando que la lluvia se llevara mis lágrimas. Cada peldaño de la escalera que daba me llevaba a mi lugar seguro.

« Ya mañana mi vida dará un nuevo giro. Mañana decidiré qué debo hacer .»

No regresaría, lo había intentado, había escogido un camino igual de doloroso que el otro, pero que con el tiempo, sería más llevadero para mí. No iba poder olvidar a Alessandro D'Angelo, quedaría grabado a fuego en mi corazón, pero iba a funcionar, necesitaba que saliera bien.

Llegué a mi departamento, dando un último suspiro.

Tú puedes, Katheryne, me dije a mí misma antes de abrir la puerta.

Esperaba todo, todo menos verlo allí... Con Antonella entre sus brazos. Mi bebé tenía puesto un vestidito gris acompañado de unas calcetas y un gorrito de lana. Su mirada estaba enfocada en la carita de mi bebé, en el perfecto puchero que adornaba su rostro cuando ella dormía.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz tembló y él se llevó dos dedos a su boca.

—Tienes una bebé muy linda, Katheryne. —Miré su rostro, la calidez con la que veía a mi bebé—. Hemos tenido algo de tiempo juntos, es una pequeña bribona.

—¿Qué haces con ella?

—Cuando vi a Riley aparcar fuera de casa, me inquieté... ¿Ahora le mientes a mis empleados? —Callé—. Él me dijo dónde te había llevado. —Se levantó del sofá y arrulló a Antonella. Cuando ella se removió en sus brazos, la cambió de posición, acariciando su espalda hasta que el sueño la venció—. Saliste de casa cuando te había dicho que me esperaras en la habitación... ¿Por qué no me sorprende, Katheryne? Tú nunca has aceptado mis órdenes.

—¿Dónde...? ¿Dónde está Chris?

—Imagino que en su casa, no lo sé. —Subió su mirada, reparando en mi ropa—. Mírate, estás completamente empapada. Sugiero que te cambies de

ropa, si no quieres resfriarte, *principessa*. —Su voz fue suave, y no sabía si era porque tenía a Nella en brazos o porque definitivamente yo quería creer que estaba preocupado por mí.

« Esta vez no, Katheryne. Esta vez no puedes, ya elegiste. »

—Dame a mi hija, Alessandro. —Exigí con voz neutra.

—Ve a cambiarte de ropa, Katheryne —ordenó.

—Yo...

—¿Sabes que mató al gato, Kath? —dijo mi diminutivo con desdén—, la curiosidad. Una vez más me desobedeciste, saliste de la alcoba y fuiste hasta el estudio...

—Eso no importa... Dame a mi hija y vete de aquí.

Él se rio, cambió nuevamente a Antonella de posición y acarició su mejilla.

—Una bebé preciosa, tan llena de vida.

—No te atrevas a jugar con la vida de mi hija...

—¿Por quién me tomas? Sé que escuchaste lo que le dije a Dominique.

—Negó con la cabeza—. Eso no me hace ser un bastardo.

—No quiero hablar de eso, quiero que me des a mi hija y quiero que desaparezcas de mi vida.

—No hablaré contigo hasta que tengas ropa seca, lo último que necesita esta niña es que tengas un resfriado cuando hace menos de tres meses atravesé una operación difícil. —Su mirada se enfocó de nuevo en Nella—. ¿Ves, pequeña? Yo intento hacer las cosas bien, pero tienes por madre a una chiquilla testaruda.

—¿A dónde crees que vas?! —grité cuando lo vi caminar hacia la habitación. Lo seguí, llamándolo, sin importar si Nella despertaba. Él dejó a mi niña en su cuna y la cubrió con una manta antes de girarse y alzarme por la cintura, caminando hacia el baño. Golpeé su espalda con mis puños cerrados, grité y lloré mientras Alessandro corría las cortinas y abría la ducha.

—¡Joder! —gemí al sentir el agua fría en mi cuerpo minutos antes de sentir el tibio chorro de agua caliente. ¿Siempre tenía que hacer lo que él quería?

—Intenté ser paciente, joder, pero a los niños hay que tratarlo como lo que son —repuso, dejando mis pies en el suelo—. Quítate la maldita ropa, ¿o prefieres que te la quite yo?

—¡Te odio!

—Bien, estoy familiarizado con ese sentimiento. —Se alejó de la ducha,

estaba completamente húmedo, ya que se había metido conmigo bajo la regadera—. Te espero afuera.

—Vete, no quiero hablar contigo.

—Es preferible que me odies a que me ames... No me iré de aquí si con ello consigo que me odies más.

10

No lloré, estaba harta de llorar. Me quité la ropa con parsimonia y dejé que el agua tibia se llevase la frialdad que quedaba en mi cuerpo. Era una lástima que no pudiese llevarse también la que se había quedado en mi corazón.

Tomé una de las toallas de la estantería y envolví mi cuerpo con ella. Casi todas mis cosas estaban ahí. La noche en que Alessandro nos llevó a su casa solo pude tomar algunas cosas. Agradecí por ello.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Alessandro de espaldas a mí, sus manos sujetas a la baranda de la cuna de Nella.

Por varios segundos, ninguno de los dos dijo nada, pero ambos éramos conscientes de que estábamos ahí. Abrí mi boca para pedirle una vez más que se fuera, pero entonces él habló:

—Cuando conocí a Fiorella, era una linda niña de diez años, yo tenía siete... —¿Iba a hablarme de ella?—. Era tan bella, piel oliva, grandes ojos verdes, no como los míos, los de ella brillaban. —Quise decir que los de él también, pero no lo hice—. Su cabello negro caía en sus hombros en forma de perfectos bucles...era la niña más bonita que había visto en toda mi vida. Entonces Fabrizio golpeó mi rostro por verla.

Jadeé.

—Mis padres murieron debido a una falla de su auto, hace veintitrés años —se enderezó—. Es una de las razones por la que nunca conduzco. Aun así, si cierro los ojos, puedo escuchar a mi madre cantar, fue lo que me mantuvo vivo —no se giró a verme, su voz era lenta, pausada—. Tenía siete años y más dinero del que podía contar, dinero que no podía tener hasta que no tuviese la edad legal; dinero que sería administrado por mi tutor, el hermano de mi padre, un bastardo que mi abuelo nunca quiso reconocer, un holgazán que no servía para nada y que, además, cargaba con un hijo que era un matón. Ese era el hombre que había designado mi padre para que me cuidara y protegiera —rio sarcásticamente—. Como tú, Katherine. Solo que él fue tan padre para mí como una hiena.

—Alessandro...

—El bastardo vendió mi casa en Milán y me llevó a vivir a su casa; a su sótano, que solo tenía una pequeña ventana. Un lugar pequeño, oscuro y frío —se giró—. ¿Ahora entiendes por qué odio la oscuridad?

—Por eso tu casa tiene cristales...

—Entre otras cosas... —Pasó las manos por sus cabellos y caminó hacia la cocina, buscando entre las gavetas de la alacena—. ¡Mierda!

—No tengo alcohol... si eso es lo que estás buscando. —Lo vi escribir en su celular, seguramente a Riley.

—Sé que escuchaste mi conversación con Dominique, nada era cierto.

—Sonaba como si fuese todo lo contrario.

—Nunca te he engañado.

—Siempre hay una primera vez. —Dos toques en mi puerta y Alessandro se dirigió hacia ella. Riley le entregó una botella de whisky.

Alessandro volvió a la cocina y sacó dos tazas, sirvió el alcohol y me tendió una.

—La necesitarás. Te prometí que te contaría una historia, y no es una de las tontas que salen en películas de *Disney*, esto fue algo real. Siéntete afortunada, si me odias mucho, puedes vender esta información a los noticieros... El millón de dólares es un eufemismo contra lo que puedes conseguir.

—¡Vete de mi casa! —Mi voz salió mucho más alta de lo que pretendía—. Si piensas que voy a relatar lo que me cuentes a un sucio periodista por dinero, es que aún no me conoces, Alessandro D'Angelo. Y pensé que en estos meses, al menos, habíamos conseguido confiar el uno en el otro.

—Yo no confié en nadie.

—Entonces, ve a la primera comisaría y denuncia que Nella no es mi hija.

—Nunca te haría daño a propósito.

—Y yo jamás te dañaría —respondí duramente. Él llevó el vaso a sus labios vaciando el contenido de un solo trago antes de repetirlo por segunda vez. Pasó la mano por su boca, limpiando los restos, y luego apretó el borde de la encimera.

—¿Por dónde iba? —Rellenó el vaso—. Fiorella, mi linda niña de ojos verdes y melena oscura... la veía todas las tardes cuando llegaba de la escuela, me escabullía en mi agujero de mierda y la veía por la rendija. —Bebió el licor—. ¿Te dije que Fabrizio cubrió la ventanilla cuando descubrió que verla plantaba una sonrisa en mi cara? Y eso no fue hasta tres años después.

—¿Que tiene que ver lo que le dijiste a esa mujer con tu ex novia fallecida?

—Prometida, era mi prometida —recalcó.

Cerré los ojos e ignoré el dolor en mi pecho.

—Bebe —ordenó.

—Aquí no puedes ordenarme, y no vengas con el discurso de que eres mi amo, no eres nadie.

—Tiene mucho que ver... Fiorella.

—Era tu luz.

—Buena chica. Ella llegaba a su casa, se quitaba su uniforme de escuela y se iba al jardín en un vestido de baño, que ante mis ojos era diminuto. Ella tenía quince y yo trece, fue cuando me descubrió, cuando vio que la espiaba, y entonces se convirtió en lo único que me hacía sonreír... Ella se convirtió en mi amiga.

—No estoy entendiendo nada.

—Frederick empezó a manejar las empresas de mi padre, era un maldito adicto a cualquier sustancia ilícita. Me llevó a su casa, me sacó de mi ciudad, de mi escuela, y me refundió en un sótano. Y, cuando estaba lo suficientemente drogado, él me v...

—Calla. —No tenía que decirlo, la rigidez de su cuerpo lo hacía por él. Él mismo me lo había dicho.

—Lo maté cuando cumplí diecisiete. —Mis ojos se abrieron, mi respiración se atoró en mi tráquea. Sin embargo, él simplemente levantó mi vaso y me lo ofreció—. Te dije que necesitarías beber... —Llevé el vaso a mi boca, bebiendo un generoso trago que quemó mi garganta.

—Tú...Creo que no te escuché bien.

—Me escuchaste muy bien, el maldito estuvo años maltratándome, malgastando mi dinero, profanando mi cuerpo...

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Tú querías saber...

—Ya no... Ya no voy a irme contigo. —Intenté sonar fuerte—. Ve a *The Chalets* o a cualquier otro lugar, no me importa. Tú mismo lo dijiste, nunca he sido una buena sumisa, cualquier otra puede satisfacer tus deseos, incluso mucho mejor que yo.

Se rio y luego caminó hacia mí. Por instinto, retrocedí los mismos pasos que él había dado.

—¿Me temes por lo que te acabo de contar?

« Él mató a su tío. »

Se detuvo sin dejar de mirarme. Podía escuchar la tormenta fuera del

departamento cobrar vida de nuevo. Mi corazón latía desaforado, pero no por miedo. No le temía, a pesar de su confesión.

Me obligué a mí misma a volver a la encimera y tomar todo el licor que quedaba en el vaso, luego me senté en el sofá, cruzando mis piernas.

—Katheryne...

—No voy a cambiar de opinión, pensé que podía hacerlo, pero no puedo. Hay miles de mujeres que pueden ser tu sumisa, tú lo dijiste: soy reemplazable.

—¡Basta! —Se plantó frente a mí—. ¡Basta! No hagas que mis palabras muerdan mi trasero, no quiero otra sumisa, te quiero a ti. Masoquistamente, te quiero solo a ti. Sé que escuchaste lo que dije de ti, pero te estaba protegiendo...

Sentí como si me hubiese abofeteado, me estaba protegiendo, ¿ja mí!? Salí del sofá, molesta. La rabia fluyendo del interior de mi cuerpo.

—¿Me protegías mientras follabas a tu amante, en la misma casa donde mi hija estaba durmiendo?! ¡Mientras tu semen aún estaba tibio en mi interior! —Le increpé.

—¡No la follé!

—¡No me importa! —grité, mi garganta quemó, mis cuerdas vocales se tensaron. Golpeé la encimera, buscando el dolor físico para calmar el ardor de mi pecho.

—¡Te protegía! ¡Me creas o no, te protegía! No conoces a Dominique.

—¡Ni quiero conocerla! —Me llevé las manos a la cara y conté mentalmente hasta diez—. No te quiero cerca de mí, no te quiero cerca de mi hija, no después de hoy.

—Me estás juzgando. —Sonrió cínico—. ¿Ese era tu gran amor, Katheryne?

—¡No metas mi amor aquí! ¿De qué me ha valido amarte? —Respiré. Necesitaba calmar las sensaciones en mi interior, la ira y el dolor que me causaba su presencia—. Mira —Peiné mis cabellos húmedos hacia atrás—. Sé que Riley está en algún lugar de esta calle en el coche. Yo... —Dejé el aire salir, no quería despertar a Nella—. No se trata de si te amo o no, de si quiero estar contigo o no, Lex. —Las lágrimas volvieron a mi rostro—. Yo estoy cansada de pelear contra ti, de entregarme una y otra vez, y golpearme cada vez más fuerte.

—Yo...

—Las palabras pueden dañar, quizás aún más que un golpe. —Lo vi

estremecerse—. ¿Qué más da si la follaste o no? Dijiste lo que pensabas de mí. Fue tu corazón hablando por ti.

—No, no... No entiendes. —Sus manos tomaron mi rostro—. Escúchame, por una sola vez, escúchame.

—¡No quiero! —Puse distancia entre los dos—. Si te escucho nuevamente, terminaré cediendo, y no puedo seguir así, deseando que en algún momento me correspondas, que me ames como yo lo hago. —Sorbí mi nariz, ya que después de esas dos primeras lágrimas habían seguido muchas más—. Hoy descubrí que no tengo oportunidad. Tus palabras de hoy fueron como un par de granadas lanzadas directo a mi corazón. —Me abracé fuertemente, intentando escapar del dolor—. Yo simplemente digo basta.

Él me atrajo a sus brazos, apretándome tan fuerte que por unos momentos pensé que quería fundir nuestras pieles. Su aroma me aturdió, quise recostar mi cabeza en su pecho y retroceder en mi decisión, claudicar a su deseo, pero no lo hice. Eso no me llevaba a ningún lugar, era tóxico para mí.

—Solo dije lo que Dominique quería escuchar, *bella*. No la conoces, no iba a irse. —Mis labios picaron por decirle unas palabras—. Sé que viste el beso, ¡Joder!... Yo no debí haber dicho nada, ni mucho menos besarla. Pero lo hice, así soy, Katheryne. Nunca te he mentado.

—Siempre has sido sincero, eso lo sé. Pero el hecho de que lo seas, no hace que sea menos doloroso. No quita el hecho de que te vas a ir en un par de meses y que yo me quedaré aquí, mientras tú...

—Entonces ven conmigo..., a Italia. Olvidémonos del jodido contrato. Eres mía, te entregaste a mí...

—Y ahora decido dejarte.

—¡NO! —Me apretó más fuerte—. No entiendes... ¡Yo te necesito! Yo...

—¿Para qué? —Mis manos se hicieron puños en su pecho—. ¿Para qué tu cama esté caliente?, ¿para alimentar a tus demonios? —Bajé la cabeza—. ¿Para mantener un par de piernas abiertas a tu disposición? ¿Para eso me necesitas? —La voz se me quebró al final, así que volví a alejarme—. No soy de piedra. ¡Yo siento, maldita sea! Y me duele. Me estás matando, Alessandro. Y yo no merezco morir.

—Debiste quedarte arriba —dijo con la cabeza gacha—. ¡Debiste obedecerme, maldita sea!

—¿Y seguir jugando al papel de tonta, Alessandro? ¿Seguir ilusionándome con algo que no va suceder? Tú sabías que yo estaba allí y no te importó... Tú me consumes.

—Katheryne... —dijo con voz contenida.

—Vete, por favor —supliqué—. Olvídate de mí.

—Yo...

—Yo haré como si tú no hubieses existido. Salva tu empresa, encarcela a Fabrizio y vete lejos de mí. —Me dejé caer en el sofá, con la cabeza entre mis piernas porque no quería verle cuando se fuera.

Nada pasó en los minutos siguientes, pero su aroma persistía, por lo que sabía que estaba cerca. El sofá se hundió a mi lado.

—Mírame, Kath... —Sus dedos acariciaron los contornos de mi rostro —. *mi confondi così tanto piccola ,tu mi rendi una persona migliore ,tu esprimi il mio odio e risentimento la mia oscurita trova un faro di luce quando sei vicino*^[28].

Levanté la mirada y nuestros ojos conectaron.

—No puedes abandonarme tú también... —Unió su cabeza a la mía—. Yo... Yo... Yo estoy muy confundido, se supone que esto que me sucede cuando estás conmigo no debería suceder.

—¿Me amas? —pregunté, buscando una luz, una cuerda, algo de qué agarrarme para no dejarlo ir.

—No... —Fue un susurro, uno muy bajo—. Yo no puedo amar, *principessa*.

—Amaste a Fiorella...

—Eso fue antes de convertirme en esto. Tienes que entender, Katheryne, que yo no pienso cambiar. Estoy conforme con lo que soy y no quiero volver a ser el Alessandro vulnerable que era antes de que Fiorella muriera. —Suspiró —. Lo que siento hacia ti es muy diferente: es adicción, necesidad... —Se levantó, caminando nuevamente hasta la encimera.

Miré hacia la ventana, la lluvia había mermado, aunque aún seguía cayendo.

—A cambio, te ofrezco mi protección y un futuro mejor para ti y la niña.

—¿Hasta cuándo, Alessandro? ¿Hasta cuándo cumpla mi ciclo de utilidad? ¿O cuándo ya no pueda darte lo que necesitas y me deseches como un trapo viejo? —Silencio—. ¡Responde! ¿Estarás conmigo hasta que muera de vejez? Yo merezco más que dinero y protección. —Caminé hacia él—. Merezco amor, merezco ser feliz, y tú tan solo me destruyes. —Volví a quebrarme.

—¡No! Yo no quiero destruirte. —Su voz salía contenida mientras se giraba a verme—. Por Cristo, que no quiero dañarte. Yo fui claro, yo te dije

cómo serían las cosas. —Podía verlo contenerse. Por cinco minutos, observaba hacia la cuna de Nella; que a pesar del jaleo, seguía dormida.

—Y puedo decirle eso a mi corazón, Alessandro.

—Tú no debiste enamorarte de mí —dijo él—. No debiste.

—¡Pero lo hice! ¡Ni yo sé porqué te amo! Todo fue tan rápido, tan... —despeiné mis cabellos—. Lo he pensado muchas veces y sigo sin entender el porqué te amo.

—Yo te dije, siempre te hablé con la verdad.

—Y saber la verdad no significa que no sea doloroso, que no me marque por dentro. Saber que no me amas no evita que me duela el pecho por tus palabras, no evita que mi mente repase una y otra vez el beso que vi con Dominique. No evita que... —No pude seguir hablando porque sus labios estaban pegados a los míos, besándome con desesperación y miedo. Por primera vez en casi ocho meses, Alessandro D'Angelo me estaba dando un beso torpe, torpe y terriblemente necesitado.

Me entregué a su beso, dejando que él llevara el ritmo, torpe y lento, abrazando su cuello con mis brazos.

Poco a poco, soltó mis labios repartiendo besos por aquí y por allá.

—Sé que dije cosas muy crueles, pero créeme, tenía que hacerlo —susurró sin dejar de dar pequeños besos en mi nariz—. Luego del beso, le dije que ya tenía a alguien en mi cama, llamé a Benjamín y le ordené que la acompañase hasta la salida. Me tomé un par de tragos más y luego subí a la habitación.

Besó mis labios brevemente.

—Tú no estabas y la nena tampoco. Te esperé, y me desesperé. Luego, Riley llegó y me dijo dónde te había llevado. Sin embargo, decidí esperarte un poco más. Me encerré en el estudio, me sentía mal, tenía rabia conmigo mismo; pero soy como soy. ¡Maldita sea! ¡No puedo cambiarlo, no quiero cambiarlo!... Así que fui con Chris, él tenía a Nella... Mentí un poco y le dije que tú estabas en el auto. Vine aquí y soborné al encargado para que me dejara pasar. —Volvió a besarme—. Y te esperé como un maldito maniático, solo tu hija me mantuvo en calma, la calma que tú me das. Yo voy a ser un maldito por el resto de mi vida, y quizás no puedo darte el amor que tu pides y mereces, *dolcezza*, pero yo te juro que si me te quedas junto a mí, esta bestia hará lo posible para hacerte feliz. Cuando te dije que había estado en Italia. —Me tensé—. Fue real, me desfogué con muchas, Katheryne, pero nadie llenó el espacio que se halla en mi corazón, nadie logra hacerme sentir vivo como tú lo

haces. Nadie me dio la luz que obtengo a través de ti. No acostumbro a pedir nada, Katheryne. Alessandro D'Angelo no pide, pero quédate junto a mí. — Volvió a darme otro beso, éste un poco más demandante, hasta descansar nuevamente su frente en la mía—. Por favor... *dolce*...

Y por más decidida que yo estaba a dejarlo atrás y continuar con mi vida, en ese instante, no puede negarme. Le amaba tanto... Su miedo era mi miedo; su dolor, el mío. Y sus demonios, mis más grandes contrincantes. Y como en todos los grandes libros, yo quería ser la heroína, la única que podría salvarlo. En el momento que su cuerpo suspendió el mío del suelo, y sus labios, mucho más dóciles que antes, se acoplaron los míos, me rendí... Mi decisión se fue al traste, mi alma se lanzó al vacío y mi corazón... Mi corazón volvió a amarlo. Sin dejar de besarme, me llevó hasta la habitación, dejándome suavemente sobre la cama.

—Solo tú —dijo mirándome a los ojos—. Te juro que tu olor y tu forma de ser me tendrán atado a ti y solo a ti. —Me besó—. Esta noche quiero tu compañía, *mía bella ragazza*. Solo tú, la princesa, y este demonio que ansía su redención.

Me dejé en la cama caminando fuera de la habitación y luego volvió con su iPod, lo colocó en el volumen más bajo y lo dejó en el taburete que hacía de mesa de noche. Luego se recostó a mi lado aspirando mi cuello.

—Yo te demostraré que puedo protegerte, que no te lastimaré si te quedas junto a mí. Solo dame tiempo. —Creí escuchar, pero lo dijo demasiado bajo. Pegó mi cuerpo al suyo—. Trae a la bebé —dijo empujándome un poco —, está lloviendo fuerte —sonrió, esa sonrisa ladeada que hacía que mi mundo me diera vueltas. Caminé los dos pasos que me separaban de la cuna de mi bebé antes de tomarla con cuidado y colocarla en medio de la cama. Lex la tomó en brazos, dejándola sobre su pecho—. Yo no duermo nunca —repuso—. No la dejaré caer. —Me atrajo a su pecho con una mano mientras con la otra acariciaba la espalda de Nella—. Ella es hermosa y huele como tú. —Lo sentí enterrar su nariz en mi cabello—. Lo intentaré. Esta vez, sí te protegeré —susurró—. Confía en mí, tesoro. No quiero dañarte. —Dejó de acariciar a Antonella y buscó su celular en el bolsillo del pantalón, haciendo que una suave melodía llenara mi pequeño apartamento.

Era tarde y yo había tenido un día muy largo. Suspiré, aún sin saber si era lo correcto depositar lo poco que quedaba de mí nuevamente en él. Ese era mi último intento, la última ficha que tenía para jugar en esa ruleta. Mi última oportunidad de ser feliz junto a Lex.

Cerré los ojos, dejándome envolver por el estribillo de
de *The Weekend*.

Angel,

11

Desperté la mañana siguiente, cuando los rayos de sol golpearon mi cara. La cortina, aunque cerrada, dejaba pasar uno que otro rayo. Abrí los ojos, moviendo mi cuerpo rápidamente y gimiendo un poco por el dolor que me recorría. Miré hacia la cuna de Antonella, ella no estaba, pero eso no me puso en guardia. La habitación estaba completamente sola y el apartamento sumido en un silencio pesado.

“Después de la tormenta, llega la calma”, decía un viejo refrán, pero yo sabía que mi tormenta no había pasado... no del todo.

Me levanté, maldiciendo internamente por las miles de cuchillas que atravesaban mi cuerpo. Caminar bajo la lluvia no fue mi más brillante idea, y menos cuando helaba en Nueva York. Inspiré profundamente y caminé hacia la sala. Antonella estaba sentada en el sofá y le daba uno de sus bloques a “la bestia.” Mi ángel jugaba con el demonio mientras sus ojitos miraban con atención las manos de Alessandro. Él parecía concentrado construyendo una gran edificación. Tenía puesto los vaqueros de la noche anterior, pero estaba sin camisa y descalzo. Parecía una escena irreal. Si mi corazón no hubiese estado tan destrozado, incluso lo hubiese disfrutado, pero ya no...

Anto giró su carita, sonriendo cuando me vio.

—Mamá —dijo señalándome y haciendo que Alessandro se girara a verme. Su ceño se frunció antes de tomarla en sus brazos y caminar hasta mí.

—*Mia bella ragazza*, cuánto lo siento.

Su mano delineó la piel de mi cuello; con el maquillaje corrido, seguramente, se veía peor que ayer. Él palpó mi frente y respiró aliviado.

—¿Qué hora es?

—Casi las tres, tuviste fiebre y hablaste bastante. Dejé a Antonella dormida en la cuna y mandé a Riley a traerte la medicina.

Extendí los brazos a Nella y ella se arrojó hacia mí, riendo.

—Riley te ama... estuvo allá abajo toda la noche.

—Tu amiga V le dio posada.

Asentí y me enfoqué en Nella.

—Ya le he dado de comer —dijo Alessandro—. Había leche y alimento en polvo en la mochila que me dio Chris ayer. Abrí el refrigerador y saqué uno de las botellas con agua... Háblame, Katheryne.

Iba a abrir la boca cuando el timbre sonó insistentemente. Alessandro se dio media vuelta antes de encaminarse para abrir.

—¡Dios mío! ¿Quieres matarme? Por lo menos ponte una camisa, ¿qué no ves que es muy temprano para estar medio desnudo por ahí? —chilló V, golpeándolo en el pecho—. El chico buenote que tienes como tu chofer traía esto para acá. —Le entregó una bolsa de papel—. No te molestes, también me trajo uno igual a mí. Vine por Antonella, como me lo pediste.

—Ven con la tía V —dijo, sacando a Nella de mis brazos—. Habla con él —susurró antes de darme un beso en la mejilla y salir del departamento con mi hija en brazos.

—Le dije a Riley que nos trajera algo de comer —explicó Alessandro, acercándose a mí. Instintivamente, me alejé dos pasos de él—. Katheryne,...

Mi nombre bailó en sus labios mientras yo suspiraba

—Debes tener hambre, come algo, *piccola* —susurró suavemente. Lo sentí colocar la bolsa de papel en mis piernas—. Sabes, no es fácil para mí estar aquí.

—Nadie te retiene.

—No entiendes nada, mujer. —Se sentó a mi lado—. Iba con ellos el día del accidente, ella murió en mi auto... Come, por favor.

Abrí la bolsa y saqué la caja de comida italiana, dejándola entre mis piernas.

—Mi vida fue un infierno después de eso. El hospital, el funeral, porque Frederick necesitaba que viera a mis padres muertos. Luego vendió mi casa y me hizo tomar un avión a Palermo y me dio la suite presidencial de su casa... su sótano.

—No tienes que contarme esto.

—No, no tengo, pero quiero hacerlo. —Tomó mi mano y jugueteó con mis dedos—. Por diez largos años, estuve encerrado ahí. Iba a la escuela, sí. El maldito necesitaba aparentar ante el juez que me estaba criando bien. Lucía las mejores ropas mientras estuvo en audiencia, pero nunca veían bajo la ropa: Las contusiones, los moretones... Si hacía algo mal, Fabrizio se encargaba de mí y él se excusaba diciendo que éramos niños y los niños siempre tenían diferencias, cuando él mismo lo alentaba y le decía en qué lugares debía golpear. Cuando Fiorella apareció en mi vida, como pareja, ella era mi todo y yo daba mi vida por ella. Me sacaba del profundo abismo en el que me sumergía una vez cerraba mis ojos. Ella me amaba y yo la idolatraba. El día que se fue, ella había estado preguntando cosas, habíamos estado acostados

por horas, combinando nombres... Me dijo que si era niña, debía llamarse Antonella. Ella siempre había amado ese nombre... Mi alma murió con una vida desarrollándose dentro de ella. El infierno no se abrió ante mí, pero me condenó a estar en el maldito purgatorio. Es por eso que yo no quiero a-a- amor —dijo la palabra con dificultad—, porque ya lo tuve y fue el jodido paraíso. ¿Sabes lo que significa que te arrebatan el mundo dos veces? Estoy cansado, Katheryne. Me gusta ser como soy. No siento, no duele, no existo.

Limpié las lágrimas que sin querer se habían derramado de mis ojos.

—Ninguno de los golpes que me dio Frederick o Fabrizio fueron tan dolorosos y crueles como perder a Fiorella aquella tarde. —Silencio—. Yo te necesito porque, aunque ha sido difícil, he de reconocer que posees esa luz que tenía mi madre. Lo supe desde que te vi en *The Chalets*. No fue la forma en cómo mi olfato reaccionó a tu olor, había algo más, algo que hasta el momento no he podido entender.

Soltó mi mano.

—Te he herido de todas las maneras posibles, pero no ha sido por gusto. Soy así, Katheryne. Soy carne y músculos. —Llevó la mano a su pecho—. Pero aquí no hay nada, eso me lo enseñó Oxford, me lo enseñó Dominique y su secta.

—Tú...

—No voy a permitir que nada me haga daño, Katheryne, mucho menos ese jodido sentimiento llamado amor ¿Me entiendes? Me cansé de sufrir y me convertí en esto, soy lo que soy, y eso nada ni nadie va cambiarlo.

—¿Tienes miedo de...? —Me interrumpió.

—Tu hija me ha llamado papá hace unos minutos. —No me sorprendió que Nella lo llamara papá, ya que lo hacía también con Chris y Gab, pero sí pude ver cómo el rostro de Alessandro se suavizó—. Es una niña excepcional. Si mi tesoro estuviese viva, tal vez yo no fuese esto. —Silencio—. ¿Sabes qué es lo que me sorprende? —sonrió, esas sonrisitas irónicas y de autoflagelación—, que yo era mucho más sádico antes de ti y, en estos momentos, me siento en paz conmigo mismo a pesar de todo. Es la última vez que te lo voy a pedir, Katheryne Cortéz: Quédate a mi lado, con mis reglas. Podemos firmar un nuevo contrato, si eso es lo que deseas. Mientras atiendas mis necesidades, tendrás mi fidelidad. Podré disciplinarte sin necesidad de humillarte, te protegeré a ti y a tu pequeña niña, y estarás conmigo hasta el día que, de mutuo acuerdo, deseemos dejarlo. Yo te respetaré, lo juro. Esas son mis garantías. Es lo que puedo darte: Un futuro y protección. Lo que sí no

puedo ni pienso permitir es que me ames —tragó grueso —, porque puedes tener la certeza de que yo nunca te amaré.

—¿Me permitirás curar tus heridas, Alessandro?

—No. —Bajó su cabeza y luego volvió a subirla—. Yo necesito que esas heridas sigan abiertas, soy demasiado egoísta como para dejarlas cerrar, así como me niego a dejarte ir. Por eso quiero que vengas conmigo a Milán.

—Eso es algo que no puedo decidir ahora. —Le dije con voz calmada—. Ha pasado mucho entre tú y yo. Y, como dijiste, me has lastimado tanto que no sé si mi corazón puede soportar más.

—Eres una chica fuerte. Estoy vulnerable, es por esto que te he hecho peticiones, pero estoy tan seguro como el infierno que cuando cruce esa puerta, mis demonios me consumirán si no consigo una respuesta afirmativa de tu parte. Y entonces que D'Angelo Corp., EEUU, se vaya a la mierda. Este país me asfixia. Y, sin ti, ya no quiero estar en él.

Si antes estaba confundida, después de sus palabras me encontré peor.

—Come. —Tocaron la puerta y él fue hasta ella. Riley le entregó una bolsa, que por el tamaño se veía que era un traje—. Necesito vestirme.

Asentí.

Empezó a caminar en dirección a la habitación.

—¿Y qué hago con mi amor, Alessandro? —pregunté sin mirarlo.

—El amor es una enfermedad que te penetra, envenena el corazón y la mente, te hace jugar con tus instintos y te mantiene en una falacia, Katheryne. Tú no estás realmente enamorada de mí, te atraen mis mundos oscuros, mis demonios hambrientos y el animal que enaltece mi espalda, pero no es jodido y bruto amor lo que te hace estar a mi lado. Eres masoquista y sádica como yo, mi placer es el tuyo.

—Te equivocas. Yo te amo, Alessandro D'Angelo.

—Entonces estás más condenada que yo. Y lo lamento profundamente, pues sufrirás, tomes la decisión que tomes. —Iba a decir algo más, pero su celular empezó a sonar—. D'Angelo —ladró—. Sí...

Siguió hacia la habitación y yo dejé la caja de comida a un lado. No tenía hambre, quería hacerme un ovillo y convertirme en oruga. Podía escuchar su conversación desde donde estaba.

—¿Estás seguro? —Su mano acarició su largo cabello—. Entonces la rata asquerosa dejó mierda a su paso. Yo sabía que su cabeza no podía darle para tanto —suspiró—. En media hora estoy allí, Antoine. —Colgó.

Me desconecté por no sé cuantos minutos y solo volví a la realidad

cuando escuché la voz de Lex nuevamente.

—Al parecer, Fabrizio no es tan inteligente como se creía —salió de la habitación completamente vestido minutos después—. Debo irme, pero piensa en lo que te he dicho... Mueve tu trasero al coche, ahora. —Volvió a colgar, se sentó a mi lado y se colocó sus zapatos. Dio otro gran suspiro antes de soltar la coleta que ataba mi cabello, agarrándome por la nuca, juntando nuestras frentes y haciendo que todos mis vellos se colocasen en estado de alerta—. *non voglio ferirti dolce principessa, ma devi capire che non c'è potere del dannato inferno che vuole separarmi da te per volonta propria*^[29]. — Entreabrió sus labios levemente hasta dejarlos a la par de los míos y me besó.

Como la idiota que era, correspondí a su beso cargado de la misma necesidad y dominación de siempre, hasta que nuestros pulmones bramaron por aire.

—Respira —susurró antes de tirar de mi labio inferior—. Riley vendrá en un par de horas con una caja para ti. Si has tomado una decisión, quiero que te vistas con el contenido que hay dentro de la caja y vayas con él a un lugar, yo estaré allí. Si no vas, entenderé que has tomado el camino que mi mente grita que tomes y, entonces, esto será solo un recuerdo que olvidaremos con el paso del tiempo. Y yo, Katheryne, te borraré, te sacaré de mi vida, volveré a mi mundo de sufrimiento, placer y dolor, sin mirar jamás hacia atrás. — Mordió mi mandíbula antes de separarse de mí, tomó su saco y caminó hasta la puerta. Giró el pomo y salió de allí, dejándome en el borde del caos absoluto.

Recosté mi cabeza en el sofá. ¡Quería dejar de sufrir! Quería que el corazón no me doliera.

Una vida sin amor...

Tenía a Antonella, pero toda mujer merece caricias tiernas, besos suaves y palabras cursis susurradas al oído. Junto a él, nunca iba a tener nada de eso.

El teléfono celular sonó estridentemente luego de la partida de Alessandro. Y como Antonella estaba con V, había caído en una pequeña duermevela. Abrí los ojos con pesadez, estaba empapada en sudor y sentía mi garganta seca. El celular sonó de nuevo y me arrastré desde el sofá hasta la habitación, donde estaba la maleta de Nella.

—Gab —contesté al ver el nombre en la pantalla del teléfono.

—¿Dónde diablos te habías metido?! —gritó encolerizado—. Ese hombre vino y se llevó a mi bebé desde anoche y tú no osas contestar el maldito celular. Él puede hacer lo que quiera contigo y tú con él, pero ninguno

de los dos puede decidir por la vida de mi bebé. Y, además...

—¡Gabriel Daniel's! —grité cortándolo. Les debía mucho a Gab y Chris, les debía esta vida y la otra, pero estaba harta de su bipolaridad, harta de que él quisiera meterse en mi vida—. En primer lugar, deja de gritarme: ¡No soy tu jodida hija! En segundo, el celular lo había dejado con V y ella me lo trajo esta mañana —mentí—. Mi bebé —hice hincapié en que Nella era mía—, está bien, está conmigo, con su mamá. Espero que sea la última vez que me grites, ¡maldita sea! Estoy harta de que todos quieran entrometerse en mi vida, cuando la única que tenía derecho a hacerlo está tres metros bajo tierra; así que te pido el favor, Gabriel, que si vas a seguir con ese tira y afloja hacia mí, creyendo que puedes meterte en mis asuntos y mis decisiones, cortemos esto de tajo y se acabó. No les necesito ni a ti ni a nadie, tomo mis decisiones y soy consciente de todo lo que representa cada una de ellas. —Colgué exaltada. El teléfono sonó un par de veces más, pero no vi quién era. La cabeza me dolía, así que me tomé un par de pastillas y fui por Antonella.

—Imagino que no has comido nada —dijo V cuando me abrió la puerta de su departamento. Efectivamente, aún en algún lugar del sofá, estaba la caja de comida china que ella misma le había entregado a Alessandro—. La princesa está viendo los dibujos animados en mi habitación; al parecer, prefiere a la *Doctora Juguetes* más que a la *Cerda Peppa*. —Un temblor fingido recorrió su cuerpo—. ¡Vamos! Creo que aún hay un trozo de pizza de la que trajo el chofer bombonazo.

Caminamos hacia la cocina. Me dejé caer en uno de los taburetes de la isleta mientras V sacaba la pizza del refrigerador y la colocaba en el microondas.

V tenía su mini laptop encendida y de ella salía una melodía en español, que no era precisamente su estilo de música.

*Y gritar, y gritar, y gritar, y cederle al coraje un lugar
Y ponerle nombre al miedo
Y arrancarle un rayo al cielo ser feliz aunque pueda fallar
Porque un nudo en la garganta no se suelta si se aguanta
Las espinas no se deben tragar
Las palabras tienen filo y a mí nadie me ha prohibido gritar.*

—Sí, es loco —dijo ella sin mirarme—. Ni yo sé por qué me gusta la canción. ¿Quieres gritar, Katheryne? —dijo con voz amortiguada, ya que su

cabeza estaba dentro el refrigerador—. ¿Coca-Cola o cerveza?

Sinceramente no tenía ganas de beber.

—Coca-Cola. —Le dije al tiempo que el pitido del microondas nos avisaba que la pizza estaba lista.

V puso el plato frente a mí, pero aunque no había comido en casi 12 horas, lo moví, apartándolo de mi lado, mientras afirmaba los codos a la mesa y dejaba que mi cabeza se apoyara en mis palmas.

—Kath, me parece que estás haciendo una tormenta en un vaso de agua.

—Me pidió que fuese con él a Milán.

—Eso significa que el pelo de espantapájaros no le importa.

—Es más que eso, es irme a un país donde estaré completamente sola. Y si algo pasa...

—¿Sabes Katheryne? Llámame loca o descerebrada, pero yo me iría con él —dijo, sentándose a mi lado—. Ese hombre está en una batalla interna que ni él mismo puede controlar. Su estado es de absoluta negación. No puedo decirte que te ama, ahí no meto mis manitos; pero de que siente algo, lo siente. A ver... Míralo, es alto, dolorosamente hermoso y está forrado en dinero. Un hombre como él puede tener a la mujer que quiera con solo chasquear los dedos, pero no, él te lo ha pedido a ti.

—Después de besuquearse con otra.

—¿Te dijo si al menos sintió algo? —inquirió, haciéndome levantar la cabeza—. Digo, porque si sintió algo con ella y contigo no siente nada, mándalo a la mierda. Llama a los chicos que vengan por Nella y tú y yo nos vamos a beber a un bar. Yo quiero experimentar y tú debes... —Fingió pensar—. No sé, olvidarte del bastardo.

—No es tan fácil. —Escuchamos el llanto de Antonella, por lo que ambas nos levantamos y caminamos hacia la habitación. Tomé a mi bebé en brazos.

—Ya te expliqué lo que me pasó con Jasón, y no pienso decirte más nada.

—Ayer había decidido no volver con él, pero hoy...

—Lo amas y te sientes como idiota porque habías tomado una decisión y ahora estás reconsiderándolo —dijo V sonriente—. No lo niegues, aquí la psicóloga soy yo.

—Me voy a casa, antes que sigas psicoanalizándome. Necesito tomar un par de aspirinas.

—Te acompaño, así tú descansas un poco y yo me quedo con la diabla y

me aseguro de que comas algo.

—No quiero comer, V, pero sí me gustaría estar contigo hoy. —La abracé.

Subimos a mi departamento, entre pasos pesados y pausados; la cabeza aún martillándome y sin una decisión tomada.

Según V, necesitábamos una tarde de chicas, ¿y qué había mejor que la manicura para ello?

V preparó tortillas rellenas de jamón y queso mientras se me secaban las uñas de los pies, las pinté en color negro. No me gustaba, pero mi amiga era medio gótica y ese día dejaría que hiciera conmigo lo que ella quisiera. La verdad, no quería hacer nada, pero ella se empeñó en que una mujer debía ser primero un cadáver antes de estar mal arreglada. Eran las seis treinta de la tarde y había logrado comer la mitad de lo que había en el plato que V me había preparado.

—¿Sabes que a pesar de que nos conocemos hace poco te quiero como la hermana que no tuve? —exclamó mi amiga sin mirarme.

—Yo también te quiero, V, aunque no sé quién eres.

Ella me miró con fingido enojo.

—Para empezar, no te llamas V.

—Odio mi nombre y lo sabes. Me gusta V, resume las cuatro V que mi linda madre agrupó y me dio por nombres. En fin, eso no es lo que quería decirte, lo que yo quiero saber es... —Un leve toque en la puerta nos exaltó a ambas—. ¿Esperas a alguien? —V encaró una de sus cejas.

—No. —Peiné mis cabellos hacia atrás con una mano—. Es lunes, Chris está en el bufete y tuve una pequeña discusión con Gab.

—¿Alessandro? —Ella alzó una de sus cejas.

Sentimos otro toque.

—Bueno, voy a ver. —Se levantó de la silla, la sentí hablar con alguien y luego cerró la puerta—. Riley trajo esto para ti, dice que su jefe ya te dijo.

—¿Riley? —Enarqué una ceja ante la familiar forma en la que lo había llamado.

—Pues mientras tú y *Mr. Hyde* estaban en su drama novelesco, el chofer buenorro y yo nos hicimos amigos. —Expuso riendo.

Colocó la caja en la isleta de la cocina. Era blanca, tenía un lazo negro y una tarjeta, con la muy estilizada letra de Alessandro, que recitaba:

Te espero en el restaurante Barbetta a las 8. Riley estará esperando

que bajas...
D'Angelo.

—¡Ábrela! —Apremió V, curiosa.

Solté el nudo del lazo y destapé la caja, mirando lo que tenía dentro. El silbido de V me hizo reaccionar. '

—¡Amiga, saca todo!

«Dios, se parecía a Gianna cuando íbamos de compras.»

Saqué la suave tela de seda de la caja, quedándome maravillada ante el vestido. Era un lindo strapless con un fajón grueso en lentejuelas. Se veía que era entallado y corto, unos cuantos centímetros antes de la rodilla.

—¡Hay más! —chilló V, sacando una caja más pequeña—. ¡Oh, bendito Dios! ¡He muerto! —exclamó dramáticamente, sacando el par de armas mortales. Eran unos *Manolos* negros completamente cerrados. Podía calcular unos dieciocho centímetros de alto.

¡Quería matarme!

El tacón era una fina puntilla de color plata brillante. Miré dentro de la caja, buscando algún papel, pero solo encontré una cartera de mano negra junto con una cajita de *Tiffany*. La tomé con cuidado y la abrí, encontrándome con un par de finos aros con incrustaciones en piedras color negro, igual de finos a una pequeña gargantilla y un reloj.

—¿Es todo? —preguntó V.

Negué.

Entre las virutas de papel, había otra bolsa. La tomé, sacándola y desenvolviendo lo que estaba dentro: Un conjunto de encajes de *La Perla*; era una micro tanga y un sostén.

—La noche parece prometer —dijo V, haciéndome mirarla fijamente.

—No pienso ir. Basta de autoflagelarse, no soy mártir ni mucho menos estoy pagando una promesa.

—¿Cómo dices? ¿Qué dijiste? Guácala, soné como *Hannah Montana*. Puagk —V hizo gestos graciosos—. Katheryne, no ves lo que yo veo. El hombre está desesperado, mujer. Es tu oportunidad, él quiere que viajes con él a Milán y tú te mueres por hacerlo, aunque digas que no. Pero eso sí, no se lo dejes tan fácil. —La miré sin entender—. Ve a esa cita y hazlo pagar.

—V, V, V...

Ella me miró ceñuda.

—No te sigo.

—A ver, Katheryne. ¿Qué es lo que quieres de él?

—¿Qué me ame? —Ella me miró mal.

—Sabes que no lo hará.

No pude evitar el gesto de dolor que atravesó mi rostro.

—Lo siento, pero soy realista. Pídele algo que tú quieras a cambio de que te vayas con él.

—No quiero dinero. —Le dije cansada.

—No dije que sea dinero, te dije: Pídele lo que tú quieras. A ver, amiguita, piensa.

—Ya te dije, V, quiero que me ame.

—Entonces pídeselo.

—¿Crees que no lo he intentado? —Me levanté de la silla—. ¡Dios! Me ofreció un nuevo contrato, con tal de que vaya con él.

—Entonces haz un nuevo contrato tú donde detalles todas y cada una de tus demandas. Voy a volver a preguntarte: ¿Qué es lo que más quieres de él?

—Quiero amarlo, quiero que me ame, como una pareja normal.

V sonrió.

—Entonces tú tienes el poder, Katheryne. ¡Juega!

12

Eran las 7:30 cuando sentimos el leve toque en la puerta. No había que ser vidente para saber quién era. Me miré por última vez en el espejo. V tenía a Nella, así que había tomado mi tiempo maquillándome, bajo la atenta mirada de mi amiga. El vestido se adaptaba a mi cuerpo como una segunda piel, me había dejado el cabello suelto, colocado los zapatos y las sencillas joyas que él eligió.

—Quedaste... ¡Woww! —dijo V, haciendo un cuadrado con sus dos manos, como si fuera una cámara—. ¿Recuerdas todo lo que hablamos?

Asentí.

—No permitas que te lleve a casa, debe ser un lugar único. Tampoco se vengán para acá, recuerda que esta noche tú tienes la sartén por el mango. —Frunció el ceño e hizo una mueca graciosa—. Aunque es mejor que seas muy inteligente y sepas dónde tocar... ¿Entendiste?

Asentí y ella me dio dos besos.

—De Antonella, ni te preocupes. Esta belleza se va a ver un maratón de algún muñeco deforme de *Disney* con su tía favorita.

—Que no te escuche Chris. —Le dije de broma, a lo que ella farfulló algo que no entendí. Tomé el sobre marrón en el que V y yo habíamos trabajado en las últimas dos horas, suspiré una vez más y salí del departamento. Bajé las escaleras hasta la salida.

Riley me esperaba delante del auto, ataviado en un traje entero negro.

—Se ve usted muy hermosa, señorita Cortéz. —Sonreí, de nada valía volverle a decir a Riley que mi nombre era Katheryne.

—Gracias, Riley. —Él me abrió la puerta y luego se subió al coche. Mientras pasábamos por las calles, mi mirada iba centrada en la ventanilla. Esperaba que Alessandro aceptara lo que pensaba proponerle.

Riley se detuvo cerca del teatro de Manhattan y abrió mi puerta, dejándome ver el lugar. Se veía antiguo pero elegante, y lleno de historia. Adornado armoniosamente con luces y árboles y un letrero luminoso que decía *Barbetta*.

—Debe entrar y preguntar por la reservación de Alessandro D'Angelo. El *maître* la llevará con el señor. —Cerró la puerta y me dio una sonrisa

suave. Subí los peldaños, dejándome llevar por la magia del lugar. Un chico vestido con un elegante traje abrió la puerta para mí. Apreté el sobre marrón hacia mí, suspirando fuertemente cuando llegué frente al *maître*.

—Reservación para el señor D'Angelo —dije lo mejor que pude, intentando controlar mis nervios en mi interior.

—El señor D'Angelo llegó hace unos minutos, está en uno de los reservados. Sígame, señorita —dijo en un fingido acento italiano. Mientras caminábamos hacia el reservado, no pude evitar observar el interior del restaurante. Estaba adornado con muchas efigies, retratos y candelabros. Había una lámpara de araña en la mitad del salón, las mesas eran cuadradas, adornadas con manteles de lino blanco y sobremanteles en color oro, con muebles y cuadros rústicos. El aroma a especias y pasta de tomate predominaba en el lugar. Una esquina estaba adornada por un piano en un blanco marfil y un chico tocaba melodías suaves y hermosas.

Por uno de los ventanales, pude apreciar una pequeña fuente adornada con luces y querubines. Pasamos del salón principal a uno un poco más pequeño. Las mesas estaban unas lejos de las otras. En el rincón del final, visiblemente cubierto por una planta, estaba él.

El corazón se me detuvo al verlo, tenía un traje de tres piezas color azul oscuro y se veía tan malditamente sensual como el día de la gala de D'Angelo Corp. Curvó su rostro en su sonrisa torcida, esa que hacía temblar hasta el último rincón de mi cuerpo, y se levantó para darme la mano cuando llegué a él.

—Me alegro de que hayas venido —susurró sensualmente mientras el *maître* retiraba mi silla—. Dile a mi mesero que puede traer el champagne —dijo sin mirarme.

No había pasado ni dos minutos cuando un muchacho nos trajo una pequeña cava con hielo y la botella dentro; sacó la botella y sirvió dos copas. Alessandro me tendió una.

—Porque te ves realmente hermosa vestida de negro —dijo antes de llevarse la copa a la boca.

Mis piernas eran gelatina. Agradecí mentalmente estar sentada, el camarero nos dio los menús, pero estaba tan nerviosa que no podía comprender una palabra.

—¿Quieres que ordene por ti? —murmuró, buscando mi mano sobre la mesa.

—Por favor. —Tomé mi copa y bebí un poco. Ese era Alessandro, el

hombre que me había comprado hacía ocho meses. No entendía por qué estaba actuando como si fuese nuestra primera cita.

«¿Quizá porque lo es?»

—Tráenos feta de jamón crudo, con queso de campo, más caviar de entrada, acompañado de un *Rayan Cabernet Sauvignon* del 2007. Para plato fuerte, queremos filete de cordero a la plancha con salsa de pimienta picante y ensalada de hortalizas verdes, acompañado de un *Inglenook Cabernet Sauvignon Napa Valley* de 2008. —Se giró mirándome y sonrió... ¡Dios! ¿Pensaba matarme con esa maldita sonrisa?— ¿Te gustaría comer algo de postre? —Me encogí de hombros—. Y una porción de pastel de duraznos. —Entregó los menús al joven y este se retiró con un asentimiento de cabeza.

Suspiré por... Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había suspirado. El celular de Alessandro vibró y él leyó el mensaje, sonriendo. Al parecer, había una buena noticia. Tomé otro trago del contenido de mi copa. No transcurrió mucho tiempo cuando el chico colocó el primer plato en nuestra mesa; estaba finamente decorado: las lonchas de jamón en el centro junto con el queso, una hoja de lechuga levemente aliñada con aceite de oliva y el caviar sobre ésta. También tenía una pizca de albahaca y aceite decorando los espacios vacíos del plato. El mesero llenó nuestras copas de vino y luego se marchó.

—Cuando vivamos en Italia, harás un curso intensivo de italiano, Katheryne. —dijo catando el vino.

—Verás, Alessandro, yo quería...

—Después de la cena, hablaremos. Come —ordenó.

Tomé el tenedor y empecé a comer, a pesar de que no me apetecía nada. El sobre seguía pesando como si escondiera una tonelada de ladrillos.

La entrada había estado deliciosa y el plato fuerte era sencillamente exquisito. La cena estaba transcurriendo con calma, pero demasiado silenciosa para mi salud mental, a pesar de que me sentía mucho menos nerviosa gracias a las dos copas de vino y la copa de champagne que me había bebido.

—¿Cómo les fue con lo de Fabrizio? ¿Encontraron algo? —pregunté tímidamente.

Alessandro dejó su tenedor a un lado antes de limpiarse con su servilleta.

—Fabrizio nunca fue demasiado inteligente, por eso Antoine y yo decidimos enviar a un infiltrado a la empresa cuando nos dimos cuenta de que estaba haciendo malos manejos.

Lo miré sin entender.

—Verás, Katheryne, construir un edificio no es tan sencillo como unir un par de bloques de *Lego*, se necesita hacer estudios de suelo y entorno, también calibrar materiales. Fabrizio estaba comprando materiales de mala calidad, como por ejemplo: Cemento mezclado con polvo, entre otras cosas. El infiltrado nos lo dijo todo y, entonces, decidí viajar hasta aquí a pesar de lo mucho que detesto esta ciudad. —Llevó la copa de vino a su boca antes de continuar hablando—. Esto hubiese sido mucho más sencillo si hubiésemos tenido algo con qué hundirlo, pero la rata había hecho las cosas demasiado bien, no había huella alguna de él en los documentos y las firmas. Antoine ha estado revisando todo muy minuciosamente y, ayer, encontramos la prueba reina para que el maldito se pudra tras las rejas una larga temporada. No solo estaba construyendo con materiales de mala calidad, también estaba haciendo negocios ilícitos bajo el nombre de D'Angelo Building. El miércoles tenemos reunión de socios y se dirá el veredicto final de Fabrizio.

—¿No lo llevarán ante las autoridades?

Rio irónicamente.

—Katheryne, en mi mundo la autoridad soy yo. Soy un hombre de negocios: Su patética libertad a cambio de su 30% de mi compañía. Y ya que estamos hablando de negocios... Si estás aquí, es porque tomaste una decisión —dijo con voz baja. Su lengua delineó sus labios provocativa y sensualmente.

—Efectivamente, la he tomado.

El mesero llegó y retiró los platos. El reservado nos mantenía lejos de todo, solo él y yo.

—Mi propuesta... —Tomé el sobre de mis piernas y lo deslicé por la mesa—. Has sido claro conmigo, no quieres amarme ni quieres mi amor.

—Exacto.

—Seremos amigos en condiciones de derecho y...

—No —dijo rotundamente—, seremos dominante y sumisa, Katheryne. Amo y esclava. Quiero seguir teniendo el poder sobre ti, sobre tu cuerpo. Serás mía, no iguales. Todo seguirá tal cual como hasta ahora, con la diferencia de que será un contrato sin fecha de caducidad. Yo me comprometo a serte fiel, siempre y cuando tú mantengas cubiertas mis necesidades. He prometido no utilizar nunca más la fuerza en ti y nunca disciplinarte severamente. Pero si cometes un error, te advierto que habrá un castigo. Es mi naturaleza.

—Quiero algo a cambio.

Él tomó la botella de vino y volvió a llenar nuestras copas.

—Te escucho...

—Abre el sobre. —Le pedí, bebiendo un poco más de la mitad de mi copa, mientras lo veía tomar el sobre y sacar las cuatro hojas que se hallaban dentro de éste.

—¿Un contrato? —preguntó, alzando una ceja.

—Es lo que pido por ser tu sumisa hasta que, de mutuo acuerdo, decidamos separarnos.

—Sabes perfectamente que solo serás mi sumisa en la cama; fuera de ella, serás la mujer que elegí...

—Nadie sabe lo que sucede detrás de las cuatro paredes de una casa —susurré.

Él no dijo nada, en cambio, tomó el sobre como si este pudiese explotar en cualquier momento. Sostuvo la primera hoja de papel y empezó a leer en voz baja. Su rostro adquirió varios gestos mientras leía. Para cuando terminó, su cuerpo estaba rígido, su mandíbula cuadrada y las venas de su frente sobresalían palpitantes.

—No puedo aceptar esto —dijo antes de colocar los documentos dentro del sobre—. Katheryne, yo no puedo simplemente...

—Alessandro —lo interrumpí—, falta poco para que cumpla veinte años, tú deseas que me quede a tu lado para siempre. No soy tonta, eso de “mutuo acuerdo” —hice comillas con mis manos— es algo que estás diciendo a la ligera.

—Yo nunca digo cosas a la ligera.

—Tú terminarás aburriéndote de mí, de mi hija, de mis malcriadeces...

Sonrió.

—En caso de que no lo hagas, y ruego a Dios que ninguno se canse de nuestra situación, quiero y necesito lo que te estoy pidiendo. Todas las mujeres del mundo soñamos con tenerlo aunque sea una noche.

Bajó la mirada, apretando fuertemente el mantel de la mesa.

—No puedes negarme eso que pido.

—Yo he sido claro contigo, Katheryne. No puedo darte lo que pides porque yo...

—Lo sé. —Volví a interrumpirlo—. Tú tienes sexo y follas, nunca haces el amor porque no está en ti, pero es lo que yo quiero. Caricias y palabras cursis, besos tiernos y susurros en el oído, que te quedes conmigo después que el clímax nos deje laxos en la cama.

—¿Y para qué lo quieres? —cuestionó molesto—. ¿Para qué quieres que sea un cursi de mierda, si a la mañana siguiente seguiré siendo quién soy? Te seguiré follando, atando y lastimando, Katheryne; utilizando mis juguetes y jactándome de placer... No te equivoques conmigo, Cortéz.

—Entonces no tenemos nada más que hablar, Alessandro. Esa es mi condición para ir contigo. —Me levanté de la silla y caminé lo más erguida que pude hasta la salida. Esperaba que su necesidad por mí fuese tal que me siguiera, pero no lo hizo.

No iba a llorar, no era una estúpida, yo sabía a lo que me enfrentaba y sabía perfectamente quién era él. Iba a doler, por supuesto que dolería, pero sería mejor dejar todo atrás.

Subí al taxi, dándole una última mirada al restaurante; con el corazón encogido, pero entera.

V me había dado su hombro para llorar después de aquella última vez que había visto a Alessandro, se había quedado a dormir en el departamento y, a la mañana siguiente, tenía una montaña inmensa de waffles con mucha miel. El refrigerador estaba lleno de dulces porque, según ella, una pena de amor no era pena si no se subían unos kilos. Había venido al departamento cada día después de clase. No hablábamos de él... Dolía hacerlo. Dos días después de la cena, los periódicos sacaron la noticia de la venta de las acciones de Fabrizio D'Angelo a su primo Alessandro D'Angelo, había una foto de los dos; Alessandro se veía tenso, pero tenía una pequeña sonrisa de victoria en la fina línea de sus labios. A diferencia de Fabrizio, cuyo enojo parecía notarse a simple vista. Antoine también estaba ahí junto a Demian Hamilton.

No leí la nota, pero V me hizo un resumen bastante extenso sobre ella. Además de la venta de las acciones, estaban anunciando a Hamilton como nuevo socio de D'Angelo Building.

Era sábado en la tarde, Chris había ido a buscar a Antonella, alegando que necesitaba estrechar lazos tío/sobrino, razón por la cual se la llevaría todo el fin de semana. Me senté en el sofá, abriendo el último libro erótico que Chris me había traído, había leído la primera parte en cuestión de horas debido a que V estaba realmente intensa con que se lo pasara.

Intentaba no pensar en Alessandro, pero a mi mente llegaban los recuerdos de nosotros juntos, los buenos y los malos... Era una continua

sucesión de imágenes. Además, estaba la voz en mi interior que me susurraba que seguramente él ya tenía una nueva sumisa. Mantenía mi mente ocupada pretendiendo escapar del vacío que su ausencia dejaba en mi alma. Mataba los susurros con lectura, en especial esa que me sumergía en un mundo donde los hombres oscuros aman.

Escuché cómo la puerta se abría y bajé al libro para ver a V lista para su fiesta.

—Anda, di que sí... —dijo haciendo pucheros—. Por favor, van a ir chicos lindos de mi facultad...

—Te dije que no estaba para salidas. —Le recordé amarrando mi cabello en una coleta suelta ya que se había soltado un poco.

—Pero ni siquiera has hecho el intento de...

—V —la llamé —, en serio tengo qué hacer. —Señalé el libro—. Ve a la fiesta, diviértete, échate un polvo, embriágate, ¿qué sé yo?... Ya te has preocupado por mi toda esta semana, yo estoy bien. —Ni yo me creía eso. Fui a la cocina buscando el medio tarro de helado de brownie, que aún quedaba en el congelador. V me miró mal y rodó los ojos ante mi falacia de decir que estaba bien—. No me mires así, tú trajiste el helado.

—Me preocupas —dijo seria—. Amas demasiado a ese hombre y no te he visto llorar desde el lunes, después de la cena.

—He llorado lo suficiente por él, gasté mi reserva de lágrimas en el pasado —bromeé—. Estoy bien, sal y diviértete.

—Seguro, quiero tener un buen revolcón con un chico que siempre me encuentro en la cafetería. Sé que estudia finanzas o algo así, trataré de hacer mi puja hoy.

—¿El chico de las fotos del celular? —inquirí, mirándola divertida.

—Te amaré toda la vida por haberme dado esa hermosa herramienta. Mi celular era un trasto viejo que no servía para nada.

Sonreí.

—Mmm... ¿Segura que estarás bien si te dejo solita hasta mañana? —preguntó preocupada.

—Sí, mami —bufé—. Tengo para entretenerme. —Señalé la pequeña pila de libros, cortesía de Chris.

—Bueno —suspiró derrotada—. Quiero estrenarme esos lindos zapatos que la bestia te envió para la última cena.

—Están en la caja, debajo de la mesa de noche.

V dio un brinquito antes de salir disparada hacia el tesoro que eran los

zapatos. Miré la hora en mi nuevo y sencillo celular. Christian me lo había entregado luego que le diese el mío a mi nueva mejor amiga.

Estaba guardándolo en mi bolsillo, cuando empezó a vibrar en mi mano; era un mensaje de Gianna:

Le pedí el número a Chris, no te enojas con él. No iba a permitir que me quitaran de nuevo a mi única amiga americana. Sé que las cosas no están bien entre Alessandro y tú, pero me gustaría que pudiéramos vernos. ¿Podemos almorzar mañana?

Le respondí inmediatamente:

Mañana suena bien, ¿Puede venir V?

Ella respondió en seguida:

Perfecto.

Contesté:

Escoge el restaurante y la hora. Estaremos ahí.

Pulsé la tecla enviar justo antes de que V saliera del dormitorio con los *Manolos* puestos.

—Me veo más hermosa —dijo mirándose en el espejo.

Sonreí.

—Mantén cerca el trasto viejo que Chris te dio por celular. Estaré llamándote cada media hora.

—Sí, mami... —bromeé.

—También cierra bien las puertas y no le abras a nadie.

—Gianna de Difeo nos invita a almorzar mañana, tengo unos ahorros y quiero comprar algo lindo de Navidad a Antonella.

—Ok, prometo estar aquí antes del mediodía y vamos a hacer las compras navideñas. Te quiero, pequeña *padawan*.

—Igual yo, *sensei*. ¿Llevas todo?

—A ver... Actitud... Sí. ¿Vestido corto?... Sí. ¿Zapatos para follar? —
Miró los zapatos —Sí.

—¿Condomes? —dije riendo.

—Por supuesto, sin gorrito no hay fiesta. —Negué con la cabeza mientras la veía salir del departamento. Serví una porción de helado en un cuenco y noté que V había dejado las llaves. Resoplé sonoramente. Devolví el helado al refrigerador y volví a mi puesto en el sofá.

« Lee y no pienses .»

Estaba quedándome dormida cuando escuché dos toques en la puerta, miré mi celular, notando que apenas pasaba de la media noche. « *Seguramente la fiesta de V no fue tan buena y había decidido venir a mi departamento, sabiendo que Nella no estaba.* » Tocaron un poco más fuerte, me levanté del sofá y caminé hacia la puerta.

—V, no me digas que la fiesta estuvo tan mala que duraste menos de dos horas en ella —dije abriendo la puerta, riendo.

La sonrisa no me duró mucho en los labios, dando paso a un gesto de puro asombro y sorpresa.

No era V...

—*La mia bella bambina, quanto ho perso!*^[30] —dijo antes de abalanzarse sobre mí. Sus labios capturaron los míos, haciéndome entender que no era simplemente yo la que lo había extrañado. Allí estaba todo resumido, su necesidad, su poder y su aura controladora. Llevé mis manos a su espalda besándolo tan intensamente como él lo hacía conmigo; pero dejándolo tener el control, cómo sabía que le gustaba—. ¿Quieres una noche con jodidas flores, Katheryne? Es tuya. ¿Quieres que sea un maldito dulce? Te causaré un coma diabético, pero no seré yo. Montaré todo el show, tendrás las malditas velas, los pétalos de flores en la cama y la puta música cursi, pero no seré yo. Yo no soy dulce, yo no soy suave. Esta será la primera y última jodida vez que veas esa faceta en mí. —Su voz salió ronca y suave a la vez. Sus manos apretaban mi cintura, mientras sus dedos subían mi vieja camiseta, acariciando la piel de mis costados, pegándose más a su cuerpo.

Y eso era todo lo que me importaba de él, había cedido. Él me había buscado y, aunque lo negara, yo le importaba. Y ya estaba dicho, me dejaría llevar. Desde ese momento, Katheryne Cortéz moría para ser una extremidad más de Alessandro D'Angelo. Me perdería en él, en su mundo, en su vida, en su pasión, en su cuerpo... Su mundo oscuro me absorbería. Y aunque estaba segura de que mi corazón quedaría detenido en ese momento, yo quería

consumirme.

—Vuelve a mi cama, nena. Vuelve a mi cama —exigió, colocando su cabeza en mi hombro y un tono de desesperación en su voz—. Yo te daré lo que me pides, pero vuelve a mi cama.

A mi cama no..., a mí.

Me separé un poco de él, agitando mis cabellos con una de mis manos.

—Te amo. —Las palabras salieron suavemente, en un susurro espontáneo y agónico.

Pude ver la expresión de horror que se instaló en su precioso rostro. Dio dos pasos hacia atrás y luego caminó hasta sentarse en el sofá, era como si le hubiese tirado una lanza directo a su corazón.

—No lo haces.

—No puedes saber más de mis sentimientos que yo misma. He estado muriendo sin ti, pero también moriré contigo, ya que te amo y te niegas a darme lo que yo más quiero.

—No quiero comprometerme.

—El amor no es un compromiso, Alessandro.

—No, solo da el poder a los demás para volverte mierda y es un putito fantasma, todos hablan de él; pero nadie lo ve.

—Tú lo viviste, lo sentiste... —cerré la puerta y me recosté en ella—, con Fiorella.

—Y se desapareció como en un acto de magia. Para ti, amar es una bendición; para mí, que me ames, es una maldición.

—El amor es libertad, Alessandro, y tú no puedes evitar que yo te ame.

—Pero puedo tratar de protegerte, y lo hago mejor si sé que nada nos une.

—¿Por qué accedes a darme la noche que te pido si no crees en el amor?

—Soy un hombre de negocios, Katheryne, y tú me has entregado un contrato: Una noche de cursilería a cambio de tu vida.

—¿Es así cómo lo ves? —No pude evitar el toque de decepción.

—Eso es lo que es, Katheryne. Tú me das una cosa, a cambio, yo te entrego otra —suspiró y enfocó sus ojos en los míos—. ¿Cambiate de opinión?

Negué.

—Entonces ven aquí, nena, mi cuerpo necesita exorcizar mis demonios.

No me moví.

—¿Quieres algo más?

Lo quería todo, pero sabía que él no estaba dispuesto a darme nada. No quería que fuera una obligación, quería que fuese placentero para ambos.

—¿Qué sientes por mí?

—Necesidad... —Se levantó y llegó hasta mí—. Te necesito para tener paz.

Entonces lo vi, lo vi con claridad: La bolsa oscura bajo sus ojos, la barba descuidada... todo, tal cual como esa vez.

—No quiero que finjas amarme... Quiero que me hagas sentir que me amas, así no lo sientas realmente.

Él me miró sin entender.

—Quiero una noche de amor, quiero sentir que soy para ti más que la mujer que calienta tu cama, quiero que esta noche me ames.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué te autoflagelas? ¿Por qué quieres que finja algo que no va pasar nunca? A veces no te entiendo, mujer. Y no sé qué demonios hago aquí cuando sé perfectamente que no puedo entregar lo que tú tanto ansías.

Se pasó la mano derecha por la frente, deteniéndola en el puente de su nariz.

—Te estoy pidiendo —mi voz se cortó— ¡Entonces finge! finge amarme, quiero que estés desesperado por mí—. Mi petición salió como un ruego involuntario.

Él me observó de una manera fría, impasible, haciéndolo lucir como el más vulgar de los ruegos.

—Ya te dije que te causaré un puto coma diabético. Me han dicho, más de una vez, que soy un excelente actor. —Su mirada se dirigió hacia la cuna vacía de Antonella—. ¿Dónde está ella?

—Con Gab y Chris.

Maldijo en voz baja

—¿Sucede algo?

Negó.

—Lex...

—Me voy, Katheryne. —Sacó de su chaqueta un sobre doblado—. Mañana, siete en punto —dijo en voz baja—. ¿Quieres que finja? —Sus dedos tocaron mis labios, haciéndome temblar por ese mísero roce—. Fingiré..., pero no lo haré por ti. Te deseo, Katheryne. Siempre, a cada instante, cada minuto del puto día. Mis demonios necesitan alimentarse. —Su voz era suave, pausada. Su acento italiano marcando con fuego cada palabra en mi piel—. El

grifo extraña tus bonitas uñas enterrándose en él. —Introdujo uno de sus dedos en mi boca y gimió cuando mis dientes y mi lengua lo envolvieron—. *Cattiva ragazza*^[311]... —susurró—. Riley vendrá por ti... Abrígate bien porque mañana hará mucho frío. —Se acercó a mis labios. Desde mi lugar, podía inhalar el aroma de su fragancia—. Voy a romper tu corazón, Katheryne.

—Ya lo has roto muchas veces, Alessandro. Siempre logro juntar las piezas, así que no me da miedo.

Su mano acarició mi nuca.

—Shh, quieta... —susurró con voz endemoniadamente baja. Odiaba el poder que esos ojos tan verdes como un par de esmeraldas tenían en mí. Era como si me paralizara, como si...

Sus labios, tibios y demandantes, se pegaron a los míos, sometiéndome, apresándome, tirando levemente del inferior...

—No estoy seguro de que puedas repararlo después de esto.

—Te amo. —Su mano se alejó de mi piel. Dio un paso hacia atrás.

—Yo no quiero eso, Katheryne... Ni tu amor ni romper tu corazón. Tú has puesto las reglas, tú te atenderás a las consecuencias... Nos vemos mañana.

13

Pasé toda la noche sin dormir. V llegó temprano por la mañana y parloteó sobre su fiesta y el chico que le gustaba. Escuché la mitad de su diatriba. En mi mente, las palabras de Alessandro chocaban, recordándome que cualquier decisión que tomara con respecto a nosotros afectaría mi vida. Al final, yo acabaría con el corazón roto, tomara la actitud que tomara. Por otro lado, sus besos aún quemaban mi piel, su voz y su acento pronunciado marcaba mi interior. Deseaba a Alessandro más de lo que incluso él podía imaginar.

V chasqueó sus dedos frente a mí.

—¿Estás escuchando algo de lo que te estoy diciendo? —Frunció el ceño.

—Claro. —Terminé de lavar el último plato y lo coloqué en el escurridor.

—Entonces, como te decía, estaban estos afroamericanos buenísimos y nadie quería con ellos. Las habitaciones en la casa de Beth estaban abiertas... Fue una orgía inimaginable porque.... ¡Joder, Kath! ¿Qué te está pasando?

—Lo siento, lo siento...

—¿Es el puto amo? —V tenía un sobrenombre distinto para Lex cada día.

—Vino anoche. —Me senté frente a ella—. Quiere intentarlo.

—Eso es genial ¿no? Por tu cara, veo que no. Explícame, querida *padwan*.

—Lex va a intentarlo, él va a darme lo que quiero de él, pero me ha dejado claro que todo será pura actuación. Dice que quiero un show y él me lo dará, pero al final, terminaré peor. —Pasé la mano por mi cabello—. No sé qué hacer.

—Ya entiendo —V llevó la mano a la punta de mi nariz—, serás miserable cuando lo hagas.

Asentí.

—Sabes que te va a lastimar y, aun así, deseas hacerlo.

—Me estoy enloqueciendo —contesté—. Una voz en mi interior me dice que vaya y me golpee de nuevo; la otra me dice que no sirvo para mártir.

—¿Cuál de las dos se escucha más fuerte?

Alcé una ceja.

—Escucha a esa. —Se levantó de la isleta—. Me voy a casa, necesito dormir un poco, lo de los afroamericanos no era del todo mentira.

Abrí los ojos ante lo que había dicho.

—¡Verónica Victoria Walker!

—¡Soy mayor de edad, mamá! —Rio mientras cerraba la puerta.

Negué con la cabeza y busqué mi celular. Había un mensaje de Lex.

Tu noche, tus reglas... Te deseo, mia bella.

Alessandro decía que eran mis reglas, pero ese era su juego, su tablero de guerra, y yo era consciente de que él siempre ganaría.

A mediodía, pasé por V y fuimos juntas a ver a Gianna. Intenté mantener la conversación y no abstraerme con las muchas cosas que tenía que pensar. Ellas me acompañaron a comprar los juguetes navideños para Antonella. Una vez Gianna nos dejó en el edificio. V se fue a su departamento, alegando que aún tenía resaca. Pero sabía muy bien que no era así, me estaba dando espacio. Ella no preguntó por Alessandro y yo agradecí internamente por ello. Gianna tampoco había tocado el tema mientras almorzábamos.

Me di un baño largo y llamé a Christian para saber de Nella, pero la llamada era dirigida a buzón. Intenté no preocuparme, mi niña estaba en buenas manos.

Christian la traerá mañana.

Tenía unos pocos ahorros, pero era consciente de que tenía que empezar a buscar empleo de nuevo. V me había dicho que en la cafetería me extrañaban, así que había pensado en ir primero con la señora Scroux. Miré mi ropa en el pequeño armario y saqué un jean rasgado en las rodillas y una camisa tejida de mangas largas, combinándolo con guantes, bufanda, gorro de lana y unas botas de suela baja. Dejé mi cabello suelto y me maquillé muy suave. Estaba terminando de retocarme el brillo labial cuando tocaron mi puerta. Tomé mi bolso y salí.

—Buenas noches, señorita Katheryne.

—Buenas noches, Riley. ¿Qué haces aquí?

—El señor D'Angelo me ha mandado a buscarla, él no desea que usted se retrase.

Asentí, cerrando mi puerta y siguiendo al chofer de Alessandro. El abrió

la puerta del coche para mí y luego se subió a su lugar en el auto.

—¿Sabes a dónde vamos, Riley? —Era una pregunta estúpida, lo sabía, pero deseaba que él me diera alguna pista.

—Donde la espera el señor. —Sonrió a través del retrovisor.

—Muy chistoso, Riley. Obvio que donde Alessandro me espera. La pregunta del millón de dólares es: ¿Dónde? Pensé que nos veríamos en la dirección que él dejó.

—Al parecer, cambió de idea. Usted sabe cómo es el señor.

Bufé antes de recostarme en la tapicería de cuero del *Lexus*.

No pasó mucho tiempo cuando el auto se detuvo. Debido al tinte de los vidrios del auto, no sabía a ciencia cierta dónde nos encontrábamos, pero era un lugar de muchas luces y, aparentemente elegante. Miré mi ropa casual y me pregunté internamente si desentonaría...

Riley bajó del coche e inmediatamente abrió mi puerta.

—El señor está en el penthouse, cuando usted entre a recepción, le darán una clave que debe colocar en el elevador —recitó Riley con celeridad.

—¿No vienes conmigo? —pregunté con voz baja.

—Lo siento, tengo órdenes de quedarme en el auto.

—Está helando.

—Estoy acostumbrado a pasar largo tiempo en los coches, señorita. Créame, tengo todo el entretenimiento que necesito en mi celular.

—¿Porno?

Él sonrió.

—Un poco de esto, un poco de aquello... No haga esperar al señor, vaya con él.

Asentí, suspirando fuertemente.

Al llegar a la recepción, una chica menuda y pelirroja me entregó un sobre cerrado.

—Es la clave que debe digitar cuando el elevador llegue al piso quince, señorita Cortéz.

Volví a asentir mientras me encaminaba al elevador. Estaba empezando a transpirar, a pesar de que el clima era templado. Mientras me veía en el espejo del elevador, me di cuenta de que debí haberme colocado algo más atrevido. Se supone que hoy habría algo más que gemidos, jadeos desesperados y órdenes. Golpeé mi cabeza con la pared metálica.

Eso era lo que yo quería, una noche para sentirme amada, definitivamente. Y, ante los recientes acontecimientos, me consideraba una

verdadera masoquista por convicción. Mañana estaría bien cuando volviese a la habitación a ser su esclava sexual, a eso me estaba sometiendo.

« Sí, Katheryne, esto es lo que tú quieres », me dije mentalmente mientras ascendía.

¿Por qué se sentía tan mal?

Pasé mis dos manos por mi cabello y solté mi coleta, intentando rehacerla. Cuando por fin llegué al piso indicado, digité la clave y el elevador siguió su curso hasta detenerse segundos después. Las puertas se abrieron directamente en una habitación oscura, iluminada simplemente por velas ubicadas estratégicamente... Sentí mis ojos aguarse cuando miré al balcón y vi la silueta del hombre por el cual estaba dispuesta a vender, no solo mi vida, sino también mi dignidad.

¿En qué momento me había enamorado de él? No lo sabía. Nunca se había comportado cariñoso conmigo, en ningún momento habían salido de sus labios, pecaminosos, alguna palabra de amor. Él no era tierno ni suave ni dulce... Alessandro D'Angelo era fuego, pasión, ira, erotismo y lujuria. Mas, allí estaba, en una habitación iluminada por velas que olía a fresas y vainilla...

—Llegaste —musitó en voz baja. Fui consciente que, en medio de mi verborrea mental, había caminado hasta llegar a las puertas corredizas del balcón. Alessandro no se giró, tenía las manos dentro de su pantalón azul oscuro, y parte de la corbata salía de su bolsillo derecho.

—Sí... Llegué —dije sintiéndome tonta—. Esto es... —No había palabras para describir, no solo la habitación. Era la vista, las luces, Nueva York, rindiéndose ante él.

—Odio esta maldita ciudad. —El desdén en sus palabras se deslizó por mi cuerpo suavemente—. Cuando cumplí veintidós años, le dije a Fiorella que se mudara conmigo, ella amaba esta ciudad. Viviríamos aquí una vez ella y yo termináramos los estudios; mandaría a Fabrizio de regreso a Italia y yo trataría de encontrar una vida aquí... Entonces, ella murió y esta ciudad es un constante recuerdo de ella, de sus palabras, de los planes que nunca llegaron a concretarse, de un futuro que se esfumó de mis manos.

No sabía qué decir. « ¿Por qué la nombra? » No me sentía celosa, a pesar de que ella había tenido lo que yo tanto anhelaba... Corrección, ella aún tenía lo que yo deseaba de él. Pero este era mi momento.

—¿Ves las luces, Katheryne? —suspiró, podía ver el aire congelado alrededor de él—. Se burlan de mí, del niño idiota que una vez pensó que el

jodido mundo por fin no conspiraba en contra de él. —Se giró y su mirada hizo que mi cuerpo temblara—. Espero que te guste el espectáculo, bella. — Pasó por mi lado, entrando a la habitación.

« *Te daré el maldito show, pero no seré yo...* », recordé sus palabras.

Sentí mi corazón oprimirse ante el pensamiento, pero lo dejé pasar. Era obvio que él no iba a acceder así como así. Lo vi sentarse tras una mesa que no había visto, o prestado atención. Estaba decorada con un pequeño ramito de flores y un candelabro con dos velas; había dos platos servidos, cubiertos con tapas de peltre y varias piezas de cristal; una botella de lo que parecía champán y una de vino tinto. Alessandro volteó su mirada, enfocando sus orbes en los míos.

—¿Piensas quedarte toda la jodida noche ahí? —inquirió mordaz.

Me dije mentalmente que su mal genio no era contra mí, que estaba haciendo esto para complacerme.

—Quítate la gabardina, ¿o piensas tenerla puesta el tiempo que estaremos aquí? —Su tono de voz no era suave, pero tampoco duro. Le vi servirse una copa y tomarla de un solo trago. Si no lo conociera lo suficiente, podría jurar que se comportaba como un hombre nervioso. Alzó su ceja mirándome inquisitivo. Llevé mis manos a los botones y empecé a soltarlos. Él me la quitó de las manos y la dejó sobre un sofá blanco que estaba a un costado de la habitación; luego, volvió a la mesa, sacó mi silla y me indicó que me sentara. A continuación, él hizo lo mismo, quedando frente a mí.

—Comamos. —Tomó la botella de vino, la descorchó y destapó su plato. Hice lo mismo con el plato frente a mí mientras Lex rellenaba las copas. Era una cena sencilla, había un corte de lomo en finas hierbas, con puré de patatas y una ensalada verde—. Come, Katheryne —dijo sin mirarme. Me di cuenta de que llevaba un poco más de un minuto mirando el plato frente a mí. Tomé el tenedor y comencé a picar de mi comida. Un silencio tenso nos envolvía, tan tenso como la postura rígida que Alessandro tenía, a pesar de que intentaba disimular su incomodidad. Muy disimuladamente, mi vista vagó por su cuerpo. Se había vuelto a cortar el cabello, lo sabía porque sus puntas se veían como erizos; su barba estaba perfectamente retocada, lo que significaba que había ido con su barbero antes de llegar a este lugar.

Alessandro levantó su rostro:

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con voz ronca antes de rellenar nuestras copas.

—Me gustas tú. —Le respondí, sintiéndome un poco coqueta, quizá era

el alcohol, quizá los nervios...

Él soltó su tenedor y se levantó de la mesa rápidamente.

—No empieces, mujer. —Soltó los botones de su saco y me dio una sonrisa ladeada—. Come, antes de que decida que soy yo el que desea comerte.

El tono usado para decir la última frase hizo estremecer mi piel.

Comimos en silencio. Bueno él comió, estaba demasiado nerviosa como para poder digerir algún alimento. Siempre me quedaba un poco atontada con Alessandro en la mesa, por sus modales, por la manera en cómo disfrutaba de la comida... Quizá para otra persona era normal, pero Alessandro saboreaba cada bocado con deleite como si en algún momento de su vida se hubiese visto privado de ello. Llevó la copa de vino a su boca y sus ojos se fijaron en mí antes de limpiar la comisura de sus labios con la servilleta.

—Mientras estemos en la cama, quiero que evites expresar tus sentimientos hacia a mí.

Solté el tenedor, sin entender.

—Si llegas a decirme tu palabra de seguridad sin que yo esté excediendo tus límites, esta pantomima se acabará. Aunque déjame dudarlo, se supone que yo tengo que fingir estar locamente enamorado de ti. —Sonrió socarrón.

—No te burles de mí.

—No lo hago, pequeña, solo te voy a dar tu jodido show.

—Bien, está perfecto que sepas que es mío. Porque esta es mi noche, Alessandro, puedo decir y hacer lo que yo quiera, porque esta noche no estás aquí como dominante, ni yo siendo tu perfecta y jodida sumisa. Estamos aquí como una pareja. —Finalicé, respirando profundamente, tratando de tranquilizarme, cosa que parecía imposible, ya que sus palabras estaban dirigidas a lastimar.

Sonrió, su sonrisita sarcástica e irónica.

—Cree lo que quieras creer. —La cena continuó tensa y silenciosa.

Di mi último bocado en la ensalada antes que Alessandro suspirara frustrado y levantara la vista hacia mí.

—Ven, terminemos con esto de una buena vez —exclamó, levantándose de la silla y tendiendo su mano hacia mí.

Limpié mi boca con la servilleta que estaba a un lado del plato y me levanté, tomando su mano. El calor de su cuerpo me atraía como si fuese un imán, pero antes de que pudiera si quiera pensar qué hacer, él apretó mi mano levemente, empezó a guiarme por un corredor y abrió la primera puerta,

dejándome pasar primero. La habitación era algo fuera de cualquier imaginación: Enorme, blanca, con un pequeño sofá y tapizada en una alfombra que se veía suave. Había unas puertas corredizas de vidrio que daban a un balcón similar al de la sala; en las paredes había cuadros muy bonitos y, aparentemente, costosos. Y una cama tamaño *King size* decorada con un cobertor color negro con hilos dorados. Pero eso no era lo que podía calificarse como más que perfecto, lo realmente alucinante eran las velas, tal y como en la sala, estaban ubicadas estratégicamente alrededor del lugar. Y pétalos de rosas blancas y rojas decoraban, no solo la cama, sino también los muebles y la alfombra.

—Esto es... —No existían adjetivos para describir la perfección del lugar—. Demasiado...

—Cursi. —Mi burbuja se reventó—. Agradécele a Sasha cuando la veas. No era que esperara que lo hubiera hecho él, algo tan romántico no podía salir del demonio que estaba tras de mí. Pero ¿por qué demonios tenía que reventar mi burbuja de felicidad?!

—Iba a decir que era hermoso, y era obvio que tú no lo harías jamás. Sinceramente, no eres del tipo que deshoja rosas para decorar la cama y perfumar la habitación —refuté, caminando hasta el centro de la habitación, aspirando el aroma. Me di cuenta que eran las velas las que lo desprendían—. Ni pondrías malditas velas...

Sentí a Alessandro suspirar fuertemente antes de que sus manos apretaran mis caderas, pegándome a él. Con sus dedos, acarició mi cuello a la vez que sus manos mimaban la piel de mi vientre, bajo mi suéter.

—No puedes pedirle al diablo que te haga un milagro, pero si tengo que hacer algo para saciarme de ti, créeme cuando te digo que trataré de intentarlo... Te daré tu jodida, ridícula y cursi noche de dulces.

Me separé de él y caminé hacia donde estaba mi antiguo *iPod*, conectado a unos parlantes.

—Sasha dijo que sería más fácil con tu música. —La mayoría de la música que tenía ahí era en español. Lo encendí y dejé que reprodujera la primera melodía. La voz del cantautor colombiano Andrés Cepeda llenó la instancia. Me acerqué a Lex, que se había quedado estático, deslicé mis manos por su cintura y le susurré que bailara conmigo.

Estaba rígido, como una columna de granito. A pesar que él no se movía, intenté balancearme en torno a él, mientras escuchaba la canción:

*Más allá del placer y el dolor o del bien y del mal,
Que trajimos cargados a este punto del camino,
He dejado mi equipaje, he vaciado mis bolsillos,
He llegado hasta tu puerta, para continuar contigo*

Bajé mis manos por su espalda y recorrí sus brazos hasta hacerlo rodear mi cuerpo. Aún no se movía, pero yo seguía moviéndome entre sus brazos.

*Por el resto de mi vida y en el tiempo que me quede,
Viajaré sin rumbo fijo...*

—¡Basta! —Se separó de mí y caminó hasta apagar el *iPod*. Colocó ambas manos en la pared y negó con la cabeza—. ¡No puedo hacer esto, Katheryne! No puedo simplemente engañarte.

—¡Pero es lo que quiero que hagas!

Él no dijo nada, no se giró. Permaneció estoico, negándose a sí mismo que en el fondo él también deseaba esto. Me acerqué nuevamente a él, acaricié su espalda y lo hice girar, necesitaba tenerlo frente a mí. Se resistió, pero al final lo hizo.

—Quiero que me engañes.

—Kath...

—Miénteme... —Acaricié su pecho hasta quitar su saco, que cayó al suelo con un sonido sordo. No encendí nuevamente el *iPod*; en cambio, empecé a desabotonar su camisa, olía a menta, el aroma de su *aftershave*.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, podía sentirlo en la yema de mis dedos.

Sujetó mi muñeca cuando el tercer botón fue desabrochado.

—No...

—Relájate. —Acaricié su mejilla—. Soy yo, solo tú y yo. Esta noche tú serás mío y luego yo seré tuya por el resto de mi vida, Alessandro, y nos consumiremos en el infierno: tú por tu forma retorcida de ser, y yo por seguirte en tus caminos oscuros —sentencié antes de empinarme y envolver mis labios con los suyos. Traté de demandar y dominar, pero no respondió, sus manos no se movieron, su cuerpo no reaccionó. Mi boca demandó sus labios, mi lengua dominó la suya, pero nada pasó. Solo se mantuvo ahí, sin tocarme, sin besarme, como una jodida estatua. Apreté mi cuerpo en torno al suyo y él gimió; su pequeño gemido me supo a gloria, a victoria y a fantasía. Las manos

de Alessandro cobraron vida propia, deslizándolas suavemente por mis brazos. Sus labios machacaron los míos con el deseo demoledor de siempre y fue mi turno de gemir entre sus labios, a la vez que él soltaba un jadeo que me hizo sentir ganadora. Esta sería mi noche.

Mordisqueé su labio y él me soltó. Sus labios dejaron de moverse, sus brazos cayeron laxos a su costado... Se contenía. Podía sentirlo en la rigidez de sus músculos, en su manera de respirar. El ambiente se volvió denso y era solo yo intentando buscar algo para mi beneficio. Me di cuenta de que estaba siendo egoísta, que lo estaba obligando a hacer algo que no deseaba. Él nunca me había obligado a nada, pero allí estaba yo. Yo siendo más perversa de lo que alguna vez él lo había sido conmigo. Me separé de él, mirándolo a los ojos. Estaba impenetrable; sus labios, levemente hinchados, se volvieron una fina línea tensa antes de apartar sus ojos de mí... Me di cuenta que todo esto había sido una soberana estupidez.

Suspiré hondo, llevándome el flequillo hasta atrás cuando retiré mis cabellos.

—Alessandro... —Lo llamé, mas él no me miró. Observé la habitación una vez más: Las velas, los pétalos de rosa, mi *iPod* con mi música... La habitación estaba perfecta para lo que deseaba, pero él no estaba dispuesto. No por qué no quisiera, sino que, justo en ese instante, me di cuenta de que Lex era incapaz. No podía ofrecerme lo que más anhelaba. No podía darme más. Y no sabía si...

Negué con la cabeza y caminé dos pasos hacia atrás.

« Estúpida » « Estúpida » « Estúpida. »

—Katheryne... —Mi nombre bailó entre sus labios—. Yo...

—Llévame a casa, Alessandro, no voy a obligarte a nada.

Mi garganta quemó ante las inmensas ganas de llorar. Salí de la habitación y caminé por el corredor hasta llegar a la sala y tomar mi abrigo. Miré hacia el oscuro pasillo, esperando que Alessandro viniera hasta mí, pero él no lo hizo. Llegué al elevador y digité la clave para bajar. Y, cuando estaban a punto de cerrarse las puertas del ascensor, el pie de Alessandro se coló al elevador. Retuve mis lágrimas a toda costa mientras miraba las inexistentes pelusas de mis botas. Podía sentir su incomodidad a mi lado, pero no dijo nada. No levanté la cabeza y no me permití llorar delante de él... Por Odín que no lo haría.

El camino de regreso a casa fue horriblemente devastador. Estaba emocionalmente cansada y la mente me daba vueltas una y otra vez. Riley me

observaba de reojo por el retrovisor del *Lexus* mientras Alessandro repasaba cosas en su celular. Un elefante gigante rosado estaba en medio de los dos. Mis ojos se enfocaron en las calles de la ciudad. Las parejas, que agarradas de las manos, caminaban frente a las tiendas. Cerré los ojos, recordando sus labios fríos contra los míos, recordando mi fracaso.

Tan pronto Riley aparcó el coche, salí de ahí sin decir una palabra; prácticamente, corrí escaleras arriba en dirección a mi departamento. El nudo que tenía en la garganta me impedía respirar; necesitaba tomar un vaso de agua y ahogar las malditas mariposas, grillos, parásitos o lo que sea que me hacía pensar que yo tenía derecho a ser más que un frasco receptor de semen para él.

Abrí la puerta con manos temblorosas, tocando el interruptor y encendiendo una de las luces, importándome poco si cerraba o no la puerta. La cuestión era sencilla: aquí acababa todo.

Caminé hasta la cocina, tomé un vaso, lo llené de agua y bebí casi sin respirar. Sentí sus pasos, y su olor me envolvió completamente, antes de que él me girara y sus labios hicieran contacto con los míos de una forma que debería estar prohibida.

Su toque era suave, pero enérgico a la vez; era demandante y cariñoso. Sus manos apretaron mis caderas y su lengua pidió acceso a mi boca. Estaba tan excitada, me sentía en la punta del monte Everest, tan perdida en mis sensaciones que el vaso resbaló de mis manos, haciéndose astillas en el suelo.

—Lo siento —susurró separándose un poco—. Lo siento... *non vedo il futuro, voglio avverti quien con me, en no bisogno, quindi, meglio non pensare al domani che amaremo oggi, ora è tempo di vivere.*^[32]

Sus labios nuevamente acapararon los míos antes de alzarme en sus brazos y caminar conmigo hacia la habitación.

—Tu noche, *principessa* —dijo antes de deslizar sus manos por mis costados hasta dejar que mi gabardina negra se deslizara por mis hombros. Sus labios volvieron a bajar, juntándose con los míos en un beso suave, pero que marcaba las pautas sobre quién tenía el poder en esos momentos.

Y señores, no era yo.

Sus manos acariciaron mis brazos cubiertos por las mangas de mi suéter hasta tomar el dobléz de mi camiseta y sacármela por los brazos.

—*Bella* —susurró—. *Mia bella ragazza* —dijo antes de desabrochar mis jeans y deslizar la cremallera.

Era la primera vez que Alessandro D'Angelo me desnudaba sin prisas, disfrutando cada roce de mi cuerpo. De algún lugar de mi edificio, salía una

melodía, una canción que no pudo sonar en mejor momento.

*No soy lo suficientemente fuerte para alejarme,
No puedo correr de ti
Siempre regreso a ti
Como la malta me estoy derramando por tu flama
Di mi nombre, pero no es lo mismo
Tú miras en mis ojos y estoy desnudo de mi orgullo
Y mi alma se rinde y tú traes mi corazón a mis rodillas*^[33]

Mis manos se movieron nuevamente por su pecho, soltando cada botón de su camisa blanca. Me vanaglorié una vez más con sus fuertes abdominales y con el vello que cubría su pecho. Saqué la camisa de sus pantalones mientras nuestras miradas se conectaban. Me incliné, ofreciéndole mis labios, y él los tomó gustoso. Fue mi turno de deslizar su camisa por sus hombros. Y lo hice, jamás me cansaría de ver el torso desnudo de mi hombre.

—No soy un hombre tierno, pero te quiero a mi lado, conmigo. No tendrás corazones ni dulces, yo solo puedo protegerte. No tendrás palabras cursis y ridículas, pero te haré ver el puto paraíso noche tras noche. No te amaré, pero te daré mi calor. No seré un esclavo de tu amor, pero seré el esclavo de tu placer, de nuestro placer. ¿Por qué te colaste en mí, niña hermosa? Hiciste que sintiera esto que nunca quise. No lo sabes, pequeña niña, pero dependo de ti... y estoy aterrado, por Cristo y Satanás que me niego a seguir sintiendo cosas que no debo sentir... eres mía... desde ahora y hasta que Lucifer se aparezca para separarnos...

—Tsk... —Lo tomé de la mano y caminé hacia la cama, dejándome caer en ella e invitándolo a proseguir—. No pienses, Alessandro... Siente, solo eso. Soy tuya, mi cuerpo y mi alma te pertenecen. Te amo y no me importa si tú nunca me llegas a amar, soy consciente de lo que eres y lo que puedo obtener contigo y lo acepto.

Él se arrodilló sobre la cama mientras yo observaba su pecho. Mi mirada descendió hasta la "V" que se formaba justo en sus caderas. Verónica tenía razón en algo, él era hermoso, hermoso. Podía tener a quien quisiera con un tronar de dedos, sin embargo, estaba allí, conmigo, en contra de sus instintos.

—No te contengas —susurré ante su mirada—. Te quiero igual, quiero que seas tú y quiero que me hagas sentir como, estoy segura, ningún otro

podría. Eres tú, son tus desplantes, tus manías, tus locuras y tus demonios lo que cada vez me acercan más a ti.

Me besó impidiéndome continuar.

*Y me estás matando cuando estás lejos, no me iría y no me quedaría
Estoy confundido, tan difícil es escoger
Entre la presión y el dolor
Y sé que está mal, y sé que está bien
Incluso si intento ganar la pelea, mi corazón ganaría a mi mente
Y no soy lo suficientemente fuerte para alejarme*

—Silencio. —Puso sus dedos en mi boca—. No sabes lo que pides, nena. No lo sabes.

—Sé lo que quiero, sé lo que necesito. Y para sentirme amada y deseada, solo te necesito a ti, tu fuerza, tu pasión... Y ¿sabes qué es lo peor? —Le dije con mi mirada centrada en él. Algo en mi interior decía que la entrega no sería solo de mi parte, a pesar de toda la diatriba que pudiera tener, él se entregaría a mí así como yo lo hacía a él—. No me importa tener boleto sin retorno al infierno, con tal de que esta noche seas realmente mío.

Sin más, acerqué mis labios necesitados de su contacto. Era el momento de enseñarle de lo que una mujer que ama es capaz de hacer por el hombre de sus pesadillas... porque él no era de los protagonistas de lindos sueños de amor, él era el dueño de mis más oscuras y terribles noches de terror, de mi más real y hermosa pesadilla. Yo no era una princesa ni tampoco una niña gótica, ahora yo era una extensión de él y de sus batallas internas.

14

Nuestros labios se amoldaron perfectamente como una cerradura que finalmente encontraba su llave maestra. Sus manos acariciaban mi costado delicadamente, cada roce asemejaba el movimiento exacto y necesario del arco de un violín, con el instrumento para lograr la más hermosa melodía que pudiera escuchar jamás. De un instante a otro, rápido, pero delicado como solo él podía actuar, sus dedos se deslizaron hasta llegar a la pretina de mis jeans, que como mantequilla ante el más caliente contacto, se deslizaron por mis piernas.

—Después de esto, nena... Después de...

—Calla y ámame, Alessandro.

Volvió a besarme, lento, agónico, torturante...

Sus labios descendieron suavemente por mi barbilla, lamiendo mi cuello lentamente. Sentía su viperina y serpenteante lengua dejando su rastro cálido por mi piel hasta que cruzó el valle de mis pechos. Suspiró, dejando su frente recostada allí. Quería levantarme, pero solo me limité a controlar mi respiración.

—*Tu sei il faro nella mia oscurità*^[34] —susurró antes de continuar besándome hasta llegar con su boca al lugar donde estaban sus manos; sentía el deseo correr por mis venas, acelerado, veloz... Era como si una avalancha estuviese corriendo por mi torrente sanguíneo.

Sus dedos se fundieron en mi piel.

Levanté mis caderas, dejando que bajara mis bragas. Acarició mis piernas y sacó mis botas en el proceso.

—*Mia cara... La mia principessa forte e determinata*^[35] —murmuró, dejándome prácticamente desnuda.

—*Mi piace il cazzo di universo* —le dije lentamente cuando sus ojos, aunque enfocados en mi cuerpo, parecían no verme—, *per sempre*.^[36]

Solo eso bastó, se cernió sobre mí separando mis piernas con sus rodillas y luego llevando sus dedos a mi intimidad. La abrió, deslizándolos arriba y abajo. Para ese entonces, yo ya estaba húmeda para él.

—Cristo... —Su susurro fue ronco y excitante. Sus dedos acariciando mis labios vaginales, sin tocar mi clítoris, pero pasando muy cerca de él.

Temblorosa, llevé mis manos hasta su pantalón, lo desabroché y lo

empujé un poco; Lex me ayudó con una pierna para bajarlo. Sus dedos me acariciaban, sus ojos me envolvían, mientras él, con una absoluta destreza, bajó sus pantalones y quedó completamente desnudo.

Escuché su risa clara, sin intención a burla, cuando mis ojos se quedaron enganchados en su entrepierna.

—¿Algo ha cambiado en esta semana?

Enarcó una de sus cejas, mirándome interrogante.

Tragué grueso. Efectivamente, nada había cambiado.

—¿Me besas? —pregunté tontamente.

Su sonrisa ladina iluminó su rostro antes de que sus labios se unieran a los míos y sus manos atendieran mis pechos sobre la tela de encaje.

—El broche está enfrente —murmuré cuando lo sentí escurrir su mano entre mi espalda y el colchón.

Cubrió su cuerpo completamente con el mío, alineando la punta de su miembro en mi entrada, a la misma vez que besaba mi hombro con devoción.

—*E io bruciare all'inferno cazzo*^[37] —susurró, deslizándose en mi interior.

Cerré los ojos por puro placer. Él lo había hecho suave, sin prisas, dejándome sentirlo pulgada a pulgada. Mi cuerpo reconoció a su visitante asiduo, adaptándose complemente a él, envolviéndolo en mi interior. Alessandro suspiró fuertemente y se detuvo por ¿minutos?, ¿horas? No lo sabía y no me importaba.

Sin abrir los ojos, me moví bajo su cuerpo, pidiéndole silenciosamente que por favor se moviera.

—Mírame, nena —pidió—. Disfruta de esto porque no sé si pueda volver a dártelo. —Su voz era rasposa—. Manos arriba, preciosa.

Involuntariamente, subí mis manos.

—Tranquila... —susurró antes de entrelazar nuestros dedos y volver a besarme...

—No te detengas... —jadeé—. Déjame verte. —Con mis manos, toqué su rostro cuando él despegó su cara de mi cuello—. *Ti amo*. —Lo había leído en la mañana y sabía lo que significaba—. Alessandro... por favor... Más. No te detengas, por favor... —Su verde esmeralda estaba enganchado en mis orbes oscuros. La manera en la que su boca se contraía para no gemir y maldecir...

—Yo voy a cuidar tus pasos.

Me mordí el labio cuando sentí un estremecimiento por todo mi cuerpo.

—No me puedo desprender de ti. Ya no, Alessandro. Yo curaré tu soledad, yo estaré aquí para ti... No tengas miedo de sentir o de lo que yo siento por ti. — Le rogué por última vez mientras veía la vena de su frente dilatarse, mientras escuchaba sus jadeos roncós. Nuestras manos estaban fuertemente unidas, el calor de su cuerpo sobre el mío, mis ganas de gritar, al momento que nuestras caderas se unían en el baile más antiguo del mundo.

—Shh. —Sus manos delinearon mi cara—. No más, *dolcezza* —susurró bajo.

—*Ti amo* —dije otra vez—. Por favor...

Él continuó con su atormentador vaivén, moviéndose en mi interior y frunciendo el ceño para controlarse. Sabía que ir a ese ritmo no era fácil para él y saber que lo hacía por mí le daba el sentido a esa noche. Sentía mi cuerpo pesado, las pequeñas partículas uniéndose una a una después de estrellarse contra las paredes de mi vientre bajo, mientras mis ojos capturaban la belleza casi salvaje de mi hombre; la forma en la que sus manos abrazaban las mías... Seguía siendo posesivo y controlador. En mi interior, una vocecita de felicidad decía que yo merecía ser amada de esa manera por él, solo por él. Su frente estaba perlada en sudor, su vena palpitaba para mí; y, aunque me gustaba ese ritmo, yo simplemente necesitaba más.

—Alessandro. —Lo llamé con voz sesgada.

Él enfocó nuevamente su vista en la mía.

—Sé tú, es a ti a quien amo. —Eso fue todo lo que necesitó para finalmente dejarse llevar.

Su cuerpo se envaró antes de soltar un grito agónico. Tomó mis piernas flexionándolas levemente y me embistió con fiereza.

Ese era mi hombre, esa era su fuerza, su pasión, su esencia... Sus embestidas fueron endemoniadamente perfectas, feroces y rápidas. Yo estaba en mi límite, caminando en medio del arcoíris que él colocaba frente a mí cada vez que se anclaba en mi interior. Él gemía descontrolado, mientras se clavaba en mi interior de forma ruda y posesiva. Mi cuerpo se arqueaba con cada embestida, mientras sus labios atacaban los míos de forma violenta.

En un repentino instante, sentí cómo Alessandro tiraba de mi labio inferior, causando una combustión a mi cuerpo entero ante el fuerte y potente mordisco que regalaba. Grité mientras mis músculos internos lo apresaban con fuerza y alcanzaba el más magnífico de los orgasmos... No pasó mucho tiempo para que él alcanzara su propia liberación.

Su cuerpo cayó sobre el mío y, en ese momento, hubiese podido morir de

felicidad. Apresé mis piernas a sus caderas mientras mis manos acariciaron su espalda, sintiendo bajo mis dedos las cicatrices que ocultaba el grifo. Él intentó moverse, pero no se lo permití, quería disfrutar de su sudor envolviéndome, de su respiración agitada en el hueco de mi cuello, del latir acelerado de su corazón justo sobre mi pecho.

Ahora más que nunca, estaba segura de lo que V tanto me había dicho en la última semana: En algún lugar de su corazón, debajo de la armadura y las mil corazas autoimpuestas, Alessandro D'Angelo sentía algo por mí; necesidad, locura, obsesión o amor. Ya no me importaba cuál fuera, lo único que importaba en este momento era que yo me aferraría a ese sentimiento, fuese cual fuese, para aprovecharlo a mi favor.

Giré mi cabeza, besando el lóbulo de su oreja, que era lo que tenía a mi alcance, a la vez que trataba de besar su mejilla. Lo sentí endurecerse en mi interior, así que, contraje mis músculos vaginales un poco, haciéndole sisear.

—Te amo —susurré.

Alessandro se removió inquieto.

—¡Suéltame, Katheryne! —Aunque su voz fue suave, tenía una frialdad implacable—. Anda, nena, no quiero ser brusco —dijo, aún con la cabeza en mi hombro.

Solté mis piernas de su cintura y quité las manos de su espalda.

Él se levantó y se sentó en la orilla de la cama.

—Ya tuviste lo que querías. Si quieres que podamos tener algo fijo, es mejor que nunca vuelvas a decir esa jodida palabra. —Se levantó de la cama y caminó en dirección a la ventana.

—Alessandro. —Lo seguí hasta dejar mi pecho pegado a su espalda desnuda—. No puedo negar lo que siento por ti. —Dejé que mi frente descansara justo sobre el grifo—. Quizás tú no lo quieres, pero yo...

—¡Basta! —gritó—. ¡Basta, Katheryne! —Se giró, tomándome bruscamente de las muñecas—. Mi amor sería un maldito veneno para ti, *dolcezza*. Te lo he repetido hasta el cansancio: No quiero ni deseo ni merezco tu amor. Sé que soy un maldito cerdo egoísta al pedirte que seas mía en las condiciones que te exijo. —Sus manos soltaron mis muñecas y se dirigieron a mis mejillas—; pero mientras nuestro clímax arrasaba, tú y yo hemos firmado el último contrato de nuestras vidas... *purtroppo ti ho legato a una cita senza amore*^[38]. —Me besó. Su lengua fue inclemente en contra de la mía; sus dientes mordisqueaban mis labios, hinchado por los besos ya dados. Me subí en la punta de mis pies, enredando mis brazos en su cuello y dándole todo de

mí... Él tenía razón, habíamos firmado el último contrato de nuestras vidas: Mi felicidad a cambio de su necesidad.

Juntó nuestras frentes cuando se dio cuenta de que ya no podía seguirle el ritmo.

—Te haré feliz. —Le prometí mientras sus dedos tocaban mis labios. Estábamos de pie frente a la ventana, a escasas semanas de Navidad, desnudos y entregándonos en mimos silenciosos—. Yo te haré feliz. —Le repetí.

—Mientras acates mis órdenes, me complazcas y seas la buena chica que me gusta, será suficiente para mí.

Negué.

—Yo te haré feliz. —Insistí.

—He aprendido con golpes que la felicidad no existe. —Suspiró—. Y si existe, no se hizo para mí, Katheryne.

—Calla. —Fueron mis dedos los que silenciaron sus palabras—. Ven. —Tiré de su mano hasta llevarlo de vuelta a la cama.

—No voy a dormir.

—Lo sé, solo siéntate. —Volví a decirle—. Quiero sentir tu cuerpo junto al mío. Si es necesario, ninguno de los dos dormirá esta noche.

—Katheryne...

—Aún es mi noche, quiero que hables conmigo.

—No voy a contarte más de lo que ya sabes de mi vida. —Me advirtió con voz fuerte, levantando su rostro para mirarme a los ojos y que pudiese ver la sinceridad con la que hablaba.

—Habla de cualquier cosa, lo que tú quieras, solo permíteme sentirte. —Tomé su mano, nos giramos a medio lado y nos miramos fijamente. Uní mis manos a las suyas e inhalé su aroma.

—Mañana iremos por tu hija. —Apartó mi cabello, dejándolo caer por un lado de mi cabeza—. No me gusta que esté con Gabriel.

—¿Qué problema tienes con Gabriel?

—No tengo ningún problema con... Gabriel.

—Parece que te desagrada y que no quisieras que estuviese cerca de Antonella.

—Solo no me gusta que pase tanto tiempo con personas que no la merecen. Ella debe estar contigo, tú eres su madre.

—¿Podrías explicármelo? No entiendo bien qué quieres decir “con personas que no la merecen.” Está con Gab y Chris, ellos la han amado desde que ella llegó al mundo.

—En ocasiones, solo yo puedo entenderme, *piccola*. —Suspiró y continuó besando mi cuello.

—Háblame de Fabrizio. ¿Todo salió cómo querías con respecto a él? — Me animé a preguntar. Si no encontrábamos un tema de conversación, cualquiera, me quedaría dormida; y era seguro que, una vez yo entrara a los brazos de Morfeo, él se levantaría de la cama y me dejaría sola.

—Es un gallina. Tan pronto Antoine y yo lo desenmascaramos y le mostramos las pruebas que teníamos en su contra, me cedió el 30% de sus acciones a cambio de no pasar lo que le queda de su patética vida en la cárcel.

—¿Así, sin más? —pregunté extrañada.

—Sí, el maldito ha desfalcado a la empresa por años, Katheryne; tiene dinero como para vivir esta vida y la otra. Lo dejamos marchar con todo, con tal de sacar sus asquerosas garras de mi compañía.

—Ahora tú tienes un 30% más de acciones que los demás...

—Solo el 15%, el restante son de Niklauss. Antoine las administrará hasta que él cumpla la mayoría de edad.

—En tres semanas será Navidad...

—Nunca la he celebrado, para mí es un día normal como cualquier otro. Gírate, *ragazza*. —Hice lo que me pidió y su cuerpo se amoldó al mío.

—Los chicos siempre celebran la Navidad con nosotras.

—No saldrás de mi casa una noche mientras estés junto a mí.

—No quería salir, solo hacer una cena con los chicos: V, Gianna, Antoine y los niños.

—No.

—Alessandro.... —Insistí.

—No insistas, a Antoine tampoco le interesa celebrar esa tradición estúpida y vacía.

—Antoine antes no tenía hijos. Además, no es una celebración vacía. — Apreté sus manos entre las mías—. Es más que dar regalos y cenar, es estar en familia.

—Yo no tengo una familia, perdí la mía hace más de veinte un años. Y cuando creí poder volver a tener una, también la perdí.

—Me has pedido que me quede junto a ti por el resto de mi vida. En mi vida hay una pequeña de cabellos negros que está ligada a ti también, pues se ve afectada por mi decisión de seguirte, de estar contigo por siempre... Ella y yo somos tu familia ahora. —Acaricié su brazo—. No podemos quitarle a Nella el significado de la Navidad.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya te lo dije, una cena con nuestros amigos, celebrar que Fabrizio “cara de culo” salió de tu empresa y de tu vida para siempre y que no va a joderte más de lo que ya lo ha hecho.

—Está bien, tú ganas. Programa todo con Benjamín y Sasha. Solo no te acostumbres a hacer tu santa voluntad, Katheryne.

No dije nada, su rendición era una pequeña victoria para mí.

—Gracias. —Giré mi cabeza y besé sus labios.

—Gírate como estabas —murmuró.

Hice lo que me pidió y sus manos volvieron a acariciar mi vientre.

Un silencio cómodo nos absorbió por un momento.

—Fui con Gianna y V a comprar obsequios de Navidad.

—¿Te compraste algo bonito que yo pueda quitarte luego?

—Alessandro...

—Veo que no, dile a V que te acompañe a comprar algo elegante para ti.

—Pero...

—Obedéceme, compláceme —susurró.

Suspiré con fuerza.

—No era eso lo que quería decirte... verás, cuando nos separamos después del incidente del látigo —lo sentí tensarse—, me replanteé mi vida. Quiero estudiar, pensaba postularme a algunas becas. De hecho, envié un par de cartas.

—¿Has obtenido ya respuesta de alguna?

—No, son para el próximo año.

—No la necesitarás.

—Alessandro...

—Terminaré de arreglar todo lo que hace falta aquí, además de tramitar tus documentos y los de Antonella. En un mes o dos, nos iremos de esta maldita ciudad. Si quieres estudiar en Milán, hay buenas universidades; no me negaré a eso siempre y cuando cumplas con tus obligaciones conmigo y no descuides las tuyas.

—Pensé que no te gustaría la idea de que estudiara. —Me relajé en sus brazos.

—No, entiendo por qué quieres ir a una universidad. Sí, yo estaré al pendiente de tus necesidades, pero, si eso te hace feliz, es lo que puedo darte a cambio de una vida atada a mí.

—No digas eso, no me estoy atando, yo quiero estar junto a ti. Además,

no quiero tu dinero, te lo he dicho muchas veces. Me gusta que no te parezca mal, ya no podrá ser en este semestre, pero puedo postularme en becas públicas una vez nos hayamos radicado en la ciudad.

—¿Públicas? —indagó—. No vas a estudiar en una jodida escuela pública, Katheryne —me situó frente a él y su mano acarició mi mejilla con suavidad—. No hemos dejado de ser Amo y Sumisa.

—Lo sé.

—Serás la mujer que esté a mi lado y no permitiré que estés a expensas de una beca, cuando yo tengo el dinero para pagar los estudios de los tataranietos de Nella.

—No voy a aceptar tu dinero de nuevo.

—Lo harás, y fin de la discusión —gruñó, apretándome más a él.

No supe por cuánto tiempo estuvimos hablando, pero era algo distinto, había intimidad entre los dos. Con el tiempo, había vuelto mi mirada a la pared, con él recostado a mi espalda, mientras yo acariciaba sus brazos. Y, en algún momento, me quedé dormida.

Desperté envuelta en la oscuridad de mi habitación, los brazos de Alessandro, se sentían flojos alrededor de mi cintura.

—Alessandro... —susurré cuando su respiración se hizo débil. Me giré como pude, quedando nuevamente frente a él—. Yo vigilaré tus sueños, mi amor. —Prometí al verlo profundamente dormido. Me levanté de la cama, sentándome en la silla del tocador mientras lo observaba dormir. La sábana cubría su virilidad; estaba de medio lado, abrazando una de mis almohadas. Verlo allí, con tanta paz, era casi perfecto. Su cuerpo estaba relajado y su respiración era tranquila. Estuve mirándolo por largo tiempo, recordando su toque en cada momento de la noche. Tomé su camiseta, dejándola deslizarse en mi cuerpo; fui hasta la cocina y tomé un poco de agua. Busqué mi celular, encontrándome con un mensaje de Chris:

Hola, hermosa. ¿Sucedio algo? Tengo varias llamadas perdidas de tu parte. Dejé el celular en casa, fuimos con Antonella a comprar su regalo de Navidad. Después Gab y yo fuimos a ver una película con la monstrea, pero ella estaba dormida, supongo que montarse en las atracciones mecánicas fue agotador; aunque no se quien se agotó más, si ella en el carrusel o Gab gritando que no fuera a dejarla caer. En fin, espero que estés bien y te esperamos mañana, quizás podamos ir al parque como en los viejos tiempos. Te quiero, mi nena.

Posdata: Lástima que a ese celular que tienes no puedo enviarte las fotos que le tomé a la pequeña.

Tomé el vaso, dejando que el agua bajara lentamente por mi garganta. Estaba a punto de regresar a la habitación, cuando lo escuché:

—¡Lárgate! —Su grito fue agónico, desgarrador—. ¡Con ella no, maldito bastardo!

Corrí lo más rápido que me dieron las piernas. Y tal como ocurrió la última vez, su frente estaba perlada en sudor mientras se agitaba y gemía—. ¡Con ella no...! No me la arrebatarás, Fabrizio, ella es mía... ¡Mía! —Su respiración estaba acelerada, pero pareció que volvía a quedarse en calma momentáneamente.

Encendí la luz justo antes del siguiente grito.

—¡Nena! —gritó más fuerte—. ¡Nena! ¿Dónde estás, *Dolcezza*? ¡No te escondas de mí! No. ¡Aléjate de él, *principessa*! ¡Vete, te he sacado de mi vida, te he destrozado como hice con tu padre, Fabrizio! ¡Lárgate, maldito!... Tu padre está en Italia, enterrado en mierda, como estuvo siempre, imbécil... ¡No, déjala! ¡Ella está afuera de esto...! ¡Corre, Katheryne!

—¿Yo?

—¡Maldito! ¡Maldito!

Me subí en la cama cuando vi que su cuerpo se estremecía. Estaba exponiéndome a un nuevo ataque, pero no me importaba, debía liberarle de esa pesadilla.

—Alessandro, despierta. —Le llamé a una distancia prudente—. Alessandro. —Me acerqué más mientras lo veía pelear con alguien invisible. En un ataque de valentía, me tiré sobre su pecho. Sus ojos se abrieron con furia y, en cuestión de segundos, sus manos me tenían con los brazos arriba de mi cabeza mientras mi cuerpo estaba bajo el suyo.

—Katheryne... —Su respiración era jadeante, rápida y arrítmica. Sus ojos mostraban tanto miedo, desesperación y odio que solo reaccioné cuando sentí que sus labios bajaron a los míos, fuertes y demandantes. Y lo entendí, él me necesitaba, así que le dejé que tomase de mi cuerpo, lo que él necesitaba en esos momentos.

Miré hacia el techo de mi apartamento, había colocado estrellas para Antonella, estrellas que en la oscuridad brillaban de color verde, suspiré

completamente despierta. Después de ese último asalto, Alessandro tampoco dormía, podía sentir la perezosa mano de él en mi espalda, mientras mi cabeza descansaba justo sobre uno de sus tatuajes: "Se conoce una persona, pero no su corazón" recordé en ese instante.

Yo conocía el corazón de este hombre, el silencio entre nosotros en ese instante no era cómodo, resultaba malditamente perturbador. Podía sentir su cuerpo tenso y mi respiración entrecortada. En la habitación había una nebulosa espesa y sin sentido.

El sol ya asomaba sus primeros rayos. Me removí entre sus brazos hasta sentarme en la cama, sin la vergüenza de cubrir mis pechos de su mirada; sus ojos verde esmeralda me observaban sin mirarme realmente. Suspiré fuertemente sabiendo que, después de que mi boca se abriera, él tomaría sus cosas, y adiós Noche Buena.

—Frederick te hizo daño. —No pregunté, fui directo al punto. Él no se movió, su cuerpo se puso en tensión súbitamente, aún más, si es que era posible—. Cuando eras niño, él abusó sexualmente de ti.

Alessandro se envaró, cerró su mandíbula y la vena en su frente estaba tan expuesta que temí que llegase a reventar. Trató de levantarse y se lo impedí.

—Me has dicho que seré tu mujer, mi cabeza está llena de miles de preguntas, no te estoy pidiendo que me cuentes tu vida... Sé que no lo harás, pero si tú no me dices nada, seguiré teniendo interrogantes, y al menos debería haber confianza entre nosotros. —Seguí hablando mientras la mirada de Alessandro estaba perdida en algún lugar de la habitación—. Puedo tener mi propia respuesta a cada interrogante, pero créeme, que no sería como si tú me contases tu verdad.

¡Genial!, estaba hablando con una piedra.

—Alessandro...

—No —dijo tajante—. Nunca abusó sexualmente de mí.

—Pero siempre que te duermes...

—Mi padre estaba loco. —Ahora sus ojos estaban puestos en mí; sus dedos colocaron un mechón de mi cabello tras mi oreja—. Muy loco cuando firmó el poder donde decía que, si algo llegase a sucederle, sus dos amores quedarían en manos de la única persona en la que podía confiar: Su medio hermano. —Ya me había contado esa parte, pero lo dejé seguir por temor a que volviese a encerrarse en sí mismo.

Se quedó callado y yo decidí darle su tiempo.

—Mi maldito tío no era más que un catador.

Lo miré sin entender.

—Pasaba largas horas probando, que los proveedores le dieran droga de alta calidad; cualquier tipo de droga. Para cuando llegaba la hora de dormir, estaba tan envuelto en su maldito mundo que bajaba al sótano y se dedicaba a tocarme y a hacerme tocar su...

Me estremecí de asco y dolor por Alessandro de niño.

—Las primeras noches lloré, lo que me hacía merecedor de varios golpes; luego solo me apresuraba por hacerlo llegar al orgasmo, así se iría más rápido. ¿Sabes lo que es para un niño que un hombre adulto se corra en sus manos y no le permita asearse luego?

Cerré los ojos, aguantando mis lágrimas.

Él no quería mi lástima.

—Satisfecho, se subía los pantalones y se iba. Unos meses después, yo ya sabía lo que me tocaba hacer y, durante diez largos años, yo tuve que proporcionarle placer a ese hijo de puta, por eso lo maté.

—¿Cómo...?

—No es algo que quieras escuchar...

—Alessandro...

—Le inyecté una dosis de heroína, después de que él hubo hecho un cateo... Frederick murió de una sobredosis, Katheryne. ¿He satisfecho tu jodida y retorcida curiosidad? —Inquirió de mala gana.

—Yo... —Tragué grueso ante la imperiosa necesidad de llorar—. No era...

—No importa ya, no es algo de lo que me arrepienta de haber hecho —dijo, jalándome contra su pecho—. No quiero volver hablar del tema, Katheryne.

Nuevamente, la habitación estuvo en silencio.

—Háblame de Dominique.

—Pensé que no querrías saber de ella.

—Quiero saber de ti.

—No, no quieres saber de mí...

—Si te lo pregunto...

—¿Quieres saber por qué ella me besó y su empeño con que la follase de nuevo?

Exacto... Pero no lo reconocería.

—Ella dijo una frase... Culpo de fulmine...

—*Colpo di fulmine*^[39]. —Me corrigió—. Es una tontería.

—¿Qué significa?

—Nada importante.

—Si no me lo dices, puedo preguntarle a Gianna.

—Como un rayo. Es solo una tonta expresión, olvídala.

Hice una nota mental de preguntarle a Gianna el verdadero significado.

—¿Qué quería ella?

—Fui con ella cuando estuve en Italia.

—¿Por qué?

—Porque quería sentir lo que tú sentiste, *dolcezza*. Quería sentir dolor por causártelo, mostré debilidad ante ella y ahora ella quiere saber quién me hace débil.

—No entiendo...

—Dominique es una mujer fría, una anaconda; ella no te consume, ella te digiere entero, te envuelve en su sensualidad, quiebra tu autoestima y luego te engulle. Yo acababa de perder a Fiorella cuando la conocí, Franco estaba haciendo lo posible por mantener D'Angelo Building a flote mientras yo terminaba de educarme. Cosa que no era sencilla, debido a la cantidad de negocios ilícitos que el maldito bastardo tenía, usando como fachada la constructora de mi abuelo.

Hizo una pausa y suspiró larga y sonoramente. Yo aproveché para pegarme más a él y entrelazar nuestras piernas.

Acaricié su brazo, jugando con el escaso vello que tenía en sus manos.

—¿Te lastimó? —pregunté sin saber bien si quería conocer la respuesta.

—Sí. —Volvió a quedarse callado por varios minutos—. Te dije que Dominique tiende a quebrar tu autoestima. A diferencia de Antoine, yo no tenía autoestima ya, la había enterrado, junto con otras tantas cosas el día del sepelio de Fiorella. Yo no quería existir, porque sabes, *dolce*, yo no era más que un niño cobarde cuya ciudad lo absorbía, cuyas noches eran eternas y cuya existencia era sostenida por la frágil línea de la única mujer que estaba para ayudarlo.

Silencio... Jodido y puto silencio...

Suspiré... E iba a hablar cuando él retomó la conversación:

—Cuando me tatuaron el grifo, fue sin anestesia.

Mi cuerpo se estremeció y él aferró más su brazo a mi cintura.

—Fue jodidamente placentero sentir dolor, así que, cuando Dimitri nos habló de la "cultura", para mí fue fácil entrar, remplazar el dolor del alma por

el del cuerpo. *Quid pro quo*^[40].

» Dominique nos destruía a su manera. No sabes la cantidad de juguetes que esa mujer utiliza para su placer. Antoine, al principio, quería aprender. Sus padres son una completa mierda, fueron los típicos padres que traen un niño al mundo por las apariencias, la sociedad o, sencillamente, porque se equivocaron en las cuentas. Para él, la dominación era algo nuevo que quería experimentar; pero cuando Dominique nos arrojó bajo su mundo, él se prendó de ella, él entregaba su corazón en cada golpe mientras que yo le daba mi placer sádico y masoquista. Para mí, fue mi maestra no mi señora, ya que yo necesitaba alguien que me enseñara y me hiciera sentir...

» A pesar de ser iguales, para Dominique, solo soy un sumiso que resbaló de sus manos y el motivo por el cual se encuentra tan encaprichada de mí. Por decirlo de una manera simple: Para mí, ella es la razón por la cual yo me quedé vagando en este mundo... Ella me enseñó a sobrevivir.

Silencio.

—Entonces... la conoces hace muchos años.

—Estuvimos con ella en el transcurso de nuestras carreras, luego ella objetó haberse aburrido de nosotros, sin embargo, nos encontramos unos años después en Milán.

—¿Fuiste su sumiso en ese momento?

—No su sumiso, fuimos iguales. Dolor por parte y parte.

—Te la follaste. —No fue una pregunta.

—Hay muchas maneras de infringir dolor sin llegar al contacto íntimo.

—No te entiendo.

—¿Recuerdas cuando te castigué...?

Sí que lo recordaba, la cicatriz en mi glúteo derecho me hacía morisquetas cuando estaba cerca del espejo; se notaba claramente cómo su maldito látigo me había marcado.

—Por tu silencio, puedo darme cuenta de que sí.

—Basta de disculpas, eso ya pasó.

—Nunca me había sentido en la necesidad de *Quid Pro Quo*, pero después de golpearte, lo necesitaba, así que fui con ella.

—¿Por qué?

Silencio.

—Alessandro...

—Shh, no empujes mis límites, tesoro.

Quise preguntar nuevamente, pero me quedé callada, esperando que él

continuara y me contara lo que quisiera contarme. Él no habló otra vez.

Suspiré sonoramente antes de preguntar. Aún temía que cualquiera de mis preguntas levantara al animal enjaulado y lleno de ira.

—¿Por qué un grifo? —Alcé la cabeza, mirándolo fijamente.

—Desde que murieron mis padres, nunca duermo mientras haya luna. Al principio, esperaba a Frederick, él se molestaba cuando me encontraba dormido. —Suspiró—. Después, las malditas pesadillas, dónde tenía todo y me lo arrebatan en segundos, se burlaban de mi... Cuando fui con el tatuador, había varios dibujos; yo necesitaba uno grande que me hiciera sentir. Había dragones, súcubos, demonios, gárgolas, ave fénix y el maldito animal que me llamaba... Un guardián, mi propio ángel.

Pensé en decirle que su tatuaje parecía todo menos un ángel. No obstante, volví a acomodarme sobre su pecho y él asió su brazo a mí pegándonos aún más.

—Katheryne. —Su mano alzó mi barbilla—. ¿Por qué demonios estás llorando? Odio que lo hagas. —Su voz fue dura.

Pasé las manos por mi mejilla. Efectivamente, había un par de lágrimas.

—Si te conté mi maldita vida no es para que llores o te sientas mal —miró mis ojos—. No quiero tu lástima, ni la tuya ni la de nadie; mi vida no fue un jardín de rosas... —Sonrió con sorna—. Sí, pensándolo bien, sí fue un puto jardín de rosas, uno marchito y lleno de espinas.

Me removí de su abrazo de hierro, levantándome sobre mis codos.

Me acerqué a él y deposité un beso sobre sus labios —Ninguna vida es un jardín de rosas, Alessandro. O todas lo son... —Me pasé la mano por el cabello, echándolo todo hacia atrás—. No te tengo lástima... Al contrario, me duele y me molesta que te hayas tropezado con un ser tan retorcido como Frederick; el maldito ya se murió y ahora seguramente se está quemando en el infierno. Antonella y yo vamos a estar junto a ti por lo que resta de la maldita vida.

Él levantó su mano hasta dejarla en la parte trasera de mi cabeza.

—Bésame, Katheryne Cortéz —ordenó, empujando sus manos hasta que nuestros labios se encontraron en el más profundo, sexual y devastador de los besos.

15

—Iremos por Nella y luego ella y tú irán a mi casa —ordenó severo mientras Riley encendía el auto.

—Okey, como tú digas, amo. —Bromeé. A través del espejo retrovisor, pude ver a Riley sonreír.

—Sí, como sea —agarró mi mano y acarició mis dedos con los suyos. Aproveché y me acerqué a él tanto como el espacio lo permitía.

—¿Qué soñabas anoche? —pregunté mientras viajábamos por las calles de Nueva York.

Alessandro no contestó enseguida, por lo que, me dediqué a inhalar el aroma de mi jabón de baño impregnado en su piel.

—Lex...

—Nunca recuerdo lo que ocurre en mis sueños. —El tono brusco de su voz no me amedrantó.

—Soñabas conmigo —dije—, me llamaste...

Él me miró por unos segundos.

—No quiero hablar de eso. —Me apretó a él y sacó su celular, marcó unos números y se enfocó en una llamada. Respiré profundamente, recostándome en su costado mientras su mano libre subía y bajaba por mi brazo izquierdo.

Gabriel estaba fuera del salón limpiando una de las ventanas altas cuando llegué detrás de él. No me gustaba pelear con uno de mis mejores amigos, así que apreté su cintura fuertemente y, aunque se tensó un poco, se relajó cuando le dije que era yo.

—Hola, pequeña. —Se giró riendo y me dio un beso en la frente, había hablado con Gab antes de que Chris fuese por la pequeña, sin gritos ni reproches, habíamos arreglado nuestras diferencias—. La beba está con Chris, arriba. ¡Dios! No puedo creer lo traviesa que se ha vuelto. —Sonrió mientras hacía un gesto dramático con sus manos, y yo sonreí con él—. Está realmente hermosa, Katheryne, se parece tanto a... —Su sonrisa se desvaneció cuando sentí el portazo de un auto. La colonia de Alessandro inundó mis sentidos.

—¿Qué hace ese hombre aquí? —Lo miré y suspiré. —¡Estás con él de nuevo! —afirmó.

—Gab...

—Me dijiste que lo habías dejado, Katheryne. —Me soltó de su brazo.

—Gabriel. —Me llevé el cabello hacia atrás—. No empieces porque...

—¡Por un demonio! ¿Qué tienes en la cabeza, muchachita estúpida?

—Gab, es la decisión que he tomado, él me necesita y yo estoy dispuesta a ayudarlo...

—¿Y arrastrarás a Antonella contigo? —me interrumpió—. No eres una jodida súper heroína, Katheryne.

—Tampoco una cobarde. —La voz de Alessandro tenía un matiz extraño, era dura, marcada y muy fuerte, a pesar de haber hablado en tono bajo—. No eres quién para juzgar las decisiones de las personas cuando en tu vida tus decisiones han sido una completa mierda.

—Con todo el respeto que usted no se merece, pero que como hombre...

—¿Hombre? —Lo interrumpió—. No me hagas reír —dijo sarcástico.

—Alessandro... —Me giré, enfrentando al hombre frente a mí.

Sus manos estaban hechas puños, apretadas tan fuertes que sus nudillos eran tan blancos como la cal.

—Ve por la niña, Katheryne. —Su voz fue hierro, dura y sin quiebres. No me miró, sus ojos escudriñaban a Gabriel—. Obedéceme —murmuró entre dientes, pinchándose el puente de su nariz.

—La niña no sale de aquí si te vas con él —sentenció Gabriel, que también estaba tenso. Me giré completamente, mirándolo incrédula.

—¿Qué has dicho? —dije mirando a Gab.

—Lo que has oído, Katheryne, no voy a permitir que Antonella viva con este hombre. —Gab apretaba el trapo que tenía entre sus manos tan fuerte que, si no fuese tela, la hubiese reventado.

Suspiré fuertemente llenando de aire mis pulmones y tratando de no agravar el problema.

—Gab, sabes que te amo, ¿verdad? —Comencé a hablar en tono dulce.

—Katheryne, no me vas a venir con...

—No me interrumpas, hablamos hace unos días sobre mi vida y la de Antonella. Sabes perfectamente que ella lo es todo para mí.

—Tanto como para mí.

Alessandro resopló y se rio, era una sonrisita irónica y burlesca, pero sin intervenir en nuestra conversación.

Coloqué la mano en la mejilla de mi mejor amigo:

—Los tres la amamos, cada uno a su manera, pero la amamos y ella es todo lo que yo tengo, no quiero dañar nuestra amistad y, mucho menos, deseo separar a Antonella de ti; así que, no me obligues a hacerlo. —Entré al salón buscando a Chris y a mi bebé, que se tiró en mis brazos tan pronto me vio.

Cuando salimos del salón, Alessandro y Gabriel parecían discutir. Vi a mi hombre pasarse las manos por sus cabellos en un vano intento por controlar su temperamento. Bufó sonoramente antes de decir algo entre dientes y se alejó hacia el auto. Gab cargó a Nella y le dio dos besos en sus mejillas.

—¿Vienes para la cena de Navidad? —preguntó Gab.

—Mmm.

—¿Mmm? —Gab enarcó una de sus cejas, mientras entregaba a Antonella a Chris.

—Verás... Me ofrecí a hacer la cena en casa de Alessandro, irán V, Gianna, Antoine y un nuevo accionista de Alessandro, también invitamos a los doctores Malinov, pero ellos están fuera de la ciudad. Y, obviamente, ustedes también están invitados.

—Claro, allí estaremos —dijo Chris dándome a Antonella.

—Habla por ti, no pienso pisar la casa de ese cretino. —Entró a la casa dando fuertes zancadas.

Chris suspiró.

—Trataré de convencerlo, cuida a mi bebé.

Me despedí de mi amigo y caminé hacia Alessandro, que me esperaba dentro del auto. Tan pronto cerré las puertas, Alessandro tomó a Antonella de mis piernas y la llevó a su pecho, depositando un dulce beso en su cabeza.

Estaba terminando de cambiar a Nella cuando Alessandro entró a la habitación. Se había cambiado de ropa, luciendo sexy como el infierno.

—Tu amiga te espera abajo.

—¿V?

Asintió acercándose hasta nosotras, alcé a Nella, apoyándola en mi cintura.

—¿Qué hace V aquí?

—Yo la llamé.

—¿La llamaste?

Él asintió, sacó de su cartera mi antigua tarjeta y me la entregó.

—Alessandro...

—Compra cosas bonitas —sonrió a medio lado y acarició la mejilla de Nella con ternura— para ambas.

—No quiero tu dinero. —Mi hija estiró sus brazos y él la tomó, aferrándola a su pecho.

—Vas a vivir a mi lado, acostúmbrate, Kath.

Sonreí y me incliné por un beso, justo en el momento que el timbre de la puerta se escuchaba.

—Tengo que ir abajo. —Intenté tomar a Antonella, pero ella se aferró al saco de Alessandro.

—Riley las llevará hasta el centro comercial, toma lo que necesites.

—¿Esperas a alguien?

—Tengo una reunión con mi nuevo inversionista, vamos.

Asentí. Él tomó mi mano y salimos de la habitación. No pude evitar que el corazón me latiera con fuerza, verlo con Antonella en brazos era algo que llenaba mi alma. Por alguna extraña razón, ellos tenían un vínculo, eso o mi hija desde pequeña empezaba a apreciar la belleza masculina.

V estaba en el estudio de Alessandro, acompañada por el que creía era el nuevo inversionista de D'Angelo Building.

—Demian. —Alessandro soltó mi mano para estrechar la del otro hombre. Intenté recordar dónde lo había visto, pero no pude acordarme—. Mi mujer. —Me presentó.

—No sabía que te habías casado y que eras padre.

Alessandro se estremeció, algo imperceptible para otros, pero notorio para mí.

—Hay muchas cosas que nadie sabe de mí. —Su tono de voz fue bajo—. Veo que has conocido a Verónica Walkers, es la mejor amiga de Katheryne.

—Sí, ya tuve el placer. —La mirada que Demian le ofreció a mi amiga fue coqueta y lasciva. Y, por primera vez, vi a V sonrojarse.

—Señoritas, Riley las espera. —Alessandro exclamó y ese fue el momento para retirarnos.

Tomé a Nella de sus brazos.

—Fue un placer conocerlo, señor...

—Demian Hamilton.

—Katheryne Cortéz. —Extendí mi mano libre hacia él y no pude evitar mirarlo un poco más de la cuenta; era un hombre alto, atractivo, con un cuerpo

musculoso, sin rayar en exceso, y un guiño coqueto en su semblante que hacía que no lo perdieras de vista.

Alessandro carraspeó y Demian soltó mi mano suavemente. Sus dedos acariciaron mi piel adrede y ésta se erizó ante el contacto. La mano de Alessandro se deslizó por mi cintura atrayéndome hacia él.

« ¿Qué demonios había sido todo eso? »

—Vete ya —susurró Alessandro con voz lacónica.

—No demoraré. —Dejé un beso en la comisura de sus labios, un beso frío que él no siguió. Parecía molesto, pero no conmigo.

—Demora todo lo que quieras. —Bueno, eso era un cambio—. Y, por favor, compra un maldito celular.

Iba a decirle que no lo necesitaba cuando su mirada me retó a contestarle. Di una última mirada hacia el señor Hamilton, que daba un beso en la mejilla a V.

Lex giró mi rostro hacia él.

—Vete.

Asentí y tomé a V por la mano para salir de ahí. Gianna y Antoine se daban un beso de despedida cuando salimos a la terraza.

—Alessandro me llamó. No pensaban irse de compras sin mí, ¿cierto?

—Esto será largo —susurré a Nella, al tiempo que V y Gianna se subían al auto.

—Creo que hemos vaciado media tienda —dijo V, sentándose en una de las mesas de la plazoleta de comida—. Dios, amo las compras, ¡pero ir contigo dos días seguidos es un suicidio!

Gianna se sentó a su lado riendo.

—Mis padres me enseñaron desde muy pequeña que el verdadero poder de una mujer lo hace esta cosita tan insignificante. —Mostró su tarjeta de crédito dorada—. Antoine entiende lo que significa que yo tenga este poder, es el único que puedo tener. —Sonrió—. Ahora, eso es exageración solo compré regalos para todos.

—Sí, para toda la población de este país.

—¡Exagerada!

—¡Compradora compulsiva!

Y antes de que fuesen a iniciar una guerra, las detuve.

—¡Basta! —Me senté, dejando las bolsas en la mesa. La gran mayoría era de Gianna, parecía que esa mujer tenía un imán para comprar, había comprado cosas para Antonella y algunos regalos para V, los chicos y la pequeña familia Difeo. Un chico se acercó a nosotras y pedimos Coca-Cola, a pesar de que V ya traía una botella personal en la mano.

—Yo creo que ya hemos comprado todo —dijo Gianna

—¿Crees? —V enarcó una de sus negras cejas y luego clavó sus ojos en mi figura. Suspiré mientras jugaba con la tarjeta negra brillante que Alessandro me había dado—. ¿Tú no tenías que comprarte un vestido? Porque hemos recorrido mil tiendas y aún no has comprado nada para ti.

—No necesito nada...

—Ohm, vamos, Kath. Tu bestia dijo expresamente cuando me llamó que quería verte con un bonito vestido; además, lo necesitas para la cena de Navidad.

—Entonces ustedes tendrían que comprar algo también, ya que esa cena será en pocos días y estás invitada.

—Tú me das esa tarjeta y ni el cielo será mi límite —bromeó Gi—. Una vez tuve una de esas...

—Y casi desangras a tu marido, imagino.

—Correcto...

—Hablando de otras cosas, señorita D'Angelo...

—Es Cortéz.

—Simple semántica. —V hizo un ademán con su mano—. ¿Viste el trasero del nuevo amigo de tu bestia?

—¿Por qué hablas como si yo no estuviera aquí? Tengo ojos también...

—¿Viste el sujeto en cuestión? —V enarcó una ceja hacia ella—. Ese es el trasero más lindo que he visto, sin ofender las posaderas de sus parejas —sorbió la pajilla de su vaso—. Casi me da una combustión espontánea ahí mismo.

—¿De quién estamos hablando? —Gianna me miró con duda.

—Es el nuevo inversionista de Alessandro —dije, restándole importancia.

—¡¿Y lo dices así?! ¡Ese hombre es un ángel caminando entre mortales! — Se giró hacia Gianna—. Es moreno, tiene ojos azules, alto y posee un cuerpo y tremendo culo de infarto. —V llevó una mano a su pecho—. Todo lo que me recomendó el doctor.

—Ah, estamos hablando del pastelito dulce que estaba en la gala de la

compañía. —Recordé que ahí lo había visto—. Es Demian Hamilton, Alessandro le vendió el quince por ciento de sus acciones, las que pertenecían a Fabrizio. Antoine me dice que es uno de los empresarios más sagaces de la industria, seguramente Alessandro lo invitará a cenar con nosotros. Por lo que sé, no tiene familia... Será mejor que compres ese vestido, Kath... ¿Qué? No me mires así, hay que comprar un lindo vestido para mi amiga. —Me abrazó.

—En estos momentos, tengo hambre, no daré un paso más hasta no comer. —V se plantó en la mesa haciendo berrinche como una niña pequeña.

—Está bien, comamos. —Aceptó Gianna de mala gana, llamando al mesero.

Pedimos ensalada con salmón ahumado y quinoa negra. Verónica se quejó por la porción y decidió acompañarla con unas crepes con pollo y una variedad de quesos holandeses. Cuando V estuvo satisfecha y Antonella profundamente dormida en mis brazos, salimos a una de las tiendas que estaban más cerca, allí compré mi precioso vestido, a pesar de las malas caras de Gianna y Verónica.

El vestido era bastante sencillo y corto, de un color rosa pálido y entallado en las partes necesarias. Para complacer a Gianna, compré unos zapatos altos de color plata.

Íbamos saliendo del centro comercial cuando me di cuenta de que V se había quedado atrás

—¿V? —Llamé a mi amiga, caminando hacia ella, pero su mirada estaba enfocada en el local de en frente—. ¡V! —Volví a llamarla, chasqueando mis dedos delante de ella. Su cabeza negó varias veces antes de que tomara mi mano y nos metiéramos al local.

—Justo aquí —dijo V, señalando al pecho del dependiente.

—¿Estás segura? —dijo Gianna en un vano intento por hacerle cambiar de opinión. Yo estaba muda—. Mira que yo tengo un bebé, y si duele como el demonio cuando te toca alimentarlos, no quiero imaginarme lo que es que perforen y te metan un pedazo de metal justo allí.

—Soy una mujer fuerte. —Se quitó su playera negra, mostrándonos su piel blanca casi traslúcida, tan pálida como la mía; un pequeño destello en color negro colgaba de su ombligo. V se bajó la copa de su sostén y respiró fuertemente. El chico frente a nosotros se encogió de hombros mientras tomaba y limpiaba el área a perforar. Tomó la aguja y V se agarró fuertemente del sillón mientras miraba al chico tomar el arito y prepararse para la perforación. Cerró los ojos. ¿Y para qué negarlo? Gianna y yo también...

—¿No te duele? —preguntó Gianna con recelo, mientras salíamos del local de *tatoo y piercing*.

Caminamos un poco hasta sentarnos en unas pequeñas bancas que estaban alrededor del centro comercial.

—Claro que sí, pero hace mucho que quería hacerlo. —Suspiró—. Ahora podemos ir a casa.

—¿Estás segura? Sé que si hablamos con Alessandro, no habrá problema con que te quedes en una de las habitaciones... —Me quedé fría al recordar que no había comprado nada para él.

—Sí, estoy segura. ¿Sucede algo, Katheryne?

—No he comprado nada para Alessandro.

—¿Qué?

—¡Compré para todos menos para él! —exclamé, sintiéndome mal. Había comprado para V porque ella estaba conmigo, al igual que juguetes de Navidad para Klauss; había una corbata nueva para Antoine y zapatos altos para Gianna.

—¿Qué tenías pensado comprarle? —preguntó Gianna con seriedad.

—¿Qué se le puede regalar al todopoderoso? —dijo V, mirándonos fijamente.

—Había pensado en unos pañuelos —respondí, llevándome el cabello hacia atrás.

—¿Para que te olvide? —V rio y Gianna y yo la miramos—. ¿Qué? Eso decía mi madre, que cuando te regalan pañuelos es para que te olviden.

—¿Una corbata nueva? —pregunté viendo a las mujeres.

—¿Has visto cuantas corbatas tiene Alessandro?! —chilló Gianna.

—Siempre le veo una gris, al menos en las ocasiones más importantes, como en *The Chalets*.

—¿*The Chalets*? —Gianna me miró con gesto adusto.

—Fue en el restaurante en donde nos conocimos. —Mentí rápidamente.

Fue el turno de V para mirarme extraño.

—¿Qué no se habían conocido en el elevador?

« ¡Mierda! Piensa rápido, Katheryne... »

—Es que primero lo vi en el restaurante. —Zanjé el tema.

—En fin ¿quieres regalarle una corbata? —Amé a mi amiga aún más por su astuto giro de la conversación.

—Aunque le regales mil, va seguir usando esa corbata gris, se la regaló Franco cuando lideró su primera junta de accionista y la escogió Fiore...

No pude evitar el gesto en mi cara...

—¡Mierda!, ¡Mierda! ¡Mierda! —Gianna tomó mi mano—. Lo lamento, Kath, pero Fiorella era mi mejor amiga, ella y yo vivimos muchas cosas. Y aunque ella ya no está, sigue ligada a él.

—Lo entiendo —dije, pero la verdad era que no entendía nada. Muy en el fondo de mi corazón, quise destruir la corbata.

—Bueno, son las cinco de la tarde y tenemos que pensar qué regalarle al demonio, tiene que ser algo único —dijo V—. Debe ser algo inolvidable que lleve tu marca.

—¡Ya sé! —exclamó Gianna, riendo emocionada, como si hubiese descubierto alguna vacuna contra el cáncer—. ¿Qué tal un baile erótico? Le di uno a Antoine hace dos años y fue una fiera después de eso. —Finalizó riendo.

V abrió los ojos desmesuradamente; sus ojos verde bosque me miraron con malicia...

—No —dije a lo que fuera que su mente estaba pensando.

—Soy inocente...

—No, tu mirada me dice que estás pensando en algo muy perverso. —Apreté a Nella a mi pecho.

—No fui yo la que sugirió un baile erótico —dijo cruzándose de brazos.

—Ve a la gaceta de seguridad y pide un micrófono, así quizás se entera todo el centro comercial —bufé rodando los ojos.

—No seas idiota, Katheryne. ¡Dios! Tu hombre es un chico pervertido.

—Debe serlo si es amigo de Antoine —dijo Gianna, sonriendo como el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Dije que no —insistí, plantándome frente a ambas.

—Sé dónde podemos comprar todo —dijo V, levantándose de la banca.

—Pero antes, debemos dejar esto en el coche, odio comprar cosas cuando ya tengo las manos llenas. —Gianna miró a V.

—¿Qué parte de NO, no han entendido ustedes?

—¿Qué parte de que le darás el mejor regalo de Navidad a la bestia, algo único e inigualable, no has entendido tú? —V me golpeó en el pecho con su dedo índice.

—Chicas, de verdad.

—¡Calla! —dijeron ambas al mismo tiempo.

—No voy a entrar allí con Nella en brazos —determiné, mirando a Gianna con ojos entrecerrados.

—Oh, vamos, Katheryne. Esa es una excusa tonta. Antonella está dormida.

Negué con la cabeza.

—No seas puritana, hasta yo tengo una cuenta aquí —replicó Gianna.

La miré arqueando una ceja.

—¿Qué?! Antoine es un hombre muy exigente a la hora de intimar y yo soy una mujer dispuesta y muy complaciente —guiñó uno de sus ojos y V rodó los ojos.

—Jesús, María y José —dijo V, haciéndose la señal de la cruz—. Por favor, no coman frente al pobre. —Hizo un cómico puchero—. Creo que debí aceptar el polvo de hace dos noches. Entremos, yo no tendré marido, pero sí necesidades. —Sin más, la más loca de mis amigas entró a *Sin Tabú*... Todo para el placer sexual.

No podía creer que estábamos en una *sex shop*.

—¡Compra el de enfermera complaciente! —gritó V.

—¡No, el de colegiala traviesa!! —gritó Gianna, haciendo que Nella se removiera en mis brazos.

—¡El de conejita *Playboy*! —gritó V de nuevo

« ¡Compra el de puta de cabaret », gritó mi subconsciente.

—¡Chicas, basta! —Les dije, observándolas mientras se movían de un lado a otro tomando lo que parecía ser todas las prendas de la tienda—. No voy a disfrazarme, ¡por Dios!, solo quería un obsequio de Navidad.

—Por eso, nena. —V me habló como si fuese retrasada, mientras tomaba mis hombros, entregándole el disfraz de colegiala traviesa a Gianna—. Vamos a darle a Alessandro un buen regalo de Navidad, ¿hay algún tuvo recto en casa del demonio?

Negué.

—¿Alguna vez has bailado?

—¿Lo normal? —V negó con cabeza y ambas me arrastraron hacia la chica que estaba hasta el mostrador.

—Necesitamos un tubo de Vertical Pole dance desmontable —dijo Gianna a la chica—. Además, que la lleven mañana e instalen en esta dirección. —Me miró—. Le diré a Antoine que lo mantenga fuera de casa mañana para esta hora.

—Tendrá un costo extra por el tiempo en el que lo necesitan —dijo la dependienta, su tono tenía un sutil toque de diversión.

—Ustedes están locas...

—No me importa, cárguelo a esta tarjeta.

Todo fue rápido, tanto V como Gianna hablaban con la chica como si mi hija y yo no estuviésemos ahí.

Gianna se encargó de comprar no sé qué cosas mientras que V escogía lo que, según sus palabras, sería mi vestuario. Después de decirme que había tomado clases y que ella me enseñaría lo básico en la siguiente semana. No podía negarles que la idea me atraía tanto como me asustaba. Había visto a las chicas hacer los bailes mientras que atendía las mesas en *The Chalets*, pero verlo era una cosa, hacerlo... hacerlo era el verdadero problema. V escogió una falda de jean —según ella minifalda; para mí, micro falda— y una camisa roja de satín que cubría solo mis pechos, que tenía un par de tiras que se anudaban por la parte de adelante.

—Un piercing se te vería hermoso en ese abdomen de lavadero.

Ni loca me iba a hacer una perforación.

—No me decido con qué se vería mejor ese atuendo, si con unas botas de tacón alto que te lleguen a las rodillas o unos lindos Manolos de 18 cm. — Se colocó una mano en la barbilla, pensándolo.

—Prefiero los manolos, V. —Mi voz salió neutral, no quería darle pistas a mi amiga de las expectativas que tenía con su loca idea, pero sabía que Alessandro agradecería el zapato de tacón alto, pudiera o no bailar con ellos. Gianna se acercó a nosotras con una bolsa llena de cosas mientras V le mostraba las milimétricas prendas.

Luego de cancelar todo, Gianna y V me llevaron de cabeza a una tienda de zapatos excesivamente altos y costosos. Creo que el dependiente iba a matarlas, ambas pidieron zapatos negros de tacón alto y el dependiente había buscado más de seis pares, pero ninguno parecía gustarles. Fue entonces cuando los vi, estaba segura que iba a matarme si llegaba a caerme de ellos, pero eran perfectos para esta locura, parecían cubiertos de escarcha, el tacón era una puntilla jodidamente delgada y eran del mismo color rojo de la camisa. Gianna y V sonrieron malignamente cuando le pedí al dependiente que me los mostrara.

Íbamos de camino a casa cuando V soltó una risa estridente, tanto Gianna como yo la observamos sin entender.

—Somos idiotas, no compramos nada de música.

—Puedo traerla mañana —dijo Gigi—. Yo creo que ya es algo tarde para empezar con la parte práctica hoy.

—Sí, además el chico de los tatuajes dijo que no debía exponerme por la noche, creo que tomaré en consideración tu propuesta de quedarme en casa del rey del Universo —V se acomodó entre los paquetes—, así podemos empezar a trabajar cuando él se haya ido a la oficina.

Asentí, sin saber bien dónde me estaba metiendo.

Antoine estaba esperando a Gianna para cuando llegamos, hablamos por un par de minutos y luego ellos se fueron. Jane estaba en la habitación de Nella cuando llegué a ella, dejé a Antonella a su cuidado y, junto con Ben, ubicamos a Verónica en una de las habitaciones desocupadas.

Bajé las escaleras buscando a Alessandro y caminé directo a su estudio. Tal como lo imaginaba, estaba sentado en su escritorio. La chimenea alumbraba levemente sus rasgos, ya que tenía las luces apagadas. Me recosté a la puerta observándolo con detenimiento, creo que nunca podría dejar de observarlo, menos desde la noche anterior. Alessandro, a su manera burda, me dio la noche que yo había esperado, sin necesidad de palabras cursis, flores o cenas románticas. Él tenía los ojos cerrados y estaba recostado a su silla de cuero.

—¿Compraste todo lo que necesitabas, nena?

Sonreí, no había entrado y él ya sabía que yo estaba allí.

—Ven aquí, Katheryne.

Entré a la habitación y caminé hacia él, acariciando con mis dedos las pequeñas hebras de su cabello, a pesar de tenerlo aún muy corto.

Sus manos atraparon mi cintura dejándome sentada sobre sus piernas.

—Sí, compré todo y algunas cosas para la cena del día de Navidad, espero que Chris logre convencer a Gabriel de venir.

—Él vendrá. —Sus ojos aún estaban cerrados, sus brazos aferrados a mí y su cabeza recostada en el sillón.

—¿Está todo en orden? —pregunté sin apartar mis dedos de su cuero cabelludo.

—Dentro de lo que cabe, sí. —Enfocó su mirada verde intensa en la mía—. No preguntes. —Un pequeño gemido de satisfacción escapó de su boca, debido a las caricias que mis dedos le daban a su cabeza.

—V va a quedarse esta noche, sé que es tu casa y que debí preguntarte, pero...

—¿Su habitación está lejos de la nuestra?

—Ben le dio la habitación más lejana del corredor, esa que usaste para castigarme una vez.

—Bien, no tengo problemas con que uno de tus amigos se quede aquí. ¿Atendiste a Nella? —Había empezado a llamar a Antonella por su nombre, ya no era “la niña” mucho menos la arandela.

—Sí, Jane esta con ella ahora junto con V... ¿Invitaste al señor Hamilton a cenar con nosotros en la cena de Navidad?

—¿Quieres seguir coqueteando con él?

—No coqueteé con él.

—Él sí lo hizo contigo y tomó todo de mí no mandarlo al maldito infierno. Después de todo, es quien sacará esta sucursal de la inminente quiebra.

—Alessandro... —Acaricié su mejilla.

—Antoine lo invitó, pero quiero que entiendas una cosa: no permitiré que estés coqueteando con ningún otro hombre, no en mi presencia. —Su brazo se aferró a mi cintura.

—Tú eres el único hombre que yo deseo —dijo solemnemente sin dejar de mirarlo a los ojos—. Solo tú.

—Menos charla y... Bésame, Katheryne. —Sus deseos eran órdenes para mí.

Estaba en la mesa con Alessandro cuando V apareció por el comedor, se había puesto una de mis camisas y usaba el mismo jean que el día anterior. Alessandro se levantó de la mesa y alzó mi rostro antes de dejar uno de sus besos devoradores sobre mis labios. Escuché el suave jadeo de V, pero no me cohibí por ello.

—Volveré en cualquier momento —dijo Lex acariciando mis labios con sus dedos—. Deja a Nella con Jane y escoge tres juguetes del armario...

Apreté mis piernas ante la mención de alguno de sus juguetes.

—Te llamaré cuando esté cerca. —Asentí—. No salgas de casa. —Volví a asentir—. Sé buena chica... —Su aliento estaba envolviéndome en una burbuja de menta, tan espesa que ni recordaba a mi amiga en el comedor. Me

dio un último beso demandante y abandonó el salón, haciendo una inclinación de cabeza hacia Verónica.

—¡Por los jodidos clavos de Cristo! —Me llevé la mano al rostro avergonzada.

Ben entró al comedor con el desayuno de V y la conversación fluyó hacia otros temas. Estábamos terminando de desayunar cuando Gianna apareció con Niklauss y su niñera. La mujer se fue al cuarto de Antonella, que aún estaba con Jane, y Gigi sacó una pila de *CDs* de una bolsa.

—Traje varios *CDs*, no sabía cuál escoger.

—¿Qué trajiste? —V tomó la torre de *CDs* y empezó a revisar los títulos—. ¿Crees que esto nos sirva? —inquirió, sacando los acrílicos.

—Bueno, me imagino que es un baile sensual ¿no? Así que *RiRi*, *Beyonce*, *Shakira* o *Britney* tienen música que sirve para estos propósitos.

—Britney pasó de moda hace años luz, la onda de hoy es Nicky Minaj, la loca de Lady Gaga —puntualizó V.

—Brit tiene buena música. *Toxic* me encanta, se lo he dedicado mil veces a Antoine —dijo Gianna ofuscada—. También traje *Moulin Rouge*, *Chicago*, *Cabaret* y algunos videos de bailes de tubo, algo debe servir. ¿Qué has hecho tú?

—Yo no necesito de nada de esto para que ella baile... —V deslizó su dedo en su brazo—. Llevo el baile en mis venas.

—Yo...

—¡Basta! Parecen dos niñas, y no voy a ir a ningún lugar si no me dicen por qué parece que quisieran saltar una sobre la otra cada vez que nos reunimos.

Ambas se vieron avergonzadas.

—Verónica.

—Nada, ella me desespera.

—La tolero porque es tu amiga. —Se quejó Gigi.

—Pues no saldremos de aquí hasta que no sepa que van a comportarse como mujeres adultas. Es incómodo para mí tener que aguantar sus discusiones tontas...Ambas son mis amigas, a ambas las conozco hace poco y las dos tienen mi cariño y amistad.

—Lo intentaré por ti. —Gianna tomó mi mano en la mesa.

—Si como sea... —Y eso sería lo máximo que conseguiría de V.

16

Pasamos toda la mañana observando vídeos en *YouTube* y luego reproducimos la película, sabiendo que jamás de los jamases podría moverme así.

—¡Voy a matarme! —gemí cuando V me obligó a subirme en los que, hasta ayer, me parecían unos muy bonitos zapatos. Estábamos utilizando la habitación en la que V había pasado la noche. Los del sex shop habían traído el tubo y montado en la habitación. Sacha se había vuelto mi cómplice; y Benjamín, aunque no estaba muy de acuerdo con ocultarle cosas a Alessandro, se había mantenido alejado de nosotras.

Almorzamos algo ligero y luego V intentó enseñarme lo que ella llamó “básico.”

—Colócate al lado derecho del tubo —dijo V—, tómalo con fuerza y con la pierna izquierda da un paso hacia atrás.... —Llevó la mano a su frente—. Así no, hacia atrás... Eso, así.

Respiré profundamente para lo que seguía.

—Da un paso lateral, al tiempo que la abrazas con las piernas. —Fue hasta el portátil donde reproducíamos los *CDs* que Gigi había traído y la melodía de *I'm A Slave 4 U* se escuchó por el salón antes que V siguiera en su faceta de maestra—. Abre la mano izquierda como si estuvieras haciendo una señal de “alto.” Y sujeta el tubo con la otra mano. A continuación, empieza a moverte sensualmente al ritmo de la música.

Intenté hacer lo que V me decía, pero que ella se riera de mí no estaba ayudando mucho.

—Ok, déjame hacerlo yo.

Me senté en la cama, aprovechando que Gianna había salido para alimentar a Klauss, y observé a Verónica bailar en el tubo. La vi dar giros hacia el otro lado del tubo con la pierna derecha, hasta terminar la vuelta con la espalda hacia la barra. Tenía una semana para aprender todo y más, y estaba dispuesta a dar todo de mí para hacerlo.

V se alejó del caño y volví a la posición que ella ya me había enseñado; practicamos por varias horas, incluso Gigi hizo un par de giros que se vieron fáciles, pero que no lo eran.

Para cuando recibí el texto de Alessandro, Gianna se despedía. Dejaría a V cerca del departamento y luego recogería a Antoine, pues su auto estaba en

el mecánico.

Fui a la habitación y abrí el clóset, buscando entre los juguetes algo para mi señor. Rehuí de los dilatadores anales y las fustas, no quería esposarme. Encontré una caja que no había visto anteriormente, estaba sellada, por lo que la tomé, llevándola a la mesa. Estaba a punto de abrirla cuando escuché cómo se abría la puerta. Alessandro entró a la habitación y asumí mi posición con rapidez.

—Buena chica... —Tomó la caja de la mesa—. Buena elección... —Alzó mi mentón con sus dedos—. Desnúdate y ve a la cama. —Me levanté rápidamente y me quité el jean y la camisa, dejé que mis bragas se deslizaran por mis piernas al tiempo que me quitaba el sujetador.

—Sentada —dijo él cuando me iba a recostar sobre el edredón. Le vi abrir la caja y caminar hacia mí, rompiendo el cartón y sacando piezas de lo que parecía un arnés de cuero—. Compré esto en Italia. Sube los brazos, *principessa*.

Hice lo que me ordenó.

—Esto es un *sponge straddle strap*, no es más de un arnés que te mantiene en la posición que yo desee...

Tragué saliva ante el erótico tono de su voz.

—¿Estás lista para jugar, Katheryne?

—Sí, señor.

Y no mentía, estaba deseosa por jugar.

Alessandro se había ido luego de hacerme suya. Me había mantenido inmóvil gracias a su arnés; pero mentiría si dijera que no había disfrutado cada segundo de su cuerpo junto al mío. Se quedó junto a mí mucho tiempo después de la llegada del orgasmo, pero se levantó de la cama tan pronto empecé a dormir. Por mucho que quería retenerlo, le permití irse. Cuando volví a despertar, tenía su brazo en mi cintura y su erección pegada a mi espalda. Desayunamos juntos y luego él se fue al trabajo.

V no fue a la universidad, llegó a casa después del trabajo y nos encerramos en la habitación donde estaba instalado el tubo.

—Hoy aprenderemos algo más intenso, tienes que ponerte los zapatos.

—Voy a terminar quebrándome un pie, y adiós baile.

—No quiero que te quiebres un pie, quiero que practiques con ellos.

Mira. —Sacó de su bolso unos zapatos de la misma altura de los míos—. Intenta hacer esto. —La vi inclinarse en el tubo de tal manera que su cuerpo quedó sostenido de la barra solo con sus manos; sujetó la pierna izquierda al tubo y bajó su mano derecha hasta sostenerla en el tubo, debajo de su cabeza.

—Jamás podré hacer eso, V.

—Podrás hacerlo, querida *Padwan*. La técnica de la mariposa es la más sencilla. Estoy completamente segura de que, de aquí a Navidad, podrás.

Hicimos algunos ejercicios de estiramiento y luego volvimos al tubo. Después de caerme unas tres veces, pude hacer la mitad de la técnica. V se fue cuando la noche empezó a caer. Alessandro llegó quince minutos después. Me sentía cansada, pero coloqué mi mejor sonrisa en los labios para él, mientras Ben y Sasha servían la cena. Pedí a Ben dos comprimidos cuando se acercó.

Alessandro enarcó una de sus cejas, pero no dijo nada. La cena estuvo silenciosa, pero antes de acabarla, él tomó mi mano entre las suya y acarició mis dedos con suavidad. Corrió su silla hacia atrás y me instó a sentarme sobre sus piernas.

—¿Qué tal estuvo tu día?

—Fue una mierda.

Acaricié su nuca con mi mano libre.

—Tuvimos una visita desagradable. Al parecer, los demás socios quieren una auditoría... Lo único satisfactorio de todo esto es que la rata irá donde pertenece, y no he movido un solo dedo para conseguirlo.

No dije nada. Solté mi mano de la suya y tomé una pequeña porción de carne antes de llevarlo a su boca.

—Katheryne...

—Solo come, el día de hoy ya acabó, el de mañana sabrás cómo enfrentarlo... —Cuando volví a tomar un pedazo de carne, él negó.

—Tengo que hacer algo antes de ir contigo arriba. ¿Escogiste un juguete? Asentí.

—Terminaré y subiré.

—Estaré con Nella, me envías un texto.

Fue su turno para asentir.

Me levanté de sus piernas y Lex tiró de mi mano, haciendo que nuestros rostros quedaran cerca. Me atrajo hacia él, deslizando su mano detrás de mi nuca y uniendo nuestros labios en un beso suave, pero no por ello menos controlador o excitante. Mis dedos se aferraron a su camisa y bajó su mano por mi espalda hasta que volví a sentarme en sus piernas. Su beso aumentó de

intensidad, la velocidad hacía que mi sangre corriera en mis venas. Seguí su beso, su ímpetu, su pasión, sin importarme que necesitara respirar. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero mis pulmones ardían cuando él separó nuestros labios.

—Ve con la pequeña.

Asentí de nuevo, mis piernas temblaban levemente, pero aun así logré llegar a la habitación, justo cuando Jane iba a dar la cena de Nella.

Despaché a Jane diciendo que atendería a Antonella yo misma. Le di de comer y luego jugamos un rato en la tina mientras le daba un baño. Estaba terminando de abrochar su pañal cuando la puerta se abrió y Alessandro entró. Se había quitado la corbata y remangado la camisa hasta los codos. Caminó con seguridad hacia mí y se acercó, acariciando con un dedo la mejilla de mi nena.

—Pensé que me mandarías un texto.

No dijo nada, en cambio, deslizó su dedo hacia la cicatriz que Antonella tenía en el pecho.

—Terminaré de cambiarla y llamaré a Jane. —Tomé la pijama de Nella y empecé a cambiarla con rapidez. Alessandro se alejó, sus manos tocando el estante y luego la cuna de Nella. Iba a meter a mi niña a la cama cuando él habló.

—¿Puedo? —preguntó, estirando una de sus manos hacia Antonella, a lo cual no tomó mucho antes de que yo asintiera. Él la tomó en brazos y caminó hasta el ventanal de vidrio de la habitación mientras miraba la espesura de la noche. Suspiró audiblemente antes de darle un beso en el tope de sus negros cabellos.

Brilla, brilla una stellina

Su nel cielo piccolina.

Brilla sopra noi.^[41]

Sin separar sus labios de su frente, susurró lo que parecía una canción de cuna. Mi vista estaba enfocada en lo que para mí era una perfecta imagen. Quizás Alessandro no lo sabía, pero él sería un gran padre... algún día. El tiempo se detuvo bajo el arrullo de su voz, no supe cuánto tiempo estuvo susurrando, pero mi hija se quedó profundamente dormida en su hombro. Se giró frente a mí, la dejó en mis brazos y le dio un nuevo beso.

—Tengo que seguir en el estudio. —Acarició mi mejilla con sus dedos —. No sé a qué hora pueda ir a la cama, usaremos el juguete que elegiste otro día.

Asentí, sabiendo que iría a la cama cuando ya el sol estuviese asomando sus primeros rayos del amanecer. Acosté a Nella y me fui a la habitación, específicamente hacia el baño, despojándome de toda la ropa y preparando el jacuzzi. Mis músculos pedían algo de relajación. Una vez listo mi baño, tomé el *iPod* y lo coloqué en mis oídos mientras dejaba que mi cuerpo se relajara con el agua con sales, escuchando la canción que usaría para el regalo de Alessandro, y repasaba con mi mente uno a uno los pasos de la coreografía ensayada.

Cuando el agua se tornó fría, quité mis audífonos, tomé uno de los albornoces y me cubrí con él, dejando el aparato en uno de los bolsillos. Saqué de la maleta que había traído de casa uno de los libros que estaba leyendo; era bueno, muy pícaro, y la protagonista estaba loca.

La semana pasó rápidamente, me metí de lleno a mi nueva rutina, que era estar con Nella mientras él trabajaba, disfrutar de su cuerpo cuando llegaba la noche, perderme en su piel...

Algo había cambiado entre nosotros, este nuevo Alessandro me gustaba, seguía siendo un mandón de primera mano, exigiendo todo de mí, pero tenía pequeños gestos que antes no estaban. La noche antes de Navidad me subí a la cama, dejando mis pies contra el colchón y tratando de concentrarme en la segunda parte de una serie de libros que me tenían pendiendo en un hilo; sin embargo, estaba tan nerviosa que no había podido pasar del segundo capítulo. Alessandro se había encerrado en el estudio, pero definitivamente tenía otras cosas en qué pensar. Pateé el edredón, bajándome de la cama y colocándome unas bragas y una camisa blanca de Alessandro. Tomé el *iPod* y salí de la habitación. Sabía que él no subiría pronto, así que, me fui hasta la habitación donde había estado practicando mi baile. Encendí la luz y caminé hacia el tubo, situando los audífonos en mis oídos. Reproduje la canción que había decidido que bailaríamos; ésta era perfecta, una combinación exacta entre melodía y letra, que relataba cómo me sentía al lado de Lex, y por ello quería que saliera perfecto.

Dos horas después, completamente agotada y con mis brazos entumidos,

decidí irme a la cama... ¿A qué hora me quede dormida? No lo sé, solo sé que sentí cómo el brazo posesivo de Alessandro se apretaba contra mí y cómo sus labios daban un beso húmedo en mi cuello.

Desperté la mañana de Navidad con un pequeño ruido. La cama del lado de Alessandro estaba fría, como si él no hubiese dormido allí; pero yo lo había sentido. Además, me encontraba desnuda, y estaba segura de que me había acostado con su camisa y mis bragas.

La puerta se abrió, mostrando a mi ser perfecto... Bueno, casi perfecto. Suspiré mirándolo, tenía una sudadera negra que colgaba de sus caderas, una camiseta blanca y su tradicional toalla negra en su cuello. Su frente estaba perlada en sudor. Era sencillamente apetecible.

Mi vientre se contrajo cuando él se volteó y me dedicó una sonrisa guasona.

—Buenos días. —Su voz salió suave y sexy. Mis ojos se quedaron prendados en el par de orbes verdes que me tenían colgando de una fina línea, porque sí estaba completamente embrutecida por él. Se sentó a un lado de la cama y su mano subió hasta acariciar mi rostro.

—Te ves adorable cuando despiertas...

Adorable no era una palabra que él usara frecuentemente.

—¿Te has levantado hace mucho? —Le pregunté, completamente atontada.

—Hace unas horas, tenía mucho tiempo sin ejercitarme. — Miré sus brazos desnudos mientras él buscaba algo en el clóset —¿Sabes?, tengo un regalo para ti.

—Los regalos se entregan en la noche.

Lex ignoró completamente mi protesta, en cambio caminó hacia mí.

Suspiré, levantándome, hasta quedar sentada en la cama, con la sábana cubriéndome los pechos.

—¿Recuerdas la palabra clave? Es complacencia —dijo en voz baja—. Ábrelo. —Miré la cajita negra con aprensión—. No muerde, Katheryne —dijo tomándola y abriéndola, sacando de ella un lindo collar. Era sencillo, con pequeños brillantes.

—Son... —Dios, me aterraba decirlo... Que no fuera lo que yo pensaba.

—Diamantes.

—Alessandro, yo...

—Sin replicas, Katheryne. Sabes que lo detesto.

—Ya perdí la cuenta de cuantos collares me has obsequiado, es como

si...

—¿Te atara?

Asentí.

—Eso hago, Katheryne... Te ato a mí. Cada joya, cada collar, es una forma de decir que me perteneces. —Su voz bajó varios niveles—. Déjame colocártelo. —Lo sacó de la cajita y deslizó sus brazos por mi cuello hasta abrochar la fina pero costosa cadena; su mano bajó hasta retirar la sábana de mis pechos, que estaban obscenamente erectos ante la cercanía de su piel—. *Bella... La mia bella ragazza.* —Acarició con sus dedos el contorno de mi pecho derecho hasta llegar al brillante más grande del collar—. *il tuo sangue canta pero me, la tus vita è llegata alla mía. sonó scambiato pero errore dopo aberlo cervato, ma ora sei il mio faro, che hai fatto con me bambina?*

[\[42\]](#) —susurró, subiendo su mano hasta sujetar mi barbilla.

Mi respiración era errática y estaba a punto de sufrir un colapso.

—Quiero intentar algo. —Sus dedos delinearon mis labios—. No te muevas. —Acercó su rostro al mío—. Quieta. —Su aliento mentolado me golpeó, haciéndome acercar mi rostro al suyo; sus labios se encontraron con los míos, suaves, era un roce sin afán, sin el ritmo demoníaco y salvaje de siempre. Estaba plétórica mientras sus labios se movían suaves sobre los míos. Desafortunadamente, el beso no duró mucho, Alessandro se separó de mí antes de inhalar—. Eso no soy yo. Así no soy yo, lo siento. —Repitió entre dientes y su boca volvió a la mía, fuerte, mordiendo, succionando y lastimando mi labio inferior. Su cuerpo entero se posicionó sobre el mío mientras sus manos aplastaban fuerte y rudamente mis pechos; separó con una de sus manos la sábana y, sin dejar de besarme, se quitó su camisilla. Todo era demasiado rápido, salvaje y desesperado. Sus labios bajaron por mi mandíbula, mordiendo la piel, encajando sus dientes en mi hombro, mientras su mano derecha abría mis piernas y colaba sus dedos entre mis pliegues sin lubricar... No era deseo ni pasión, él estaba lastimándome, estaba fuera de sí, como comprobando algo. ¿Pero qué? Yo estaba allí. Yo era suya.

Esto estaba más allá de mis límites, me estaba haciendo daño.

—Alessandro. —Traté de decirle que fuese más despacio—. Lex... —Sus dientes lastimaban ahora mis pezones—. ¡Amor! —grité con lágrimas en los ojos cuando dos de sus dedos entraron a mi cuerpo fuertemente—. Amor... —Las primeras dos lágrimas escapaban de mis ojos, no por el dolor que sus fuertes caricias me habían dado, mis lágrimas eran porque había usado la palabra que tenía prohibido usar. Alessandro se levantó de mí rápidamente,

sus ojos se habían vuelto tan oscuros como el carbón, su respiración agitada, la vena en su frente se contraía salvajemente.

—Perdón... —Se pasó las manos por su cabello—. Perdón... —Aunque estaba algo asustada, salí de las cobijas y me aferré a su cintura al ver su cara estupefacta y su cuerpo estremeciéndose.

—Shh. —Lo apreté aún más—. Estabas siendo muy rudo, no esperaste a que estuviera lista para ti, es todo. —Caminé hacia atrás, hasta que mis piernas se tropezaron con la cama—. Recuéstate, estoy bien.

Su mirada estaba en cualquier parte de la habitación, evitando mi mirada de modo inconsciente. Era como si su cuerpo estuviese aquí y su alma... su alma... quién sabe dónde.

—Alessandro, mírame. —Sus ojos subieron hasta los míos, tan llenos de temor que no pude hacer nada más que abrazarlo más fuerte. Él se recostó en la cama de medio lado y me recosté a su lado—. Aquí estoy. —Le dije, a lo que él tembló una vez más.

—Yo no soy él... No soy él, nena. No soy él... —Cerró los ojos y yo coloqué mi cabeza en su brazo... "El tiempo cura todas las heridas" besé las letras tatuadas en su piel.

«¿Algún día él curará todas sus heridas?»

—No, no eres él. —Acaricié su cabello.

—Lo siento, picola. Lo siento tanto... —Silencio—. Usaste tu palabra de seguridad, nunca la habías usado, ni con los látigos, ni con... Soy una bestia, ¡una maldita bestia!

Coloqué mis dedos en su boca y él suspiró antes de besarlos.

—Shh... —Acaricié su cabello de nuevo—. ¿Ya desayunaste? —Ni negó ni afirmó. Tomé su celular y marqué a Benjamín para que nos subiera algo de comer, lo último que quería ahora era dejarle solo.

Para cuando Benjamín quiso traer la bandeja con el desayuno, Alessandro se había quedado dormido, así que me di una ducha rápida y salí de la habitación en busca de Antonella. Ella parecía tranquilizarlo.

Estuve con mi bebé un rato y luego bajamos ella, Jane y yo a la cocina para que, junto con Sasha, dispusiéramos lo necesario para la cena de esta noche. Llevábamos casi media hora con la preparación del pavo cuando Alessandro entró a la cocina con su rostro duro y tensionado. Podía ver cada músculo de su cuerpo en rigidez, tenía un traje de tres piezas en color negro y una corbata color vino finamente anudada a su cuello.

Jane y Sasha nos dejaron complemente solos mientras él caminaba hasta

la sillita de entrenamiento en la que Nella estaba sentada jugando con unos palitos de zanahoria y apio. Acarició la cabecita de mi bebé que le ofreció uno de sus palitos de zanahoria, previamente sazonado con babas. Lex lo miró con algo de aprensión antes de tomarlo y caminar hacia mí ofreciéndome compartirlo.

Abrí mi boca y mordí la zanahoria sazonada con la saliva de mi hija, él sonrió antes de morder el pedazo restante

—Debo ir a la oficina, tengo reunión con Antoine y Demian. Llegaremos para la cena, Katheryne. —Se acercó un poco y me preparé para su beso, a pesar de que podía sentir mis labios aún hinchados, y él suspiró—. Yo...

—Por favor, no vuelvas a disculparte. —Sus manos me agarraron por mis brazos descubiertos, por la franelilla que tenía puesta; Alessandro se agachó un poco y pegó sus labios en mi frente por varios segundos.

—*Se ti lascio andare il mio dolce tesoro, ma non posso chiedere il diavolo non riesce a liberarsi del suo angelo.*^[43] —Se separó de mí—. Nos vemos en la noche, Katheryne.

Después de mediodía, V y Gianna llegaron a la casa. Mientras V entretenía a Antonella, ya que Jane se había ido con su familia, yo llevé la bolsa con todo lo necesario para el baile a la habitación donde iba a realizar todo el show. Ubiqué las velas y los inciensos. Solo esperaba que no fuera demasiado para él; con lo que había ocurrido en la mañana, era suficiente.

Luego de recordar los pasos del baile, Gianna y V se despidieron con la promesa de que en un par de horas estarían nuevamente aquí. Tomé a Nella y la vestí como la princesita que era. Dejé a Antonella dormida en su cuna y fui a mi habitación para arreglarme.

Estaba terminando mi maquillaje cuando Alessandro abrió la puerta, traía a Antonella en brazos, la cual jugaba con su corbata color vino.

—Te ves hermosa, *dolcezza* —dijo complacido al verme luciendo su obsequio: El collar que me había dado en la mañana.

—Tú también te ves bien. —Bien era un eufemismo... uno muy malo.

—Antoine, Gianna, V y Demian están abajo.

—¿Gabriel y Chris? —Alessandro pasó a Nella de un brazo a otro.

—No, ellos no han llegado... aún —caminó hacia mí—. No creo que ellos vengan, *dolce* —dijo acariciando mi rostro con su pulgar.

—Son mis amigos, ellos vendrán. —Extendí mis brazos para tomar a Antonella, pero ella negó con su cabeza.

—Bajemos. —Propuso antes de tomarme de la mano y salir de la habitación.

Alessandro había contratado un par de personas que habían llegado en el transcurso de la tarde. El chico de cabellos castaños ayudaba a Ben a servir las bebidas. Miré hacia la puerta mientras escuchaba hablar a Gigi sobre Niklauss. Esperaba que en algún momento llegara Gabriel y Christian. Observé a todos en el salón: V había entablado una conversación con el señor Hamilton sobre edificaciones y lugares de Europa, mientras que Antoine y Alessandro hablaban del trámite que necesitarían para trasladar D'Angelo Building a una sucursal en San Francisco, de la cual, Demian se haría cargo y controlaría los negocios de este lado del mundo. Antoine tenía a Klauss dormido en brazos, Antonella llevaba varios minutos luchando por seguir despierta en mis brazos, pero a pesar de su siesta, estaba a punto de sucumbir a Morfeo.

Ví a otro de los chicos contratados por Alessandro servir unos canapés en una bandeja para repartirlos cuando el timbre de la puerta sonó. Mientras un Benjamín elegantemente vestido salía a recibir a los invitados, me levanté pensando que podrían ser mis amigos. Internamente, le daba gracias a Dios porque la cena aún no estaba servida, pero puedes imaginar cuál fue mi sorpresa al no ver ni a Chris ni a Gab en el umbral de la puerta, en cambio, vi a una mujer alta, hermosa y enfundada en un sexy y elegante vestido negro.

« ¿Qué diablos hacia Dominique aquí? »

17

Observé a Alessandro, preguntándole con la mirada si él la había invitado, pero el verde flama que sus ojos irradiaba me mostraba su disconformidad, pues no estaba muy feliz de ver a esa mujer aquí.

En ese momento, Benjamín dio una disculpa muda antes de retirarse.

—Querido... —dijo acercándose a Alessandro, mientras contoneaba sus caderas la muy zor...

Él volteó la cara para que su beso fuese en el aire.

—¿Qué haces aquí, Dominique? —inquirió con voz fuerte e intimidante; pero tratando, por todos los medios, de que su mal genio no se saliera de su límite. Me imagino que porque el señor Hamilton estaba cerca.

—Vine aquí a despedirme —expuso riendo—. Sabía que Antoine también estaría aquí. Es como un perro rastrero, ¿no?

Gianna estaba que le saltaba a la yugular.

Antoine se apretó el puente de la nariz y entregó a Klauss a su mujer.

—Bien, ya puedes marcharte —respondió, su tono de voz seguía siendo el mismo—. Igual podías llamar o enviar un texto.

—Quería despedirme personalmente de tan buenos... —sonrió— amigos.

Antoine se aclaró la garganta.

—Tal y como ha dicho Alessandro, ya te has despedido, puedes retirarte.

—Silencio Tony... No estoy hablando contigo, corazón.

Antoine apretó sus manos en puños cuando Dominique llegó a su lado.

—Alessandro y yo tenemos... Cosas que finiquitar.

V me miraba sin entender, Antoine solo negaba y Demian Hamilton nos miraba a todos con una mueca burlona.

« ¿Qué podría estar pasando por su mente? »

—Tú y yo no tenemos que finiquitar nada —dijo Alessandro entre dientes antes de caminar hacia ella, tomándola de manera nada sutil del brazo y caminando hasta la salida de la sala. Lo miré a los ojos cuando pasó justo por mi lado—. Vuelvo en un momento, *cara*...

Él no podía pretender que yo me quedara de brazos cruzados con esa mujer allí.

Le di a Antonella a V, que estaba a mi lado, y salí detrás de él,

caminando, hasta llegar al estudio.

—¿Qué demonios quieres? —soltó él bruscamente—. Fui bastante claro la última vez que estuviste aquí, Dominique. Volveremos a vernos cuando yo te necesite.

« ¡Qué! Él no podía estar hablando en serio. »

—¿Y se supone que yo debo obedecerte? No te olvides quién soy y que puedo llegar a ser.

—No me retes, Dominique... Tú tomaste tu decisión y yo disfruto de lo que soy.

—Es bueno saber que caíste como un perro —exclamó ella con voz burlona—. Esperaba más de ti, D'Angelo.

—No sé de qué hablas.

—La amas... —Se burló—. Aunque lo niegues, sientes por ella más de lo que se debe sentir por una puta. —Finalizó en tono despectivo.

—¡Te quiero fuera de mi propiedad, Dominique... Por los años de placer en el dolor!

Dominique dio una carcajada burlona y grotesca, nada elegante para una mujer de su porte y belleza.

—Caíste como el más vil de los idiotas, pero mientras luches entre si lo reconoces o no, la lastimarás y la perderás. No estás hecho para jugar a la familia feliz.

—¡Benjamín! —gritó, temblando de ira.

En ese momento, logré visualizar cómo sus manos estaban hechas puños y sus nudillos se veían blancos.

Benjamín apareció pálido y asustado, me dio un seco asentimiento y entró al estudio dejando la puerta entreabierta.

—La señorita... —su tono de voz fue despectivo y cruel— se retira ya. Acompáñela a la puerta y dígale a los imbéciles de portería que su presencia no es bien recibida en este recinto.

—*Si torna da me*^[44]... —dijo en su fluido italiano.

—Primero, divago en los nueve anillos del purgatorio —refutó Lex.

—Sal de tu escondite. ¡Maldita sea, Katheryne!

Su grito me hizo dar un brinco. Entré a la habitación y levanté mi barbilla, mirándola desafiante cuando di un paso dentro del estudio.

Ella volvió a reír burlona.

—Siempre serás mi juguete favorito, el que nunca dijo su palabra clave. —Trató de tocarlo una vez más, pero él se alejó.

—Benjamín, acompáñela a la puerta —dijo, observando al pobre mayordomo, que parecía temblar ante sus palabras y expresión de furia.

—Señorita, ¿me acompaña, por favor? —Benjamín tartamudeó.

Dominique se giró, caminando hacia donde le mostraba Benjamín, pero al llegar a mi lado, se detuvo.

—Te destruirá, te hará polvo, él es como un carroñero, su alma está negada a amar, por eso nuestro juego fue tan placentero.

«¿A eso se resumía todo? ¿A un juego?»

—Lastimar, herir, el placer en el dolor... volverá a mí —finalizó, guiñándome un ojo.

—Eso si yo lo permito —dije seriamente.

—Fui tan tonta cuando tuve la oportunidad, quise ser una buena amiga... *il tempo viene per chi sa aspettare*^[45] —pronunció antes de salir del estudio.

Caminé vacilante hasta llegar a Alessandro, que estaba sentado en el escritorio como si hubiese librado una gran batalla...

—No se dará por vencida...

—¿Te ama? —pregunté segura, a pesar de que mi voz fue suave.

Alessandro rio levantando su cabeza de forma burlona, tal como Dominique lo había hecho antes.

—Creo que no la has escuchado claramente, Katheryne. Dominique no ama, ella lastima, y a mí me gusta su forma de herir... Ella es la mejor dando placer en el dolor...

—Yo te daré placer de otra manera, Alessandro. Me has elegido a mí...

—Y no tengo ni la más mínima idea del porqué lo hice, cuando tú no puedes soportar la carga de mis fantasmas.

—Tienes mi amor, que ha soportado muchas cosas, Alessandro. ¿Crees que no es suficiente dolor que mi corazón lata así por ti? —insistí, tomando su mano y colocándola justo sobre mi corazón—. Te he entregado mi vida y ya no me importa si me amas o no, mi amor es suficiente para los dos. Quieres dolor, yo puedo soportarlo por ti. —Subí mis manos hasta colocarlas de lado a lado en sus mejillas—. Quieres placer... Yo seré tu esclava. —Uní mis labios a los suyos en un leve roce.

Él emitió un profundo suspiro antes de empezar a besarme como solía hacerlo: Con deseo apremiante y lujuria palpable, dejando que su lengua sometiera la mía, haciendo que mis bragas se empaparan solo por la presión que ejercían sus labios sobre los míos y sus manos en mi nuca.

—Perdón, señor... —Benjamín se quedó mudo cuando Alessandro dejó

de besarme y con su mano lo alentó a seguir—. Su visita ya se ha ido y Sasha quiere saber si ya puede empezar a servir la cena.

Con mi dedo, retiré el labial que estaba en la boca de mi hombre.

Mío.

—Haz que los invitados vayan a la mesa, dile a Sasha que ya puede empezar a servir la cena —respondió antes de capturar mi dedo y succionarlo en una promesa implícita... No podía dejarme caer, tenía que darle mi regalo primero.

Salimos del estudio y llegamos hasta el comedor.

—¿Nella? —pregunté a V, que estaba sentada a mi lado.

—Dejó de luchar con Morfeo y se quedó profundamente dormida. Gianna me ha ayudado a cambiarla y la hemos llevado con Nico a su cama.

Sasha entró junto a uno de los chicos nuevos y empezaron a traer el festín.

La cena transcurrió con tranquilidad, a pesar de la desagradable visita, la ira de Gianna y las insinuaciones y miradas coquetas de V al señor “culo lindo”, al cual yo por mi parte traté de no mirarle, ya que Alessandro tenía sus ojos puestos en mí; además, estaba muy nerviosa pensando en el baile. Chris y Gabriel no habían venido, lo cual me tenía algo triste, pero no podía hacer que Chris eligiera entre su pareja y nosotras.

Tras los postres, los hombres se disculparon y se retiraron al estudio a fumar un puro.

Vi cómo V le daba un papel doblado al señor Hamilton. Él le dio una sonrisa coqueta antes de guardarlo en su saco. Ben y Sasha recogieron la mesa y las mujeres volvimos al salón.

Más tarde, luego de desearnos feliz Navidad Benjamín y Sasha se retiraron a su casa, en los jardines de la mansión.

Subí las escaleras cuando el señor Hamilton se despedía ofreciéndole a V llevarla hasta su casa. La sonrisa en el rostro de mi amiga era tan grande como la del gato *Cheshire*. Mientras Antoine y Alessandro se despedían, Gianna se acercó a mí, guiñando un ojo y entregándome una cajita roja. La abracé fuertemente y extendí mi mano hacia Antoine, que me deseó feliz Navidad con una sonrisa genuina. Me disculpé con ambos, fui hasta la

habitación de Antonella, quien estaba dormida y abrigada en su cunita. Supuse que Gianna había acomodado su manta cuando tomó a Klaus. Coloqué la muñeca que le había comprado y un par de osos de felpa que V y Gianna le habían obsequiado. Tenía más regalos bajo el árbol, pero, de pequeña, amaba despertar con mis nuevos juguetes en la cama y era algo que quería compartir con Antonella. Sabía perfectamente que Alessandro no subiría enseguida; era casi la una de la mañana, pero aún era temprano para él, por lo que tenía dos horas para terminar de arreglar todo y calmar los nervios que nuevamente salieron al ruedo.

Entré a mi habitación y solté las horquillas de mi cabello, peinándome con mis manos; me desvestí rápidamente y me di una ducha exprés. Salí del baño y fui hasta donde había guardado mi uniforme, miré la cajita que Gigi me había entregado y tomé primero la nota del sobre.

"¡Son comestibles, por si se pone juguetón! ¡Mátalo, nena!
Gianna"

Sonreí ante la nota, negando con la cabeza, y saqué las bragas rojas. Deseché las que pensaba usar y me coloqué el regalo de Gianna. Me vestí y maquillé de manera veloz, necesitaba estar lista para cuando él decidiera subir. Estaba terminando de maquillarme cuando escuché mi celular. Tenía un mensaje de texto de Chris.

"Lo intenté... Lo lamento, feliz Navidad, mi niña. Te quiero. Mañana iré a ver a la muñeca."

Suspiré, no dejando que la melancolía me embargara, cada quien tomaba sus decisiones, no podía culpar a Christian por querer pasar una fecha tan especial como la Navidad con su pareja. Negué con la cabeza y me coloqué los pendientes antes de volver a colocarme la cadena de diamantes, sabía que le gustaría que los tuviera esta noche. Peiné mi cabello, dejándolo atado en dos coletas, como V había sugerido. Tomé una hoja de papel y una pluma, dejándola sobre la cama.

Ve a la tercera habitación a la izquierda.
Kath.

Salí de la habitación y fui a donde tendría lugar todo. La cama estaba lista, había pedido a Sasha que cambiara las sábanas, Ben había sacado el tocador y acomodado un sofá de la habitación de juegos de Alessandro; junto a ése, estaba una mesa de bar con una botella de whisky *Suntory Kabukin*, según Gigi, era una de las marcas favoritas de Alessandro. Sobre la mesa, se hallaba una pequeña hielera y una única copa mediana.

Cuadré el iPod en los parlantes y dejé lista la canción solo para reproducir. Me senté sobre la cama, respirando profundamente, intentando calmar el frenético latido de mi corazón; esperaba que las piernas no me temblaran cuando la melodía empezara a reproducirse, esperaba recordar cada uno de los pasos que V se había esmerado en enseñarme, esperaba que Alessandro no se riera en mi cara ante mi patético intento de dar un show como los de Krystal.

Escuché sus pasos mientras caminaba por el pasillo. Cerré los ojos y lo imaginé leyendo la nota que había dejado para él, quizá había puesto una sonrisa en su rostro, esperaba con cada latido que fuese así.

—¿Katheryne? —Su voz fue suave. La puerta de estaba semiabierta y la habitación tenuemente iluminada—. ¿Dónde estás? —Empujó suavemente la puerta y me sostuve del tubo mientras controlaba mi respiración.

—Estoy aquí... —Mi voz salió temblorosa mientras él entraba completamente. Lo miré a los ojos antes de que mi mirada descendiera por su cuerpo: Su corbata ya no estaba, se había quitado el saco y desabrochado los primeros botones de su camisa. Fue su turno de mirarme y casi me sentí cohibida por la manera en que sus ojos se deslizaban por mi cuerpo. Finalmente, no había escogido ningún disfraz, opté por una falda escocesa corta y un top blanco que solo cubría mis pechos. Su mirada se intensificó mientras recorría mi cuerpo hasta fijarse en los zapatos de muerte que llevaba puestos. Su lengua barrió la resequedad en sus labios y su mano se deslizó por sus cabellos. Una sonrisa sexy, ladina, curvó su rostro antes que hablara.

—¿Qué es todo esto, *picola*? —dijo, caminando dos pasos hacia mí.

—Su regalo de Navidad, mi señor —susurré en voz baja, queriendo que se escuchara sensual. Caminé hacia él moviendo mis caderas. Lo vi tragar fuertemente mientras me acercaba—. Siéntese y póngase cómodo. —Lo tomé del cuello de la camisa y caminé hacia el sillón. Una vez estuvo sentado, le serví un trago y lo dejé en sus manos. Él alzó una ceja hacia mí, pero no dijo

nada, de hecho, parecía disfrutar de lo que pensaba hacer.

Le di *play* al *iPod* y la melodía *Toda*, de Malú, empezó a escucharse por los parlantes. Alessandro llevó el vaso a su boca y se acomodó en el sofá.

*Aquí me ves
Aunque liberada, soy tú rehén
Seduces... encantas
¿Qué puedo hacer?
De la encrucijada que tienes montada no escaparé.*

Inicié el baile, caminando lentamente alrededor de la barra, acariciándola suavemente mientras la música inundaba mis sentidos. Dejándome llevar por la melodía, di vueltas recordando los pasos que V había marcado para mí y pegué mi trasero a la barra, deslizándolo de arriba abajo, dejando una mano sobre mi cabeza, que acariciaba el tubo a medida que yo descendía con suavidad. Esa era la técnica, rozar, acariciar, imaginar que era él y que la barra era una extensión de su cuerpo.

*Te abriré las puertas del alma de par en
par
Dispuesta a hacer todo a tu voluntad,
Dispuesta a hacer todo lo que te dé la gana.
¿Qué me importa?*

Volví a girar sobre el tubo, tomando el impulso para el primer giro y quedar colgada de la barra. Aferré mis manos al metal y me impulsé, tratando de quedar lo más alta posible y descendiendo con suavidad y sensualidad con mi pierna derecha enrollada del tubo. Al llegar al final de éste, quedé agachada completamente, con mis piernas abiertas hacia Lex. Bajé mi cabeza haciendo que mi cabello cubriera mi rostro y luego la giré en un sexy movimiento. Cuando alcé la mirada, me encontré con el par de gemas verdes que me encantaban, estaban encandiladas como las flamas de una hoguera.

*toda
de arriba a abajo
toda
entera y tuya*

toda
aunque mi vida corra peligro tuya
toda
de frente y de repente
toda
desesperadamente
toda
haz todo lo que sueñes conmigo

Jadeé imitando el tono que sonaba en la canción, a lo que Alessandro respondió con un gruñido que conocía perfectamente. Se estaba excitando...

Me separé del metal moviendo mis caderas y mi vientre de un lado a otro hacia él, mientras colocaba mis manos sobre mi cabeza. Giré sobre mi cuerpo, dándole una buena vista de cómo se movía mi trasero, y di el único paso que me separaba del tubo. Me preparé para el siguiente salto, para el cual debía quedar trepada en la barra a una altura considerable. Cuando lo conseguí, me di por satisfecha.

Aquí me ves
eres mi testigo,
eres mi juez,
mi trampa, mi vicio y mi no sé qué.
Sintiéndome fuerte,
sintiéndome tuya y amándote.
Perdida en la magia de tantas palabras, creyéndote.

Arqué mi espalda, sosteniéndome solamente con mis piernas, moviendo mis manos en una técnica árabe tan vieja como la misma Biblia, mientras conectaba mis ojos con los suyos. Amaba ver su deseo por mí, la satisfacción que le daba mi regalo, verlo allí sentado bebiendo de su whisky con la corbata al lado de su pecho y su erección marcada en sus pantalones, lo cual me hacía sentir victoriosa.

Aquí me ves,
como hipnotizada,
cabeza y pies.
Un poco embrujada,

pues yo qué sé

Coloqué mis dos manos en el metal y suspendiéndome hasta quedar ahora apoyada por mis brazos. Mientras la música seguía sonando, yo trataba de parecer segura y, a la vez, natural. No era una tarea fácil.

Di otro giro colgada de la barra hasta caer agachada en el suelo. Me erguí, levantando mi trasero provocativamente y volví a pegar mi espalda al tubo, ascendiendo pegada a él. En mi mente había una sola imagen que me tenía al borde del precipicio: La barra era su cuerpo contra el mío.

Te abriré las puertas del alma

De par en par.

Dispuesta a hacer todo a tu voluntad.

Dispuesta a hacer todo lo que te dé la gana.

¿Qué me importa?

Un giro más, sosteniéndome solo de mis brazos, acariciando la barra metálica hasta caer al suelo. Quedé de espaldas a él. Moví mi trasero imitando unas embestidas al ritmo de la música y di un giro más. En eso consistía este baile, en girar, en rozar... en seducir y disfrutar.

Su mirada tan penetrante lanzando llamas como siempre. Era él, su poder, la manera en la que instaba a mi cuerpo a bailar, a seguir seduciéndole, doblegando mis fuerzas, haciéndome sentir. La música, el baile, todo... Mi demostración de amor y entrega total.

—Desnúdate. —Su voz ronca y sensual me hizo trastabillar.

Suspiré fuertemente y negué con la cabeza mientras volví a girar. Lo vi desabrochar su cinturón y dejar el vaso en la mesa. Tragué grueso cuando liberó su erección, su coronilla ya se encontraba húmeda por su excitación.

—Entonces, sigue bailando para mí, nena... Pero cuando termines..., dejaré tus huesos reducidos a polvo.

¡Dios, otra promesa!

Levanté mi mirada a sus ojos... Si quería terminar, debía mirar sus ojos, no su erección. La canción ya casi acababa, por lo que aceleré mis movimientos, coloqué mis manos nuevamente en la barra, estaban sudando y concentré toda mi atención en la música, en la sensualidad y la verdad que destilaba la melodía. El incienso parecía haberse evaporado y solo estaba la imagen de la dura, gruesa y larga erección de mi hombre... Mi sexo clamando

por ella y mi deseo brotando lentamente por mis poros.

Acaricié mi abdomen, mordiendo mi labio mientras veía el movimiento de sus brazos, estaba acariciándose...

«¡Cristo! Quería matarme.»

Volví a suspirar y me sujeté nuevamente a la barra, jadeando un poco...

« Provocación, mujer... Provocación. »

Sin dejar de moverme contra la barra, solté el botón de la falda y dejé que descendiera hasta mis tobillos.

—No te detengas. —Me alentó—. ¡Preciosas bragas! —Su mano continuaba acariciando su miembro.

« ¡Por un demonio! ¡No mires, de nada habrá valido el esfuerzo! »

Moví mis caderas circularmente, mis ojos enlazados con los suyos. Di una vuelta sobre mí misma. ¡Maldición! Estaba improvisando, no podía recordar lo que venía, mi mente estaba fija en él, en su mano... El maldito estaba jugando sucio. Me detuve abruptamente cuando su boca rugió, un gemido que hizo sentir que mi pobre corazón iba a explotar.

—Baila... No te detengas, sigue bailando. —Con la respiración acelerada, me separé del tubo moviendo mis brazos y mis caderas mientras miraba sus orbes. Todo era putamente sensual y fantástico.

Di un nuevo giro sobre mí y me giré, dándole la espalda nuevamente, alzando mi culo frente a él, mientras descendía suavemente hasta tomar con mis manos nuevamente el metal y girar, moviendo mi cabeza hacia ambos lados. Podía sentir las gotas de sudor recorriendo mi cuerpo y no sabía si era por excitación o cansancio; me encontraba excitada a límites nunca antes vistos, mi centro palpitaba por él. Mi espalda nuevamente quedó recta y alineada con la barra de metal y me deslicé por ella, quedando agachada en el suelo. Podía sentir cómo las bragas se empapaban con mi lubricación.

Subí las manos a mi cabeza, contoneando mis caderas, moviendo mis manos por mis muslos, subiendo por mi vientre, acariciando mis pechos suavemente, siguiendo un camino hasta mi cuello... Mirándolo, incitando el fuego vivo en sus orbes... Su cuerpo se tensionó y lo vi levantarse como un toro furioso. Caminó hacia mí y yo caminé hacia atrás hasta que mi espalda quedó nuevamente completamente pegada al frío metal. Moví mis caderas circularmente antes de tomarlo por los dos lados de la corbata y estampar mi boca sobre sus carnosos labios.

Mi columna entera chocó contra la barra vertical mientras las manos de Alessandro me quemaban como si fuesen brasas ardientes. Tomó mis muslos,

impulsándome para que mis piernas se entrelazaran en su cintura; su mano subió hasta acariciar mi trasero, colándose entre mis minúsculas braguitas. Estaba perdida, extasiada en el beso sin tregua que nuestras bocas estaban dándose las cuales hacían la perfecta sincronía entre la exigencia y la agresividad. Éramos rodeados por la pasión y lujuria desenfrenada; un hombre capaz de arrasar todo con su presencia, una mujer capaz de ir al mismo infierno por entregarle paz...

Sentí cómo las bragas eran desprendidas de mi vértice de un tirón y cómo Alessandro movía sus labios, besando mi barbilla. Estiré mi cuello para que sus labios descendieran fácilmente, mientras sus caderas me embestían sin penetrarme aún. Me agarré de sus hombros y busqué sus labios; pero él me los negó. Sus dedos trazaron líneas sobre mis pliegues, me estaba quedando sin aire cuando sentí la cabeza de su miembro alinearse con mi entrada ardiente y deseosa de él; impulsó sus caderas hacia adelante y me penetró hasta el fondo. Podría jurar que tocaba el cuello de mi matriz. De mi boca, brotó un gemido fuerte y agónico; su boca cubrió la mía succionando, mordiendo y apresando, mientras sus manos se deslizaban sobre su extensión.

Sus besos volvieron a descender hasta el valle de mis pechos.

—*Bella, mia bella ragazza.* —Con su boca, los sacó de la camisita y los lamió y pellizcó. Los mordió y los tomó, con hambre voraz, consumiéndome con cada succión.

—Alessandro. —Lo llamé con voz ronca—. Por favor... —Jalé sus cabellos, haciendo que él levantara su rostro—. Más... —Mi cabeza se fue hacia atrás ante el exquisito roce de nuestros cuerpos—. ¡Dios!...

—Alessandro —bufó, como cada vez que nombraba a Dios en nuestros encuentros. Él gimió, embistiéndome—. Mi nombre es Alessandro...

—Lex... Ahh, ahh...

—Tan estrecha... para mí, nena... Mi nena bonita, me aprietas como un puño, eres un perfecto guante para mí. —Sus jadeos salían entrecortados, mi respiración a mil por segundo, mientras mi vientre dolía fuertemente—. Tú —su respiración era jadeante como la mía— y yo —beso— estamos hechos —embestida— para ser uno. —Mordió mi cuello—. Eres —iba a matarme— y serás por siempre... ¡Mía! —gimió—. Dilo. —Succionó mi labio superior y lamió el inferior. Luego lo mordió, mordisqueó y tiró de él, haciendo que mi cuerpo se tambaleara.

—Toda tuya —gemí y acaricié su cabello— por siempre. —Lo hice mirarme—. Mi dios... Mi amo, el único para mí —respondí, buscando sus

labios mientras me besaba y sentía cómo su miembro entraba cada vez más fuerte en mí: Jadeos, gemidos y pequeñas maldiciones. Nuestros cuerpos golpeando uno con otro. A pesar de que aún estábamos vestidos, el deseo inundando nuestros cuerpos, la adrenalina recorriendo cada una de mis terminaciones nerviosas... a lo lejos, escuché la melodía de *Toxic* y me restregué aún más en él, esa era otra canción que lo definía, él era narcótico, toxico... Él...

—Vente para mí, nena. Córrete. —Mis manos trataban inútilmente agarrarme de algún lugar y sus manos se aferraban en mis caderas, ayudándome a impulsarme sobre él. Mis piernas cerradas sobre su trasero, aún medio vestidos, en un abismo de pasión desenfrenada. Un par de embestidas más y me dejé ir mientras las maldiciones brotaban de la boca de Alessandro y rugía como animal salvaje.

Cuando los espasmos dejaron de recorrer mi cuerpo, aferré mis manos a su espalda y dejé que mi cabeza se recostara en su hombro.

Sentía los ojos pesados mientras Alessandro, con una mano en mi espalda y la otra debajo de mi trasero, trataba de calmarse ya que respiraba casi tan agitadamente como yo. Podía sentir su corazón latir desahogado contra el mío... Luché con todas mis fuerzas para evitar caer desmayada, sacando todo lo que aún quedaba en mí, pero el día estaba cobrándome factura... una muy elevada: La cena, los ensayos, Dominique, el baile...

Sin poder evitarlo, segundos después, caí en la inconsciencia.

Los rayos del sol que se filtraban por la pared de vidrio me golpearon directamente en el rostro. Estaba boca abajo entre las sábanas de seda de color vino tinto, levanté mi cuerpo mirando primero hacia un lado de la cama, donde logré ubicarme.

«¿A qué hora me había traído a nuestra habitación?»

—Hasta que despiertas... —La voz fue baja ronca y susurrante—. Buenos días, *dolcezza*.

—Buenos... —Me giré para encontrarme con él, y sí que eran buenos días... Tragué grueso cuando vi a Alessandro, que estaba sentado en la parte baja de la cama, desnudo, y en su mano tenía una copa de whisky.

—¿Qué...? ¿Qué hora es?

—Temprano para muchos, tarde para otros. —Bebió de la copa—. Todo depende para qué deseas saber la hora, por ahora... mejor... ¿por qué no

levantas ese lindo coño que tienes y vienes a mí, Katheryne? —Su voz era baja y susurrante, sensualmente adictiva—. Anoche no terminaste tu regalo.

Anoche... ¡Me había quedado dormida en su hombro! ¡Con su cuerpo aún anclado en mí!

—Ven... hacia a mí, *principessa*. —Me levanté de la cama gateando hasta llegar a él, plenamente consciente de que podía ver mi trasero expuesto al aire por el espejo empotrado en la pared de la cabecera.

Sonrió sexy y pícaramente antes de llevar la copa a su boca, mientras yo llegaba hasta el final de la cama y, solo entonces, fui consciente de la erección que sobresalía.

—¿Sabes, tesoro? No puedes bailar como lo hiciste anoche y esperar que un hombre como yo se rinda con un solo polvo... —Sonrió, pagado de sí mismo. —Y que, si bien lo comparamos con otras ocasiones, no resultó satisfactorio del todo, ya que... faltó la conclusión del mismo... Ven aquí *piccola*, tienes una deuda que saldar. —Palmeó su pierna a la vez que colocaba el vaso en el suelo y, con la otra mano, acariciaba su erección—. De chico, me daba asco hacerlo yo mismo...

Mis ojos y mi anatomía entera estaba tensa y fija en solo un lugar de su cuerpo: Su brillante, dura y potente erección.

—Estoy insatisfecho, Katheryne... Verte bailar a través de la cámara fue una delicia, pero no se comparó al verte bailar para mí anoche... Fue el paraíso y pocas veces tengo acceso a ese lugar, te quiero aquí. ¡Te quiero ahora! —rugió—. Ven, nena. Has sido una nena muy mala al quedarte dormida y tengo ganas de unos azotes... —su otra mano tocó su barbilla—, pero no puedo azotarte; así que, no hagas mi zozobra más dilatada.

Me bajé de la cama llegando hasta él.

—Mírate en el espejo —susurró antes de que yo me girara y él mordiera uno de mis glúteos—. ¿Estás excitada, cariño? Porque tus pezones me dicen que estás casi tan excitada como yo, con la diferencia de que yo estoy muy frustrado. —Su dedo recorrió mi columna, haciéndome sisear por el dolor cuando tocó una parte específica—. ¿Cuánto estás dispuesta a soportar por mí, Katheryne? —Volvió a apretar ese lugar en mi columna.

—Soy tuya —dije y gemí cuando Lex repitió la acción. Mierda, dolía. Debía tener un lindo morado allí, de cuando él me empujó contra la barra.

Sus manos se despegaron de mi cuerpo, vi a través del espejo cómo sacaba los hielos de su bebida y luego los colocaba donde me dolía.

—Ohm —gemí, más por el frío que por la presión que ejercía en esa

área. El hielo tatuó dibujos inexistentes en mi espalda hasta la curvatura de mi trasero, en donde él lo soltó y acarició levemente mi piel, subiendo hasta que vi a través del espejo sus manos en mis caderas, trazando un camino hacia mis pechos. Cuando llegó justo a la parte baja, su lengua acarició mi columna lamiendo el área lastimada.

—Siéntate en mis piernas, *dolcezza*. —Me senté sobre sus rodillas, él abarcó mis pechos con sus manos—. Perfectos, ¿quieres medir el dolor en el placer, Katheryne?... Anoche dijiste que tú podías darme lo que necesitaba...

—Y... —tragué grueso para que mi voz no fallara—. Y puedo hacerlo, señor...

—Bien... Prepárate, recuesta tu espalda en mi pecho.

Lo hice, dejando mi cabeza en su hombro mientras él continuaba masajeando mis pechos a un ritmo normal, ni muy suave ni muy brusco; tenía su erección entre mis nalgas e, internamente, pedía que no se le ocurriera meterse en mi trasero nuevamente. Era placentero no lo voy a negar, pero también era muy doloroso.

—Muero por azotarte, mi nena... —Y yo haría todo por él...

Coloqué mis manos sobre las suyas y las aparté de mis pechos. Me levanté de sus piernas inclinando mi trasero hacia él y apoyando mis manos en la estructura de madera de la cama.

—Si es su placer, hágalo, señor.

—Por amor a todo lo sagrado, no me tientes. —Su lengua lamió la cicatriz en mi trasero—. No hagas algo de lo cual puedes arrepentirte...

—Por favor...

—¿Quieres esto, nena?

Asentí.

—Abre tus piernas, preciosa.

Abrí un poco mis piernas y salté cuando su mano acarició mis pliegues desde atrás, mojando sus dedos con mi lubricación. Sacó su mano de mí y lo sentí chupar sus dedos, causándome otro estremecimiento, y fue cuando lo sentí... El primer azote llegó sin advertencia, mi cuerpo tembló nuevamente, pero no fue de ira o rabia... había algo más: estos azotes no eran como los primeros que me había dado, ni como el látigo, eran... un nuevo azote me sacó de mis divagues.

—Inclínate un poco más —dijo, colocando una de sus manos en mi espalda baja—. Compláceme, pequeña.

¡Maldito manipulador! Y maldito mi cuerpo por obedecerlo.

—Abre más tus piernas. —Y por Cristo que lo hice.

El otro azote fue diferente. Fue muy cerca de mi entrada, sus dedos anular e índice casi golpearon mi clítoris y no pude evitar el gemido que bramó de mi interior.

—Me gusta el color rojo en tu trasero. —Se inclinó hasta morderme una vez más y volvió a azotarme...

Ahora entendía el concepto de que “en el dolor ésta el placer”. Por muy retorcido que pareciese, mi cuerpo pedía por más. Sus manos subieron a mis caderas.

—Ven. —Me dejó nuevamente sentada en sus rodillas—. Siente cómo estoy, nena... ¿Eso no te ha dolido, verdad?

Negué lentamente.

—¿Te gustó? —Su mano se coló hasta acariciar mi clítoris nuevamente.

—Alessandro...

—Respóndeme. —Dejó mis piernas abiertas y mi coño expuesto al espejo.

—Sí... —¡Y fue así como la maldita masoquista que habitaba en mí respondió, sin ningún pudor!

Su otra mano tanteó la mesa.

—¿Las recuerdas? —dijo mostrándome el par de pinzas...

« ¿Era normal que mi cuerpo se estremeciera tanto? »

Rápidamente, colocó cada una de las pinzas en mis pezones y luego apretó mi clítoris, haciéndome gritar de dolor cuando me di cuenta de que había otra pinza presionando mi botón del placer.

—Diablo...

—A tus órdenes, preciosa... —podía ver su rostro sobre mi cuello a través de espejo—. Cuando sientas que no puedas más... Di tu palabra de seguridad.

¡Primero muerta!

Lo vi meter sus dedos en la copa y luego trazar mi clavícula. Mis ojos trataban de observar lo que él hacía a pesar de la terrible presión que tenían mis partes nobles. Sus dedos se colaron en mi centro y me penetró con dos de ellos suavemente. Los dos dedos que habían estado dentro de su copa, y que estaban fríos por el licor, fueron introducidos centímetro a centímetro; frío y calor haciéndome arquear mi espalda mientras sus labios quitaban el rastro de whisky que había hecho con sus dedos.

—Tan malditamente hermosa... —Mordió mi hombro, sin dejar de

penetrarme con sus dedos.

No pasó mucho tiempo para que mis gemidos se hicieran presentes, y el tsunami en mi torrente sanguíneo empezara a avanzar más a prisa, haciéndome gemir y bufar cuando sus dedos salieron de mí con rapidez.

—¿Te gusta esto, nena? —Me tomó de las caderas y ubicó su miembro en mi entrada, deslizándose suavemente hasta que él estuvo completamente dentro de mí—. Somos malditamente perfectos juntos, nena.

Podía ver lo enrojecidos que estaban mis pezones y casi ya no soportaba el latente dolor de mi clítoris cuando retiró la pinza.

Lo siguiente pasó muy rápido, nuestros cuerpos se unieron en perfecta sintonía. Me entregué a su piel, a sus caricias, al fuego abrasador de sus embestidas... Mis gemidos se mezclaron con los suyos y me dejé llevar a su mundo, a donde él exigía y yo entregaba.

18

La Navidad había pasado junto con el Año Nuevo, Alessandro se había negado que alguien diferente a los que vivíamos en la casa estuviéramos en ella en vísperas de año nuevo, mientras la bola del *Time Square* caía, él arrancaba de mi suspiros, mientras lo escuchaba maldecir mientras sus labios se deslizaban por mi cuello.

No había visto a Gabriel y Christian en esas dos semanas. Bueno, a Gabriel, Chris había venido después de Noche Buena para traer los obsequios de Antonella. Cuando le pregunté sobre Gabriel, no supo darme una respuesta ante su ausencia, sus excusas fueron vacías y ambiguas. Por lo suspiré y abracé a mi mejor amigo mientras él se apoyaba en mí.

—Está tan extraño, Katheryne. De un tiempo para acá no es él. Todo le parece mal, todo le molesta...

—¿Sabes si tiene algún problema? — pregunté sin entender la reacción de Gabriel.

—No le he preguntado. La hipoteca está paga, el negocio va bien, es simplemente como si algo le faltara.

—Como si Antonella le faltara —dije, sabiendo que era eso. Chris asintió.

—Nuestra relación ya no es la de antes, amo a Gabriel, lo he amado desde que tropezamos esa tarde en Central Park, pero él ya no es el mismo y nuestra relación está marchitándose por ello.

Suspiró.

—En fin, debo irme ya, muñeca. —Besó mis cabellos y se fue. »

Desde ese entonces, no había tenido noticias de ellos y esperaba de todo corazón que ambos estuviesen bien.

Gianna y Antoine estaban en Milán, era la primera semana del nuevo año y Alessandro estaba con todos los trámites de mis documentos y los de Nella para poder irnos con él a Italia. Ahora que Demian Hamilton sería el encargado de D'Angelo Building., Alessandro se veía más relajado, habíamos intimado un par de veces más, pero nada parecido a lo que había sucedido la

mañana de Navidad.

—¿En qué piensas, pervertida? —V me había tirado uno de los muñecos de goma de Antonella haciendo que mi pequeña riera como si no hubiese mañana.

—En que va ser muy duro despegarme de ti... de ustedes... Gab, Chris... —Le devolví el muñeco y ella lo esquivó magistralmente.

—Sí... Ya te creí. —Cargó a Antonella, sentándola en sus piernas—. Tu madre cree que soy estúpida, seguro estaba pensando en la anaconda que tu futuro padre tiene entre las piernas.

—¡V!

—¿Qué?! —Me miró sorprendida—. ¿Sabes, Nella?, ellos creen que gobiernan el mundo, hay que dejarlos que se lo crean; igual, las que usamos las dos partes del cerebro somos nosotras. —Se acercó al oído de Antonella—. Aunque, entre tú y yo, creo que a tu madre se le fundió una.

—Dame a mi hija —reclamé, riendo, quitándole a Antonella de sus piernas y dejándola en la alfombra. Ella comenzó a jugar con los muñecos de felpa.

Jane entró a la habitación con la papilla que había mandado a buscar para mi niña.

—Tardaste. —Le dije, alzando una ceja y riendo para que no lo viese como un reclamo.

—Lo siento es que... —Se revolvió las manos nerviosas, entregándome la compota y la cuchara.

—Es que... —La alentó V.

—El señor... —Se calló.

—¿Alessandro está abajo? —Pasé Antonella a V, levantándome del suelo para salir a verlo. Se suponía que hoy le entregaban los pasaportes.

—Señora, yo creo que no es conveniente que usted... —Fue entonces cuando escuché.

—¡Ella no irá contigo a ninguna parte!

—¿Ése es Gabriel? —preguntó V, arqueando sus cejas.

Le di la el plato de Antonella a Jane y salí de la habitación, bajando las escaleras rápidamente. Podía escuchar los gritos de parte de Gabriel, y Alessandro no se dejaba intimidar. Su tono de voz era duro y hasta cruel.

—¡Si lo haces, juro que llevaré esto a los tribunales! —bramó Gab, dejándome paralizada a mitad de las escaleras.

Ya una vez él me había amenazado con revelar que yo no era la madre de

Antonella. Vi a Chris empujando a mi enfurecido amigo para que ambos salieran del despacho. Alessandro salió del estudio detrás de Christian. Les observé a los tres. Tan absortos estaban en su discusión, que no habían notado mi presencia. Gabriel estaba despeinado, rojo por la ira. Christian intentaba calmarlo, pero Gabriel volvía a acercarse a Alessandro, que estaba estoico e imperturbable, pero yo podía percibir la tensión fluyendo por todo su cuerpo; le conocía demasiado bien como para intuir el gran esfuerzo que hacía al apretar las manos en puños, en un intento desesperado por no golpearlo.

—Llévalo fuera de mi casa, Christian, o lo denunciaré por allanamiento de morada —rugió con fiereza.

Chris intentó una vez más tomar a Gabriel, pero éste se zafó de su agarre y llegó hasta Alessandro, alzando uno de sus dedos a modo de advertencia.

—Tú no eres nadie. Me entiendes, nadie. No te permitiré que te la lleves, no puedes elegir sobre su vida —exclamó Gabriel.

—Tú bien lo has dicho, es su vida —respondió acercando su rostro al de Gab.

—¡Su vida me importa una mierda! —gritó Gabriel colérico y mi corazón se rompió un poco—. Tú no eres nadie en la vida de mi pequeña.

Los orbes verdes de Alessandro relampaguearon. La ira, que había tenido contenida, se hallaba a punto de explotar.

—Alessandro —Christian se metió entre los dos—. ¿Gabriel?

—¡Cállate! —gritó Gab—. ¡Ella es mía!

—¿Tuya? —Su voz, a pesar de la furia que podía notarse en la entonación, fue baja—. No me hagas reír, Gabriel... ¡Qué cómodo ¿no?! Tu Pequeña, tu niña, ¡Tuya! Se te llena la boca al decirlo y el corazón al creer que esa niña te pertenece.

—Por favor, Gabriel, vámonos. —Christian lo tomó del brazo.

—Tú no te metas, Chris. Por tu culpa, él piensa llevársela.

—¡Mi culpa! —Chris negó con la cabeza—. Gabriel...

—Le diste tu apoyo... Es tu culpa.

—Es lo típico en las personas cobardes... Culpar a otro por las malas decisiones que toman. ¿No, Gabriel? Te hace las cargas más llevaderas, como fue culpa de una inocente chica que te acostaras con ella, fue culpa de tu padre que la dejaras sola y embarazada.

Bajé un escalón, viendo a Gabriel palidecer.

—Fue culpa de tu familia que huyeras y vinieras hasta Nueva York. —Alessandro empezó a acercarse a él—. Fue culpa de otra chica que se te haya

arrebatado lo que creías tuyo.

Dejé de respirar.

—Y es mi maldita culpa que yo quiera separarte de ella, ¡cuando el único maldito culpable de todo has sido tú! —gritó, señalándolo con su dedo índice.

—¡Tú no sabes nada...! ¡Nada!

—No, pero sí me sé una historia. ¿Quieres que te la cuente?

—No eres quién para ventilar mi vida...

—Ni tú para inmiscuirte en la mía, Gabriel. Quizás yo no sé nada de esa niña a la que llamas tuya, pero es fácil deducirlo: Tu padre se dio cuenta de tus preferencias sexuales. —Subió las manos, haciendo aspavientos—, que su único hijo estudiara diseño de modas cuando su padre pensaba que estaba convirtiéndose en abogado... No, no podíamos hacerle eso al gran Raúl. Entonces fue fácil para ti buscar a una chiquilla, ilusionarla, hacerla creer en ti. Una chiquilla que te amara y que se entregara a ti.

—¡Cállate!

—¡No! —Alessandro negó, embravecido—. Fue fácil para ti invitarla a un asqueroso motel y arrebatarle su virtud para luego darte cuenta que realmente no eras fan del sexo femenino —acusó.

Gabriel se inclinó a darle un golpe a Alessandro, pero él lo esquivó fácilmente.

—Conociste a Chris y él te hizo decidir, hablaste con la pobre chiquilla y ella, la chica..., Isabella, te descubrió y desapareció hasta que Chris, aparentemente de buena fe, la encontró y le dio cobijo.

Christian soltó a Gab y bajó la mirada al suelo. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Gabriel, por su parte, intentó silenciar a Alessandro con un nuevo golpe. Veía todo como si fuese una mala película.

Gabriel y Christian... No, ellos me habían engañado, por eso Isabella odiaba estar ahí.

—¿Te cuento cómo terminó la historia, pedazo de imbécil? Fuiste tan cobarde que preferiste mantenerte en silencio y dejar que una pobre chiquilla fuese como un cordero al matadero por algo que debías resolver tú.

—No sabes nada...

—El que no sabe nada eres tú. Escúchame bien. —Tomó a Gabriel por las solapas de la camisa—. Katheryne y yo nos iremos a Italia al finalizar el mes. Y si quieres ir a los tribunales, tengo una plantilla de abogados dispuesta a acabarte.

—¡Esa niña es mi hija y tú no la vas a apartar de mi lado!

Escuchar que él era el padre de Antonella hizo que emitiera un jadeo, y por ende, que ellos notaran mi presencia.

—Lo lamento, *principessa*. —La manera en que él lo dijo... conocía Alessandro, lo conocía bastante bien, y en su mirada no había una sola gota de arrepentimiento.

¡Qué estúpida! Él sabía que yo estaba ahí, más de una vez me dijo que reconocía mi olor. Lex había conseguido que Gabriel reconociera ser el padre de Antonella, y entonces, todas las piezas del *puzzle* cayeron en perfecta sincronía: Las discusiones entre Isabella y Gabriel cuando creían estar solos, la insistencia de Gabriel en estar presente en el momento del parto, la desesperación de mi amiga de dejar a su bebé a mi cargo...

Bajé los escalones que faltaban, sintiendo mi respiración pesada. Christian no se atrevió a mirarme y Gabriel estaba tan pálido que pensé que se desplomaría en cualquier momento.

Negué con mi cabeza, no tenían que decir nada, sus gestos lo decían todo.

—Kath... —Levanté mi mano y lo golpeé con fuerza en la mejilla.

—¿Tú eres el padre de Antonella?! —Gabriel no me miró, mantuvo su rostro hacia un lado, su mejilla empezaba a adquirir un tono rojizo—. ¡Contesta!

—Anda, sé hombre por primera vez en tu patética existencia y dile la verdad. —Alessandro lo miró con desprecio—. ¡Díselo! —ordenó.

Miré a mi amigo, negando con la cabeza.

—Lo siento... De verdad lo siento...

—¡No! —grité—. Engañaste a Isa. Ella tenía razón, siempre tuvo razón.

—No la engañé, yo...

—¡No quiero escucharte! —vociferé y mis lágrimas empezaron a descender por mi rostro—. ¡No quiero verte!

—¡Kath!

—¡Antonella es mía! ¿Me entiendes? ¡Mía! Fuera de mi casa.

—Katheryne, si tan solo... —Chris fijó su mirada en la mía.

—¡Tú lo sabías! —acusé—. Yo te amaba, Christian, confiaba en ti

—Nena.

—Me engañaste. —El nudo en mi garganta ardía—. ¡Los dos se burlaron de mí! —Me alejé—. Ahora lo entiendo todo: tú tenías todo planeado, la clínica, el doctor. ¡Tenías los papeles listos y me dijiste qué debía firmar!

—Era la voluntad de Isa, se lo había prometido, ella quería que tú estuvieras con la niña.

—Y yo acepté porque sabía que nunca la separarías de nuestro lado...
— Gabriel intentó acercarse y yo me alejé aún más.

—¡No me toques, Gabriel!

—Yo solo quise hacer lo mejor para todos —señaló mi amigo—, que Isa y tú tuviesen un hogar para cuando la pequeña llegara. Además, Gabriel merecía conocer a su hija.

—¿Y Antonella? ¿Qué merece Antonella, Chris? ¿Qué fácil para ustedes esconderse en las sombras! Isabella dio su vida por su hija y yo he dado todo por ella.

Alessandro me observaba desde su puesto, parecía no haberse movido ni un milímetro.

—¡Yo me he sacrificado más que tú! —gritó Gabriel—. He tenido que estar en su vida como un extraño, cuando soy su padre. ¡Maldita sea!

—¡No eres nadie...! —contraataqué con repulsión—. Solo una muestra de esperma... Nada más. Escúchame bien, Gabriel: Antonella es mi hija, ¿me entiendes? ¡Mía! He sido yo la que ha estado allí en cada recaída, en cada noche de hospital.

Gabriel rio, interrumpiéndome cruel y sardónico.

—¿Tú, Katheryne? —Negó con la cabeza, burlándose—. ¡Tú! —Me señaló—. Te recuerdo que hace unos meses la niña estaba con nosotros mientras tú estabas aquí con este tipo. ¿O tengo que recordarte que la noche que casi muere tú estabas feliz siendo Kathlyn, la misteriosa novia de Alessandro D'Angelo? —señaló a Alessandro—. ¿Cuál ha sido tu puto sacrificio? ¡Ese que tanto pregonas!

—Cállate —dije entre dientes.

—Te duele la verdad, ¿no, Katheryne? Dices que te sacrificaste por Antonella. ¡Cuando en realidad, eres feliz siendo la puta de este maldito hombre!

Mi mano fue más rápida que mi cerebro y, antes de emitir palabra alguna, se había impactado fuertemente en la mejilla del que, hasta hacía unos minutos atrás, consideraba mi mejor amigo.

—No eres quién para juzgarme —pronuncié con indignación.

—¿Y tú sí?! —gritó él, exasperado—. ¡¿Tú sí puedes juzgarme a mí?! ¿Con qué derecho? Lo que hagas con tu vida me importa muy poco, lo realmente importante aquí es que esa niña es mi hija y que no voy a permitir

que este hombre se la lleve lejos.

—Fuera de mi casa —indicó Alessandro, fuerte, pero sin gritar—. Y ya te dije, Gabriel, tengo una plantilla de abogados que disfrutará destruyéndote en cualquier momento. —Su furia era palpable, la vena en su frente se dilataba y su respiración era rápida y errática.

—También puedo pelear, Alessandro —dijo Gabriel—. Tengo argumentos, y esa niña lleva mi sangre.

—No tientes al diablo, Gabriel, puedes salir quemado, y muy... Muy mal parado.

—No te tengo miedo, hijo de puta. Podrás tener mucho dinero y poder; pero no sabes amar, y eso cualquiera puede verlo.

—¡Ben, llama a seguridad!

—La verdad duele, ¿no, D'Angelo? —Gabriel se rio de él—. No eres más que un pobre niño rico.

—Un niño rico que va hacerte polvo si quieres llegar a los tribunales.

—Esto es una guerra. —Gabriel lo miró y luego a mí—. Yo no quería esto, Katheryne, pero tú no vas a separarme de mi hija... —sentenció—. Y a ti, cabrón, nos vemos en la corte.

—Y yo soy un muy buen jugador. Fuera de mi casa, de mi vista, y mantente alejado de Katheryne y Antonella... Si sabes lo que te conviene —miró a los chicos de seguridad, que habían hecho su entrada a la casa—. ¡Llévenselo! —rugió antes de dar medio vuelta y encerrarse de un sonoro portazo en el estudio.

—Suéltense, conozco la salida —exigió Gabriel, zafándose de los dos guardaespaldas, caminando hacia la salida.

—Esto no debió ser así. —Se lamentó Chris—. Kath, por favor...

Me dejé caer en el escalón más pequeño de la escalera, agarrando mis rodillas y dejando que mi dolor fluyera. Me sentía herida, traicionada, engañada..., y la lista seguía y seguía. Recordé todas esas veces que, en medio de lágrimas, mi amiga me suplicó que nos fuésemos a otro lugar; las veces que yo discutí que quedarnos con los chicos era lo mejor. Le había fallado al obligarla a estar con el hombre que había jugado con sus sentimientos. Fuertes brazos me atrajeron a un cuerpo tibio y enterré mi cabeza en el pecho que me daba confort mientras gritaba y gemía de frustración, pena y dolor. Dolor, porque no solo Gabriel y Chris me habían traicionado, Isabella me había engañado, mentido y ocultado muchas cosas. A parte de que el día que más temía, había llegado: El padre de Antonella había aparecido, amenazando con

robarme a mi niña hermosa.

V me ayudó a subir los peldaños y volver a la habitación de Antonella. Se sentó conmigo en el sofá y volvió a abrazarme; ella no era muy buena con las palabras y, a la final, yo no necesitaba palabras en esos momentos. Jane se llevó a mi pequeña al jardín, intentando darme unos minutos más para recuperarme. Mi cabeza era un laberinto. En algún momento, dejé de llorar y, si bien no estaba segura de muchas cosas, había una que estaba marcada con fuego en mi memoria: Antonella era una Cortéz. Ella era mi hija y las leonas peleamos por nuestros hijos con uñas y dientes. Nadie la iba a separar de mí. Nadie.

Despegué mi cabeza del pecho de V y limpié mis lágrimas con mis manos.

—¡Basta de llanto!

V me miró y colocó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

—¿Qué vas a hacer? —Me preguntó cuándo estuve de pie, frente a ella.

—Lleva a Antonella contigo...

—¿Estás segura? —inquirió V, indecisa.

—Tan segura como que me quemaré en el infierno y que Gabriel no me quitará a mi niña. —Limpié otra lágrima que había rodado por mi mejilla—. Necesito saber si puedo contar contigo...

—La pregunta me ofende —replicó V con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres que haga?

—Necesito que lleves a Antonella a tu departamento y no permitas que nadie se la lleve de allí —sentenció.

—¿Y tú dónde irás?

—Yo... debo ir a un lugar.

—Katheryne, no estás pensando con claridad. ¿No crees que es mejor que hables con Alessandro? Él dijo que podía ayudarte. Yo creo que tú y yo no podemos...

—Bien, es bueno saber que ni contigo puedo contar.

—Oye, bájale a tu sarcasmo, estás actuando como una niña —bufó molesta—. Voy por la nena y la llevaré a mi departamento.

—Bien, yo tengo que hacer unas cosas. Nos vemos en tu departamento esta noche. Por favor, está haciendo frío, pídele a Jane la mantita de lana de Antonella, dile que tú y yo vamos de paseo y que ella puede tomarse el resto del día.

—Solo voy a decirte algo porque te quiero... Alessandro va a

molestarse.

—¡Alessandro puede irse a la mierda! —exclamé fuertemente—. Él lo sabía. Sabía todo y no dijo nada.

—Eso dices ahora porque la rabia nubla tus sentidos. Te lo digo como consejo: Piensa bien lo que sea que vayas a hacer; huir como una cobarde no solucionará nada.

—Gracias por el consejo que no necesito ahora. Si en verdad quieres ayudarme, ve por Antonella y quédate con ella hasta que yo vaya a buscarla.

—Estás insoportable... —Verónica salió de la habitación y yo me dirigí a la que compartía con Alessandro.

Suspiré fuertemente, retirando mis cabellos hacia atrás mientras caminaba en dirección al estudio. Tal como lo había escuchado, la puerta estaba cerrada y con seguro.

—¡Alessandro! —llamé, tocando la puerta. Él debía explicarme muchas cosas.

—Ahora no, Katheryne —gruñó.

—Tenemos que hablar. —Golpeé la puerta aún más.

—¡He dicho que me dejes solo! —rugió embravecido—. ¡Vete!

Quería estar solo... Genial, le daría lo que quería. Cuando volví al recibidor, V bajaba las escaleras con mi bebé, traía su bolsa y mi cartera.

—Vamos. —Le dije, quitándole a mi pequeña de los brazos.

—Eh, aguanta tu camión —dijo V, agarrándome del brazo—. Quiero saber dónde demonios vas a ir.

—Necesito respuestas, V, e iré a buscarlas.

—Respuestas ¿dónde? ¿Hablaste con el Señor Todopoderoso?

—Está encerrado... No preguntes más, V, siento como si me ahogara, quiero irme de aquí. Vámonos, por favor —dije, mirando a mi amiga a los ojos. Ella me dio un fuerte abrazo antes de cubrir a Antonella con su mantita de lana; Isa se la había tejido antes de morir y era especial para mí. Riley estaba limpiando el *Lexus* cuando nos vio salir, dejó la esponja en un balde y se secó las manos antes de acercarse. Sabía que él no me dejaría ir sola. Alessandro no era tonto. Tenía pocos empleados, pero los que tenía eran más fieles que un perro guardián.

—¿Dónde las llevo, señoritas? —Riley me sonrió, pero no pude devolverle la sonrisa.

—Vamos a casa de V. Riley, puedes quedarte. —Le ofrecí con una tranquilidad que no sentía. Necesitaba que me dejara ir sola.

—Lo siento, señorita, el señor fue muy claro cuando dijo que usted no debía salir sin mí, así que le agradezco me deje llevarlas.

Suspiré.

—Con la condición de que una vez me dejes allí, regreses a casa, luego yo te llamaré para que me vayas a buscar —dije resignada.

Me sorprendía mi forma de actuar, aún estaba dolida y muy herida; pero me mostraba fuerte, como si nada hubiese pasado, como si mis mejores amigos no me hubiesen traicionado.

Mientras Riley conducía en dirección al departamento de V, atraje a Antonella a mi pecho, dándole besos en su cabeza. Nadie me separaría de mi hija. Quizás yo no era la persona que le había dado vida, pero había sido yo la que había estado con ella, la que había abandonado mis sueños y metas, cuando la cargué la primera vez, había sido yo la que la había salvado, la que había luchado contra la muerte por ella... No, rotundamente no. Gabriel no me quitaría a mi nena. Si tenía que huir, lo haría...

Anhelé cerrar los ojos y despertar en el justo momento en que Jane me dijera que Alessandro había llegado, deseaba con toda mi alma que esto solo fuese un mal sueño, pero cuando Riley detuvo el auto, supe que este era un golpe más. Esta era mi realidad.

Bajé con Antonella en brazos. A pesar de ser temprano, el clima estaba un poco frío, así que ajusté la mantita al cuerpo de mi pequeña y esperé que Riley arrancara el coche para pasársela a V.

—Cuidala, por favor. —Rogué, dándosela a mi amiga.

—Sabes que lo haré, pero me preocupas tú. —Tomó a mi bebé de mis brazos—. ¿Irás a hablar con Gabriel?

—Gabriel y yo ya hablamos lo suficiente, no me importa nada de lo que tenga que decirme, pero debo ir a un lugar.

—¿Y si tu bestia llama o viene por ti?

—V, dile la verdad, yo necesito pensar, necesito... —Aislé mis cabellos y dejé un beso en la cabeza de Antonella antes de empezar a caminar, eso siempre me ayudaba y me hacía sentirme entera.

Cuando llegué a la sexta avenida, tomé un taxi que me llevaría justo donde quería ir: El Cementerio *Woodlawn*.

Caminé entre los árboles que adornaban el lugar, entre lápidas y lápidas, hasta encontrar la que yo buscaba.

Amiga y Madre
Marzo 19 de 1991-Febrero 12 de 2012

Fue solo llegar allí para que toda mi fuerza se fuese al caño. Me dejé caer en el césped mientras gruesas lágrimas corrían por mi rostro.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Le increpé, golpeando levemente la lápida—. ¿Por qué me engañaste? ¡Yo confiaba en ti! Si me lo hubieses dicho, yo hubiese entendido, Isabella ¡¿Porque no confiaste en mí?! —grité, volviendo a llorar... La entereza nunca me duraba mucho y esta no sería la primera vez... —. Isa, necesito tantas respuestas, estoy tan herida, me siento traicionada, confundida... Pensé que era tu mejor amiga, ¡tu hermana!

Muchos recuerdos llegaron a mi mente, en especial, el del día del nacimiento de Antonella...

—Nunca me entiendes. ¡Nunca! — Fue el grito de mi amiga que me hizo correr hasta donde ella estaba.

—¿Sucede algo? —Miré a la pareja de Chris y a mi amiga discutir—. ¿Te sientes bien?

—¡No soporto vivir aquí! —gritó, dejando que un par de lágrimas surcaran su rostro. Miré a Gab y a mi amiga, ambos se veían frustrados—. Quiero ir a la habitación —indicó Isa con voz cansina. Dejé las bolsas que traía junto con Chris en la mesa de la cocina y ayudé a mi amiga a llegar a la habitación que compartíamos.

Cuando ella estuvo recostada sobre la cama, saqué la bolsa de M&M que ella tanto amaba.

—Mira lo que tengo para ti —dije sonriendo.

—No quiero que te molestes, desearía sentirme mejor para podernos ir de esta casa.

—No entiendo tu insistencia en querer irte, Christian y Gabriel se han portado muy bien con nosotras, aunque te lleves mal con él... ¿Lo conoces? — pregunté, abriendo la bolsa de chocolates y dejando unos cuantos en mi mano antes de pasársela a Isabella—. ¿Lo conoces de antes?

—No —dijo después de mucho tiempo—. Solo no me gusta vivir de la lástima de otros y lo sabes.

—A mí tampoco, pero Christian es nuestro amigo —dije, comiéndome

uno de los chocolates—. Además, ahora mismo solo importa nuestra pequeña.

—Prométeme que apenas nazca, nos iremos de aquí. —Isabella me agarró las manos—. ¡Prométeme, Katheryne, que si algo llega a sucederme, te harás cargo de la bebé y te alejarás de Christian y Gabriel! —Mi amiga empezó a sobresaltarse.

—Isa...

—¡Prométemelo! —gritó, ahogándose. Corrí a la mesita de noche y le pasé su inhalador.

—Está bien, tan pronto la bebé nazca, buscaremos un trabajo y un lugar donde irnos. —Traté de tranquilizarla—. Deja de decir que algo malo te va pasar, cuando no va pasarte nada malo. —Le quité el inhalador y lo guardé en la gaveta, estaba menos pesado, por lo que supuse, se estaba agotando. Tendría que decirle a Chris que me prestara para comprar el otro mientras me pagaban en la pizzería en donde trabajaba. La habitación se sumió en silencio mientras mi amiga trataba de tranquilizarse—. Dime la verdad, Isabella, somos amigas.

Ella negó con la cabeza.

—No somos amigas... —tomó mis manos entre las suyas—, somos hermanas.

—Lo somos. —Sonreí—. Por favor, dime qué sucede. ¿Gabriel te ha dicho o hecho algo que no te guste?

—Solo... No soporto a los hombres...

—No todos son como el hijo de puta que fue tu novio, o tu padre, o el mío... Dios, deberíamos volvernos lesbianas —bromeé, pero ella no rio conmigo.

Isa cerró los ojos y suspiró.

—Kath. —Me llamó—. Prométeme que, pase lo que pase, no entregarás tu corazón al primer hombre que te diga palabras bonitas.

—Por supuesto que no. —Comí otra bolita de chocolate—. Aunque sí quiero saber qué fue lo que te hizo ese remedo de hombre... —repuse, acariciando su mejilla—. Nunca me has contado...

—No... No quiero recordar. Estoy cansada, Katheryne —objetó antes de acomodarse para dormir.

—Esa fue nuestra última conversación. Te di una oportunidad de ser

sincera conmigo, yo jamás te habría juzgado, Isabella. —Me había recostado sobre la lápida, acariciando la fría piedra como si mi amiga estuviese allí a mi lado, como cuando nos acostábamos una al lado de la otra. Estaba frustrada, pero no podía culpar a Isabella—. No cumplí muchas de las promesas que te hice: Me quedé con Gabriel y Chris luego de tu muerte y entregué mi corazón a un hombre que nunca me ha dicho palabras bonitas. —Sonreí sardónicamente—. Ya veo por qué ocultaste cosas... —Negué con la cabeza—. Tú lo descubriste y él rompió tu corazón. Pero hay una promesa que sí voy a cumplirte: Nadie me va a separar de Nella, si Gabriel va pelear, yo también pelearé... —Me limpié las lágrimas, dispuesta a no llorar más—. Descansa en paz, mi querida Isabella, tu hija estará bien a mi lado, yo trataré de ser la madre que tú hubieses podido ser y solo sobre mi jodido cadáver Gabriel me quitará a mi pequeña.

Me levanté de la grama y limpié mis jeans, ya no importaba mi dolor, lo realmente importante era proteger a mi bebé de todo lo que nos rodeaba.

El cuerpo me pesaba espantosamente, tenía la cabeza embotada, los sentidos a flor de piel y la mente con mil pensamientos y emociones encontradas.

Gabriel y Chris me habían engañado, pero Alessandro... Alessandro se había metido con lo más sagrado en mi vida...

Llegué hasta mi calle en medio de una densa neblina y mi mirada se perdió cuando vi el auto negro que tenía días sin ver. Un señor alto, de contextura gruesa, salió del coche abriendo el capó y mirando la parte interna de su auto con sumo interés. Negué con la cabeza antes de entrar al edificio, aún no eran las seis. Suspiré fuertemente antes de subir las escaleras y llegar hasta mi departamento. En un par de horas, bajaría por Antonella para irnos a casa; pero primero quería darme una ducha y tratar de buscar un porqué válido. Busqué entre mi cartera la llave para abrir mi departamento; tan pronto entré, noté un ambiente extraño, era como si alguien hubiese estado allí, pero todo estaba tal cual como lo recordaba.

Moví mi cabeza, negando, antes de percatarme del papel doblado en el suelo.

La bebé puede quedarse conmigo esta noche. Llama a Alessandro, está como un toro embravecido y va a tomarla contra Riley. Le dije que no sabía dónde estabas, pero espero llegues bien, envíame un texto para saber que estás en casa.

V.

Saqué mi celular de la cartera y miré las veintisiete llamadas perdidas de Alessandro, más unos cuantos textos... Suspiré fuertemente antes de teclear rápidamente.

Gracias, estoy en casa. No sé si me siento bien o mal... la vida es una completa mierda, V. No podemos confiar en nadie, quédate con mi peque unas horas más, por favor.

Tiré el celular al otro sofá y caminé hasta mi habitación... Nuevamente, la sensación de que alguien había estado allí me invadió.

Ahora, aparte de desconfiada, paranoica...

Me desnudé completamente, ingresando al baño para darme una ducha rápida. Afortunadamente, el departamento estaba pagado por un par de meses más. Apoyé mi frente, recostada en los adoquines del baño, mientras dejaba que el agua caliente me diese algo de confort. Estaba triste, desorientada y en un estado que ni yo misma podía definir con claridad... Como cuando el cielo se carga con una gran tormenta, pero no llueve... Sí, así me sentía. El dolor en el pecho era profundo e innegable; pero la única persona que podía darme explicaciones ya no estaba allí.

Cerré la llave del agua y anudé una de mis viejas y raídas toallas a mi cintura. Caminé a la habitación, me coloqué uno de mis viejos camisones y unos short, sin bragas; amarré mi cabello en una coleta alta y salí a buscar un vaso con agua. No tenía hambre, la verdad, había perdido todo el apetito desde medio día. Solo quería dormir y quitar de mí la pesadez que me embargaba.

—¿Escondiéndote, Katheryne? —dijo esa voz aterciopelada. Me giré automáticamente para enfocar mi mirada en dirección de aquella voz. Estaba sentado en el sofá, vestía lo mismo que por la mañana: Un traje azul eléctrico, sin corbata, y su mirada era completamente indescifrable para mí, había miedo y angustia, pues su cuerpo se veía completamente rígido.

—Se me hacía raro que no estuvieses aquí cuando llegué. —Caminé hasta la cocina, buscando un vaso en la repisa y abriendo la llave del fregadero.

—Te vi entrar, pero tuve la ridícula idea de que solo irías por Antonella y bajarías inmediatamente, o al menos llamarías a Riley. —Se levantó del sofá y caminó hacia mí.

—Vete, Alessandro. No quiero hablar contigo. —Le dije, sin emoción en mi voz.

—¿Y se supone que yo debo irme? ¿Por qué no quieres verme? —Sus manos se colocaron en el granito de la isleta, frente a mí.

«¿En qué momento se había acercado?»

—Parece como si no me conocieras, Katheryne.

—Me mentiste, me engañaste... —Coloqué el vaso en la isleta de la cocina—. Conmigo puedes hacer lo que quieras, pero no con Antonella.

—Puedo entender tu enojo, pero creo que le hablas a la persona equivocada —comentó entre dientes.

—No, sé perfectamente bien a quién le estoy hablando, Alessandro. Y te estoy hablando a ti.

—Pues yo no fui quien te engañó y te tomó por estúpida, Katheryne —expuso mordazmente—. Me duele la cabeza, créeme, no estoy para tus estúpidos arranques de malcriadez. Ve por Antonella, me quiero ir a casa.

—Puedes irte cuando quieras...

—¡No colmes mi paciencia, maldita sea! —gritó—. Ve por la niña y salgamos de una jodida vez de este lugar.

—¡No! —hablé fuerte—. No me iré. Me cansé de ser la estúpida que pelea por todos, ¿y que recibo a cambio, Alessandro? ¿Tu placer? ¿Que la conciencia de Gabriel esté sosegada porque tiene a Antonella cerca, o peor, que Chris me haya visto la cara de idiota? ¡Además, que mi mejor amiga me haya ocultado algo tan importante como quien era el padre de su hija! ¿Por qué? ¿Por qué todos me rompen el corazón? ¿Por qué amo y me traicionan? Amaba a mis padres y ellos no supieron serlo. ¡Amaba a Isabella y me defraudó! Amaba a Gabriel y Chris y me engañaron. —Sorbí mis lágrimas y las limpié de un manotazo—. ¡Te amo a ti y me destruyes! —Intenté golpearlo y él me agarró de la mano, pegándome a su pecho, rodeando mi cuerpo torpemente con sus brazos—. ¿Por qué te tuve que entregar mi corazón? ¿Por qué me duele que tú lo hayas sabido y hayas callado? —Me removí entre sus brazos con fuerza hasta que él me soltó. Quitó mis cabellos hacia atrás y sorbí

por mi nariz—. ¿Sabes cómo demonios me estoy sintiendo en este momento? —Limpié una lágrima que se había deslizado por mi mejilla—. Me siento como una basurita que va vagando por el mundo, esperando que alguien la acepte o la bote una y otra vez. ¡Y me cansé!... Quiero gritar, quiero que me dejen tranquila a mí y a mi hija.

—¿Y entonces, que Gabriel se quede con la niña? —preguntó él sin dejar de mirarme.

—Primero muerta —refuté entre dientes—. Antes, tomo a mi hija y desaparezco.

—Ohm, por Dios. ¿Qué te he dicho de la malcriadez...?

—¡Quiero que te vayas! —exigí—. ¡De una vez y para siempre! Te lo pedí, Alessandro. Te supliqué que no buscaras al padre de Antonella. ¡Y lo hiciste!

—¿Y qué pretendías que hiciese, Katheryne? Que mañana, cuando la niña estuviese más grande, llegara un imbécil a separarla de nuestro lado. ¿Sabes quién soy?... Siempre voy un paso por delante de mis enemigos.

—¿Y por esa razón Dominique se pasea por tu casa cada vez que le viene en gana?

—Dominique no es mi enemiga, es mi igual, y por eso las cosas con ella son a otro precio —explicó—. Si tú pensabas que me iba a quedar con los brazos cruzados, estás muy equivocada. ¿Y qué es esa estupidez de irte lejos? ... ¿Huir, Katheryne? Pensé que eras mucho más inteligente y no como todas las chicas tontas de tu edad que, al menor contratiempo, huyen haciendo una ridiculez.

—Si para proteger a mi hija, tengo que hacerlo, lo haré. Huiré lejos de todo y todos. Por Antonella, hago lo que sea, Alessandro. No soy yo la cobarde que por miedo no se arriesga.

—Entonces, yo sí soy un cobarde... ¿Eso intentas decirme?

—Piensa lo que quieras... Pero vete de mi casa.

—Bien, me iré. Si tú estás harta, yo también lo estoy de tus niñerías. Me llamas cobarde, pero no te das cuenta de que la única que se está comportando como una chiquilla cobarde eres tú. ¿De verdad crees que un juez va darte la custodia de la niña con esa actitud infantil...?

—Antonella es legalmente mi hija.

—Una prueba de ADN puede hacer que los documentos se invaliden. Hiciste fraude al sistema de Estados Unidos y eso se paga con muchos años de cárcel. Piensa bien, tú en la cárcel y Antonella... ¿Quién crees que se quedará

con ella? Compórtate como la mujer adulta que crees que eres. Me firmaste los documentos necesarios para ser el tutor legal de Nella, su representante ante la ley, mentimos y dijimos que la niña era mi hija.

Claro que recordaba, lo habíamos hecho hacía unos día atrás para que los documentos de Nella fuesen más rápidos, para podernos ir con él...

—¿Estás insinuando que, si quieres, puedes quitarme a mi hija?

—No me interesa quitarte a tu hija, ¡joder! Solo quiero protegerlas. Pero estoy cansado, no necesito una niña estúpida para que me sirva en la cama, cuando puedo buscar una nueva sumisa en cualquier lugar donde me encuentre. Yo no ruego, Katheryne, las mujeres están conmigo porque quieren, no porque yo las necesite.

Sus palabras fueron como una gran bola de hierro golpeando en mi muy estropeado corazón.

—Me iré y te olvidarás de mí, porque yo también lo haré. Te lo dije una vez, Katheryne: Puedo cerrar los ojos y hacer como si jamás hubieses existido en mi vida; puedo, con un solo segundo, volverte algo sin sabor y arrancarte de mi memoria, por mucho que mis demonios te necesiten. Me estás pidiendo que te olvide, así que te lo concedo. En dos semanas, yo me iré a Milán y olvidaré completamente esta maldita ciudad, mientras que Gabriel te hace picadillo en un tribunal. —Se acercó hasta mí.

Sentía un nudo de impotencia en el estómago, pero respiré profundamente.

—Antonella es mi hija.

—¿Y cómo se supone que la mantendrás?... ¿Vendiéndote como una maldita prostituta?

Sus palabras desataron mi ira. Él era mi amor, y yo ¿qué era? ¿Me abalancé contra él, golpeándolo con toda mi fuerza en el pecho, dejando que mi frustración saliera. Él soportaba cada uno de mis golpes. Sabía que, aunque estaba utilizando mi mayor fuerza, no le hacía nada. Su pecho era duro como una piedra, sus brazos me apretaron fuertemente justo cuando un grito desgarrador abandonaba mi pecho y me dejaba abrazar por él.

—Sentirás más dolor, sufrirás más. Necesitabas esto, pequeña, necesitabas que te rompieran el corazón para que fueras fuerte. En la vida no se puede confiar, Katheryne, esa es tu debilidad: Confías demasiado en todos. No te digo que no confíes en nadie, solo que seas más precavida, *principessa*... —Acarició mi cabello—. Shtss. Lloro, desahógate, yo estoy aquí, contigo, y nadie va a separarte de tu nena. Eres su madre, Katheryne. Te

has ganado ese título a pulso. *mentre sei vicino a me principessa ti proteggero. questa a la mia retribuzione al tuo amore, protezione per te e tua figlia. Finchè dia nelle Mié maní mi prendero cura di te piccola bambina. proteggero tua figlia como non l'ho fatto con la mia*^[46] —susurró en italiano, demasiado rápido como para poder si quiera llegar a entenderle —. Supe de Gabriel cuando te investigué a ti, había algo que no me gustaba, su posesividad para con la niña. —No supe cómo, pero ahora estaba sentada en la isleta de la cocina, las lágrimas seguían bajando por mis pómulos mientras sus brazos me aferraban a su pecho... ¿Alessandro estaba dándome explicaciones?

—Yo no quiero robarme a tu hija, Katheryne. Soy su padre legalmente solo por los trámites de documentación. En el estudio, uno de mis abogados redactó un documento notarial que dice que, si tú y yo no seguimos juntos, perderé todo el derecho que me da ser el tutor legal de Antonella. —Me separó de su pecho—. Shtss, no más llanto, Katheryne. Demuestra que eres una mujer fuerte.

—Gabriel.... —dije con voz entrecortada.

—Gabriel no te quitará a tu hija —señaló duramente—. Tienes el elenco de abogados de D'Angelo Building. Y, si es necesario, Antoine vendrá y estará a tu disposición. Gabriel solo tiene a Chris. Si es tan inteligente como parece que es, sabrá llegar a un acuerdo.

—¿Por qué lo investigaste? —pregunté con voz lastimera.

—Lo hice desde aquella vez que me contaste del novio de tu amiga. Surgieron en mí dudas, y no me gusta caminar a ciegas, *dolce*, me gusta el control. Por algo, siempre busco que todo esté a mi alcance.

Recosté mi cabeza a su pecho, sintiendo el latir de su corazón mientras sus manos acariciaban mi espalda... ¿A quién quería engañar? No quería que él se fuera; sus brazos me hacían sentir segura y protegida. Sabía que debajo de ellos, nada me pasaría ni a mí, ni tampoco a Antonella.

Me sentía física y mentalmente agotada, sentí cómo Alessandro me levantó en sus brazos y caminó conmigo hasta llevarme a la cama. Me acomodé en posición fetal, sentía las lágrimas salir de mis ojos y rodar por mis mejillas. Una y otra vez, la vida me golpeaba y yo me sentía sin fuerzas para seguir.

Alessandro tenía razón: había descargado mi ira con él, la diferencia era que, esta vez, él no había hecho nada para herirme... Cerré los ojos tratando de descansar. Alessandro acarició mi cabeza una vez más antes de levantarse de

la cama.

—Quédate. —Me giré susurrando—. Por favor, Lex. —Mis manos se agarraron de su camisa blanca—. Por favor...

—Silencio —dijo acostándose a mi lado.

Me moví hasta que mi cabeza quedó justo sobre su pecho. Sus fuertes brazos apresaron mi cintura mientras los míos hacían lo mismo, oprimiéndome a él... Lo necesitaba. Hoy más que nunca, lo necesitaba junto a mí.

Alessandro acarició mi cabeza y poco a poco mis ojos fueron cediendo, dejándome en una duermevela intranquila.

19

—¡Basta!... ¡No! Es mi hija... Antonella, no...

—¡Despierta! —Alessandro acarició mi mejilla con las yemas de sus dedos—. Fue una pesadilla —dijo suavemente. Mis ojos se conectaron con los suyos.

—¿Dónde está Antonella? Gabriel...

—Shtss. —Su dedo se escurrió, callando mis labios...—. Nella está con V, te dije que nadie iba a separarte de tu hija.

Tuve la necesidad de sentirlo más cerca de mí, así que me incliné hasta rozar sus labios, sintiendo cómo sus dedos se deslizaban hasta mi nuca. Su beso, aunque suave, fue demandante y lujurioso. Me subí sobre él, buscando más... Lo necesitaba, mi cuerpo lo pedía a gritos.

Mis manos buscaron los botones de su camisa, abriéndolos desesperadamente, mientras el beso cobraba velocidad y ferocidad.

—Detente —indicó Alessandro con voz entrecortada—. No estás bien — tomó mis manos, alejándolas de su cuerpo—. No vas a poder darme lo que yo necesito, Katheryne. Y yo no soy tan bastardo como para exigirte algo que psicológicamente no puedes darme... —Bajó mis manos y luego acarició mi rostro, quitando la lágrima que había derramado—. Ven aquí, *dolcezza*. —Me apretó a su pecho—. Lloro. Lloro hoy, Katheryne, porque mañana quiero que saques a la mujer por la cual estoy en esta cama y seas tan altanera como siempre has sido. Quiero que seas la mujer que me lanzó un vibrador a los pocos días de conocerme, quiero que retomes la entereza, que seas como el ave fénix; húndete en tu dolor y luego resurge siendo la mujer fuerte, valiente y decidida que sé que eres. Sé mejor que nadie que tú puedes hacerlo, lo has hecho toda tu vida, así que no te rindas y disputa esta última batalla por Nella, por mí y por ti.

—Por favor —susurré en su pecho—. Yo te necesito... Yo...

—Shtss. —Alzó mi rostro con uno de sus largos dedos.

—Alessandro... —Me incliné nuevamente para besarlo, jalando en el proceso su cabello y dejando que mi lengua invadiera su boca. Nunca lo había hecho, él nunca me dejaba llevar la iniciativa. Por alguna razón que no conocía, él estaba haciéndolo hoy...

Mis manos bajaron hasta quedar en sus hombros mientras rozaba su

erección con mi pelvis.

—Yo... —Me separé de sus labios—. Yo necesito olvidar, necesito sentirme —lo besé— segura... Tus brazos me protegen... —besé su mejilla—, tu boca me hace olvidar. —Dos lágrimas descendieron por mis mejillas—. Sé que no tengo... No tengo derecho de pedirte nada, soy tu... —Lo besé—. Soy tu esclava; pero, por favor, Alessandro... —Me estaba ahogando con mi propio llanto. ¡Ya no quería llorar más!—. Por favor, hazme... —No me tocó decir nada más, en una fracción de segundo, estaba bajo su cuerpo mientras su boca devoraba mis labios de la misma manera violenta de siempre.

—¡No voy a follarte por compasión! —sentenció de manera tajante—. Si te hago mía, si reclamo tu cuerpo, será bajo mis reglas, bajo mi juego, Katheryne. No soy una maldita obra de caridad. ¿Entendido?

Asentí.

—Será a mi manera, Katheryne. Soy tu señor, y todo se hará tal y como a mí me apetezca.

—Solo, por favor...

Me besó.

—Silencio. —Colocó sus manos en mi boca—. No quiero palabras, quiero tus gemidos, Katheryne. Si vas a suplicar, que sea por más. —Su boca se lanzó en busca de la mía nuevamente mientras sus manos se colaban por mi camisa, alzándola para sacarla de mi cuerpo—. Manos arriba, *ragazza*.

Obedecí, alzando mis brazos.

Aférrate al cabecero de la cama. No ataré tus manos, pero si llegas a tocarme... te castigaré. ¿Está claro?

—Sí, Amo.

Me desnudó completamente, acariciando los contornos de mi cuerpo de manera suave. Solo las yemas de sus dedos haciendo contacto con mi piel, mi cuerpo estremeciéndose ante su toque... Se levantó de la cama y quitó su camisa con parsimonia, sus ojos nunca dejando los míos. Llevó su mano hasta su pantalón y sacó los zapatos con sus pies antes de subirse sobre mí.

—*Sei davvero bella la mia principessa, ma sei così debole, così fragile che non sono sicuro che tu possa viveres una vitta al mio fianco. io sono cattivo, perverso, la soprattutto sono egoista katheryme. Hai deciso di giocare con il fuoco, spero solo di essere un grado di salvarti sal bruciarti del mio inferno* [\[47\]](#).

Dios, él y su maldito italiano. En estos momentos, necesitaba entenderlo.

Su boca cubrió la mía esta vez mucho más suave y agonizante. Sus labios

se movían con maestría sobre mi piel, succionando cada poro expuesto, mientras mis jadeos iban en aumento y mi corazón empezaba la carrera a galope, que iniciaba al sentir sus manos en mi piel. Sus dedos trazaron planos inexistentes en el valle de mis pechos, suavemente, sin prisas, hasta que su boca se apoderó de uno de ellos, succionando al punto de hacerme arquear la espalda en busca de más. Su barba picaba en mi piel, pero más que una picazón desagradable, era como si su fino vello, alojado en su mandíbula, me estuviera regalando una caricia.

—Estos pechos me pertenecen. Solo yo puedo hacerte sentir de esta manera. —Su lengua se arremolinó en mi aureola, haciéndome sisear de placer cuando la punta de ésta lamió mi duro pezón. Su mano izquierda acariciaba suavemente mi pecho derecho, podía sentir su erección apretada contra mi húmedo centro.

¡Cristo! —jadeé cuando sus dientes tiraron levemente de mi carne antes de repetir el mismo tratamiento al otro pezón. Mis manos automáticamente tomaron su cabello. Jugó, lamió, torturó y mordisqueó mis pezones antes de empezar a descender. Besó mi vientre suave y pausadamente, tomándose su tiempo para reconocer cada parte

—¿Una cicatriz? —preguntó pasando sus dedos por mi pequeña y casi imperceptible herida.

—A... Apendicitis... —susurré mientras su lengua delineaba el contorno de la cicatriz.

—He sido descuidado contigo en muchas maneras, no es propio de mí, siendo un Dom, hacerlo. Te he maltratado, te he exigido cualquier cosa de ti, y aún estás aquí... Te debo una disculpa. —Su voz salía tan cargada de sensualidad y erotismo que, con cada palabra que él decía, mi centro se humedecía más y más. Abrió mis piernas, encajándose entre ellas—. Siempre complaciente, Katheryne... Siempre mía. —Sus dedos acariciaron mi sexo con lentitud—. *Sempre lista, sempre húmeda... Sempre mía...*

—Por favor... —susurré apretando las sábanas—. Alessandro...

—Voy a comerte, *mia caramella*^[48]. Voy a disfrutarte, a empalagarme de ti... Voy a...

—¡Alessandro! —grité cuando su lengua húmeda barrió mis pliegues completamente—. ¡Dios!... —Sentía el remolinar de su lengua incansable recorrer cada parte de mi sexo mientras mi cuerpo hervía en un frenesí de sensaciones encontradas. El placer endemoniado recorría mi sistema circulatorio, acabando con mis fuerzas, haciendo que mi corazón estuviese

desaforado. Él seguía acariciando, lamiendo, chupando... ¡Jesús, María y José...! Iba a morir. Mis manos se trasladaron hasta su cabello, acariciando con las yemas de mis dedos su cuero cabelludo, buscando inalcanzablemente un lugar donde aferrase.

Su dedo anular se introdujo en mi cuerpo mientras su serpenteada lengua daba pequeños golpes a mi clítoris.

Mi cuerpo entero entumecido se hallaba en el punto álgido del éxtasis; un placer abrasador incomparable. En ese momento, dejé de ser Katheryne Cortéz, la chica que se sentía rota y engañada, para ser la mujer que se entregaba en cuerpo y alma a un grifo sin corazón, siendo fuerte y pasional como un volcán.

—Voy a correrme... —dije entre jadeos—. Alessandro...

Él no dijo nada. Sus dedos empezaron a penetrarme con más rapidez, su lengua se movía con más ahincó, y yo me perdí...

El orgasmo barrió mi cuerpo como la ola de un tsunami, arrasando con mis miedos y mi dolor. Mi cuerpo por completo se elevó ante las mil y una sensaciones que la lengua y los hábiles dedos que mi hombre me daba. Me perdí, me rompí, y como el ave fénix, volví a nacer...

No estoy segura de cuántos minutos pasaron hasta que mi corazón se calmó. La lengua de Alessandro aún daba pequeños golpes en mi carne caliente, recogiendo cualquier gota de mi lubricación. Su mirada azul intensa se encontró con la mía. Nos mantuvimos la mirada unos minutos antes de que él subiera hasta mis labios, besándome con el mismo poderío y fuerza de siempre. Enredé mis brazos alrededor de su cuello y mis piernas en su cintura, mientras él me besaba como si fuese a desaparecer, y yo seguía bajo la tormenta de sus instrucciones.

Alessandro rugió de placer contenido.

—*Addictive, incredibile, vera magia, perfetto per Cristo. che diavolo te ne vai piccolo?*^[49] —Maldijo en su idioma antes de separarse de mí y caminar como león enjaulado por la habitación.

Me tomó cinco minutos levantarme e inclinarme para besarlo, su pasión estaba ahí, su deseo también, pero algo había cambiado, él se resistía a mí.

—No. —Me separó de su cuerpo—. Era para ti, no para mí —dijo, pasando las manos por sus cabellos—. Vuelve a la cama, *principessa*. No estás en condiciones para atenderme a mí... Obedéceme, Katheryne. —Bajé mi mirada a sus pies, aún cubiertos por sus zapatos.

—Solo quédate junto a mí —tomé su mano—. Por favor... Lex.

Suspiró fuerte y pausadamente antes de caminar conmigo hacia la cama. Lo obligué a sentarse y quité de sus pies sus zapatos. No me importaba mi desnudez, con él ya no sentía vergüenza o pudor. Él era mi maestro, conocía mi cuerpo al derecho y al revés, aunque nunca hubiese notado mi cicatriz... y hoy había hecho algo por mí, porque yo se lo había pedido. Terminé de soltar los botones de su camisa, dejándolo solo en sus pantalones negros e incitándolo a recostarse. Tomé mi camiseta holgada y me la coloqué, acostándome a su lado.

—Duerme, pequeña —dijo mientras acariciaba mi brazo con sus dedos. Esta vez, no me costó obedecerlo. Cerré los ojos y caí en la inconsciencia.

Debido a la amenaza de Gabriel, habíamos tenido que suspender el viaje a Milán. Alessandro había estado irritable al principio y a mi mente llegaban los recuerdos de los primeros días en esta casa. Había otros en los que llegaba directo a la habitación de Antonella, la alzaba en brazos y susurraba palabras, o solo entraba a la hora de dormir y la arrullaba. Decir que mi hija no lo amaba ya, tanto o más que yo, sería mentir; solo bastaba que él entrara en su periferia para que sus ojitos se iluminaran y empezara a balbucear. "papá" se había convertido en su nueva palabra favorita, no sabía cómo la había aprendido, pero Jane se había mostrado avergonzada cuando le pregunté. Alessandro en cambio se había ido de la habitación la primera vez que ella la pronunció y, durante esa semana, se mantuvo alejado de ella. Sabía que Antonella había traspasado todas sus capas y llegado al centro. Lo sabía porque tenía a toda la planta de abogados de D'Angelo Building trabajando en contra de Gabriel. Christian había intentado comunicarse conmigo, pero no acepté ninguna de sus llamadas, tampoco salí de casa de Lex, prefería quedarme en el jardín con la niña o en su habitación. Por las noches me entregaba sin reserva a mi señor. Era como si él me hubiese amoldado a sus necesidades, sus preferencias... A su vida.

Gianna y Antoine continuaban en Milán y, según Alessandro, no volverían hasta la junta de socios para la proclamación de Demian como presidente en E.E.U.U de D'Angelo Building.

A pesar de no estar en la universidad, no había visto a V desde la cena de Navidad. Al parecer, la atracción entre mi amiga y Demian Hamilton era cada vez más fuerte, o al menos, eso intuía las pocas veces que habíamos

hablado por teléfono.

El mes de enero pasó rápidamente y los abogados de la empresa habían aconsejado que Gabriel y yo llegáramos a un acuerdo. Para la ley, yo había cometido fraude y ese delito era castigado con muchos años de prisión. Biológicamente, Gabriel era su padre, y si él lo deseaba, podría presentar una demanda para llevarse a Nella, pues era su único familiar sanguíneo. Yo lo sabía, Alessandro también, pero se negaba tajantemente a que Gabriel y yo habláramos.

El primer fin de semana de febrero, salí de la casa, completamente molesta ante la negativa de Alessandro de llegar a un pacto con Gabriel. Podía ver que todo el proceso y demora le afectaba. Y, unido a la postergación del viaje, Lex estaba taciturno y muy molesto. Los últimos días, no había ido a la cama de noche, se quedaba en el estudio o en la habitación donde realicé el baile en Navidad. Su tiempo con Nella mermó drásticamente desde que ella lo llamó papá, ahora solo dejaba un beso en su cabeza cuando iba a dormirla. Mi hija lo llamaba, estiraba sus brazos hacia él, pero no pasaba nada, salía de la habitación tan rápido como entraba. En sus ojos, se notaba el hastío. Lo escuchaba discutir por teléfono, reventaba vasos con licor, estaba irritante, esquivo; y algunas noches, esas en las que no venía a mí, lo escuchaba gritar en medio de sus pesadillas.

Estaba acumulando presión y temía que en algún momento explotara, que se fuese y me dejase atrás. Temía perder a mi hija y a él, simplemente, por negarme a hablar con Gabriel para terminar con esta incertidumbre.

Observé a Jane jugar con Antonella en las resbaladillas. Riley estaba parqueado a una distancia prudente. Dentro del vehículo, miré el cielo, a pesar de que aún el clima era frío. Un pequeño rastro de sol podía entreverse entre las nubes. Bajé la mirada para continuar con mi lectura cuando vi un auto bastante familiar...

Había visto ese *Mercedes* negro un par de veces, pero no había dicho nada; solo era un auto, como los muchos que abundaban en la ciudad, aun así, cuando lo vi doblar la esquina del parque, decidí llamar a Jane y volver a casa.

Alessandro me estaba esperando en la habitación de Antonella cuando fui a dejarla. Aún estaba molesta con él, por lo que dejé a la niña en su cuna y encendí el trasmisor, llevándome una de las partes conmigo. Le había dicho a Jane que podía tomarse el resto de la tarde. Salí de la habitación y me quité los zapatos al llegar a la mía, subí los escalones y me tiré sobre la cama,

empujando mi rostro entre las almohadas. No pasó mucho tiempo antes de escuchar sus pasos.

Eran fuertes, seguros, y sus zapatos importados hacían un sonido que reconocería siempre.

—¿Has acabado con el berrinche?

No me moví de mi posición, lo último que quería era volver a discutir.

—Mírame cuando te hablo, Katheryne... ¿Eres tonta o necesitas una jodida zurra?

—No puedes golpearme... No de nuevo.

—Puedo reprenderte.

—No soy una niña.

—¡Pues te comportas como una! Estoy perdiendo la paciencia, *mía bella*... No agotes la poca que me queda. —Se giró para irse y me levanté de la cama con urgencia.

—¡Deja que hable con Gabriel! —Le grité cuando ya se iba.

Él se detuvo a mitad de camino, se giró y volvió a mí rápidamente.

—¡No! ¡Malditamente no, Katheryne!

—¿Por qué? —Me pasé la mano por el cabello—. Escuchaste al abogado, Alessandro, puede quitarme a la niña si eso quiere, puede hundirme en una cárcel. Sé que si le prometo...

Su risa me interrumpió, era siniestra y sarcástica al mismo tiempo, y un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras él aplaudía.

—¿De verdad crees que va a permitir que te lleves a la niña fuera del país?... ¿Qué digo del país? Nos trasladaremos a otro continente, Katheryne— se acercó a mí—. ¿Es que acaso tu cabeza no puede procesar esa pequeñísima información?

—No me humilles... ¡No te lo voy a permitir! —contesté cabreada—. No conoces a Gabriel como yo.

—Claro, lo conoces tan, pero tan bien, que no pudiste adivinar que él es el padre de la *picola*.

—No tires la mierda en mi rostro, no tenía por qué saberlo, Alessandro.

Me miró fijamente; sus ojos transmitiendo lo que ya sabía.

—Lo veo en tus ojos, deseas irte, y te molesta no poder hacerlo. Te veo caminar en tu estudio como un maldito león enjaulado... Al final, te darás cuenta de que...

—No termines esa jodida frase... —agarró mis hombros con fuerza, al punto que gemí ante el dolor—. Prometí cuidarte, protegerte, y soy un hombre

de palabra, Katheryne.

Me solté de su amarre y caminé hacia la habitación principal, deteniéndome cerca de la pared de cristal.

—Esta ciudad te hastía. —A lo lejos, podía ver los rascacielos—. Me lo dijiste una vez.

—Estoy ahogándome aquí —concedió él—, pero me quemaré en mi propio infierno si me voy sin ti. —Mi corazón latió desaforado—. Te necesito a mi lado para mantener mis demonios en silencio... te necesito para satisfacer mi naturaleza, para practicar mi cultura... Eres mía, Katheryne, y yo cuido lo que me pertenece. No hablarás con Gabriel, no cederás. No irás a prisión, ni te quitarán a tu hija... Sasha servirá la cena en cinco minutos, te quiero abajo.

Salió de la habitación y yo me dejé caer en el sofá más cercano. Por un segundo, pensé que... No, él había sido claro y ambos habíamos aceptado nuestro nuevo contrato.

Comimos en silencio, un silencio tan tenso que nada parecía poder cortarlo. Una vez terminé de cenar, me disculpé y me dirigí arriba; quería llorar, pero no lo haría. Quería salir de allí, pero no huiría, no de nuevo. Encendí mi libro electrónico y me concentré en la historia que había empezado a leer algunas noches atrás.

Estaba a seis páginas de terminar el libro que estaba leyendo cuando escuché el gimoteo de Antonella y miré el vigila bebés. Pensé que se dormiría enseguida, Nella tendía a gimotear cada vez que se giraba; estaba a punto de retomar la lectura, cuando el llanto de mi pequeña se intensificó. Dejé el libro sobre las almohadas, observando el reloj en la mesa de Alessandro, eran casi las cuatro de la mañana. Salí de la cama mientras escuchaba el llanto de Antonella, casi corrí hasta su habitación, pero antes de entrar, el llanto se detuvo y, a través del aparato, se escuchó un susurro. Apresuré los pasos cuando vi la puerta abierta, pero me detuve abruptamente cuando vi la figura de Alessandro con mi hija en brazos, frente a la pared de cristal. Los observé mientras él la arrullaba murmurándole palabras en su idioma natal. Iba a irme antes de que él lo notara, pero con este hombre era imposible.

—¿Qué haces espiándonos, Katheryne?

Entré, pero no encendí la luz.

—No espiaba, la escuché llorar y vine hasta aquí.

—¿Dónde se supone que está Jane?

—Le di la tarde libre.

—¿La tarde? Son más de las jodidas cuatro de la mañana. —No se había girado, hablaba entre dientes, pero en susurros para no perturbar el sueño de Nella.

—Tenía la videocámara y no estaba dormida, la escuché y vine. ¿Por qué despertó? ¿Qué haces aquí?

Alessandro se giró y caminó hacia la cuna de Antonella, dejándola con sumo cuidado entre las mantas. Sacó su teléfono y con voz de trueno ordenó a Jane subir a la habitación inmediatamente.

—Alessandro, no es necesario que...

—Llegué a la habitación y ella lloraba. Le pago un salario exorbitante a esa joven para que cubra cada una de las necesidades de la pequeña. Si no quiere hacer su trabajo, alguien más lo hará por ella. Quédate hasta que aparezca, necesito salir de aquí.

Pasó a mi lado y se encaminó hacia la que ahora era su habitación. Me acerqué a Antonella y besé su frente. Estaba acomodando su mantita cuando Jane apareció; su rostro estaba pálido, me aseguró que se había quedado dormida temprano y por eso había olvidado subir antes. Intenté tranquilizarla y acomodé el sofá cama que había en la habitación de Nella antes de salir en busca de Lex, no quería seguir discutiendo con él. No podíamos dividirnos ahora.

Estaba desabotonando su camisa cuando entré a la habitación en la que él se estaba quedando estas últimas noches. Respiré profundamente, llenando mis pulmones con su esencia y el aroma de su *aftershave* que inundaban el lugar. Caminé con pasos lentos, había salido tan de prisa al escuchar a Nella que había olvidado calzarme y el suelo de madera se sentía frío bajo la planta de mis pies; pero no importaba, llegué hasta él deslizando mis manos desde su espalda hasta tocar las suyas y apartarlas para continuar lo que él hacía.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Te desvisto... ¿No es obvio?

—Ve a tu recámara.

—Es nuestra... Es muy grande si tú no estás conmigo para compartirla.

—¿Has decidido ser una adulta ahora? — Se separó de mí y dio dos pasos, alejándose, los mismos que yo tracé para alcanzarlo. Él no dijo nada cuando terminé con los botones, ni cuando bajé la camisa blanca por sus

brazos. Alessandro acostumbraba a usar una camisa sin mangas bajo sus costosas camisas. Acaricié sus bíceps duros y ascendí por sus brazos hasta llegar a sus mejillas. Abrí la boca para decirle que..., pero él me interrumpió.

—No digas nada que me pueda molestar, puedo enviarte a tu habitación con el trasero colorado y caliente...

—Ya estoy caliente —¿De dónde demonios había salido eso?—. Y estoy segura de que mis mejillas están coloradas.

¡Por todos los clavos de Cristo!

—¿Estás intentando seducirme, Katheryne?

—No lo sé. ¿Funciona?

Él llevó sus manos a mi rostro y retiró un mechón de mi cabello.

—Katheryne...

—He sido una tonta, y sé que lo que quieres es protegernos, confío en ti. Créeme, lo hago, pero necesito que también confíes un poco en mí.

—No empieces de nuevo, por... —Coloqué uno de mis dedos en su boca para silenciarle.

—Vamos a nuestra cama... —Una mueca perversa se dibujó en su rostro,

—¿Vas a follarme? —Enarcó una de sus cejas.

Negué con la cabeza.

—No, tú vas a follarme a mí —me acerqué a él—. De preferencia, con uno de esos juguetitos que tanto te gustan.

Abrí los ojos e inmediatamente los cubrí con mis manos. Habíamos olvidado cerrar las cortinas de la pared de cristal, Alessandro las mantenía abierta y solo las cerraba cuando se levantaba; pero él aún seguía junto a mí, acostado boca abajo, desnudo, y malditamente hermoso.

Mis dedos recorrieron el contorno del tatuaje sin llegar a tocarlo. Eran poco más de las ocho y apenas llevábamos dormidos un par de horas... literalmente. Y aunque ansiaba seguir durmiendo, la urgencia de vaciar mi vejiga me lo impedía. Me levanté con cuidado de la cama, sin embargo, sus ojos verdes se abrieron en mi dirección una vez estuve de pie.

—¿Qué haces despierta? Aún es temprano —bostezó—. Ven aquí, *dolce*. —Palmeó la cama.

—Necesito ir al baño, sigue durmiendo... —Prácticamente, corrí hasta

el baño. Cuando salí, él seguía en la misma posición, pero estaba despierto, lo sabía por la rigidez en sus músculos. Una vez sintió que la cama se hundía a su lado, se giró quedando de medio lado, su erección a media asta. Imité su postura y él me atrajo a su cuerpo. Lo sentí respirar fuerte en el hueco de mi cuello antes de hablar.

—No hay necesidad de hablar con Gabriel.

—Lex...

—Alessandro.

—Alessandro —sonreí aunque él no lo viera—. Me gusta Lex.

—Genial, a mí no —apretó su brazo en mi cintura—. Nadie va a quitarte a tu hija, yo siempre cumplo mi palabra. Solo tienes que seguir confiando en mí.

Su voz era somnolienta, no sabía por qué había vuelto al tema.

—Te dije hace unas horas que confiaba en ti, pero que también necesito que confíes en mí.

—Lo hago, créeme...

—Por favor...

—Basta de charla. Cierra los ojos y vuelve a dormir, *principessa*. —Me dio un beso en el tope de mi cabeza y pronto sentí su respiración acompasada. Me quedé junto a él, pero yo no podía dormir. Lo que había empezado como una amenaza, ahora era una demanda en su totalidad.

Volvimos a despertar cuando eran pasadas las diez de la mañana. Lo bueno de tener como inversionista a Demian Hamilton era que él ahora se hacía cargo de todo D'Angelo Building; por lo que Alessandro podía dormir un poco más, aunque no siempre lo hacía. Nos dimos una ducha juntos, entre gemidos, jadeos y oleadas de lujuria y frenesí disoluto.

Como todas las mañanas, fui a ver a mi pequeñita a la habitación para llevarla a desayunar junto con nosotros. Estaba a punto de bajar cuando Benjamín entró por la puerta, cerrándola detrás de él.

—¿Sucede algo, Ben?

—Señora —Benjamín parecía nervioso—. El señor le pide que, por favor, se quede en la segunda planta con la niña —recitó apresuradamente.

—Sabes que no lo haré. ¿Quién está abajo, Benjamín?

Él me observó nervioso...

—Señora, por favor...

Afiancé a mi bebé a mi cintura y pasé al lado de Benjamín, caminando escaleras abajo. De pie, a un lado de la escalera, estaba Alessandro; su cuerpo

estaba rígido y sus manos al lado de su cuerpo hechas puños. Gabriel no estaba mejor que él...

Mi ex amigo subió la mirada, encontrándose con la mía y la de mi pequeña.

—Antonella —exclamó en un susurro entusiasta.

—¿Por una maldita vez puedes hacer lo que se te pide, Katheryne? —La voz de Alessandro salió carente de emociones.

—Dame la oportunidad de explicarte todo—dijo Chris—. Danos la oportunidad de hablar, Katheryne.

Las lágrimas picaban por salir de mis ojos.

—¡Ve arriba ahora! —rugió Alessandro, mas no lo obedecí. Bajé los dos peldaños que me acercaban hasta él y toqué su hombro. Antonella, al verlo, abrió sus bracitos para que Alessandro la alzara. Sabía que con ella en brazos él se calmaría...

—“Papá” —balbuceó mi hija, haciendo que Alessandro se tensara. Aun así, él abrió sus brazos para ella. La tristeza que se reflejó en los ojos de Gabriel fue evidente. Sentí su dolor como el mío propio, mientras recordaba la vez que Antonella solo se calmó cuando él la tuvo entre sus brazos.

Mi impulso fue caminar y abrazarlo, pegarle y abrazarle una vez más, pero no lo hice. Me quedé al lado de Alessandro.

—Necesitamos hablar —murmuré.

—No lo hagas —susurró Alessandro a mi lado—, déjame que yo trate esto.

Coloqué mi mano en su mejilla.

—Déjame hacer esto, y si no funciona, dejaré todo en tus manos... Lo juro.

—Él interpuso un derecho de custodia.

—No —la voz de Christian se escuchó sobre la de Alessandro—, lo hemos retirado esta mañana.

Vi a Gabriel asentir.

—¡Jane! —La mujer apareció inmediatamente—. Lleva la niña arriba, asegúrate de que coma su desayuno.

A pesar de que mi hija apretó sus manos en el saco de Alessandro, no lloró cuando él le dejó un beso en su frente.

—No harás esto sola.

—No vamos a hacerle daño, D’Angelo... —siseó Gabriel.

Chris tomó su mano y la apretó con suavidad, hacía eso siempre que

Gabriel empezaba a perder los estribos.

Una vez en el estudio, me senté en el brazo del sillón de Alessandro. Christian y Gabriel se sentaron frente a nosotros.

—Hablé con el juez, retiré la demanda, alegando que Gabriel y tú habían llegado a un acuerdo —habló Chris—. Nosotros no queremos hacer de esto un circo, solo... solo queremos que no nos alejes de la niña, que no nos alejes de su vida...

—Ella es mi hija y estará donde yo esté. Tenemos todo listo para viajar a Milán una vez se haya resuelto todo.

—¿Qué tengo que hacer para que no la apartes de mi lado? —expresó Gabriel tristemente.

—No soy yo la que la apartó —expliqué—, fueron sus engaños, sus mentiras, no yo.

—Katheryne...

—No van a separarla de mí, quizás no fui yo la que la trajo al mundo, pero yo soy su madre, así por sus venas no sea mi sangre la que corra.

—Lo sabemos —aceptó Chris—. Si hemos retirado la demanda es porque entendemos eso, Katheryne. Antonella estará mucho mejor contigo que con alguno de nosotros, a pesar de que la amamos como lo hacemos. Estos meses han sido difíciles. —Sacó de su maletín un documento. Iba a tomarlo, pero Lex fue mucho más rápido que yo—. Es un documento notarial en donde se certifica que Gabriel no está interesado en la custodia legal de la niña, pero como padre biológico, quiere estar presente en su vida.

Negué...

—La niña y yo nos iremos a Milán con Alessandro —repetí.

Era mi vida. Mi decisión...

—¿Es eso lo que quieres? —Gabriel preguntó.

—Ustedes me conocen y saben que cuando tomo una decisión no doy marcha atrás.

—Lo sabemos, lo que queremos es derecho de vacaciones, que la niña también pueda compartir con nosotros.

—¿Y todo esto a cambio de...? —interrumpió Alessandro—. ¿Qué hay detrás de todo esto?

—No todos somos tan asquerosos como tú —escupió Gabriel con sorna.

—Solo ser personas presentes en la vida de Antonella —acotó Christian—, somos sus padrinos, después de todo. —Chris me miraba a mí, a pesar de hablar a Alessandro.

—¿Renuncias a los derechos de tu hija? —Alessandro habló incrédulo
— No sé porqué no me extraña.

—¿Por qué no te callas? —explotó Gabriel—. Esto no es contigo.

Christian volvió a tomar la mano de Gabriel y nuevamente se dirigió a mí.

—Ella va a estar mejor contigo. Tú la amas tanto como la hubiese amado Isabella, ella arriesgó su vida por Antonella, tú vendiste tu cuerpo por ella.

Alessandro resopló. Y fue el turno de Gabriel para hablar.

—Supongo que fue fácil para mí quedarme al margen y actuar como un maldito cobarde... —peinó sus cabellos hacia atrás—. Kath, sé que no tengo perdón, pero lo único que quiero es seguir siendo parte de su vida, de la de ambas.

Miré a Alessandro leer el documento que Christian le había otorgado.

—Kath... —Chris extendió su mano hacia mí, pero estaba tan dolida... La herida aún no cicatrizaba, dudaba que alguna vez fuera a recuperarme. La cicatriz siempre estaría ahí haciendo mella, recordándome sus mentiras, sus embustes...

—Aparentemente, es legal. Se lo daré a Richardson para que lo revise — apuntó Alessandro, pasándome el documento.

—¿Lo pensarás, Katheryne? —Chris se veía esperanzado. Sin embargo, no dije nada, leí rápidamente el documento sin levantar la mirada hacia mis antiguos amigos.

—Lo pensaré —suspiré resignada, evitar un juicio era lo que más quería. Ambos se levantaron del sofá e imité su gesto.

—¿Alguna vez podrás perdonar el engaño? —Chris se acercó dos pasos hacia mí y yo retrocedí.

—Aún es muy pronto...

—Déjanos explicarte cómo.

—No, nada justifica lo que hicieron. Me engañaste, Chris, y tú me ocultaste la verdad todo este tiempo. —Miré a Gabriel.

—¿Al menos, puedo ver a mi niña? —Podía ver el dolor en sus ojos, el anhelo. Gabriel estuvo presente en la vida de mi niña desde que Antonella llegó a este mundo. Estos dos meses había sido el tiempo más largo que ellos estuvieron separados de ella.

—Ni lo pienses —masculló Alessandro.

—No ahora —dije—, pronto. Tengo... Tienen que darme tiempo.

Alessandro me miró, preguntando si estaba segura, a lo que asentí.

—¿Cuánto? —Chris se veía aliviado—. ¿Una semana?, ¿dos?

—No lo sé, pero será antes de que nos marchemos a Italia.

—Es solo un beso, un abrazo. —Negué ante la mirada acuosa de Gabriel.

—Pronto... —susurré—. Los llamaré pronto.

Vi a mis amigos salir de la habitación, justo en el momento en el que los brazos de Alessandro me atrajeron a su cuerpo.

—*La mia ragazza coraggiosa piange, mia dolce ragazza piange.* [\[50\]](#)

Una semana había transcurrido desde aquella visita de Chris y Gabriel y, tal como había dicho Chris, el documento de renuncia de derechos era completamente legal. No sabía a ciencia cierta qué había sucedido con Gabriel para que cambiara de opinión, pero mi corazón aún estaba dolido como para llamarlos. Si de algo estaba segura era de que el perdón iba a tardarse, pero los dejaría pasar tiempo con Antonella antes de irnos a Milán.

Alessandro había estado cuatro días en San Francisco visitando las nuevas instalaciones de D'Angelo Building. Había llegado en la mañana y ordenado expresamente que yo debía ir junto con Riley a buscarlo al aeropuerto; así que, luego de buscarlo, y que me diese uno de sus besos, de esos que embotan todos mis sentidos, había pasado casi todo el día junto con Alessandro comprando ropa acorde al clima de Milán, tanto para Antonella como para mí. Por más que le dije que era suficiente, perdí la cuenta de cuántas bolsas llevábamos cuando entramos al quinto almacén para niños. A la hora de comprar, Alessandro era peor que V y Gianna juntas.

V... La había visto un par de veces mientras ella babeaba por el trasero de Demian y, al parecer, él estaba igual por ella. La química entre ellos era innegable.

—¿No podemos comprar una y ya?

—No, Isabella la tejió. Además, V me dijo que la había dejado en uno de los viejos cajones de mi departamento.

—Antiguo departamento... En unos días se acabará lo que habías pagado por renta y te juro que, si vuelves a huir y vuelves aquí, destruyo el edificio piedra por piedra —me advirtió muy serio.

Me reí.

—No estoy jugando, Katheryne.

—Está bien, está bien... —Nuestra relación o, lo que sea que teníamos, estaba encaminada. Alessandro se comportaba con Antonella como un verdadero padre, a pesar de mantener su carácter bipolar y sus locas ganas de controlar lo que nos rodeaba—. ¿Por qué demonios dejaste a *la picola* en casa?

—¿La extrañaste? —No dijo nada—. Pensé que era lo mejor, debido al mal tiempo.

Riley aparcó el auto frente a mi antiguo edificio, justo cuando el celular de Alessandro empezó a sonar.

—Richardson, ¿tiene que ser ahora? Acabo de llegar de San Francisco, mándamelo por un correo... ¿Qué demonios? ¡Demian puede firmarlo! Está bien, iré y firmaré el maldito documento. —Miró su reloj y luego a Riley por el retrovisor.

—Veinte minutos, señor —dijo el chofer.

—Veinte minutos. Sí, nos vemos —colgó la llamada—. Sube por la maldita cobija.

—¿Por qué no vas a la oficina y luego me recoges? Mientras, me quedo con V. Desde que empezó ese extraño amorío con el señor Hamilton, casi no la he visto. —Su ceño se frunció—. Anda, es lo mejor. Ambos pueden pasar por mí en una hora.

—Cuarenta y cinco minutos —dijo entre dientes—. Ven aquí y bésame, Cortéz.

Me acerqué a él y dejé que sus manos apresaran mi nuca... ¿Quién besaba a quién? Como para variar, mi cuerpo se olvidó que sin oxígeno mis pulmones no trabajan.

—¡Cristo! Te necesito desnuda y atada en mi cama ¡ya!...

—Juro que estaré lista tan pronto vuelvas. —Miré a Riley por el retrovisor y sonreí.

—¿Volver? No, Cortéz. Sube por la maldita cobija y vámonos de aquí —replicó exasperado.

—Ve a la empresa y vuelve por mí.

Salí del coche, subiendo las viejas escaleras de mi edificio. Pensé en saludar a V, pero sabía que si tocaba a su puerta ella no me dejaría subir, así que decidí dejarlo para cuando tuviese la manta en mis manos. En pocos días, viajaríamos a Milán y empezaría una nueva vida para nosotras. Llegué a mi puerta y saqué las llaves de la bolsa.

Sentí frío al abrir el departamento, no el frío por la temperatura, sino el frío que recorre tu cuerpo cuando está a punto de suceder algo. Negué con la cabeza quitando las malas ideas de mi cabeza. Dejé mi bolsa sobre el sofá y observé la ventana abierta, lo que me pareció extraño. Caminé hacia ella y la cerré, asegurándola con el seguro, intentando recordar si realmente le había puesto el seguro la última vez que estuve allí. Miré hacia la calle, notando que él se había ido. Al final, me había dado la hora que le solicité. Dejé de perder el tiempo y me dispuse a encontrar la manta que había sido de Antonella desde que estaba en el vientre de su madre. V se quedaría en el departamento, ya que Alessandro le había hecho varias mejoras y estaba en mejores condiciones que el de ella. Había aún ropa de Antonella en los cajones, que ella donaría. Abrí los cajones, notando que algo no estaba bien. Todo parecía revuelto, como si hubieran estado buscando algo. ¿Pero, qué? Hice una nota mental para preguntarle a V cuando la viera. Abrí la gaveta de la ropa de cama de Antonella y tomé la mantita, apoyándola en mi pecho. Iba a girarme para salir de ahí, pero no puede. Sentí que alguien se acercaba. Antes que pudiese siquiera girarme, la persona detrás de mí habló:

—Gira lentamente. —Su acento... Conocía esa voz. Me giré tan lentamente, como pude, mientras confirmaba quién era.

20

—Fabrizio. —Mi voz fue baja, suave y controlada.

¿Qué demonios hacía este tipo aquí?

—Veo que me recuerdas, *principessa*. —No pude evitar mi gesto de repulsión al escucharlo hablar, su acento continuaba siendo un asco.

—Claro, estoy muy agradecida por lo que hiciste por mi hermanita. — Fingí indiferencia con una sonrisa.

—¿Tu hermanita o tu hija...?

¡Diablos! Él lo sabía...

—Mi hermana —dije con voz calmada—. Antonella es mi hermana.

—Tsk, Tsk, Tsk, una *ragazza* tan linda como tú no puede estar mintiendo así.

—No sé qué demonios haces aquí, y la verdad tampoco es que me importe, yo solo subí por esto —dije mientras levantaba la mano con la frazada de mi pequeña—. Y ahora debo marcharme, así que, sí me permites...

—Quería salir de ahí lo antes posible, no sabía por qué ni de dónde habían salido esas palabras, pero él no se veía igual que en nuestros encuentros anteriores, lucía diferente... quizá, más desquiciado de lo normal...

—No, no, no... tú no vas a ningún lado —sacó un revólver de la cinturilla de sus jeans desgastados—. Camina —me empujó hasta llevarme a la cama.— Toma asiento—. Tenía una mueca sardónica en su rostro.

« ¡Dios mío! Por favor, que no me haga nada. »

—Ahora... Suelta lo que llevas en las manos —dijo con una dulzura tan falsa que me ocasiono náuseas.

—Es simplemente la cobija de mi h...

—¡Qué la sueltes, *puttana*!

Dejé que la cobija se deslizara entre mis dedos. Respirando fuertemente, miré a Fabrizio a los ojos. El hombre que tenía frente a mí no era el mismo que hacía unos meses en la Gala de D'Angelo Building.

Estaba flaco, ojeroso y considerablemente demacrado; su cabello no tenía ese brillo que había visto las dos únicas veces que me lo había encontrado. Y sus ojos... Sus ojos estaban irritados, como si... Como si hubiese ingerido algún tipo de estupefaciente. Miré hacia la puerta y me pregunté cuánto tardaría en llegar a ella.

—Ni lo pienses, Kati-Kath, o acabarás con un hueco en tu trasero —me advirtió con burla. A esta hora, mi edificio se encontraba completamente vacío. El señor Wheeling y su esposa trabajaban, y Hans, el chico del cuarto piso, aún estaba con sus padres por las vacaciones. Sí, debía ser cuidadosa. Quizás con un poco de suerte, podría ganarme su confianza y tratar de quitarle el arma, o huir.

En ese momento, me odié por haberle dicho a Alessandro que se marchara y luego viniera por mí.

—Tienes mucha ropa, *puttana* —me señaló con el arma—. Quítatela —el aire se retuvo en mis pulmones—. ¡Ahora!... ¿Sabes qué puedo matarte aquí mismo y nadie se enteraría...? —besó la punta de la pistola, pude observar el pequeño cilindro negro en la punta. Tenía un silenciador—. Así que mejor... —giró la cabeza de lado a lado—. ¿Por qué no nos dejamos de formalidades o tonterías y terminas de hacer lo que te ordeno?

Tragué el nudo en mi garganta.

—Ahora, la ropa... ¿Qué esperas? —Suspiré fuertemente forzando a mi corazón a mantenerse calmado antes de quitarme la gabardina negra que me cubría del frío, quedando así en unos jeans, mis botas y un suéter negro —Detente... —dijo cuándo la gabardina cayó al suelo—. Tengo una mejor idea, esperemos que venga el maldito de mi primo, será más divertido si él está aquí.

—¿Por qué haces esto? —Aunque traté de que mi voz sonara fuerte, sé que se escuchó como un murmullo tembloroso.

—¿Has escuchado el refrán "ojo por ojo, diente por diente"?

Asentí.

—Pues el niño lindo me jodió la vida, así que ahora es mi turno de joder todo lo que él quiere.

—Te equivocas...Lex... Alessandro... —me corregí rápidamente—. Él no me quiere, yo solo soy su dama de compañía.

—A veces, no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y ¿sabes? Yo soy un halcón. Mejor ve al sofá. —Señaló con el arma el sofá. En ese instante, en mi celular empezó a sonar *Addicted* de Kelly Clarkson. V había dicho que esa canción era perfecta y ella misma lo había colocado de tono para reconocer sus llamadas.

Sin dejar de apuntarme con el arma, buscó entre mi bolso hasta encontrar el celular.

—¡Ay, pero qué ternura! Una canción bastante apropiada... —soltó una

extraña carcajada—. Todos en esta vida somos adictos a algo —traté de moverme, intentando, en vano, tomarlo desprevenido—. ¿Qué crees que haces, zorra?

—Mi celular...

—Sé perfectamente que tu celular está sonando... Eso no quiere decir que lo vayas a contestar, ¿crees que soy estúpido?

—¿Vas a secuestrarme?

«No, qué va. Vamos a ir a dar un paseo, idiota. ¡Obvio que va a secuestrarme!»

—No...

—¿No? —pregunté sin entender.

—A ver, mejor aclaremos esto... Tú, pequeña Katheryne, no eres más que un simple anzuelo en el típico momento y lugar equivocado. —Mi celular continuaba repicando. Sabía que si Alessandro seguía marcando y no contestaba, él iba a regresar, lo que significaba que... Ya no tendría una hora.

—¡Bingo!

¡Maldita sea mi mala costumbre de pensar en voz alta!

—Y es así como al no contestar atraerás al bastardo —fijó su mirada en el techo y, cuando volvió a mirarme, su mirada de comprensión fue escalofriante—. ¿Acaso no soy un jodido genio? —rio frenéticamente—. Sí, un puto genio. —Tocó su cabeza con el arma.

—Entonces, esperemos a que Alessandro llegue y así yo podré marcharme... —Sabía que no era tonto, pero al observar lo desquiciado que se veía, intenté persuadirlo de alguna manera.

—No soy estúpido, muñeca... tengo todo fríamente calculado —caminó hacia mí y por inercia me moví hacia atrás hasta que mi espalda se pegó completamente a la pared—. Eres una cosita muy linda.

Su aliento golpeó mi rostro, dejándome sentir el olor de algún tipo de alcohol. Aguanté las arcadas mientras trataba por todos los medios de calmar mi desesperado corazón.

—Ven con papi, muñeca. —Su mano se cerró en mi muñeca fuertemente, haciéndome sisear de dolor.

Al final, me soltó con desdén.

Minutos, que parecían horas. Segundos que se sentían como milenios... Eternidad de un simple instante en el que tu alma pende de un hilo y no tienes ni puta idea de qué hacer para retrasar un destino del que tanto se había huido... No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que Alessandro me

había dejado, o cuándo fue la última vez que mi teléfono había sonado; lo único que sentía era la asquerosa mano de Fabrizio rozar mi muslo sobre la tela de mis jeans, subiendo por mi vientre, hasta tomar mis pechos y apretarlos rudamente. De mi garganta, escapó un grito de dolor. Él iba a forzarme, lo veía en sus ojos, lo sentía en su toque. El bulto en sus pantalones me lo confirmaba. En ese instante, tomé la determinación de desconectar mi cuerpo de mi mente. No quería sentir... No quería saber, traté de recordar todos aquellos momentos que había vivido con el único hombre que había amado...

Sentí la tela de mi camisa romperse y me perdí en los recuerdos. Mi mente gritaba un débil: "No, por favor", pero mi boca parecía estar sellada, mis cuerdas vocales inmovilizadas... ese tipo iba a torturarme.

Su lengua delineó el contorno de mi rostro y, entonces, su mano se cerró en mi coleta fuertemente.

Una cruel carcajada resonó en cada rincón del departamento

—¿Tienes miedo, *puttana*? —Sonrió ladinamente y luego colocó el arma en mi barbilla—. Eres demasiado tentadora para tu propio bien, muñeca... Pero esto va ser mucho más divertido con el bastardo enfrente, Además..., en realidad no creo que tengas tanta suerte... —Finalizó, hundiendo nuevamente el arma en mi barbilla. Mi cuerpo estaba ahí, pero ni mi mente ni mi alma se encontraban conectados.

Entonces, un golpe seco y certero me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Estás ahí? ¡Maldita sea, abre ahora, Katheryne! —La voz de Alessandro se escuchaba agitada mientras azotaba la puerta—. ¡Abre, Katheryne! —Siguió golpeando fuertemente.

—Es hora de la función, gatita —dijo Fabrizio, riendo, antes de levantarse de la cama y tomarme a la fuerza por el brazo, dejándome de pie frente a él. Pasó uno de sus brazos por mi cuello, permitiéndome verle el rostro, y colocó el gatillo del arma en mi sien...

Se escuchó un estruendo y la puerta abrirse violentamente antes de que mis ojos se enfocaran en la contextura de mi bestia personal.

Su mirada barrió el salón del departamento antes de encontrarse con la cruel sonrisa de su primo.

—¡Katheryne! —Alessandro quedó frente a nosotros.

—¡Pero miren quién ha decidido honrarnos con su presencia! ¡Atención, dama! —Hizo un gesto burlón dirigiéndose a mí—. La espera ha valido la pena: Ante nosotros, el príncipe de los D'Angelo. —Finalizó, haciendo un gesto de reverencia burlona, obligándome a hacerlo con él.

—Suéltala —exigió.

—Tsk, tsk, tsk. ¿Qué tal si observas la situación? Quizás te des cuenta de que no estás en situación de exigir cosas, principito. —Hundió el gatillo de la pistola en mi sien, haciéndome sisear un poco antes de girarme y dejarme ver a Alessandro—. Está bonita la *puttana*. ¿No crees, primito? —Negó con su cabeza, su brazo en mi cuello me estaba matando, tenía la respiración acelerada y mi corazón... Mi corazón latía a mil por segundo. Fabrizio rio, hundiendo aún más el gatillo en mi piel—. ¿Es buena mamándola, primito...? —Alessandro apretó los puños—. Fiorella era buena...

—¡Cállate, bastardo! No te atrevas a nombrarla.

—Mejor cálmate, tampoco es para tanto, no era más que otra *shifosa*... ¿Me pregunto, muñeca, si vales lo que este imbécil pagó por ti? —mis ojos y los de Alessandro se abrieron al escucharlo—. ¡Ay! —suspiró cansado—. Sí, yo lo sé todo, muñeca... Eras la ratita asustada y virgen de *The Chalets*.

Mi respiración empezó a fallarme mientras recordaba ese día...

—Bien, creo que ya tenemos un ganador —dijo Sharon, evidentemente emocionada—. Vendida a la una, vendida a las dos... —La pantalla cambió, mostrando ochocientos veinte mil dólares, y yo di un jadeo, sorprendida ante tamaña cantidad—. Parece que alguien más ofertó por Kathy, tenemos ochocientos veinte mil a la una, a las dos...—La suma volvió a cambiar, esa vez, a ochocientos setenta mil dólares.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—Parece que alguien está dispuesto a llevarse a esta niña de sangre latina esta noche. ¿Será que hay una oferta más? A la una... a las dos.

La pantalla cambió nuevamente con la cifra de... ¡Joder! Un jodido millón de dólares.

Alguien maldijo en voz alta y estrelló su vaso contra el suelo antes de salir, dando un sonoro portazo en la puerta.

—Señor H, se lleva usted una excelente chica. —Sharon sonrió. La puerta de mi urna se abrió y di una última mirada a la chica de tez morena antes de salir del salón.

—Conmigo hubieses disfrutado más... Pero a mi primito le gustan las putas ¿No es así, Lexie? Fiorella también era una perra.

—No, ella no era así, Fiorella...

—Creo que me gustaría ver cómo me la chupas... —interrumpió

Fabrizio—. ¿Tú no quieres verlo, primito? —Me giró entre sus brazos, quedando frente a frente, colocando la pistola entre mis cejas—. Inclínate y déjame ver qué hace esa maravillosa boquita. —Iba a hacerlo lo que sea con tal que ese hombre nos dejara en paz, pero Alessandro habló.

—Déjala ir, tu pelea es conmigo —siseó con las manos empuñadas.

—Nooo —alargó la O—. Quiero divertirme un poquito... ¿Nos divertimos, muñequita? —me tomó del pelo con su mano libre, bajando el arma hasta volverme a colocar en la posición inicial. Parecía imposible, pero a pesar de todo, estaba más relajada, su presencia allí me daba fuerzas para soportar su asqueroso olor y la opresión del arma—. ¿Eres estrecha, *carrello*? —Su lengua lamió la parte derecha de mi rostro y lloriqueé de asco y repulsión.

—¡Déjala ir! —Alessandro intentó caminar hacia nosotros.

—Atrás o te juro que la mato... Igual, no sería la primera vez que lo hago. —Se jactó. No podía verlo, pero estaba segura de que era una sonrisa cruel—. Estás enamorado de ella... ¿De la puta? —Se burló al ver que Alessandro apretaba la mandíbula.

—No sé de lo que hablas —dijo él secamente.

—La miras como si fuese un ratoncito... ¡Como mirabas a mi mujer! ¿Amas a la puta? —insistió burlón. Vi cómo Alessandro se pasó la mano por el cabello, podía ver lo impotente que se sentía, mientras yo trataba desesperadamente de decirle con mi mirada que todo estaría bien.

« Este tipo está demente. »

—Ella no es nadie... —Las palabras de Alessandro fueron crueles; pero sabía que estaba fingiendo, a pesar de que él intentaba no hacer contacto visual conmigo.

—¿Es decir, que si la mato aquí, no va afectarte como con Fiorella, primito?

—Rata...

—Shhh, no te conviene que yo me enoje, Lexie, Lexie —replicó como si le hablara a un niño pequeño—. Voy a hacer lo mismo que hace seis putos años... Te destruiré, principito. —Lo vi apretar el gatillo y cerré los ojos...

« Te amo, Alessandro. »

La carcajada de Fabrizio sonó por cada rincón de mi departamento.

—Debiste ver tu cara de niña, bastardito... Y eso que no sientes nada por la puta, de haber sabido que esto iba a ser así de divertido, hubiese hecho lo mismo tiempo atrás —empezó a caminar junto conmigo. Alessandro trató de

moverse—. ¡Quédate ahí, maldita sea! ¡Te mueves un paso y te juro que le vuelo los sesos!

—¿Qué quieres decir con años atrás? —expresó Alessandro, mirándolo desafiante.

—*Il tuo piccolo pazzo*^[51]—Fabrizio movió la mano de donde tenía el arma—. Aunque supiste sacar provecho cuando mi padre murió, tenías el mejor auto... Mi novia.

—¡Fiorella nunca fue tuya!

—¡Lo era! Lo era hasta que tú le mentiste sobre mí... La muy puta...

—No hables así de ella.

—¡Yo la amaba! —gritó Fabrizio—. Y la muy puta se quedó contigo. ¡Tú la apartaste de mí! —Meneó el arma frente a él.

—¡La amabas tanto que abusaste de su confianza...De su cuerpo! —gritó Alessandro de vuelta, a lo que Fabrizio rio.

—¿Sabes qué fue lo que más disfruté? —dijo riendo mientras me apretujaba a él—. Los gritos de la zorra mientras desgarraba su vestido. —Volvió a lamer mi mejilla y, entonces lo vi, el dolor se transformó en ira, la decepción en venganza... Sus ojos, su cuerpo y todo él se preparó para luchar. Estaba empezando a asustarme. Fiorella era un tema delicado para Alessandro y podía ver cómo su cuerpo empezaba a tensionarse—. Cuando la penetré como un demente, cuando rompí su barrera de niña y la hice ¡Mi Mujer!

—¡Nunca fue tu mujer! —El dolor en su voz era palpable.

—Ni tuya, primito... Por eso la maté. —Suspiró dramáticamente—. Si ella no era para mí... No iba ser para nadie. ¿Has escuchado la frase: “Por la plata baila el perro”? —volvió a sonreír—. ¿A que no sabes cuánto pagué por la insulsa existencia de Fiorella?

—Eres un maldito hijo de perra. —Los ojos de mi hombre se volvieron vidriosos, su respiración se agitó y caminó tres pasos hacia nosotros.

—Quieto ahí, no te muevas —me apretó más a su cuerpo—. Fiorella no debió morir. —Su voz bajó un par de octavas—. ¡El que tenía que morir eras tú, perro! Así quedábamos todos felices; tú muerto, como debiste hacerlo con tus malditos padres, toda la fortuna D’Angelo pasaría a mí, por ser el único miembro de la familia, y Fiorella volvería a ser mía. El plan era perfecto, pero no... ¡tú tenías que darle tu maldito coche! —Fabrizio estaba completamente loco—. Al final, no fue tan mala idea... La perra lo hizo mejor de lo que yo podría haberlo imaginado. —Su voz tenía un toque irónico y sarcástico—. No solo se murió, estuvo cinco meses en coma haciéndote creer

que ella y el engendro que habían creado iban a vivir... —rio—. Fue genial, ¿no, primito? Que ella moviera unos dedos y, al día siguiente: ¡Puff, se murió!

—Voy a matarte, Fabrizio...

—Tsk —chasqueó su lengua—. ¿Quién tiene el arma aquí, D'Angelo? ¿Quién nunca aprendió cómo defenderse?

—¿Por qué? —susurró Alessandro, derrotado.

—Porque era mi derecho... ¡Yo también soy un D'Angelo!

—Tu padre fue un maldito...

—No. —Su brazo fijo en mi cuello, debajo de mi barbilla—. El maldito fue tu padre, que le robó todo al mío.

—Mi padre no le robó nada a la bazofia de tu padre. Fue el abuelo Frank quien decidió todo.

—¡Mi padre era el primogénito!

—¡Era un bastardo! —gritó Alessandro—. Un maldito drogadicto.

—¡Tenía derechos! Pero tu padre se los quitó, y por eso —reacomodó el arma, dejándola en mi mejilla. Sentía el frío metal aturdiéndome los sentidos, pero mis ojos estaban puestos en los del hombre frente a mí. No sabía por qué, pero presentía que cuando Fabrizio abriera la boca le daría un duro golpe—. ¡Por eso los mandó matar! Pero, por Cristo, ¡tú eres un puto gato! ¿Por qué sobreviviste...? Lástima que tus papitos no pudieron hacer lo mismo.

Alessandro se quebró, vi en sus ojos cómo toda su vida pasaba por delante de él y no pude evitar que, por primera vez en la noche, las lágrimas surcaran mi rostro.

—Eres un... —La rabia y el dolor se dejaba entrever en sus gestos y sus palabras—. Más te vale que yo no salga vivo de esta puta habitación, o te juro por mis padres que no me rendiré hasta no matarte con mis propias manos.

—Palabras... Palabras, Lexie... ¿A quién mato primero? ¿A ti o la *puttana*? Decisiones... Decisiones... No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento. ¡Meses!

Brinqué por su último grito.

—Oh, nena, eres tan inocente... —Acarició mi mejilla con el revolver—. No darte cuenta cómo te seguía —Alessandro me miró a los ojos—. Tsk —chasqueó su lengua—. Primero, pensé en meterme con la bastardita...

Me tensé ante la posibilidad de que fuese Antonella y no yo la que estuviese aquí.

—Por eso fui al hospital, pero es que no hay un momento en que esa niña esté sola; así que decidí esperarte... Mira tú, no tuve que esperar tanto...

Alessandro me miró a los ojos, tratando de decirme algo con la mirada.
—¡No! —articulé sin voz—. Por favor. —Volví a mover mis labios.

Él fijó su mirada en mí y luego la bajó a su mano. Tenía la palma abierta, pegada completamente a su muslo. Abrió y cerró sus manos dos veces. Fabrizio parecía ajeno a lo que él hacía; hablando y hablando cosas que no captaba, ya que yo me encontraba enfocada en lo sea que él iba a hacer. Alessandro encogió uno de sus dedos y yo negué con la vista. Encogió otro y mis ojos se abrieron. Su mirada ya no estaba en mí, sino en el hombre a mis espaldas. Un tercer dedo se encogió y empecé a sudar.

Sus ojos tan claros me pedían a gritos que hiciera algo que no lograba comprender... Ese algo era conseguir la manera de alejarme de él. Quité mi mano de su brazo y la dejé caer a mi costado, flexionándola un poco, con mi mirada fija en los dos dedos que aún estaban extendidos.

—Sí, yo maté a Fiorella y a tu bastardito. —La mirada de Alessandro se enfocó en mi cuerpo y yo empuñé mis dos manos, esto era un juego, donde Alessandro era un ratón y Fabrizio se creía gato. Cuando el último dedo se encogió, su mirada penetrante se apoderó de la mía en un claro: “Ahora.”

Flexioné mi brazo antes de darle con todas mis fuerzas a Fabrizio en el estómago con mi codo. Él trastabilló un poco, soltándose bruscamente y retrocediendo unos pasos. Y yo aproveché para dejarme caer al suelo.

—¡Putá! —gritó Fabrizio antes de que Alessandro lo golpeará. Se había movido realmente rápido, golpeándolo en el rostro mientras yo trataba de colocar distancia.

Lo vi volver a lanzarse sobre él, haciendo que Fabrizio soltara el arma, que rodó hasta debajo del sofá. Golpes iban y otros volvían. Rodaron varias veces por el suelo. Fabrizio quedó sobre Lex, golpeándolo una y otra vez en el rostro.

—Nunca supiste pelear, principito —dijo dándole un nuevo golpe.

Estaba petrificada viendo cómo le golpeaba una y otra vez.

—Siempre fuiste un jodido maricón. —Volvió a golpearlo, esta vez muy fuerte en el estómago, antes de levantarse y patearlo un par de veces...

Su mirada se conectó con la mía y sacó su lengua, limpiando un hilillo de sangre.

—¡Vas a pagar muy caro tu atrevimiento, maldita idiota! —gritó antes de caminar hacia mí. Estaba a solo dos pasos de mí cuando Alessandro se lanzó sobre él nuevamente.

—¡Eres un maldito bastardo! —gritó, derrumbándolo—. La mataste,

maldito —nuevamente, una ronda de golpes por ambas partes—. Yo llevo años culpándome, cuando el único maldito culpable ¡eras tú! —gimió con dolor mientras lo golpeaba, pero no tan bien o fuerte como Fabrizio.

Reaccioné y corrí hasta donde había visto caer el arma. La busqué como posesa, pero no la hallaba por ningún lugar. Cuando por fin la encontré, Fabrizio tenía a Alessandro recostado a la pared mientras le daba un golpe tras otro en su estómago.

—¡Suéltalo! —grité con todas mis fuerzas—. Suéltalo o te juro que te mato, maldito —chillé, temblando como una hoja en plena tormenta. Alessandro me miró a los ojos; su rostro estaba golpeado, su ceja y labio partido—. Vete — gemí.

Fabrizio sonrió antes de asestarle un nuevo golpe a Alessandro en su mandíbula. Golpe que lo derrumbó por completo.

—Tsk, tsk... —Fabrizio chasqueó su lengua hacia mí—. No —dijo severamente—. No se empuña un arma cuando no se está dispuesto a dispararla, gatita... —explicó como si fuese retrasada.

—Atrás, aléjate, o te juro que disparo —dije mientras caminaba en dirección a Alessandro.

—Mira, putita —no pensé, accioné el gatillo y el disparo impactó en la pared—. ¡Guau, la puta tiene agallas! —Sonrió a medio lado—. No sabes cómo me excita eso, muñeca —tomó su entrepierna en un gesto burlón—. Después que acabe con el bastardito, podremos jugar tú y yo.

—Prefiero arder en el infierno —dije asqueada, al momento que llegaba a Alessandro—. ¿Estás bien? —Le pregunte, dándole la espalda a Fabrizio.

Grave error.

Sentí su mano envolverse en mi pelo antes de acercarme nuevamente a él.

—Nunca le des la espalda a uno de tus enemigos, muñeca —habló fuerte. Alessandro gimió antes de levantarse—. ¿Sabes, primito? Cada vez me gusta más tu mujer... Quiero follarte, muñeca, pero primero hay que acabar con el bastardo. —Me arrebató el arma fuertemente y lloré de frustración al sentirme tan débil e inútil—. Despídete del mundo, idiota —dijo apuntando hacia él.

No sé de donde me llegó el coraje, pero no iba a permitir que le pusiera otro dedo encima, no iba a matarlo, no si yo podía impedirlo. Subí mi pierna derecha y lo pisé con todo lo que pude antes de girarme y golpearlo con toda mi fuerza

Él maldijo en italiano antes de darme una fuerte bofetada y empujarme

fuertemente contra la pared.

Sentí cómo mi cabeza golpeaba con algo frío y duro. El dolor recorrió cada una de mis terminaciones nerviosas como si me enterraran miles de agujas en cada parte de mi cuerpo; mis brazos quedaron laxos a cada lado de mi cuerpo; mis piernas se hicieron gelatina y sentí cómo caía al piso fuertemente.

El dolor me impedía gritar, moverme. Con la respiración entrecortada y el corazón a mil por hora, vi cómo Alessandro se levantaba del suelo y tomaba a Fabrizio por la solapa de su camisa hasta empujarlo y golpearlo fuertemente contra la pared.

Los golpes volvieron a hacerse presentes. Alessandro esquivaba uno tras otro mientras trataba de golpearlo. Su cuerpo estaba tensionado y su mirada gritaba odio, mientras decía palabras que no lograba captar. Volvió a tomarlo de la camisa y a golpearlo una y otra vez con la pared. La vista se me volvió borrosa y, a pesar de que un sueño extraño me embargaba, luchaba por mantener los ojos abiertos. Lo último que logré percibir fue el sonido de un disparo.

Sé que grite, pero el grito nació y murió en mi garganta.

Un par de pasos corrieron hacia mí. No pude evitar que mis párpados se cerraran. Seguía ahí, pero ahora un sonido de pitido estaba instalado en mis oídos mientras el dolor se intensificaba.

Alguien me tomó en brazos, respiré tratando de reconocer a la persona... era su aroma. Quería pasar mis brazos por su cuello, quería recostarme en él. No podía.

Mi cuerpo pesaba como una tonelada, el dolor invadiendo todos mis sentidos mientras sentía cómo el mundo daba vueltas en mi interior. Todo empezó a ponerse negro y fue cuando su voz me trajo de vuelta.

—¡Por un demonio, despierta! —gritó, zarandeándome—. No puedes dejarme, no ahora. ¡Maldita sea, Katheryne! Si te mueres, voy a ir al puto cielo y te voy a arrancar de las manos de Dios o del que se interponga en mi camino. —Me pegó a su pecho—. *tutta la mia cita, titta la mia fottuta vista ero sicuro che fiorella fosse la mia altura meta ,la parte che mi mamcava e quando ti no incontrato...l'inferno non puoi moriré tesoro,il tuo odore,sei te...tu mi completi,io cazzo...dovvevo consumarmi e mi hai consumato con i toui nací!donna! !cristo! Sonó nato per essere tuo quindi non puoi lasciarmi ora dannazione penso..penso che....sveglia per una volta...*^[52] No te vas a morir.

Escuchaba sus susurros; palabras que, a pesar de no entender, me daban

una paz que necesitaba para darme las fuerzas y así mantenerme despierta, aunque mi cuerpo deseaba dejarse ir finalmente...

—No voy a permitirlo. Si tengo que pelear con el puto Lucifer, lo haré, pero no te irás. —Sentí que me levantaba del suelo—. No te dejaré ir, tú eres mía, me perteneces. —Sus labios se juntaron con los míos en un beso demasiado suave. Algo húmedo chocó con mis mejillas—. Abre los ojos, *principessa*, por favor... —Fue lo último que escuché antes de perderme en un agujero negro, en el que no hallaba salida alguna...

21

Alessandro

« Puedes cerrar los ojos a las cosas que no quieres ver, pero no puedes cerrar los ojos a las cosas que no quieres sentir. »

La frase de Fiorella rondaba mi cabeza una y otra vez.

Podía respirar de nuevo. Todo estaba bien, mi vida parecía encajar por primera vez desde que Fiorella se fue.

Mientras Riley conducía hacia las oficinas de D'Angelo Building, revisé en mi celular que todo estuviese listo para el vuelo, para la ida a mi hogar. Si cerraba los ojos, podía ver a Katheryne en mi mazmorra. Y lo que más deseaba era hacerla mía en ese lugar. Si bien era cierto que podía tenerla en cualquier rincón de mi casa, esa habitación era especial.

Dejé que mi cabeza se recostara en los asientos de cuero del *Lexus*... Katheryne Cortéz había cambiado mi vida, no era algo que estaba dispuesto a reconocer en voz alta, era consciente de que ella se había metido debajo de mi piel, pero lo que ella me hacía sentir era completamente distinto a lo que ya había sentido una vez. Lo que sentía por Katheryne era necesidad. Fiorella fue y seguiría siendo mi amor. Fiorella obtuvo todo de mí y se lo llevó cuando se fue. No podía entregar algo que ya no me pertenecía. A pesar de que Katheryne logró algo que Fiorella nunca hizo: Ella alejó las pesadillas, minimizó los recuerdos, ella era como el viento helado en las épocas calurosas; ella me calmaba, era mi paz.

Siempre fui yo con mis fantasmas, con mis demonios. Un dominante no deja de serlo porque una dulce mujer le diga que lo ama. Un dominante es lo que es hasta que muere... hasta el final; cambia, se transforma, pero su maldita esencia sigue ahí... Sigue siendo un jodido hijo de puta porque esa es su convicción, es su estilo de vida, su arma y protección. Es el placer inundando sus sentidos. El sadismo alimentando su vida. Y yo era un puto, jodido y retorcido dominante.

El sonido del claxon me sacó de mis divagaciones y miré a Riley por el retrovisor, enarcando una ceja.

—Lo siento, señor, no sabía que había este embotellamiento en esta avenida. —Solté un suspiro largo y marqué el número de Benjamín.

—¿Señor? —contestó con solemnidad.

—¿Está todo en orden, Benjamín?

—Sobre la marcha, señor, la señorita Jane estaba con la pequeña en el jardín, pero hace aproximadamente una hora subieron a la habitación. Ángela y Sasha están encargándose de la cena. Estaba a punto de llamarlo para ver si usted y la señora vendrían a almorzar a la misma hora.

—Nos retrasaremos un poco, lo mejor será que yo te avise cuando estemos cerca.

—Entendido, señor.

—Gracias, Ben. Mantenme al tanto, si se presenta algo. —Colgué la llamada y miré el embotellamiento frente a nosotros

Giré el aparato entre mis dedos y me removí incómodo en el asiento.

—¿Sucede algo, señor?

—¿Podríamos salir de aquí, Riley? —solté el nudo de mi corbata. De un momento a otro, el aire en el auto se sintió pesado—. Por favor.

—Solo debo avanzar un par de calles más, señor, y podré girar hacia la izquierda para buscar otra avenida.

Hice girar mi celular nuevamente. Estábamos cerca de Katheryne aún, lo mejor era dar la vuelta.

—Riley, gira y vuelve por Katheryne. —Marqué su número y esperé que contestara. No lo hizo, remarqué y volvió a enviarme al buzón.

Mis latidos se aceleraron. Esto solo había pasado una vez y fue el día que Fiorella... negué con la cabeza e insté a Riley a regresar por ella. Tardó casi veinte minutos en llegar. Había estado marcando al celular de Katheryne una y otra vez y no tenía respuesta alguna. Esperaba que ella tuviese una muy buena excusa, porque sino... Me bajé del auto antes de que Riley me abriera la puerta. Subí por las escaleras y golpeé en el apartamento de Verónica Walker dos veces, sin respuesta alguna. No estaba ahí. Subí al siguiente piso y saqué de mi bolsillo la llave que llevaba conmigo desde la última vez que ella huyó. Giré la llave con prontitud y caminé por el pasillo silencioso que llevaba a la única habitación.

—¡Katheryne! —grité antes de verla con él.

Lo siguiente que pasó fue tan rápido que no lo vi venir. Nunca había sido bueno para pelear mano a mano; de niño, Fabrizio siempre me había golpeado, y hay algunos miedos que siempre quedarán en mí. Mientras él me golpeaba,

regresé a ser el niño que fue arrancado de sus padres y de su hogar. Me trasporté al mismo mundo donde me trasladaba antes cuando solo era un crío. Entonces, escuché su voz. Vi cómo la golpeó. Ella me amaba y yo no merecía su amor, yo la había golpeado, humillado y maltratado. Yo, que la había mantenido lo más alejada de mí, yo que la hería constantemente para mantenerla lejos, yo que era dependiente a ella; yo que sentía que mi mundo se hundiría si ella no estaba junto a mí. Y fue cuando me di cuenta...

Yo estaba completa y absolutamente perdido en mi primitiva oscuridad hasta que ella había llegado a mi vida.

En un abrir y cerrar de ojos, la rata asquerosa me apuntaba; y al otro, mi *ragazza* estaba en el suelo sin abrir sus ojos.

El grifo gimió. El vampiro mostró sus colmillos y el monstruo bramó furioso. Los golpes se hicieron presentes, dejé de sentir. Tan solo la rabia hacia erupción. Apunté y disparé...

Era la primera vez que mis manos sostenían un arma. Tenía a Fabrizio donde quería, pero no pude disfrutarlo. Solté la pistola sin verificar si había acabado con la existencia del jodido hijo de puta y me arrodillé frente a la pequeña niña que me había dado luz, sin proponérselo. La alcé en mis brazos y bajé las escaleras lo más rápido que pude. Riley me miró atónito cuando salí del edificio.

—¡Mueve tu maldito trasero! —Le vociferé al verlo recostado en el *Lexus*. Abrió mi puerta y se subió tan rápido como pudo. Sus ojos me observaron por el espejo retrovisor, estaban llenos de preguntas, pero Riley era uno de mis mejores empleados, nunca preguntaba nada. Era leal y eficiente.

—¿Dónde vamos, señor? —murmuró mientras conducía. Tenía mi camisa manchada de sangre. Busqué en la cabeza de Katheryne, pero no era de ella.

—¿A dónde crees, imbécil?! —Riley dio un salto en su lugar—. Lo siento, Riley...

—Tranquilo, señor... Solo quiero saber si desea que la lleve a algún hospital en específico.

—No hay tiempo, llévame al hospital más cercano —dije sin siquiera levantar la mirada. Peiné los cabellos de Katheryne, despejando su rostro—. *Apri gli occhi, mia bella ragazza*^[53]—junté mi frente con la de ella—, *per favore, dolce, per favore, torna da me.*^[54]—Sabía que Riley estaba ignorando semáforos e iba a la máxima velocidad permitida, pero seguía siendo lento. Su pulso latía débil en las yemas de mis dedos

Parecieron horas antes de que Riley aparcara. No esperé a que detuviera completamente el coche, bajé de él con ella en brazos y entré al hospital gritando por ayuda.

—¡Una camilla! —grité— ¡Necesito un doctor! —Varias personas salieron llevando consigo una camilla. Ayudé a colocarla mientras un doctor la revisaba.

—Posible conmoción cerebral. ¡Hay que llevarla a emergencias ya! —gritó el doctor mientras empujaban la camilla—. ¡Busque a la doctora Wedheking! —dijo a una de las enfermeras.

Corrí detrás de ellos hasta que llegamos un par de puertas dobles, una de las enfermeras no me dejó pasar.

Sentí el mundo caer sobre mis pies antes de impactar mi mano contra la pared...Ella no iba a dejarme... ¡Demonios que no podía dejarme!

—No me dejes... —susurré a nadie en especial—. No, por favor, tú no me dejes.

El pánico comenzó a invadirme. Yo no podía perderla, ella no estaba muerta. Negué con la cabeza. No, ella no podía morir, me había prometido estar junto a mí hasta que el infierno se congelara.

No sabía exactamente cuánto tiempo había transcurrido. Caminé de un lado a otro, pasando las manos por mis cabellos. ¿Por qué nadie decía nada? ¿Por qué nadie salía de la maldita sala?

A mi mente llegaron los recuerdos de seis años atrás, la misma posición, el mismo maldito dolor en el pecho atravesándome como si fuese una estaca, la aprehensión del corazón y el dolor en los pulmones al hacer algo tan insignificante como respirar...

Riley estaba junto a mí, pero permanecía en silencio. Más tiempo pasó sin que nadie viniera a decirme algo, el tic-tac del reloj de la sala de espera me estaba enloqueciendo.

—Señor —una enfermera me llamó—, debo llevarlo a suturas y curar sus heridas.

—Ya le dije que estaba bien. —Era la segunda vez que venía alguien por lo mismo. Era la segunda vez que decía que no necesitaba nada.

—El corte en su ceja necesita sutura, está empezando a inflamarse y es...

—¡Estoy bien, maldita sea! —grité irritado—. ¡Puede dejarme solo! —La joven enfermera me miró asustada y temblando como una hoja antes de girarse. Me volteé, golpeando la pared fuertemente con mis puños sin importarme el dolor que invadió mi cuerpo.

—Alessandro —la voz de V llegó claramente. Levanté la mirada hasta encontrarme con los orbes negros de la mejor amiga de Katheryne—. ¿Dónde está Kath?

—¿Qué haces aquí? —Ella miró a Riley, pero antes que pudiera decir algo ella habló de nuevo.

—¿Qué sucedió? Los vecinos dijeron que te vieron salir con ella. Llamé a su celular, al tuyo y luego a Riley...

La máscara de frialdad esa que usaba cuando estaba destruido por dentro hizo su aparición; nadie tenía por qué saber mi angustia y frustración. Me sentía nuevamente inservible e inútil.

—¡Habla de una vez, por un demonio! —gritó la pequeña mujer antes de que mi mirada chocase una vez más con la suya—. Ella está... No... Kath no está muerta, ¿cierto? —preguntó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas...

No, ella no estaba muerta... No lo estaba. No iba a dejarme.

—¡Maldita sea, grandísimo imbécil! ¡Habla! —increpó nuevamente pegándome en el torso—. Mi amiga no está...

—¡Ella no va a morir! ¡No puede morir! —grité de vuelta, pasando las manos por mis cabellos. De soslayo, vi a Demian colocar una mano en su hombro. Ella se giró, abrazando a mi nuevo socio.

No sabía que estaban en algún tipo de relación, no es que me importara tampoco. Me alejé unos pasos de ellos y golpeé mi frente contra una pared. Por unos segundos, recité aquella vieja plegaria que hacía años no recitaba, sentía que la realidad me había abstraído. Durante la siguiente hora, me paseé por el corredor demandando información a cualquier hombre o mujer que veía con bata de doctor. La mayoría eran residentes, chicos aún más jóvenes que yo.

«¿Dónde habían quedado los médicos adultos?»

Iba a destruir el jodido hospital ladrillo a ladrillo si no tenía noticias pronto. Vi a Gabriel y a Christian entrar a la sala de espera y reunirse con V; seguramente, ella los llamó. Respiré profundamente, alejando la asfixia, intentando que el oxígeno llegara a mis pulmones, que mi tórax dejara de contraerse... Caminé hacia las puertas dobles, dispuesto a entrar por el pasillo y buscar habitación por habitación hasta encontrar a Katheryne. Pero, entonces, Gabriel me detuvo.

—Suéltame —murmuré entre dientes. Mis demonios estaban pidiendo que los liberara, que pagara con quien fuese la rabia que inundaba mis venas.

—Sabía que la destruirías —dijo Gabriel. Su voz se escuchaba rota,

dolida... —Traté de alejarla de ti, maldito bastardo, pero fracasé.

Me zafé de su amarre y lo enfrenté sin decir nada. Al igual que con V, me limité solo a observarlo por unos segundos. El demonio mostrando su mejor careta, aquella que parecía no importarle nada... Ni nadie...

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo cuando...? —Negó con la cabeza—. No sé ni por qué te lo pregunto, ella nunca te importó —expresó enfadado.

Lo empujé, lanzándolo lejos de mí. Mi vida ya era una mierda, pero en ese momento, sentía que la putrefacción estaba acabando conmigo.

—Quiero que te vayas de aquí —rugió, levantándose del suelo y empujándome contra la pared—. ¡Ella era mi niña hasta que tú te metiste en su camino, maldito egoísta! Es tu culpa que ella esté aquí. ¡No tienes por qué quedarte! Tú no sientes nada por ella y, aun así, la amarraste a ti haciéndola sufrir —gimió—. A ti te dará igual si ella vive o muere —espetó enfurruñado.

—¡Cállate! —grité, agarrándolo por el cuello de su camisa—. ¿Qué demonios sabes tú? ¡Tú, que nunca sabes nada, Gabriel! Tú no sabes lo que pienso o lo que... siento.

—Ni me importa —escupió con sorna—. Lo único que quiero es nos dejes en paz. Cobraste tu deuda, maldito bastardo. No tienes nada que hacer aquí.

Le solté con repulsión y me alejé un par de pasos, extendiendo mis brazos hacia él.

—Intenta moverme. —Lo vi en sus ojos, quería venir a mí y golpearme, obligarme a salir, y yo lo estaba esperando. Necesitaba eso para olvidar un poco. Quería que viniera a mí, que me hiciera golpearlo, porque mis demonios lo pedían, exigían liberación. Sin embargo, Demian no lo permitió.

—Este no es el momento ni el lugar. —Su voz fue solemne. Christian tomó a Gabriel del brazo y lo obligó a sentarse en el otro extremo de la sala, lo más alejado posible de mí. Noté que habíamos tenido público, pero no me importó. Volví a caminar a las puertas dobles, pero la voz de Gabriel me hizo detenerme.

—Tú no sientes nada por nadie. ¡No tienes nada que hacer aquí! —gruñó furioso Gabriel.

De mi boca salió un bramido antes de girarme y caminar hacia el centro de enfermeras. Iba a obtener respuestas, a las buenas o a las malas. Estaba harto de esperar.

La chica que había intentado hacerme las curaciones estaba allí junto con otra chica; ambas dieron un brinco en su lugar cuando coloqué mis dos manos

sobre el mostrador.

—¡O sale un maldito doctor y me dice que está pasando con mi mujer, o les juro por el amor a lo sagrado que van a saber quién es Alessandro D'Angelo! —Advertí, golpeando nuevamente el mostrador.

—Señor, debe calmarse —una de las enfermeras habló—. Su esposa está siendo atendida por los doctores de turno, una vez tengan un diagnóstico, ellos vendrán y...

—¡Me importa un demonio! ¡Exijo que un médico me informe ya! —exclamé.

—Señor D'Angelo, supongo —una mujer menuda, de largos cabellos rubios y uniforme quirúrgico estaba frente a mí cuando me giré—. Imagino que es usted familiar de Katheryne Cortéz.

—Necesito saber...

—Este es un hospital, señor D'Angelo, hay enfermos que necesitan tranquilidad. Usted aquí no está para gritar.

—Han pasado horas desde que se la llevaron, nadie dice nada.

—Y por eso yo estoy aquí. Soy la doctora Wedheking, la encargada del caso de la señora Cortéz. Voy a tratar de ser clara con usted, la paciente se encuentra en estado crítico; llegó en estado de inconsciencia, con evidencia de trauma físico y trauma craneoencefálico moderado; su frecuencia respiratoria era baja en el momento del ingreso, por lo que se procedió a colocarle un respirador. Luego fue llevada a la unidad de cuidado intensivo, donde se le practicaron los exámenes correspondientes. En ellos se refleja una contusión cerebral y un hematoma subdural, el cual está siendo drenado actualmente.

Inhalé profundamente.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para estabilizarla. En estos momentos, usted y sus gritos no pueden hacer nada por ella —miró a la enfermera que había intentado curar mis heridas en más de una ocasión—. Por favor, Evelyn, lleva al señor D'Angelo a un cubículo para que le hagan las curaciones a su rostro y manos.

—Yo estoy bien, no necesito nada —repliqué una vez más—, lo único que quiero es verla.

—En estos momentos, es imposible, señor D'Angelo. Voy a volver con la señorita Cortéz, cuando tenga noticias nuevas, se las comunicaré —expresó antes de girarse y perderse detrás de las malditas puertas dobles.

Pasé las manos por mi rostro, en un vano intento por controlar mis fantasmas. Estaba tan ido en mí mismo que no supe en qué momento llegó

Damián.

—Deberías ir a checarte esos golpes —dijo estoico—. Está empezando a inflamarse el golpe que tienes en la ceja.

—Estoy bien. —Toqué con mi mano mi costado izquierdo, donde el maldito de Fabrizio me había pateado. No había sentido dolor hasta ahora.

—La policía está aquí, vienen a hablar contigo.

—No quiero hablar ahora, ¡con un demonio! —Suspiré frustrado—. ¿Qué no entienden que no quiero hablar con nadie?

—No es que te lo están pidiendo, Alessandro, los vecinos te vieron salir, golpeado, con Katheryne en brazos. Hay un hombre herido en su departamento... Vienen a interrogarte, necesitarás un abogado.

—¡No quiero hablar con nadie! —Demian Hamilton se acercó a mí, tomándome por la solapa de mi traje.

—Escúchame bien, D'Angelo, porque odio repetir las cosas, acabo de realizar una inversión muy fuerte en tu compañía y lo que menos necesitamos ahora es un escándalo donde seas el presunto culpable de intento de homicidio hacia tu pareja.

—Aún puedes llevarte tu capital a cualquier otra empresa —increpé.

—No es en otra empresa donde quiero invertir, Alessandro. Solo piensa como el hombre de negocios que eres y llama a uno de los abogados de la compañía, y habla con los malditos policías.

—Yo puedo ayudarte —Christian estaba a unos pasos detrás de nosotros—. Trabajo para D'Angelo Building, así que dime qué hay que hacer.

—Por ahora, acompáñame a perder el tiempo mientras hablo con los policías. —Seguí a la enfermera hasta un cubículo, siendo consciente de que los agentes y Christian estaban detrás de mí. Me senté en la camilla y negué cuando la enfermera me ofreció la anestesia.

Necesitaba el dolor físico para adormecer el dolor emocional.

—¿Es usted el señor Alessandro D'Angelo? —preguntó un oficial mayor, una vez la enfermera empezó a suturar.

—Soy el oficial Brown y mi compañero es el oficial Tramell.

—Mi abogado —presenté a Christian y gemí cuando otra puntada atravesó mi piel.

—¿Puede relatarnos qué ocurrió con la señorita Katheryne Cortéz y quién es el hombre que fue encontrado en su departamento?

Aparté a la enfermera antes de relatar cómo habían sucedido las cosas. Desafortunadamente, la rata asquerosa de Fabrizio no había muerto, pero la

bala había atravesado su pulmón, dejándolo gravemente herido. Hice una denuncia contra Fabrizio y los oficiales se despidieron, pidiéndome que no abandonara el país. Como si fuese a hacerlo de alguna manera.

La enfermera vendó mi torso luego de revisar que ninguna de mis costillas estuviera rota. Volví a negarme cuando me ofrecieron calmantes para el dolor. Quería estar despierto completamente cuando pudiese ver a Katheryne.

Volví a la sala de espera y Riley se acercó a mí con un té, el cual no recibí. No había noticias nuevas, así que, volví a mi lugar, junto a las puertas dobles. Cada tic-tac del reloj era una campanada a mis recuerdos. Recuerdos que había encerrado en el lugar más profundo de mi memoria.

No podía pasar por lo mismo otra vez, la vida no podía ser tan cruel... Me dejé caer en la silla, siseando un poco por el dolor. Cerré los ojos e inhalé despacio, aspiré el aroma de la fragancia de V a mi lado, pasándome una mano por el hombro.

—El karma es una jodida perra —gemí en voz baja.

—Ella es fuerte, es una luchadora, vas a ver que va salir pronto de todo esto.

—¿Por qué demonios nadie sale? —Enterré mi cabeza entre mis piernas.

—Tenemos que confiar en Buda, Alá, Dios, en el que sea...

—Dios —dije burlón—. Dios... ¿El maldito que se divierte jugando a costillas de nosotros?

—No digas esas cosas.

—Dios, se supone que es misericordioso, ¿dónde diablos está su misericordia hacia mí? Se ha llevado todo lo que he querido en la vida, estoy seguro que el gran Dios quiere llevarse a Katheryne... —Las puertas se abrieron, mostrándome a la doctora Wedheking nuevamente. Lucía agotada y su mirada no era alentadora. Me levanté como resorte y llegué rápidamente donde ella, seguida por V y los amigos de Katheryne.

—Hemos terminado, tuvimos una complicación en quirófano debido a que la paciente tuvo un paro respiratorio durante el procedimiento, pero fue estabilizada inmediatamente. —Dio un suspiro largo—. Estará las siguientes veinticuatro horas en la Unidad de Cuidados Intensivos. Dependiendo de su evolución, será trasladada a una habitación individual. En estos momentos, se encuentra inconsciente, pues le hemos inducido un coma farmacológico.

—¿Un qué? —V preguntó alarmada.

Yo me alejé, había escuchado las mismas palabras de otro médico años

atrás.

« Será para su recuperación, la señorita Rinaldi estará bien. »

Pero ella no había despertado.

Mientras me alejaba, podía escuchar a los demás:

—¿Ella estará bien? —preguntó V—. Ella...

—¿Despertará pronto? —Gabriel la interrumpió.

—Como les he dicho, su estado es delicado. En un par de días, retiraremos los medicamentos y ella empezará a despertar. Esperamos que, para entonces, podamos valorarla mejor.

—¿Podemos verla? —La voz de Christian se filtró por mi cerebro, aún en shock...

—En este momento, no podemos permitir visitas hasta que no consideremos que ella está plenamente estable.

No seguí escuchando más, ni siquiera fui consciente de cómo me alejaba de la sala; sentía el pecho adherido a la espalda, era como si tuviese una yunque sobre él, como si me asfixiara.

Las voces en mi cabeza estaban acabando conmigo; los recuerdos eran cada vez más dolorosos. Caminé sin rumbo fijo hasta detenerme en los baños. Entré a un cubículo, pasé el pestillo y me dejé caer en el suelo, llevando mis rodillas hasta mi pecho. No podía respirar, volví seis años atrás, me vi sentando en un baño de una clínica de Milán, en la misma posición, recitando la misma plegaria que salía de mi boca en estos momentos.

—Mi buen Dios, no soy tu hijo más devoto, pero no lo hagas, no esta vez... la necesito y no puedo perderla... —Solo ese instante, me permití llorar. Lloré, lloré como hacía tanto tiempo que no lloraba. Lloré por Fiorella y nuestro hijo no nato; por Katheryne y su sonrisa inocente, por su alma de guerrera y por su sencillez, que me había cautivado desde aquella noche que me sirvió un maldito trago. Lloré porque no había sido mi intención comprar su virtud, lo hice por no dejársela a Fabrizio. En un primer instante, lo hice por quitarle a él algo que quería. Podía verle, aunque la habitación estaba casi oscura. Él la deseaba y, si estaba en mis manos, no la tendría. Ahora podía ver porqué lo había hecho realmente: Lo hice porque la quería para mí.

Ella me necesitaba y yo me aproveché.

—Por favor, mi buen Dios, no soy tu hijo más devoto, pero no lo hagas, no esta vez... La necesito y no puedo perderla. —Yo era un maldito hijo de puta que destrozaba lo que llegaba a mis manos. Lloré destrozando, mi cuerpo en cada lágrima. Lloré porque la felicidad había sido negada en mi vida,

porque mi destino era ser el cruel hombre que lastimaba para sentirse vivo; lloré por la chica que había llegado a mi vida como un tifón, arrasando los momentos dolorosos, modificando mi alma y dejándome ver que yo podía sentir, que yo merecía amor, cuando lo único que yo daba era veneno. Lloré porque ella nunca se rindió, siempre había estado ahí para mí; ni golpeándola o humillándola, ella había bajado sus brazos.

Mis gritos se opacaron en la pequeña habitación, mi dolor continuaba destrozándome el alma una vez más. Y el cruel destino demostrándome que no somos sino simples piezas en un tablero de ajedrez.

Junté mis piernas, reposando mi barbilla sobre mis rodillas, mientras sentía que mi vida era una completa y absoluta mierda.

Una vez había escuchado que la vida era un asco y no podía estar más de acuerdo con eso, menos aún en estos momentos, donde constataba nuevamente que era así, muy a mi pesar de saber que esto era solo otra maldita prueba a mis murallas. Me levanté del suelo y caminé hacia los lavabos. Mis demonios sonrieron al verme derrotado, pero los ignoré. Lavé mi cara rápidamente y salí del baño a enfrentar lo que el cruel destino me ponía delante.

La semana transcurrió como una batalla en mi interior. Durante los días que esperamos, solo V salió del hospital, se encargaba junto con Riley de traernos comida y cualquier cosa que necesitáramos. Jane me mantenía informado sobre Antonella, Christian se había acercado en varias ocasiones para preguntarme por ella. Gabriel, por su parte, se mantenía alejado, y yo prefería que fuese así. .

Dimitri había llegado justo para evitar que yo hiciera estallar el puto hospital. V se había marchado hacía ya unas horas, Gabriel estaba en la cafetería junto con Christian. Antoine había mantenido a Gianna en Italia, lo último que necesitaba era más personas a mi alrededor.

Vi a Dimitri, junto a un hombre vestido con bata médica, sostener una plástica con la doctora Wedheking. Lo había llamado, en un intento desesperado por obtener una segunda opinión, y él había venido acompañado de uno de sus mejores neurocirujanos. Los vi despedirse antes de que la doctora se marchara; luego el doctor extendió sus manos hacia Dimitri, él le estrechó fuertemente antes de caminar hacia mí. Se quitó sus lentes y apretó el puente de su nariz.

—Luces jodidamente mal —dijo cuando estuvo frente a mí.

—Gracias, ¿averiguaste algo? —No necesitaba ceremonias, necesitaba saber qué estaba pasando realmente.

—Ella estuvo muy mal.

—Genial, no te llamé para que me dijeras lo que ya sabía.

—Lo sé, solo quiero explicártelo de una forma no médica y entendible. No voy a hacerlo aquí, acompáñame. —Se dio la vuelta y caminó en dirección a la que supuse era la cafetería del hospital, ya que Gabriel y Christian habían salido por ese pasillo. Una vez allí, nos sentamos en una de las mesas y él pidió dos té.

—Estoy empezando a impacientarme...

—Katheryne sufrió una contusión muy fuerte, creándose así un hematoma que fue drenado en su totalidad. Se empezó a retirar el medicamento, que la mantenía en sueño inducido, hace dos días y, en horas de la mañana, ha sido retirado por completo.

—No me estás diciendo algo nuevo, Malinov.

—Lo sé, amigo, tienes que entender que como médicos hay cosas que se nos escapan de las manos. Se ha hecho lo correcto, cada procedimiento es el indicado para este tipo de casos, Alessandro, solo hay que darle tiempo.

—¿Tiempo? ¡Eso es una estupidez! La quiero despierta, Malinov, no dormida en una cama y que todo el maldito mundo me diga que está bien. Si estuviera bien, no estaríamos en este jodido hospital.

—D'Angelo, esta no es mi área, simplemente me baso en los exámenes que he visto y el diagnóstico del doctor Hans. La inflamación ha cedido y el hematoma se ha drenado. Revisé los procedimientos, fueron llevados a cabo exitosamente, solo hay que esperar que el medicamento salga de su cuerpo. A diferencia de las películas, las personas no suelen despertarse repentinamente, sino que tienden a ir recuperando a poco a poco las funciones del cerebro.

—Ella... ¿Ella estará bien?

—Aún tenemos que esperar que despierte, entonces se le harán nuevas valoraciones.

—¿Qué tanto puede afectarla esto?

—No podemos saber con exactitud qué consecuencias traerá esto; en este tipo de golpes, siempre hay daños colaterales.

—¿De qué tipo?

—Problemas en la visión, el habla o la movilidad, sin incluir la pérdida parcial o completa de la memoria.

—¡Maldición, Dimitri, estoy enloqueciéndome aquí! Me carcome la culpa... —Llevé mis manos a mi cabello.

—Lo sé, yo en tu lugar hubiese quemado la puta ciudad, pero debemos confiar en que nada malo pasará; tienes el mejor equipo médico del hospital, he visto el currículum que me enviaste de la doctora Wedheking, es una excelente neurocirujana. Solo nos queda esperar y rezar, si crees en Dios.

Contuve las ganas de bufar, aun cuando días atrás yo le pedía al buen Dios que no se la llevara.

—¿Ahora crees en Dios? —Enarqué una de mis cejas.

—Soy médico y sabes que creo que somos marionetas del destino, pero en momentos como este, creo hay que aferrarse a lo que sea —palmeó mi hombro—. Eres un hombre fuerte, Alessandro. Dices no sentir nada por la mujer que está allá dentro, pero te sientes como un niño perdido.

—No sabía que la psicología era tu área —espeté enojado.

—¿La has visto? —negué—. Sabes, ellos escuchan, quizás si tú le hablas...

Volví a negar, interrumpiéndolo. No iba a revivir esa escena, yo sabía lo que iba a encontrar en esa habitación y no quería volver a vivirlo... No otra vez.

—Simplemente, te digo como médico que quizás, si tú le hablas, ella sabrá que no está sola.

Me detuve en la puerta de la habitación de Katheryne, retirando mis cabellos. Había evitado verla en estos tres días, temía enfrentar el pasado, era demasiado cobarde para volver a seis años atrás, por voluntad propia. Sabía con lo que me encontraría dentro de esa habitación, pero seguía diciéndome a mí mismo que tenía que estar ahí. Las palabras de Dimitri recorrían los laberintos de mi mente:

« Quizás, si tú le hablas, ella sabrá que no está sola. »

V estaba con ella cuando entré; la pequeña revoltosa se había dedicado a ella como si fuesen familia. Mi mirada pasó de V a mi *ragazza*. Inmediatamente, el pasado burlándose de mí, solo que esta vez era diferente, esta vez no era mi tesoro quien estaba allí, no eran sus cabellos negros los que estaban esparcidos en la cama.

Mi pecho se contrajo, el miedo me paralizó mientras los recuerdos me

atormentaban. La escena era la misma, con diferentes protagonistas.

Katheryne, mi *dolce ragazza*, parecía dormida, recordé inmediatamente cuántas veces la había observado dormir, mostrándome inflexible cuando ella despertaba. Tenía el brazo enyesado y el golpe de su mejilla estaba empezando a mejorar.

« Por qué me dejas, cuando prometiste no soltar mi mano. »

—Acabo de asearla —la voz de V me sacó de mi divague—. Voy a dejarte solo con ella. Gabriel entrará después. Ahora que han retirado el medicamento y que solo es cuestión de horas que ella despierte, deberías ir a casa, rasurarte y comer algo, pareces una zombi de *The Walking Dead*.

—¿No me digas? —bufé antes de sentarme en el sofá del que disponía la habitación.

—No seas un bastardo conmigo, solo me preocupo por ti —refunfuñó molesta—. Voy a buscar algo para comer, cuidala. Si hay algún cambio, avisa a los doctores —caminó hasta la puerta, abriéndola, pero permaneció dentro de la habitación—. Pasaré por tu casa esta tarde y me quedaré un rato con Antonella.

Asentí.

La puerta se cerró y recosté mi cabeza al sofá, escuchando el suave pitido de la maquina conectada a Katheryne. Llevaba varios días despierto. Me sentía agotado, pero no quería dormir, quería estar ahí cuando ella despertara, quería besarla hasta cerciorarme de que ella estaba conmigo de nuevo. Me espabilé una vez más y decidí levantarme del sofá, las palabras de Malinov aún rondaban en mi cabeza.

« Quizás, si tú le hablas, ella sabrá que no está sola. »

—Despierta, *principessa* —susurré bajo—. Me prometiste la eternidad, ¿recuerdas? —Acaricié sus manos— ¡Maldita sea, Katheryne! —estaba desesperado—. Debes despertar, dijiste que podías darme todo lo que yo necesitaba y yo te necesito aquí, te necesito en mi cama, junto a mí en una gala... Te necesito, *ragazza*. Te has colado en mi vida; yo dependo de ti, te necesito, mi *dolce*. —Acaricié sus cabellos—. Te necesito, tesoro mío. Debes ser fuerte, olvida lo que sea que estás haciendo y camina hacia mí. —Apreté sus manos y cerré los ojos con fuerza.

Mi madre decía que si pedía un deseo con todas las fuerzas, éste se cumpliría. En este momento, quería aferrarme a cualquier cosa con tal de que ella despertara, con tal de ver sus ojos oscuros mirarme nuevamente.

“*Ella no despertará*”, me aparté de la cama mientras el demonio que

habitaba en mi interior se burlaba de mí.

“¡Ella es fuerte!”, grité para mí mismo.

Fiorella también lo era —bufó el grifo en mi espalda.

“¡Ella luchará!”

Fiorella también luchó, y al final, te dejó solo. Y a ella la amabas, a ella le diste palabras lindas y besos tiernos... ¿Qué le has dado tú a Katheryne? ¿Qué razón tiene ella para volver a ti? —rugió el monstruo—. ¿Vivir para ti? ¿Confinarse a pasar su existencia con un jodido hijo de puta, con una persona que no siente amor ni por el mismo? ¿De verdad crees que ella vivirá porque tú así lo quieres o deseas?

Mi mente volvió a evocar recuerdos, las mismas palabras que acababa de decir se las había dicho a otra mujer... horas después, ella estaba muerta.

Me alejé de la cama y salí de ese lugar, no volvería a entrar hasta que ella estuviese despierta.

Caminaba de vuelta a la sala de espera cuando un enfermero me llamó.

—¿Es usted Alessandro D’Angelo? —preguntó, mirándome fijamente. Asentí—. Acompáñeme.

—Ahora no puedo, yo...

—Hay alguien que quiere verlo —empezó a caminar hacia el pabellón opuesto a la habitación de Katheryne—. El día que su esposa ingresó, los oficiales trajeron a un hombre que dice ser su primo.

La rabia rugió en mi interior, la sangre que recorría en mis venas se calentó ante la mención de una de las personas que más daño me había hecho. El único culpable del estado actual de Katheryne. En la puerta de la habitación, un oficial me colocó contra la pared y me revisó; cuando estuvo satisfecho, me permitió pasar.

Empujé la puerta suavemente, encontrándome la figura de Fabrizio.

Fabrizio se veía de mal color, giró la cabeza y me observó con una mueca cínica en su rostro.

—Viniste, bastardito. —Se quitó la mascarilla de oxígeno, dejándola en su frente—. ¿Cómo está la *shifosa*? —Sonrió de nuevo y tosió fuertemente—. Dicen que está en coma. Ohm, pobre principito, otra vez una mujer se le escapa de las manos.

—No te imaginas cuánto voy a disfrutar que te pudras en la cárcel, Fabrizio. —La rata tosió nuevamente, quejándose. Sabía que la bala había perforado uno de sus pulmones. Respiraba con dificultad.

—Quizás —una mueca burlona adorno su rostro—. ¿Qué se siente ser el

culpable de matar a dos mujeres que te dieron todo, primito?

—Katheryne no va a morir y Fiorella no murió por mi culpa. ¡Tú la mataste!

—Lástima que no pueda ir a hacerle una visita a la muñequita, así como se la hice a Fiorella. ¿Sabes? Lo último que ella vio fue mi maldito rostro.

—¡Cállate! —gemí apretando mis manos—. Voy a hacer que tu estadía en la cárcel sea un infierno, Fabrizio.

—¿Crees poder lograrlo? —Volvió a burlarse.

—Te lo juro, por la muerte de Fiorella, que invertiré cada centavo de mi fortuna para hacer tu vida miserable.

—¿Sabes, primito...? —tosió aún más fuerte, noté que esta vez duró mucho más tiempo para poder normalizar su respiración—. En realidad, no creo que lo sepas, no sabes el placer que sentí cuando inyecté la jeringa de aire en su cuello. —Volvió a reír y tosió descontroladamente—. Casi la misma satisfacción que cuando la *puttana* se golpeó con el muro.

—La cárcel es muy poco para ti. —Me acerque a él—. Voy a matarte.

—Tsk, no —dijo antes de arquearse—. Yo no lo creo, bastardo. No tienes pruebas para refundirme en la cárcel —volvió a retorcerse—. Y si la putita se muere, será tu palabra contra la mía. —Empezó a reír como un loco y luego un ataque de tos se apoderó de él. Le vi alzar la mano para recuperar la máscara de oxígeno, pero me acerqué rápidamente a su cama y sostuve su mano en el aire, estaba tan débil que no tuve que usar la fuerza. Trató de usar su otra mano y la retuve también.

—Cuando llegues al infierno, saluda de mi parte a tu maldito padre...

Me quedé ahí y lo vi boquear por aire, sus ojos se abrieron mientras seguía intentando llegar a la máscara. Su pecho se contrajo una y otra vez y vi de nuevo al chico que había inyectado una nueva dosis en el brazo de un adicto. Las máquinas empezaron a reproducir un pitido ensordecedor. Solté las manos de mi primo y me alejé justo cuando el policía abrió la puerta, seguido de un doctor y dos enfermeras. Me sacaron de la habitación y no opuse resistencia. No me quedé para saber qué había pasado con Fabrizio, deseaba con todo mi corazón que su alma se estuviese quemando en el infierno.

Volví a la habitación de Katheryne, entre una nebulosa. Una enfermera revisaba sus signos vitales y anotaba en una plantilla.

—¿Su esposa?—preguntó con amabilidad.

Titubeé antes de contestar.

—Mi prometida. —Mentí, ni siquiera sabía por qué lo había hecho,

simplemente salió de mis labios de manera natural.

—Ella despertará —aseguró, está vez me quedé en silencio y dejé que ella hiciera su trabajo. Una vez terminó, me dio una sonrisa condescendiente antes de salir de la habitación.

Me acerqué a la cama y coloqué ambas manos en el barandal de la misma.

—Despierta, mía *dolce* —murmuré, acercándome y dejando que mis labios tocasen los suyos—. Despierta, Katheryne. —Sus labios se sentían reseco bajo los míos, dejé que mi lengua los humectara antes de besarla de nuevo.

Entonces el caos se desató.

El sonido de las máquinas alertó a los doctores, que entraron rápidamente a la habitación. Me vi apartado de ella mientras gritaba en italiano que volviera a mis brazos. Dos hombres me retuvieron mientras la doctora Wedheking ordenaba que me sacaran de la habitación. Lo último que vi fue cómo convulsionaba el cuerpo de la mujer que se había metido tan dentro de mí, que había mantenido mis demonios fuera del alcance de mi alma.

Los enfermeros me llevaron hasta la maldita sala de espera. Intenté entrar, pero uno de ellos no me lo permitió.

Me alejé dos pasos, llevando las manos a mi cabeza...

« No otra vez. »

« No otra vez. »

« No otra vez. »

Los recuerdos atormentándome, mis demonios burlándose otra vez. Fiorella estaba muerta, ella estaba muerta.

Podía escucharlos a todos haciendo preguntas, pero yo estaba lejos, seis años atrás, con el mismo maldito pitido.

Me alejé de todos ellos y dejé que mi cuerpo se deslizara por la pared y, una vez más, maldije mi mundo oscuro y mi necesidad; maldije una vez más haber cedido y creer que el destino podía ser más condescendiente conmigo.

La pequeña luz que hacía que yo aún creyera que ella podía despertar, se apagó. El hombre que se había mantenido en pie, se derrumbó. El grifo, con sus uñas afiladas y su pico puntiagudo, tomaba las riendas de la vida de un remedo de hombre que estaba harto de sufrir, que estaba harto de existir.

Parecieron horas y no minutos, horas en que sentía cómo, poco a poco, el Alessandro que Katheryne había rescatado moría sin que nadie lo observase, moría sin importarle a nadie.

Cerré los ojos y grité en mi mente. Grité una y mil veces. Estuve en mi propio mundo por no sé cuánto tiempo. Riley me trajo de comer, pero no acepté nada. El día había dado paso a la noche cuando la doctora Wedheking salió de las puertas dobles. Gabriel y Christian fueron los primeros en llegar hasta ella.

—¿Qué fue lo que pasó?

—¿Ella estará bien?

—En los casos de traumatismo craneoencefálico, es muy común que se evidencien hematomas subdurales en proporciones pequeñas, a pesar de que drenamos por completo el hematoma inicial. La convulsión de esta tarde fue debido a uno de estos casos. Afortunadamente, lo hemos detectado a tiempo y drenado rápidamente. La hemos trasladado a UCI por las próximas cuarenta y ocho horas. Vamos a dejarla descansar esta noche y mañana podrán pasar a verla de uno en uno, y sería prudente que no fuese por mucho tiempo.

Esperé que todos se alejaran, la doctora se veía cansada, como la primera vez. Me acerqué a ella, llamando su atención.

—Necesito verla hoy.

—Señor D'Angelo... —rezongó frustrada.

Antes que dijera algo más la interrumpí.

—Por favor, le aseguro que no la molestaré, solo necesito verla. —Ella asintió y me pidió que la siguiera, llegamos hasta donde estaba Kath.

—Un minuto, señor D'Angelo.

Asentí y entré.

Habían quitado todo su cabello y cubierto su cabeza con vendas, me acerqué a su cama y tomé su mano, su pequeña mano sobre la mía.

—No pensé que te diría esto, Katheryne, pero tengo miedo, tengo miedo de que la próxima vez no sea solo un nuevo hematoma, no quiero verte en una urna, así que voy a hacer lo que yo creo que es conveniente para mí. No estoy dispuesto a que la muerte me quite a alguien más, mientras yo me quedo esperando... Solo esperando —sonreí—. Sabía que no debía dejar que empezaran a aflorar sentimientos entre los dos... No los necesitaba, Katheryne. Estaba bien con mi estilo de vida. Entonces empezaste a hablarme de amor, te abriste a mí y no me juzgaste, me permitiste ser parte de tu vida y de la de tu hija. Te prometí protección, cuando sabía que no era capaz de proteger a nadie más que a mí mismo —acaricié su mejilla con un dedo—. Me hiciste creer que podía ser mejor persona, volviste mi mundo de cabeza, mujer; y luego, lo colocaste tal cual como lo encontraste... No más, Katheryne.

No más —bufé—. No soy tan fuerte —Sentía que me ahogaba con mi propio dolor, no podía estar pasando otra vez. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué ella? — Te quiero —dije ahogadamente—. Y porque lo hago, es que este es un adiós. Mi cuerpo te extrañará y mis demonios te recordarán como la chica que enseñó al grifo a sentir nuevamente —limpié las traicioneras lágrimas que descendían por mi rostro—. Esto no me destruye... Me muestra una vez más que soy un maldito que debe estar solo —llevé su mano a mis labios y luego la cubrí con las mías—. Tenías que irte para que yo pudiese entender que necesitaba vivir en las tinieblas para encontrar tu luz... Lo siento. —Acerqué mis labios a su frente—. Lo siento tanto. —Solté su mano y salí de ahí.

Esto era lo correcto.

Fuera de la habitación, llamé a Riley que tuviese el auto listo. Fui con la doctora Wedheking, que me llevó con el gerente del hospital. Me haría cargo de las facturas, solo tenían que hacerlas llegar a la empresa. Exigí el mejor servicio para ella mientras estuviese en el hospital.

Estaba a punto de llegar a mi auto cuando V tomó mi mano.

—¿Te vas?

—Necesito ir a casa...

Cuatro años después.

Podía escuchar su voz, me decía que no me fuera, me suplicaba que me quedara con él; sin embargo, la oscuridad me absorbió. Peleé para no irme, pero no pude hacer nada. En un momento todo era oscuridad y, al siguiente, todo fue claro. Muchas veces me habría preguntado por la vida después de la muerte y, por lo que veía, la muerte era un jardín, con el sol más brillante que había visto. Mis ojos picaban al abrirlos completamente, pero a la distancia divisé un árbol enorme y una silueta recostada en él. Cuanto más me acercaba, más se me hacía familiar. Isabella se levantó cuando nos separaban un par de pasos, sonrió y no pude evitar hacerlo también, a pesar de que aún me sentía herida por su engaño. Corrí hacia ella buscando cobijo, sus brazos se aferraron a mi cuerpo, cálidos como siempre lo habían sido, y mis lágrimas se derramaron por mis mejillas. Nunca antes había sentido la ausencia de Isa en mi vida. Cuando se fue, estaba con Nella, demasiado preocupada por su bienestar como para pensar en la pérdida de mi mejor amiga. Isabella deshizo su abrazo y limpió mis lágrimas antes de empujarme hacia otra silueta a un costado del árbol... una mujer me miraba con ojos apacibles, la miré. Era bien alta, delgada, ojos oliva y cabello negro hasta la cintura. No tuve problema para saber quién era: Fiorella.

Fiorella estaba frente a mí y sólo me hizo una petición: Hazlo feliz.

Pero cuando desperté, él ya no estaba...

Le había dicho a V que se iba a casa y, al final, uno de mis miedos se hizo realidad, él se había ido. Si tan solo se hubiese quedado dos días más, quizá las cosas hubiesen sido diferentes.

Mi recuperación fue rápida y, con el tiempo, mi cabello empezó a crecer. No había vuelto a vivir con Gabriel y Christian. V había sido mi sostén hasta que Demian tuvo que volver a San Francisco; y ella, loca y enamorada como estaba, se fue con él.

Encontré un buen trabajo y, a mitad de semestre, apliqué a una beca en la Universidad Estatal de Nueva York.

No estudié repostería, como Gabriel lo anhelaba, ni ingeniería mecánica, como era mi gran sueño. Estudié psicología, por la única razón de descubrir

cuán dañada estaba su mente, por qué su sueño era irregular... aunque pasaban los años, seguía sintiendo cómo sus iris verdes me seguían a donde fuese. Y cada vez que me miraba en el espejo, recordaba cómo él y yo encajábamos juntos.

Todo eso hacía parte de mis recuerdos...

Estaba esperando mi turno detrás del telón del auditorio cuando él apareció detrás de mí.

—Hola, bonita. —Max abrazó mi cintura con fuerza, haciéndome gritar—. ¿Lista para comerte a todos esos idiotas?

—Estoy lista... —Mi mano tembló sobre la suya y mis lentes se fueron a la punta de mi nariz. Ahora los usaba—. Al menos, quiero creer que lo estoy.

—Estarás bien, hemos practicado todo esto, tú solo concéntrate en respirar. Has trabajado mucho en esto, ¿vale?

Asentí, sintiendo cómo tomaba mis mejillas.

—Ahora va Willis y, luego tú. Tranquila, adentro estamos todos los que te apreciamos y un par de hijos de puta que querrán evaluarte... pero eso es lo de menos. —Sonrió, su sonrisa era hermosa como la de un modelo de crema dental; más de una vez, mientras me daba la tutoría, había bromeado con él por eso—. Te veré adentro.

—Seré la que esté enfrente —dije con una sonrisa nerviosa.

—Eso fue muy *Crepúsculo* —sonrió—. No te deseo suerte, eso es para perdedores... Éxitos, princesa. —Traté mantener mi rostro inexpresivo ante su último apodo cariñoso.

Maximiliano Evan Farell era un buen amigo, además de Christian. Seguía hablando con V a través de *Skype* y nos seguíamos en todas las nuevas redes sociales. No necesitaba tener un millón de amigos, mi círculo era bastante reducido, pero tenía solo los que necesitaba.

Escuché a Jack Willis terminar su exposición sobre “El fenómeno de la eutanasia desde una perspectiva psicológica.” Cuando terminó, los aplausos se escucharon en todo el recinto. Él caminó hacia mí.

—Suerte, Cortéz —murmuró cuando pasó a mi lado. Acomode mis lentes de nuevo y respiré recordando lo que Max había dicho sobre la suerte, aun así asentí.

Miré el auditorio frente a mí. En la primera fila, estaba el decano de la facultad, seguido por dos de mis más importantes profesores; dos personas más, que no identificaba, y Max, que me guiñó su ojo izquierdo y me dio su

sonrisa ladeada.

Miré la segunda fila y vi a Christian con Antonella. Richard también estaba ahí. Había sido la pareja de Chris durante los últimos dos años, luego de la muerte de Gabriel.

Gabriel había muerto hacía tres años, luego que le detectaran cáncer testicular. Era la razón por la que había decidido no luchar por Nella cuando iba a irme con Alessandro a Italia. Sin embargo, quería que Christian estuviese en su vida... De ahí, los términos de su acuerdo en esa ocasión. Gabriel luchó contra él durante seis meses, pero el cáncer recorrió sus entrañas tan rápido que solo duró un año más con nosotros.

Aún cerraba los ojos y recordaba esa última conversación entre los dos, como si hubiese sido ayer...

« —*Estás aquí...* —*Su voz fue pausada, quitándose la mascarilla del rostro —me acerqué con pasos vacilantes hasta la cama—. Déjanos solos, amor —dijo mirando a Chris—, Kath y yo debemos hablar.* —El aludido se levantó de la silla, dándole un beso breve en los labios a Gabriel. Mi amigo se veía triste, abatido, el dolor en sus ojos era tan fuerte que sentí cómo mi pecho se oprimía al verlo. Me dio un ligero abrazo antes de salir de la habitación.

Gabriel y yo hablamos por horas, mientras él me contaba su historia con Isabella. Lloramos, reímos y, sobre todo, prometí cuidar a Antonella con mi vida, si era necesario, aunque no había que prometérselo para hacerlo. »

Tres semanas después, Gabriel había muerto, dejando a Chris completamente destrozado y sintiendo un nuevo vacío en mi vida.

Si la partida de Alessandro me había deprimido, la de Gabriel me hizo ser fuerte. Por Chris, que necesitaba todo mi apoyo, y por Antonella, porque yo era lo único que le quedaba.

—Señorita Cortéz. —El doctor Philips me llamó, sacándome de mis recuerdos—. Puede empezar cuando quiera. Sentí una fuerte mirada en mi dirección, pero el auditorio estaba prácticamente vacío, ya que yo era la última en presentar mi tesis y los familiares de mis compañeros ya se habían retirado.

—Buenas tardes —dije con voz nerviosa. Suspiré una vez más para controlarme, seguía sintiendo esa mirada penetrante que me estaba marcando a fuego lento. Cerré los ojos, era hora de comenzar—. Mi tesis está fundamentada en la “*Neurosis Obsesiva*”, basada en las teorías de *Freud*,

Laplanche y Pontalis. Para dar inicio al tema de análisis que escogí para esta tesis, quiero dejar en claro que la Neurosis Obsesiva es un problema que afecta, de diferentes maneras, al ser humano. Algunos ni siquiera se dan cuenta que realmente padecen esta enfermedad; según el diccionario psicoanalítico de *Roudinesco*, la neurosis obsesiva es, junto con la histeria, la segunda gran enfermedad neurótica de la clase de las neurosis.

«Y Alessandro la padecía.»

Hice una pausa y obligué a mi mente centrarse en lo que estaba haciendo.

—Tiene por origen un conflicto psíquico infantil y una etiología sexual.

Laplanche y Pontalis dicen que “la definición de la neurosis, es una afección psicógena cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico, que tiene sus raíces en la historia infantil del sujeto; y constituyen compromisos entre el deseo y la defensa.^[55]”

» Otro teórico que realizó trabajo investigativo y de campo referente al tema es *Freud*, quien aduce que “la histeria es la consecuencia de un pánico sexual presexual. Mientras que, la neurosis obsesiva, es la consecuencia de un placer sexual presexual que se transforma más tarde en reproche.” La neurosis obsesiva, se basa en conflictos sexuales infantiles que han sido reactivados, perturbaciones de un equilibrio, hasta ese momento eficazmente mantenido, entre fuerzas represoras y reprimidas, aumentos, ya sea absolutos o relativos, en la fuerza de los instintos rechazados, o de las angustias que a ellos se oponen. Se puede apreciar que una serie de sentimientos van manifestándose con mayor intensidad, el miedo que se pudo haber sentido hacia los padres se exagera y, el odio sentido hacia ellos, se convierte en culpa. Los castigos impuestos por los padres se vuelven autocastigos.

A medida que los minutos iban pasando, me fui metiendo en mi tema, recordé el porqué lo había escogido, las noches que lloré mientras identificaba a Alessandro en cada palabra, en cada nuevo descubrimiento. Quise tenerlo delante y besarlo, luego de golpear su bonito rostro. Sabía que no lo volvería a ver, él no lo permitiría.

El decano Parker me preguntó algunas cosas y contesté con la mayor objetividad:

—Una de las principales características de este tipo de neurosis es el perfeccionamiento, obstinación, frialdad relacional, duda y rigor moral. La otra, es la obstinación, la persona obsesiva es testaruda, insiste obstinadamente para que las cosas se hagan cómo él las entiende y según sus reglas. La frialdad relacional implica que la persona obsesiva tiene dificultad

para expresar emociones cálidas. Es a menudo muy formal, frío y envarado. Su trato suele ser distante, poco afectuoso, severo, convencional, formal, excesivamente rígido. Si bien, en el fondo, suelen ser extraordinariamente sensibles para cuestiones de tipo afectivo, con personas cuya relación tengan en cierta consideración, les resulta difícil mostrarse cariñosos y afectuosos, incluso con su cónyuge o sus hijos; a pesar de que suelen quererles mucho y estar entregados a la responsabilidad de padres. Suelen ser muy exigentes consigo mismos y con los suyos en materia de responsabilidades, aunque con tendencia a la sobreprotección de los hijos. Para finalizar, podemos concluir que el sujeto, al igual que la personalidad, no cambia, solo se adapta a las necesidades biopsicosociales requeridas o consideradas aceptables por la sociedad en que se desenvuelve.

Respiré al decir la última palabra antes que las pocas personas que estaban en el auditorio aplaudieran.

Esta era mi investigación, basada en él... Siempre en él. En cada segundo, en cada minuto, en cada respiración... Alessandro D'Angelo se hallaba marcando mi vida, alma y corazón, a fuego en brasas.

Durante la siguiente semana, me sentí observada, al punto que empecé a sentirme paranoica. No había querido preocupar a mi amigo; así que no había dicho nada. Sin embargo, había pasado mucho más tiempo en la casa que Richard y Chris compartían. Chris había insistido en que me quedara en la que fue la casa de Gabriel, me negué. Vendimos la casa y guardamos el dinero en fondo para la educación de Antonella. Gabriel lo hubiese querido así.

El día de mi graduación llegó, recibí una mención especial debido a la fuerza y la naturalidad con la que había expuesto mi tesis, “como si la hubiese vivido en carne propia”, dijo el decano.

V vino por mi graduación y estaba muy feliz de tenerla en casa, aunque fuese unos días, y Christian había aprovechado para hacer una reunión en su casa. Brenda, la hermana de Richard, cargaba en su vientre al hijo de mi amigo y su pareja. Max se disculpó por no poder acompañarme, me había entregado mi diploma, agregando su sonrisa conquistadora, y V estaba en el jardín hablando por teléfono.

—Estaré ahí el fin de semana, te lo aseguro —me prometió mi amiga e intuí que Demian estaba al otro lado de la línea—. Vale, está bien, pero temprano. ¿Me irás a buscar al aeropuerto? —Sonrió.

—Está bien, baby.

—¿Demian? —pregunté solo para confirmar.

—Sí —contestó risueña —dice que me extraña y que cuántos días más voy a estar aquí.

—Llegaste hace unas horas...

—Lo sé, ese hombre está loco.

—Por ti. —apunté.

—Sabes que es solo sexo, no tenemos una relación definida, estamos bien juntos.

—Lo sé, pero recuerda que...

—El sexo no es solo sexo... lo tengo claro. Pero créeme, quiero a Demian, mucho, pero falta un largo trecho para que sea amor.

—¿Vas a quedarte con los chicos o prefieres ir con nosotras al departamento?

—Estaré contigo, vine para estar con mi amiga favorita en todo el mundo. —La abracé.

—¿Cómo te fue en esas entrevistas que me comentaste el fin de semana?
— Se separó de mi abrazo y nos sentamos en una silla de jardín. La noche empezaba a caer.

—Pues viendo que acabo de titularme, las empresas hoy en día quieren que tengas mil años de experiencia, pero no nos dan la oportunidad para empezar...

—Bueno, ya vendrá tu trabajo soñado.

—Lo dice quien no trabaja.

—Demian dice que no hay necesidad... Además, él te ha ofrecido ayuda.

—No quiero trabajar en su empresa.

—Demian también es accionista de otras empresas aparte de “Grifito Building”; además, no seas tonta, un empujón le hace bien a cualquiera.

Iba a rebatir su punto de vista cuando el sonido en mi celular me alertó de un nuevo mensaje de texto:

Bonita, necesito hablarte de algo importante. Casse, tiene una amiga que está necesitando una mano extra en el departamento de RRHH de la empresa donde trabaja. Voy camino al trabajo, pero mañana podemos vernos para desayunar. ¿Te parece bien en el Starbucks que está cerca a tu casa?

No te olvides de escuchar el programa hoy, el tema está bastante interesante.

Max

Miré el mensaje sonriendo.

—¿Y esa sonrisita de estúpida a medio enamorar?

—No digas cosas que no son —bufé—. Es simplemente un mensaje de Max diciendo que necesita hablar conmigo.

—Aja, con que Max —arqueó una de sus cejas—. Creo que me he perdido de algo, porque hasta hace un mes, era el profesor Farell.

—Hasta hace un mes, era un profesor, ahora es un amigo.

—Ohm, vamos, Kath —V amarró su cabello en una coleta—. Lo vi. Lo vi cuando te abrazó, antes que viniéramos a casa de Chris. Él se siente sexualmente atraído hacia ti.

—No inventes.

—Puedo jurar sobre fuego lo que vi esta noche, y esa sonrisa que te dio cuando te entregó tu diploma... Fue, fue sexy.

—Max conoce mi historia con Lex, sabe que...

—Él se largó, deberías olvidarlo, incluso yo trato de ignorarlo cuando lo... —V se quedó callada—. ¡Mierda!

—¿Lo has visto? —Me levanté de la silla, pero V me tomó de la mano, haciendo que me sentara de nuevo.

—Sí, un par de veces. Y antes de que me digas que he sido mala amiga porque no te he dicho nada, y no sé qué cosas que ha de estar pensando tu cabeza, quiero decirte que él simplemente pasa de mí. Por lo general, lo veo cada vez que hay una gala en la que acompaño a Demian. Y, hace un año, lo vi en Italia mientras D estaba en un viaje de negocios. Llevaba del brazo a la mujer pelirroja que se presentó en su casa aquella vez que celebramos Navidad.

Mi corazón cayó en mis pies.

—Las veces anteriores, siempre iba acompañado de mujeres bellas. Llega, saluda a Demian, cruzan algunas palabras y luego desaparece. Se ve más intimidante y es mucho más odioso que hace cuatro años —dio un largo suspiro y tomó mi otra mano—. Kath... —apretó ambas manos juntas—. Debes dejar el pasado atrás de una buena vez y comenzar a vivir. Apenas tienes veinticuatro años.

Le di una sonrisa a V. Tenía veinticuatro, era cierto, pero me sentía de cincuenta.

Escuchamos a Chris llamándonos y volvimos al interior de la casa.

Al día siguiente, me levanté muy temprano. Antonella se había quedado con los chicos y V seguía durmiendo. Me coloqué un suéter de cuello alto, un jean ajustado y mis botas para la nieve. Antes de irme, le dejé un *post-it* asegurándole que traería el desayuno para ella.

Caminé hacia el *Starbucks* que quedaba cerca de mi departamento, viendo como caía la nieve. Ví a Max sentado en una de las mesas cerca a la ventana justo cuando llegué al otro lado... también me pareció verlo a él.

Crucé la carretera rápidamente, pero cuando entré al local, me di cuenta de que estaba viendo visiones...

Max se acercó a mí rápidamente:

—Eh, ¿qué sucede? —Miró a todos los lugares del local—. ¿Conoces a alguien?

—No.

—Vamos a la mesa. —Me dio una sonrisa curvada y caminó dejando su mano en mi espalda baja hasta llegar a la mesa en la que estaba sentado. Me senté primero y Max se sentó a mi lado—. Estás muy rara. —Max quitó sus guantes y colocó mis manos entre las suyas.

—Son los efectos de levantarme temprano. —Como no había contestado su mensaje, Maximiliano se había encargado de llamarme a las seis de mañana para confirmar.

—¿Dónde dejaste a Tormenta? —Sonreí ante el apodo de mi hija.

—Está con Chris y Richard. ¿Ya ordenaste?

—No, te estaba esperando. Yo voy y ordeno. ¿Moca descafeinado, como siempre? —Asentí antes de verlo caminar hasta la caja.

Por un momento, las palabras de V aparecieron en mi memoria. ¿Estaba Max atraído por mí? Siempre tomaba mis manos, me regalaba sonrisas coquetas y sexys. Si de algo conocía a Maximiliano del último año, es que era un conquistador nato. Se creía un Dios flotando sobre esta tierra, hablaba de sexo como si hablara del clima, de ahí su programa nocturno. Nadie sabía que él era Doctor Sex, pero a mí no me había podido engañar. Sin embargo, Max también tenía una faceta seria. Era un tutor entregado, un amigo como pocos y una excelente persona.

Me pregunté internamente si Max era el hombre indicado para por fin olvidarme de Alessandro, pero mientras lo veía coquetear con la cajera, me di cuenta que por este hombre no podía sentir más que amistad.

Se acercó a la mesa con una sonrisa de satisfacción, traía los dos cafés y

una bandeja con muffins de arándanos. Los puso en la mesa y luego dejó caer una servilleta que estaba marcada con un nombre y un número de teléfono.

—Ups... —Sonrió una vez más, dejando que sus dientes escondieran su labio inferior—. No pensaba llamarla.

—He perdido la cuenta de cuántas bragas has traído a la mesa cada vez que salimos por un café.

—Nunca he traído una braga a la mesa.

—Claro que no, las desintegras con una sonrisa.

—¿Desintegro tus bragas, Katheryne Cortéz?

—No uses la voz de Dsex conmigo. —Negué con la cabeza y tomé un muffin—. ¿Que querías de mí? —Alzó las cejas un par de veces y tiré el papelito del muffin en su dirección—. Mal pensado.

—Te aseguro que nada de lo que he pensado es malo, pero en fin... Casse me habló anoche de esta fundación nueva que se llama *Open Heart*, financiada por una empresa importante. El caso es que se encarga de ayudar a los niños que tienen malformaciones congénitas en el corazón, han operado completamente gratis a más de 100 niños en sus cuatro meses de funcionamiento. — Inmediatamente, me emocioné por esos niños. Dios sabe que yo hubiese dado mi vida por una ayuda de ese tipo, pero no entendía qué tenía que ver eso conmigo—. Cassede me ha dicho que necesitan un psicólogo para ayudar con las familias. Apenas me lo dijeron, pensé en ti.

—Ohm, no sé qué decirte... —Le corté, esbozando una sonrisa.

—Espera, no te he contado la mejor parte de todo: El fundador está en Nueva York este fin de semana. Dicen que es un hombre huraño, pero ella ha logrado convencerlo que te dé una oportunidad y quiere verte, puede recibirte mañana mismo.

—Pero mañana es domingo.

—¿Y? Seguramente es uno de estos tipos egocéntricos cuyos cigarrillos están hechos con billetes de cincuenta dólares. ¿Ya sabes? Calvos, con barriga y nada sexys.

Eso me hizo reír.

—La cita es en el restaurante *Barbeta*, a las cinco de la tarde. El tipo es italiano y, al parecer, tiene un fetiche especial por ese lugar —expresó, divertido pasándome una tarjetita.

No sabía qué decir, estaba conmocionada. Eso era lo que yo necesitaba: una oportunidad.

—¿Y bien? —Insistió Max, mirándome a los ojos.

—Eres un amor, Maximiliano Evans. —Repuse, antes de abrazarlo fuertemente. Él se sorprendió un poco, pero me respondió al abrazo de la misma manera. Estuvimos un par de minutos abrazados hasta que caí en cuenta de lo que hacía, él no me dejó alejarme... Al menos no completamente. Su mano acarició íntimamente mi mejilla, manteniendo muy cerca nuestros rostros.

—Tienes unos ojos realmente hermosos, Katheryne Cortéz —dijo con voz suave. Sus ojos grises eran tranquilos y su mirada era dulce. No lo vi, solo sentí sus labios suaves, húmedos y carnosos acariciar los míos lentamente; era un roce suave, sus labios agasajaban los míos sin segundas intenciones. Su mano sujetaba mi mejilla mientras inclinaba un poco su cuerpo para besarme mejor; un beso demasiado diferente a los que ya estaba acostumbrada, a los que habían tatuado mis labios una y otra vez.

—Max —dije apartándolo de mí cuando el beso empezó a cobrar intensidad.

Él suspiró fuertemente y presionó el puente de su nariz.

—No voy a disculparme por eso, llevo meses queriendo hacerlo. Eres una mujer extraordinaria, Katheryne, y...

—Por favor, no sigas... —él bajó la mirada, pero luego me regaló una sonrisa—. Te conozco, conozco tus andadas en la universidad, a ti te gusta hasta la escoba si le ponemos una falda. —Sonreí para no arruinar el momento. Simplemente, yo aún no estaba preparada para tener algo con alguien. Por mucho que quisiera dejar el pasado atrás.

—No te diré que soy un santo... Tampoco muy fiel —sonrió—. Lo sé, soy un jodido gigoló —dijo para sí mismo, a lo que concordé—. Pero puedo intentarlo... —arqueé una ceja—. ¡Mujer de poca fe! —sonrió antes de tomar un muffin y llevarlo a su boca—. ¿Entonces, mañana estarás en *Barbeta*? Espero que Caseedee no se haya equivocado y que te den el empleo. —Agradecí al cielo el cambio de conversación.

Estuve varias horas con Max, ninguno de los dos habló del beso o de sentimientos, cosa que me relajó un poco. Llevé el desayuno a V y luego fuimos por Antonella a casa de Chris y Richard, para pasar la tarde entre amigos y familia.

El domingo por la tarde, llegué al restaurante *Barbeta*, con los nervios a flor de piel. Ya había estado allí en más de una ocasión... con él... Solo con él. En vez de encontrarme con un hombre, había una mujer bastante elegante en representación de *Open Heart*. Le di mi currículum y conversamos sobre mí:

Mis aspiraciones, mi vida, qué esperaba para el futuro y si estaba enamorada. Luego que respondí sus preguntas, ella se disculpó, argumentando que tenía que solucionar un problema personal, pero que me llamaría a lo largo de la semana. Estuve con V y los chicos hasta que llegó la hora de dejarla en el aeropuerto.

Al día siguiente, fui a mi trabajo actual y, por la tarde, pasé por Nella a casa de los chicos.

Christian aún estaba en el bufete cuando llegué, pero Richard ya estaba con ella.

—¡Mamiiii, mira! —Antonella llegó saltando como la pequeña bailarina que era, mostrándome un hermoso conejo de peluche—. El señor de ojos lindos dijo que era para mí —lo apretó contra su pecho—. Se llama Tommy —me lo enseñó.

Miré a Richard, alzando una ceja interrogante, mientras tomaba el peluche; era blanco y con unos impresionantes ojos verdes y una nariz rosa.

—¿Cierto que es bonito, mami?

—Antonella —coloqué mi voz de mamá—. ¿De quién es este conejo, amor?

—Es mío, mami —me dijo con vocecita pequeña—. El señor de los ojos lindos me lo dio y dijo que era para mí —repitió.

—Le pregunté a la maestra y dijo que no había visto a nadie cerca de Antonella en el receso escolar, pero que ella llegó al salón con ese peluche.

—Antonella —me agaché a la altura de mi bebé, entregándole el conejo—. Si este conejito es de alguno de tus compañeritos, tienes que devolverlo, amor. —Acaricié su mejilla.

—Pero, mami. —Su ceño se frunció— es mío, me lo regalaron. —Pateó el suelo con su piececito, mientras apretaba el muñeco.

—Mami, nada, si no es de ninguno de tus compañeritos, entonces te quedarás con él. —Mi voz salió algo fuerte y mi nena me miró con temor. Suspiré fuertemente antes de decirle con voz más dulce—. ¿Conoces al señor de los ojos bonitos?

—No —negó con la cabeza—, tenía unos pantalones como el tito Richard, —Richard vestía vaqueros y una camisa gris con una chaqueta y un gorro en su cabeza. Fingió pensar—. ¡Y unas gafas de sol! —dijo sobresaltada—. Pero luego se los quitó y tenía unos ojos lindos; verdes, muy verdes, como las hojas de los árboles. —Apretó el conejo gigante a su cuerpo y luego nos dejó solos cuando escuchó la melodía de la introducción de su programa

favorito.

—¿Ojos verdes? —dijo Richard casual—. ¿Conoces a alguien con los ojos verdes?

—Sí y no.

Richard alzó una ceja.

—Hay millones de personas con los ojos verdes en este país, no puede ser esa persona.

—¿Y por qué no puede ser?

—Porque esa persona nos sacó de su vida, Richard. No creo que nos quiera de vuelta. Mañana averiguaré en la guardería. —Cuando Chris llamó, hizo las mismas preguntas a Nella y ella le contestó con las mismas respuestas.

La semana siguió su curso y cada día Antonella trajo a casa un regalo diferente. Cuando hablaba con ella, siempre decía que el señor de los ojos lindos se lo había regalado. Hablé con la maestra, pero todos aseguraban que Antonella no se veía con ninguna persona en el recreo. La hermana de Richard dio a luz a mediado de semana, un parto natural y sin contratiempos, por lo que fui con Nella a conocer al bebé de mis dos nuevos amigos.

Cuando llegué a *Vitae Firha*, vi a Maximiliano junto con otro doctor.

—Pequeña tormenta —dijo alzando a Antonella.

—¿Max, ya viste mi conejo? Se llama Tommy.

—Es muy bello, pequeña... —tomó la pata del conejo de felpa— Maximiliano Evan Farell, si te da rabia o crees que te estás volviendo loco, puedes venir a mi consultorio —el hombre su lado carraspeó—. Ignora a mi hermano o te pondrá una inyección en el trasero.

—¿Max! —Su hermano era completamente diferente a él, desde su masa muscular proporcionada, hasta el tono de piel.

—Jeremy Farell, ya que no nos presentan, un gusto. —Estreché su mano.

—¿JD, no te ibas ya? —murmuró Max sin vergüenza alguna.

—Indirecta captada... —Su hermano se fue, no sin antes darle un golpe juguetón en el hombro.

—Somos adoptados, larga historia... ¿Qué haces por acá?

—¿Qué haces tú en una clínica de fertilización?

—Soy el dueño.

—Mentiroso...

—¿A dónde te diriges?

—Mis amigos acaban de ser padres, así que están aquí, vinimos a verlos.

—Planta seis. Te acompaño. —Sin bajar a Antonella, me guio hasta el ascensor, su mano quemando mi piel en la espalda baja.

Nuevamente, me sentí observada, pero lo ignoré y me dediqué a escuchar la conversación entre Antonella, Max y Tommy.

—¿Una entrevista un viernes a las ocho de la noche?

—Según Maximiliano, son personas ocupadas y no tienen una oficina como tal en Nueva York, así que hacen todas sus reuniones en restaurantes. Están reclutando el personal necesario para poder empezar a trabajar y, Chris, estoy enamorada de lo que hacen, he buscado mucho por internet y he visto casos.

—Está bien, nena. —Me abrazó.

—¿Estás seguro que puedes quedarte con Nella?

—Completamente —aseguró Chris.

—Pero tienes al bebé y...

—Antonella también es nuestra bebé —gritó Richard, que venía con el pequeño Gabriel en brazos—. Vete ya o llegarás tarde.

Asentí y me agaché a su altura, dándole un sonoro beso...

—Te amito, bebé, pórtate bien en casa de los titos. —Mi nena asintió con su cabeza.

—Chau, mami —dijo Antonella antes de desaparecer por la puerta de la que era su habitación en casa de Christian.

Volví a mi departamento y me cambié rápidamente. Había pasado una semana desde que me entrevisté con la mujer que era la gerente de *Open Heart*, ahora tenía la segunda entrevista con el presidente de la organización.

Tenía que estar en una hora en el restaurante *Del Posto*. Tomé el metro y me bajé en la estación más cercana al lugar, tenía el tiempo justo.

Un hombre al que reconocí como el maître habló en un fluido italiano, las palabras de otro hombre susurradas al compás de las caricias llegaron a mi mente rápidamente.

—Inglés, por favor.

—Buenas noches, señorita, bienvenida a *Del Posto*. ¿Tiene reservación?
— preguntó en inglés.

—Reservación a nombre de *Open Heart* —dije con una sonrisa.

—La están esperando, señorita. Sígame... —Seguí al maître por medio del restaurante, estaba tenuemente iluminado y todo su mobiliario era en madera; sus paredes estaba pintadas en colores oscuros; había un pequeño árbol antes de unas escaleras. El hombre las subió, dirigiéndose hacia los privados, esta parte también tenía colores opacos y la iluminación era tenue. Estaba tan nerviosa que mis manos sudaban, se suponía que esta era la última entrevista antes de hacerme exámenes médicos y firmar el contrato. No sabía qué clase de hombre me entrevistaría, pero esperaba que no fuese uno de esos que querían cambiar empleos con favores sexuales. Alcé mi barbilla y obligué a mis rodillas a dejar de temblar. El maître llegó hasta la mesa, abriendo mi silla para sentarme, pero la mesa estaba sola.

—Pensé que me esperaban —expresé al maître mientras me sentaba y él me pasaba el menú.

—Y te he estado esperando... desde hace cuatro malditos años.

23

Esa voz, era... él.

Sus dedos acariciaron mi nuca y un pequeño escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Mi pecho se contrajo, habían pasado cuatro años. Cuatro años añorándolo, deseándolo y, ahora que había decidido dejarlo atrás, él volvía.

—*Buona notte, mio dolce.* ^[56]—Salió de la oscuridad y se sentó frente a mí—. Tráiganos dos copas de *Poggio di Sotto*.

No dije nada hasta que el maître se retiró, aún estaba en shock. Se veía exactamente igual que hacía cuatro años atrás: Altivo, sexy, arrogante e impertérrito, a pesar de haberme saludado en su idioma natal.

—Lex. —Mi voz salió ronca, asombrada. Cerré mis ojos varias veces, pensando que esto era un espejismo o un sueño. Mordí mi mejilla internamente... Pero no estaba soñando, él estaba ahí, frente a mí, después de todo ese tiempo. Sus ojos verdes mirándome tan intensamente... Verdes, sus ojos...— ¿Has sido tú quien ha estado dándole cosas a Antonella?

—La *ragazza* está muy linda, Katheryne, y tú estás preciosa.

Un mesero llegó con la botella de vino, sirvió nuestras copas mientras Alessandro miraba la carta. Cuando colocó la botella en la mitad de la mesa, Alessandro hablo.

—Tráiganos brocheta especial, ensalada mixta y capellini pomadora, para tomar un vino *Barbera de Alba Suoli* —expresó en un fluido italiano mientras entregaba al maître el menú. No me pasó desapercibido que dijo tráiganos y no tráigame.

Para él era como si nada hubiese cambiado, y mi sorpresa se convirtió en rabia. Estaba frente a mí como si los años no hubiesen pasado, como si no se hubiese ido cuando más lo necesitaba a mi lado.

—¿Qué haces aquí, Alessandro? —volví a preguntar—. Estoy esperando a alguien.

—Oh... sí, me esperas a mí... —contestó socarrón.

—¿Qué?! —Mi voz subió un par de octavas.

—Me esperabas a mí, Co-fundador de *Open Heart*. Estamos en una entrevista de trabajo, señorita Cortéz —dijo seriamente—. Pero tengo hambre, por lo que, primero cenaremos. —Repuso suavemente, pero en un tono que no admitía réplica alguna.

—¡Esto es una trampa! —Sentí la rabia bullir dentro de mí. Cuatro años habían transcurrido, cuatro malditos y dolorosos años—. Me engañaste... Hiciste todo esto para... ¡¿Para qué demonios hiciste todo esto?! —Exploté, levantándome de la silla y dando gracias a Dios porque estuviéramos en un privado.

—Siéntate, baja la voz y no me hagas enojar, nena. No te conviene, *dolce*. Vamos a comer y luego hablaremos.

—¿Luego hablaremos?, ¿luego hablamos? ¡Y un cuerno, Alessandro! —grité una vez más—. A mí no me amenazas, ¡tú y yo no somos nada! Te recuerdo que tú me dejaste, no puedes pretender regresar como si fueses mi amo y señor. —Negué con la cabeza—. Estás muy equivocado, Alessandro D'Angelo. Que tengas buen provecho. —Terminé antes de girarme y empezar a caminar en dirección a la salida. Tenía tanta rabia que en cualquier momento iba a llorar, el nudo en mi garganta cada vez se apretaba más, impidiéndome respirar. Necesitaba huir, ya que no sabía si tirarme a sus brazos y besarlo, como hacía años soñaba, o darle una fuerte patada en su exquisito culo por cobarde, arrogante y cabrón.

Pasé por el lado del maître, bajando mi cabeza para que no viese mi rostro. Las lágrimas picaban por salir, pero me negaba rotundamente a dejarlas escapar. Llegué a la avenida y paré un taxi. Justo cuando iba a subirme, sentí cómo su mano sujetaba fuertemente mi muñeca, y su olor... ese que me hacía derretir ante él, se colaba por mis fosas nasales.

—En cuatro años, no has tenido a nadie —indicó en voz baja, apretándose fuertemente a mí.

—¿Y por eso supones que soy la misma de hace cuatro años? —Su mirada era impenetrable—. Pues no lo soy, cambié, me hiciste cambiar el día que me dejaste, el día que no te importó mi amor ¡y huiste como un maldito cobarde! Huiste de mí: Tú, el gran Alessandro D'Angelo, dueño del universo, el imbécil que días antes de abandonarme me pedía que luchara por mi hija, que no te dejara solo... ¡Me abandonaste! No tienes ningún derecho a venir a destruir mi vida, Alessandro... —La primera lágrima se deslizó por mi mejilla—. ¿Para qué diablos regresaste? El mundo siguió girando mientras no estabas. —Él no contestó, se limitó a arroparme con sus brazos fuertemente, pegándose a su pecho mientras las lágrimas caían. Me alejé de la calidez de sus brazos.

Él no hizo nada mientras me subía al taxi, pero instó al taxista a no arrancar enseguida. Se agachó por la ventanilla del auto e inspiró, cerrando

los ojos un segundo.

—Tú y yo volveremos a vernos —susurró de manera suave, íntima, no estaba amenazándome, fue como la constatación de un hecho. Luego volvió al restaurante.

—¿Lo conoce, señorita? —preguntó amable el taxista.

—Es alguien que nunca debió volver. —Le di la dirección de mi departamento y le envié un mensaje de texto a Chris preguntándole si Nella podía pasar la noche en su casa. Afortunadamente, él aceptó.

Mientras viajaba en el auto, recordé los días después del coma. A pesar de que esperaban un efecto secundario debido a los hematomas en mi cabeza, mi despertar había sido rápido y sin consecuencias. Uno a uno, mis amigos pasaron a verme, incluso Demian. Gabriel me explicó lo que había sucedido, Christian me aseguró que no tendría que preocuparme por Fabrizio. Esperaba que hubiese tenido que salir de viaje, que me llamara al teléfono, cualquier cosa, pero cuando V me dijo que él había ido a casa una noche, después de mi segunda intervención, lo supe: Él se había ido.

La mayoría de las personas piensa que, cuando estamos en estado de inconciencia, no sentimos, pero no era así. Yo había sentido el dolor de Alessandro y ese dolor me sostuvo en una profunda depresión durante casi cuatro meses.

Llegué a casa en una nebulosa de confusión, me quité el vestido negro y coloqué mi pijama, aún era temprano, pero yo solo quería dormir, dormir y que al despertar, solo fuera un sueño, que él no estuviese aquí y que esto no hubiese sucedido.

Me recosté en mi cama, en posición fetal, y me quedé observando a la nada hasta que el sueño me venció.

Desperté a la mañana siguiente, un poco desorientada, pero con los recuerdos tan frescos como una montaña de panqueques recién hechos. No quería quedarme sola, por lo que, me bañé y vestí rápidamente. Llevaría ropa suficiente para quedarme con los chicos este fin de semana.

Alessandro D'Angelo no tenía la nueva dirección de Chris, así que estaría segura y lejos de él con ellos.

No estaba huyendo de nuevo.

¿A quién estaba engañando? Lo estaba haciendo de nuevo, y era porque no sabía qué pasaría si lo volvía a ver, no sabía si podría tener la misma entereza que la noche anterior, porque a pesar de cómo era, de su abandono y

su ausencia, mi corazón seguía latiendo por él y solo por él.

Coloqué un par de mudas de ropa en mi cama y luego busqué mi viejo morral para guardarla. Antonella tenía ropa en casa de Chris, ya que pasábamos mucho tiempo allí.

Abrí la puerta para irme, y esperé todo menos encontrarle ahí, frente a mí. Nos miramos a los ojos durante unos segundos y, sin mediar palabra, sus labios chocaron fuertemente contra los míos; una de sus manos sujetó mi cadera mientras la otra agarró mi nuca, pegándome más a él; su lengua invadió la mía en un beso cargado de necesidad, afecto y arrepentimiento... Y aunque intenté negarme y me mostré sorprendida en un comienzo, terminé cediendo a su fuerza y mi lengua salió al encuentro de la suya. El corazón me latía frenéticamente mientras luchaba por respirar y seguirle el ritmo.

Whisky, menta y hierbabuena... Una maldita adicción. La mano que había estado en mi cadera subió hasta posesionarse en mi pecho derecho. Gemí por las sensaciones que tenía años sin sentir. Fue entonces cuando reaccioné.

La bofetada resonó por cada pequeño rincón de mi departamento. Mi mirada enfocada en la mueca sardónica de Alessandro mientras se acariciaba la mejilla.

—Has sacado garras estos años, y eso me gusta, *dolce* —dijo suavemente antes de dar un paso en mi dirección.

—No tienes ningún derecho de venir a mi casa y usarme con si fuese de tu propiedad, si estás de paso en Nueva York, te informo que Krystal aún es una puta y tú sabes dónde encontrarla. Ahora vete.

—Tú y yo tenemos que hablar, Katheryne —repuso mirándome.

—Tú y yo nada, no existe un “tú y yo”, Alessandro. ¡Tú lo destruiste! Y ahora regresas, después de cuatro años, y pretendes que todo sea como antes. No sé si eres muy iluso o si me consideras muy estúpida, Alessandro... —dije antes de dirigirme a la salida.

Si él no iba a irse, lo haría yo. Su mano sujetó mi brazo, pero me zafé fuertemente.

—¡Déjame en paz!

Salí del departamento y bajé el tramo de escaleras con rapidez. Riley hizo un saludo militar al verme. Verlo ahí hizo que mis ojos se anegaran en lágrimas, su rostro había cambiado y ahora su cuerpo era mucho más musculoso.

—Me quedaría a abrazarte, Riley, pero me temo que he terminado con tu patrón.

—Es bueno verla, señorita Katheryne.

—Ya no soy quien era antes, Riley, así que es solo, Kath —sonreí—. Ahora tengo que irme. —Él asintió y yo caminé rápido por la acera hasta llegar a la parada del autobús. Podía sentir la mirada de Alessandro en mi cuerpo, pero no me giré ni una sola vez para comprobarlo.

Me sentía una cobarde al no poder enfrentarlo, pero no estaba preparada para esto... Fueron cuatro años, los peores cuatro años de mi vida, donde, si no hubiera sido por el apoyo de V y Chris no estaría donde me encontraba en estos momentos, así que, definitivamente no podía permitirme volver atrás.

Llegué a casa de Chris y Richard media hora después, había estado en la puerta del edificio intentando serenarme. Richard había llevado al bebé a tomar el sol al parque cercano, Antonella ya estaba despierta, viendo su caricatura preferida.

Estaba metida en mis propios asuntos mientras Chris preparaba café. Colocó un par de tazas en la isleta y se sentó frente a mí, dando un sonoro suspiró.

—¿Qué sucede, súper papá?

—Nella se está pareciendo a Gabriel.

—Sí, lo noté.

—Él hubiese sido un buen padre, solo se atemorizó tanto...

—Lo perdoné, Chris, como lo hice contigo e Isabella.

—¿Vas a hacerlo? ¿Vas a decirle que él fue su padre?

—Cuando llegue el momento, lo haré. —Miré a Antonella acostada con la barriga al suelo mientras movía sus pies viendo *Angelina Ballerina*.

—¿Crees que seré un buen papá? — Preguntó tomando un sorbo de su café—. ¿Kath? —Miré a mi amigo—. ¿Qué crees?

—Antonella —llamé a mi pequeña, que ahora intentaba imitar la posición que hacía la ratoncita—, ven aquí, amor.

—Sí, mami. —Mi nena llegó corriendo. A sus casi seis años, Antonella era una niña vivaz, dulce, amable y llena de energía. Sabía que había que remplazar la válvula de nuevo, pero no me preocuparía por ello, no ahora.

—El tío Chris quiere un beso y un te amo. —Mi nena corrió hasta donde Chris y lo abrazó fuertemente.

—Te amito con toditito mi corazón, eres el mejor tito del mundo mundial —dijo con voz suave, abrazándolo. Chris la apretó fuertemente y luego ella se zafó para volver a su programa favorito.

Chris me dio una sonrisa.

—¿Ves?, Antonella te ama, Chris. Tu hijo también lo hará. —Me acerqué a él y lo abracé.

—No puedo creer que ella me ame tanto, más cuando yo la abandoné cuando Gabriel... —Mi amigo bajó la mirada y suspiró. Lo atraje hacia mí y lo abracé fuertemente, no necesitábamos palabras

—¿Te sucede algo? —preguntó Chris unos minutos después.

«¿Acaso era un jodido libro abierto?»

—¿Cómo te fue en la entrevista de anoche?

—Creo que bien —mentí inútilmente—, esperaremos a ver qué pasa —peiné mis cabellos hacia atrás y decidí cambiar el tema de conversación—. ¿Por qué no fuiste con Richard?

—Bueno, yo pedí una licencia para estar con él bebé, Richard solo lo ha tenido por momentos, así que le permití tener un momento papá e hijo. Ha estado nervioso por el hecho de que, ya sabes... su mamá es Brenda, ella nos dio su óvulo y nos prestó su vientre. Richard quería que tuviese algo de ambos.

Coloqué mis manos en las suyas.

—Él lo entenderá, no será ni el primero ni el último niño con dos padres.

—Hay tantas cosas, el bullying, los...

Apreté su mano para callarlo.

—Preocúpate por las cosas cuando lleguen, no antes. Gabriel es tan solo un bebé.

Cuando Richard llegó con el bebé, se lo pasó a Chris para que lo alimentara mientras él se daba una ducha. Richard también era abogado y, al parecer, tenía papeleo pendiente por resolver. Mientras miraba a Christian darle el biberón a Gabriel, me di cuenta de que no podía huir de Alessandro. Podría esconderme aquí durante los siguientes dos días, pero ¿y los demás?

—Mami —Nella me llamó mientras íbamos a casa— ¿podemos ir al parque? Por favorcito, mami. —Tenía ojitos de borreguito y juntaba sus manitos. Mientras iba en su asiento de autobús, miré la hora y era relativamente temprano, así que asentí.

El parque cercano a nuestro edificio era pequeño, pero tenía una pequeña plaza en donde había palomas y mi hija amaba tirarles pan, por lo que primero habíamos pasado por la panadería y conseguido un poco de pan

tostado. Me recosté en uno de los árboles mientras me sentaba en el césped. Era un ritual cada vez que veníamos a este parque. Eché de menos no tener un libro ahora mismo, aun así, saqué mi *iPod* mientras veía a mi nena alimentar a las palomas. Cerré los ojos un instante, sintiendo como el viento golpeaba mi rostro.

—Kath... —Su voz, su maldita, suave y aterciopelada voz...

—Alessandro, por favor —susurré al sentir su aroma. No tenía que mirarlo para saber que él estaba ahí—. Por favor, déjame en paz.

—Me estudiaste mejor que los muchos psicoanalistas que me han tratado, nena —susurró cortándome.

«Él estuvo en el auditorio, era la presencia intimidante que me observaba.»

—Tu tesis fue asombrosa, Katheryne... Cristo, realmente necesito que me escuches, nena... —Su voz había bajado un par de octavas.

Abrí mis ojos para verlo, pero no estaba frente a mí, estaba a mi lado, con su cuerpo totalmente recostado en el árbol, con un jean deslavado y una camisa gris. En ese instante, recordé la descripción de Antonella y un susurro de su parte confirmó lo que tanto temía: Él era “*el señor de los ojos lindos*”

—Yo no quería enamorarme. Necesito que entiendas que desde la muerte de Fiorella, nunca estuve interesado en ello. Cuando amas, das el todo por todo, te subes a la nube de falacia más grande que existe, y cuando todo acaba, sientes que caes en un precipicio sin fondo...

—No me interesan tus excusas, Alessandro. —Miré a Antonella deslizarse por el tobogán—. ¡Antonella, no te alejes mucho, amor! —grité al verla correr más hacia la calle. Pude ver cómo las comisuras de la boca de Lex se inclinaban un poco mientras miraba a mi bebé. Pasé una mano por mi rostro, cansada del juego del gato y el ratón—. Nadie... Nadie en este mundo, me ha hecho tanto daño como tú, yo solo quise hacerte feliz, pero tú te negaste completamente. Y lo lamento, pero mi período de estupidez ya pasó... No volveré a ti, Alessandro, si acaso es eso lo que pretendes acosándome. Porque tú, señor perfecto, me destruiste... Aplausos al señor D’Angelo—dije sardónica—. Al final, conseguiste lo que tanto anhelabas —respiré fuertemente—. Me consumiste, me marchitaste... —Mis ojos picaron, pero me obligué a no llorar—. No quiero verte más en mi vida, Alessandro. Y por tu bien, mantente alejado de Antonella, no le regales cosas...

—Katheryne...

—Ya no soy la tonta de hace cuatro años atrás. Y si una vez estuve

dispuesta a amarte sin importar lo que tú sintieras por mí —me levanté del pasto y lo miré fijamente, sin importarme su rostro distorsionado por mis palabras, sin importarme a quién le dolían más—, esta vez no. —Expresé fuerte.

Me giré para llamar a Antonella e irnos a casa, pero ella no estaba en el área de juegos.

—¡Antonella! —La llamé, corriendo hasta la resbaladilla—. ¡Antonella! —No me importó dejar a Alessandro detrás de mí, respiré profundamente antes de empezar a preocuparme. Antonella nunca se alejaba—. ¡Antonella! —Volví a gritar con el corazón latiéndome a mil.

—¡Nella! —Escuché el grito de Alessandro, pero mi bebé no aparecía, solo la había perdido un segundo de vista... ¿dónde se había podido meter? —*Dolce*... Escúchame. *Dolce*... Katheryne, reacciona. —Me zarandeó—. Estás sufriendo un ataque de pánico. Debemos buscarla, voy a ir hacia la avenida. Busca alrededor del parque. —Limpió mis lágrimas. ¿En qué momento había empezado a llorar?—. Va a aparecer, *dolce*. —Alessandro sacó su celular—. Riley, necesito que busques a Antonella por los alrededores del parque —ordenó al móvil, empezó a caminar hacia la avenida y yo a correr hacia el parque.

Busqué casi por todos lados, pero mi nena no estaba y ya estaba empezando a impacientarme. Corrí a la avenida, quizás Alessandro ya la había encontrado.

El alma volvió a mí cuando vi a mi pequeña en los brazos de Alessandro.

—Nella. —Mi corazón saltó aliviado.

—Mami... El señor gato no quería que lo atrapara y se iba a ir a la calle solito, pero el señor de los ojos lindos me ayudó a atraparlo. —Se explicó.

—Antonella —la tomé de los brazos de Alessandro, llenándola de besos, sin importarme la bola de pelo blanca, amarilla y negra que tenía entre sus bracitos—. Antonella Cortéz, jamás, óyeme bien, jamás vuelvas a alejarte. —Le di un par de besos más.

—¿Puedo quedarme con el señor bigotes, mami? —preguntó mi pequeña —. Por favorcito. —Me hizo un puchero.

—Lo siento, peque, pero no podemos. —Mi niña bajó la mirada hacia el gatito en sus manos.

—Pero va a estar solo, mami, en la noche se puede resfriar.

—Pero, pequeña...

—Yo me lo llevaré.

Había olvidado completamente a Alessandro.

Él tomó el gato de las manos de Antonella.

—Te aseguro que le buscaré un refugio para que no esté en la calle de noche. Desafortunadamente, no puedo llevar mascotas a mi casa. ¿Por qué no vas ahí —señaló una silla— y te despides del señor bigotes?

Mi hija lo obedeció.

—Gracias.

—De nada, *mía bella ragazza*, yo solo... necesito hablar contigo.

—Te lo agradezco, de verdad, Alessandro. Pero te repito, tú y yo no tenemos nada que hablar. Tú tomaste tu decisión y yo he tomado los míos —me giré, no sabía cuánto me duraría la fuerza de voluntad de decirle que se alejara, cuando lo que mi mente pedía a gritos era que me estrechara entre sus brazos y me diera uno de esos besos que hacían que me olvidara que existía el mundo. Suspiré, besando la mejilla de mi muñeca—. Creo que es hora de irnos.

Antonella dio un beso a gatito y luego lo llevó con Lex, que se agachó para recibir al animalito. Antes de volver a mí, Antonella besó la mejilla de Alessandro y le dio un gran abrazo. Volvió a mí y mientras caminábamos alejándonos de él, ella se giraba y decía adiós con su mano.

Varias semanas habían transcurrido sin tener noticias y sin que se me hubiese aparecido Alessandro... Al menos, no había intentado acorralarme en la calle o llegado al departamento. Le había comentado a V por teléfono, pero aún no le había dicho nada a los chicos; ellos estaban bastante enrollados con el pequeño Gabriel. Antonella seguía en la guardería con su rutina normal. Y no era estúpida, un hombre vestido de negro me seguía; se había reportado como Víctor Smith, guardaespaldas del señor D'Angelo. Le había pedido que se fuera, que me dejara en paz, pero él no lo hizo. Por lo que, después de pelear tres días con él, decidí ignorarlo.

Las tarjetas empezaron a llegar dos días después, regalos costosos que no servían para nada: Un celular nuevo, las llaves de un coche... Yo no necesitaba eso, yo no quería nada que viniese de él... Bueno, mentira. Le quería a él, pero estaba demasiado herida como para perdonarlo.

—Pero yo me quiero quedar con el tito, mami. —Se cruzó de brazos, haciendo un berrinche de los que muy pocas veces hacía; y no podía culparla, Gabriel era hermoso, tenía los ojos azules, muy parecidos a los de Chris, mezclados con la piel canela de Richard y Brenda. A pesar de ser un pequeñito de un mes, nos tenía a todos en la palma de su mano.

—Antonella —bajé a la altura de mi hija—, tito Chris y tito Richi están ocupados con Gabriel.

—Deja que se quede, Kath. —Richard salió de la cocina, limpiando uno de los biberones del bebé.

—Chicos... —Intenté objetar, no podíamos darle a la princesa todo lo que quisiera.

—Vamos, nena. —Chris reviró desde el sofá, con el bebé en brazos—. Sabes que quiero que ellos sean como hermanitos; además, ella nos ayuda. ¿Verdad que sí, pitufa?

Mi pequeña asintió

—¿Están seguros?

—Estoy seguro. —Me cortó—. Tan seguro como que Gabriel se levantará dentro de dos horas por un nuevo biberón.

—¿Entonces, sí puedo quedarme? —Los ojitos de Antonella eran emoción pura.

—Sí, pero tendrás que hacerte cargo de los pañales sucios. —Richard rio cuando Antonella arrugó la cara.

—No, tito, eso lo haces tú —gruñó antes de salir corriendo hacia su habitación.

—¿Están completamente seguros? —Insistí una vez más.

—Vete ya, que se hace tarde y te irás en metro.

Asentí.

Chris le pasó el bebé a Richard antes de tomar su billetera.

—No, Chris no lo harás —me negué al saber cuál era su intención—. El metro aún es seguro.

—Dame paz mental, mujer —me entregó el dinero—. Toma el puto taxi y me pagas cuando empieces a trabajar en lo que te preparaste, aún puedo hablar con la encargada de recursos humanos de la empresa.

Hacía un par de años, Chris había dejado de trabajar para D'Angelo Building, debido a que Richard ya trabajaba ahí y una de las políticas de la empresa prohibía que hubiese relaciones sentimentales entre sus empleados.

Negué, quería conseguir las cosas por mí misma.

Me despedí de los chicos y mi pequeña consentida y bajé las escaleras de, dos en dos. La calle estaba sola, casi desierta, y ningún taxi pasaba por allí. Podía sentir la mirada del tal Smith; sin embargo, decidí caminar un poco, apenas eran las nueve así que podía caminar hasta una avenida con mayor número de personas.

Hubiese podido quedarme con los chicos hasta el otro día, pero tenía que madrugar e ir a mi trabajo temporal.

Me detuve en una esquina y sonreí cuando un pequeño copo de nieve cayó en mi mano. Al final, había sido una excelente idea dejar a Antonella con los chicos. Iba a cruzar la calle en dirección a la estación del metro cuando un auto negro se detuvo frente a mí. Todo lo demás fue demasiado rápido, me empujaron dentro de ese coche y, aunque intenté luchar, no pude hacer nada.

Creo que me desmayé.

24

Estaba recostada en algo mullido y a lo lejos se escuchaba el graznido de un ave y el golpear del agua sobre área sólida. Abrí los ojos y los cerré mientras observaba la claridad... ¿Dónde estaba?

—Despertaste. —Me levanté de la cama al escuchar la voz de Alessandro, su acento ahora era más marcado.

—¿Alessandro?

—*Buongiorno, bella.* —Su voz era suave, ronca y profunda. Estaba sentado frente a mí con una camisa y un pantalón blanco.

Me levanté de la cama y miré por el ojo de buey. Agua, cubriendo todo agujero. Me quede mirándolo un par de minutos de vez en cuando el agua se alejaba y dejaba ver un magnífico cielo azul y aves a la distancia.

Estaba en un barco, en el agua... pero ¿Dónde exactamente?

—¿¿Dónde estamos, Alessandro?! —Mi voz subió un par de octavas.

Él ignora mi pregunta olímpicamente.

—Dawson, mi último psicoterapeuta, me dijo que hiciera las cosas con calma, que fuese a tu tiempo, y lo intenté, *dolce*... Lo intenté —le vi tomar una copa del suelo—, pero tú no quisiste y yo tenía que hacerlo. Necesito que vuelvas a mi lado. Me consumo sin ti, Katheryne, lentamente. Estos años han sido una maldita tortura. ¡Pero tenía que hacerlo! El dolor y los recuerdos estaban acabando conmigo. ¡Y nadie parece entenderlo!

Sentí la rabia subir a límites insospechados dentro de mí.

—¡Y por eso tenías que secuestrarme, maldito neandertal! —grité—. Porque me has tomado en contra de mi voluntad, y eso, Alessandro, se llama secuestro. Aquí y en la China.

—¡No sabía que más hacer, maldita sea! —gritó, levantándose de la silla—. Necesitaba hablar contigo... ¡Necesito que me escuches, por un demonio! ¿Crees que dejarte fue fácil? ¡No lo fue! ¿Crees que darme cuenta que eras más que una sumisa fue sencillo? Había quebrantado mis propias reglas cuando me interesé por tu vida

—¡Y te tomó cuatro malditos años hacerlo! —una suave melodía se reproducía desde algún lugar de habitación—. Última vez que te pregunto, ¿dónde estamos, Alessandro?

—No muy lejos de Manhattan, este yate es de Demian. —Bebió el contenido de su copa y la dejó en el tocador color *wengué* que estaba a un costado de la habitación.

—¿Vas a escucharme, *dolce*?

—Vete al infierno.

—Creo que no. —Caminó hacia la puerta y cerró detrás. Pensé que la había cerrado con llave, pero no fue así. Tampoco salí, no había algún lugar donde escapar.

Horas más tarde, Riley entró a la habitación con una bandeja; había fruta picada, diversos quesos y tostadas francesas. La dejó sobre el tocador. Al principio, me negué a comer, sabía que estaba actuando como una idiota, pero no quería nada que viniese de él. Sin embargo, terminé llevando el plato con fruta picada hasta la cama.

No supe cuánto tiempo había pasado, pero la puerta se abrió nuevamente, esta vez fue Alessandro el que entró con un nuevo plato.

—¿Quieres escucharme, *ragazza*? —Dejó el plato sobre el tocador, al lado de la bandeja del desayuno.

No dije nada.

—Katheryne...

—¿Qué me garantiza que en un par de años el dolor no te consuma?... ¿Crees que para mí fue fácil despertar y no tenerte junto a mí? ¡Maldición, Alessandro, yo te amaba! ¿Por qué te empeñas en seguir hundiendo el puñal en la herida? ¿Por qué llegas cuando mi vida empieza a tomar su cauce? ¿Por qué insistes en partir mi corazón, si nunca me amaste?

—¿Por qué no me entiendes? —expresó frustrado—. Era lo mismo... Lo mismo martillándome en la cabeza: El coma, tu amor, la misma maldita escena reproduciéndose en mi cabeza, la misma que seis años atrás. Convulsionaste después que te besé, no había querido entrar a tu habitación, te beso y...

—¡Decidiste que no valía la pena esperarme y huiste como un maldito cobarde, cuando te diste cuenta que te estabas enamorando de mí! —reproché.

—No era... —pensó la palabra—. No era ese sentimiento, yo...

—Claro que no. ¡Se me olvidaba que el grifo sin alma es incapaz de amar! ¿Qué es esta vez, adicción, necesidad o, simplemente, te aburraste de andar de sumisa en sumisa? ¡Porque no soy tan ilusa como para creer que hayas permanecido célibe todos estos putos años! —grité ahogada—. Contéstame algo, Alessandro, ¿por qué regresaste? —Sorbí mi nariz.

—Por ti, *dolce* —susurró en voz baja.

—¿Por mí? —Reí sarcástica—. ¿Te diste cuenta que me amabas, o ninguna de esas sumisas te dio lo que necesitabas?

—¡Maldita sea, porque me importas! —espetó acercándose a mí—. Todos estos años, luchando conmigo mismo para no venir y arrastrarte hasta el infierno. Todos estos años, intentando ser mejor sin éxito alguno. Sumisa tras sumisa, dolor y placer. Dominique y su maldito látigo, y en todas ellas tú, ¡maldita sea! ¡Tú! —Me tomó por los hombros—. ¡Te colaste en mí, desde aquella vez que te vi en el maldito burdel, sirviendo bebidas!

Mis ojos se abrieron al escuchar lo que había dicho.

—No lo sabías, ¿verdad, *dolce*? Yo iba y te veía. Tenías la mirada de Fiorella, su forma de ser, tímida y explosiva, y yo estaba tan confundido.

—Fiorella, Fiorella, no soy Fiorella. ¡Soy Katheryne! —repliqué.

—Lo sé, ahora lo sé... No fue mi culpa que ella muriera, no fue mi culpa, *dolce*, pero sí fue mi culpa que Fabrizio tomara su vida para vengarse de mí, y luego hizo lo mismo contigo. Entonces me di cuenta de que me importas más de lo que te deseo. Te quiero, *dolce*, porque... ¡Maldición, sigo siendo el mismo cabrón arrogante egoísta que conociste años atrás! Sigo siendo el mismo hijo de puta que se alimenta del dolor y del placer. No he cambiado nada, absolutamente nada, solo he modificado y aceptado cosas que antes me negaba a mí mismo, una de esas, la más importante, tú... tú me importas más de lo que yo quiero reconocer. —Sus manos tomaron mis mejillas, pero me alejé.

—Que alguien te importe no significa que lo ames, Alessandro —susurré en voz baja—. Yo necesito algo más, no quiero volver a repetir los mismos errores que ya cometí. Tengo a Antonella y es mi deber velar por su estabilidad. Llévame a casa.

—No lo haré hasta que no vuelvas a mis brazos, a mi vida. —Me reí, me reí de él y de mí.

—Mis amigos han de estar preocupados.

—Richard sabe que estás conmigo, él se lo contará a Christian...
Picola...

—Vete, déjame sola.

—¿Vas a escucharme, Katheryne?

—No. —Recogió la bandeja del desayuno y se fue.

El día dio paso a la noche. Riley llegó en algún momento de la tarde, me había dado una copa con piña colada y dejado sobre la cama una caja grande. Cuando se fue, la curiosidad pudo más que yo y abrí la caja, revelando un hermoso vestido junto a una nota con la estilizada caligrafía de Alessandro.

Reúnete conmigo en la popa, cuando la luna esté en lo alto
Alessandro

Él estaba loco, no iba a ponerme ningún vestido, tampoco iría con él a ningún lugar. Había dado sus razones para irse, yo también tenía las mías para no ceder a sus demandas.

Miré por el agujero, vi la luna ubicarse en lo más alto. Me había dado un baño y había cambiado mi sencilla camisa y mi jean por una camisa blanca y un par de bóxer, que esperaba fuesen de Alessandro y no de Demian. Di vueltas por la habitación un par de veces y me senté en la cama, enfurruñada conmigo misma. Mi mente debatiéndose entre salir a su encuentro y quedarme aquí, encerrada, a ver si le daba un mensaje claro: “Vete a la mierda, Alessandro D’Angelo.” Pegué mi espalda al cabecero de la cama y subí mis rodillas hasta mi barbilla. Podía escuchar la música suave que venía desde afuera, una invitación a salir; pero aunque mi corazón latía desbocado, queriendo salir a verlo, mi razón y orgullo me mantenían acá.

Cerré los ojos e inhalé el salitre propio del mar. Nos habíamos estado moviendo lentamente, pero aún podía divisar Manhattan desde donde estaba, lejos, pero lo veía.

Después de no sé cuántas canciones más, me di por vencida. Amarré mi largo cabello en una coleta desordenada y salí de la habitación. Descalza y sin colocarme su elegante vestido, subí los peldaños que me llevaban a la popa.

La noche era hermosa, había tantas estrellas en el cielo que parecía como si un manto brillante hubiese cubierto el firmamento.

—Estás aquí. —Miré hacia el frente, encontrando a Alessandro con un pantalón de chándal beige y un suéter de cachemira con cuello en V.

—Tú me mantienes secuestrada y ya me cansé de mirar las paredes blancas de la habitación.

Él negó con la cabeza.

—¿Vas a escucharme, dulce? —Noté que hacía esa pregunta cada vez que nos veíamos.

—Ya te escuché, Alessandro. Te escuché, me diste tus razones y no puedo entenderlas. Yo te amaba y tú...

Él se acercó rápidamente, tan rápido que no pude impedir que sus fuertes brazos me estrecharan en su cuerpo.

—Te necesito... —Inhalé el aroma de su cuerpo, pero no le devolví el abrazo. Había tomado una decisión y estaba dispuesta a no dar un paso atrás, así mi corazón se resintiera por ello—. ¿Qué quieres que haga? Ya te perdí una vez, Katheryne, y fue el infierno... ¿Por qué insistes en hacerme pasar de nuevo por ahí, en separarnos?

—Tú lo hiciste, Alessandro, fuiste tú quien decidió abandonarme.

—Vuelve a mí, a mis brazos, *ragazza* —me apretó aún más fuerte—. Si te hicieras una idea de lo duro que fue para mí, del infierno que he pasado estos cuatro años.

Llevé mis manos a su pecho.

—¿Por qué no volviste?

—Lo hice... te vi, parecías estar tan bien sin mí. Vine cada año y te veía, a lo lejos, estabas radiante, estabas estudiando, trabajabas, y luego estaba él...

—¿Max? —me soltó—. ¿Es por eso que decidiste aparecer en mi vida, por Max?

Él caminó hacia una mesa que no había visto, era sencilla; había dos puestos y un cava con hielo, de donde sobresalía una botella. La descorchó, con una agilidad impresionante, y sirvió una copa para sí mismo, bebiéndosela de un solo trago.

—Merezco una respuesta —dije ante su silencio—. ¿Fue Maximiliano la razón por la que decidiste reaparecer en mi vida?

—Me di cuenta de que, a pesar de que me ahogué en muchos cuerpos, de que tuve diferentes sumisas, ninguna eras tú. Fue la primera vez que volví y te vi feliz.

—No era feliz, Alessandro, estaba sobreviviendo. Gabriel había muerto y Antonella me necesitaba.

—Pensé que tú me necesitarías a mí cuando me enteré de la muerte de Gabriel, por eso volví. Demian avisó a Antoine y él me contactó. Acababa de abrir una nueva sucursal de D'Angelo Building en Alemania y tomé un vuelo para verte y estar a tu lado. Pero me di cuenta de que no me necesitabas —sirvió dos copas y, esta vez, dejó una en mis manos—. Volví el año siguiente para la gala de caridad de la empresa, y volví a verte mientras estudiabas; te vi por varios días y, aunque quería reclamarte, no lo hice. Entonces, hace unos

días te vi besarte con él... —acarició mi mejilla con su dedo índice y me derretí un poco ante él, pero me obligué a permanecer impassible—. Y algo en mí bramó, Katheryne, algo me recordó que fui tu primer hombre. Me importa una mierda si me tachas de machista, retrógrado o neandertal. En ese instante, me di cuenta que te necesitaba, que no iba a permitir que alguien más tocara lo que por derecho me pertenece.

—¿Entonces son celos, es posesión? Tomaron el juguete del bebé y ahora quiere recuperarlo.

—¡No es así! Él te tocó y el infierno fue poco. Sigo teniendo fantasmas que me atormentan, demonios que me atosigan, aún no duermo mucho por las noches y ardo cada vez que te veo...

—¿Me amas, Alessandro? —Detuve su diatriba, porque no estábamos llegando a ningún lugar.

« Mi buen Dios, que diga que sí, aunque no sepa que vaya a hacer, no permitas que un *no* destruya mi resquebrajado corazón. »

—Tú me importas demasiado, soy un hombre con el peso de un pasado tortuoso a su espalda, no estoy acostumbrado a expresar sentimientos, decir palabras cursis o a definir mis sentimientos y emociones. Yo no soy así. Si decides volver a mí, debes saber que eres tan importante para mí que he vuelto, he estado volviendo una y otra vez, aunque no hayas podido verme. Quiero que sepas que estoy aquí para ti y para tu hija, que no quiero irme. Eso es todo lo que te puedo ofrecer, *principessa*. Solo yo y mi lado oscuro — dijo él.

*There's a place that I know
It's not pretty there and few have ever gone
If I show it to you now
Will it make you run away*

Se acercó a mí, quitando la copa aún llena de licor de mi mano, y dejó ambas en el suelo. Tomó mi mano, rodeando mi cintura con su brazo, y moviéndose al compás de la canción de Kelly Clarkson.

*Or will you stay
Even if it hurts
Even if I try to push you out
Will you return?*

*And remind me who I really am
Please remind me who I really am*

*Everybody's got a dark side
Do you love me?
Can you love mine?
Nobody's a picture perfect
But we're worth it
You know that we're worth it
Will you love me?
Even with my dark side?*

Me dejé llevar a su ritmo, mi corazón latiendo desaforado en mi pecho, mis ojos anegándose en lágrimas sin derramar. Podía decir que sí, cada una de mis emociones vibraba implorando un sí, pero su abandono aún estaba presente.

*Like a diamond
From black dust
It's hard to know
It can become
A few give up
So don't give up on me
Please remind me who I really am*

*Everybody's got a dark side
Do you love me?
Can you love mine?
Nobody's a picture perfect
But we're worth it
You know that we're worth it
Will you love me?
Even with my dark side?*

Me detuve, no siguiéndolo en el baile. Respiré profundamente y dejé que una lágrima resbalara por mi mejilla antes de alejarme.

—No es lo que quiero, Alessandro, ya vivimos esto una vez y yo

simplemente no lo quiero —me alejé aún más de él, viendo su cuerpo derrotado, sus hombros hundidos y su mirada decaída—. No sé dónde estamos, pero llévame a casa, Alessandro. Y, por favor, vete de nuevo, y esta vez, para siempre. No quiero que me hagas más daño, por favor.

Don't run away
Don't run away
Just tell me that you will stay
Promise me you will stay
Don't run away
Don't run away
Just promise me you will stay
Promise me you will stay
Will you love me?

Corrí escaleras abajo, a pesar que la canción decía que no huyera, a pesar de que me pedía que me quedara, que lo aceptara y volviera a él. Corrí porque no era tan fuerte, corrí porque lo quería, pero no estaba dispuesta a aceptarle de nuevo en mi vida con las mismas condiciones. Corrí porque tenía miedo de volver a salir lastimada.

Llegué a la habitación y me senté sobre la cama, mis lágrimas cayendo ahora como una cascada por mi rostro. Sorbí mi nariz mientras escuché sus pasos, pesados y fuertes; el pequeño sonido que hacía su calzado contra la madera, el chillido que me alertaba que siempre estaba cerca. Lloré mucho más por ello, lloré porque, por un momento, el tiempo se detuvo y los últimos cuatro años no habían pasado. Se arrodilló frente a mí y quitó las manos de mi pecho, acunándolas entre una de las suyas.

—No puedo hablarte de amor, no puedo prometerte amor; incluso, no sé si te daré un gran amor, pero haré lo que esté a mi alcance por darte una gran historia, por hacerte sonreír a ti y a tu hija, por darte un para siempre. —Metió la mano en su bolsillo y sacó una simple y sencilla banda de oro—. Katheryne Cortéz, esta será la primera y única vez que escuches de mis labios lo que siento por ti, volví por ti y por tu hija, y no me iré sin ustedes. *Tu sei l'amore della mia vita*^[57] —suspiró—. De ahora en adelante, confórmate con saber que eres lo único importante que tengo en la vida, y no quiero perderte, no de nuevo, y espero que mis acciones demuestren los sentimientos que albergo por ti, sin necesidad de palabras.

Mi mente se quedó en shock... Él había dicho que me amaba.

—No puedo prometerte una historia de hadas, porque no soy un puto príncipe, *dolce*. No puedo asegurarte un futuro lleno de felicidad, porque ni siquiera puedo asegurar mi propia dicha, pero no creo que tus sentimientos hacia mí se hayan extinguido. Cásate conmigo, *dolce*. Ven a mi mundo de tinieblas y mantenme a flote. Quédate junto a mí hasta que pueda consumirte o me redimas.

Dicen que las mujeres nos sentimos sutilmente atraídas por los hombres con pasados oscuros, tenemos complejo de heroínas... Alessandro D'Angelo era mi *Mr. Hyde*, mi *Heathcliff*, mi maestro, mi amo, mi señor... Yo quería volver a gritarle que se fuera, que se mantuviera alejado, pero al mismo tiempo, me preguntaba qué sería de mí si él se alejaba nuevamente. Quería... No, anhelaba sentir sus brazos rodeando mi cuerpo, quería que me cubriera la boca con sus besos terriblemente salvajes, quería ser nuevamente su esclava, su sumisa... Su mujer. Mi mente era una nebulosa cargada y pesada; no sabía qué hacer o qué decir, él se había destruido ante mí.

¿Cómo obligas al corazón a sentir algo que no siente? ¿Cómo fuerzas a tu mente a que olvide a aquel ser que hacía martillar tu corazón? ¿Cómo controlas las lágrimas, cuando sientes que todo se desgarrar? ¿Cómo niegas un sentimiento, cuando es más fuerte que tu propia voluntad, cuándo ves que al único hombre que has amado pidiéndote una segunda oportunidad? Puedes no sentir, puedes no llorar, puedes negarte amar, pero el sentimiento está ahí, vivo, latiendo con fuerza dentro de ti.

Suspiré fuertemente.

No podía engañar a mi corazón, no podía engañarme a mí misma. Yo... simplemente lo amaba, una excusa pobre a los ojos de muchas personas. Yo no quería pensar, solo quería sentir. Mis manos tomaron sus mejillas mientras sus ojos aún permanecían enlazados con los míos, suplicándome que no lo dejara solo.

—¿Dijiste que me amabas?

—¿Lo hice? —sonrió.

—Sí.

—A lo mejor escuchaste mal...

—¿Me estás pidiendo que... sea tu esposa?

El negó con la cabeza.

—No... quiero que seas mi sumisa siempre, la mujer que alimente mis demonios y me dé el placer que necesito, nena —murmuró—. Te estoy

pidiendo que te quedes conmigo y mi lado oscuro, a eso vine, *dolce*, por ti y por Antonella.

No pude contenerme más y acerqué su rostro al mío, uniendo nuestros labios en un beso suave.

Cedí, porque mis murallas se habían resquebrajado al ritmo de la canción de Kelly Clarkson, porque no correría. No más. Amaba su lado oscuro y lo amaba a él.

Alessandro dejó que mimase sus labios un poco antes de que sus manos agarrasen mi cintura, dejándome caer a horcajadas en su cintura y dominando completamente el ritmo del beso hasta que los pulmones me exigieron aire.

—*Ti amo, mia bambina* —expuso suavemente mientras colocaba mis cabellos detrás de mis orejas, una vez terminábamos el beso—. *Per favore, non lasciarmi anche tu... Non respingermi da te, non uccidere il mio cuore ancora una volta sere ragazza. Stare con me... sempre.* ^[58]

—Aceptaré lo que me pides, pero también tengo mis propias condiciones.

Alzó una ceja.

—Lo que quiero de ti es: A ti, todo tú, no me excluyas de tus problemas, no me dejes fuera de tus miedos. Somos uno, Alessandro, eso quiero. Ser parte de ti, no tu posesión, quiero que te apoyes en mí cuando las cosas vayan mal, que me acunes en tus brazos cuando me sienta decaer; quiero tus sentimientos, aunque no puedas expresarlos. Quiero tu cuerpo, quiero tus besos, quiero tu nombre.

Me besó.

Lo tomé del pelo y lo obligué a separarse de mí para ver sus ojos.

—Te quiero a ti, domine, amo, señor, maestro, mi amor... —Respiró mi aliento y yo el suyo. —Ámame sin palabras, hazme olvidar estos cuatro años de vacío, de soledad. —Mis labios besaron su barbilla—. Hazme ver el porqué regresaste por mí, ámame sin tiempos, ámame no solo con tu cuerpo, ámame con tu alma. Demuéstrame que no voy a ser tu esclava. Demuéstrame que quieres que sea tu mujer, que sea tu igual.

Epílogo

Me senté sobre la cama, secando mi cabello de la ducha. La casa se sentía silenciosa. Antonella estaba dormida, aunque parecía que llovería esta noche, así que estaba segura que en cualquier momento vendría y se acurrucaría conmigo. Caminé hasta el tocador y me dispuse a cepillar mi cabello, mis ojos se desviaron hacia la única fotografía de la habitación.

Dejé el cepillo a un lado para tomar la foto. Parecía imposible que hubiera pasado un año desde ese día, el día que dije que lo aceptaba con sus espacios grises, negros y blancos, el día que me convertí en Katheryne D'Angelo.

Deslicé mi dedo por la foto. Tenía una gran sonrisa, a diferencia de él, que lucía tan serio y estoico como siempre. Alessandro no era un hombre de sonrisa fácil, él tenía una sonrisa sexy, una cínica y una burlona. Pero no expresaba alegría con sus labios; sus ojos lo hacían por él y el brillo capturado en la fotografía me revelaba lo que sentía ese día.

Satisfacción, plenitud, dicha...

Había sido una boda sencilla, en el jardín de la casa de Alessandro en Nueva York, cinco días después de nuestra conversación en el yate de Demian, con nuestros amigos más íntimos y Antonella y Klauss como pajecitos, cargada de miradas silenciosas y palabras mudas.

No las necesitábamos, todo había sido en ese yate, en algún lugar del Atlántico, cerca de Manhattan

—Mami.

Alcé mi mirada de la fotografía para observar a la pequeña niña que había cambiado mi vida.

—¿Sucede algo, princesa?

Ella caminó hacia mí, llevaba abrazado a Tommy, el viejo conejo que Alessandro le había regalado.

La acuné entre mis brazos y luego nos encaminamos hacia la cama.

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

Sonreí antes de darle un beso en la frente.

—Te quiero, mami —bostezó, mientras se acomodaba en las almohadas—. ¿Cuántos días faltan para que venga papá?

—Tres, bebé. — Le respondí. Alessandro había viajado a Tokio hacía dos semanas a revisar las obras del último proyecto en el que trabajaba. Antonella estuvo enferma del estómago, así que nos habíamos quedado en casa. Fue un poco difícil despertar sin él en un día como hoy, pero hablamos por teléfono antes que me fuese al trabajo.

Ahora era la encargada del departamento de recursos humanos y presidenta de la fundación *Open Heart* en D'Angelo Building.

Antonella bostezó.

—Extraño a papi. —Yo también lo extrañaba—. ¿Crees que tenga que viajar de nuevo para la cena de Noche Buena? Este año el tío Chris no vendrá, solo el tío Antoine y la tía Gianna con Klauss.

—No lo sé, amor, pero también espero que no tenga que viajar —susurré, sacando de mi buró mi libro electrónico—. Hora de dormir, Antonella —pasé una mano por sus ojitos, cerrándolos—. Que sueñes con tus ángeles, mi amor.

Ella se acurrucó mucho más. Bajé un poco el brillo de la pantalla y miré hacia la pared acristalada de la habitación. Ví caer las primeras gotas. Tomé por costumbre mantener las cortinas abiertas para cuando él viniera a la cama a mitad de la noche.

Aunque mi vida en Milán, era todo lo que una vez soñé y esta casa era asombrosa, extrañaba Nueva York, extrañaba a V y a Chris, y aunque hacíamos vídeo llamadas con frecuencia en ocasiones me gustaría que estuvieran aquí. Conmigo.

Respiré fuertemente, sintiendo su ausencia, y busqué el libro que había estado leyendo para hacer que las noches pasaran más rápido.

Un par de horas después, el cielo había dejado de cantar, como le decía a mi hija cada vez que había truenos. Cerré el libro, dispuesta a dormir, cuando un mensaje entró a mi celular.

"Quería darte una jodida sorpresa, pero estoy famélico, dulce.

Tienes cinco minutos para prepararte, mia bella, ardo por ti."

¡¡Ardo por ti, joder!! Triplemente joder. ¡Yo ardía por él!

«Cinco minutos. ¡Ándate, Katheryne!»

Tomé a Antonella de la cama, que siseó un poco por el movimiento, pero no se despertó, sabía que no lo haría puesto que ya no llovía. La llevé a su habitación, encendí levemente la música, por si empezaba a tronar

nuevamente, hice una plegaria silenciosa para que no ocurriera. Antonella nunca había interrumpido alguna de nuestras sesiones, pero siempre hay una primera vez...

Deseaba con todo mi corazón que esa primera vez no fuese hoy, si Alessandro ardía, yo estaba simplemente calcinada por él. Era la primera vez, en un año, que no lo acompañaba en uno de sus viajes, o que se iba por tanto tiempo.

Fui al baño y preparé el jacuzzi rápidamente, sabía que estaría cansado, por lo que programé y mantuve la temperatura como a él le gustaba. Busqué la llave de la habitación de Alessandro y la abrí. Si bien me había dicho una vez que un dominante no tenía un lugar especial para follar, esta casa tenía una habitación destinada al placer. Las paredes eran grises con blanco y el piso estaba cubierto por una alfombra mullida. Teníamos un baúl frente a la cama con algunos juguetes; la pared de la izquierda tenía una completa colección de látigos, fustas y plumas; la pared de la derecha tenía una cruz de San Andrés, y le habíamos agregado unas cuerdas elásticas. En la esquina, estaba el columpio; y en la mitad de la habitación, una cama *King Size*. Sobre y detrás de ésta, un espejo nos daba el suficiente morbo de observar nuestros movimientos. Algunas de las cosas las habíamos renovado juntos. El látigo, ese con el que me había lastimado hacía tanto tiempo atrás, estaba guardado en una urna de cristal. Lo manteníamos como un recordatorio de que nunca debía extralimitarse en su rol, porque esto era el BDSM, un rol, un estilo de vida. Lo hacíamos porque queríamos, porque nos satisfacía y porque le hacía tener a Alessandro un cierto control sobre mí. Y yo amaba esa parte de él.

Siempre escogía tres juguetes, pero esta vez quería que él los escogiera por mí. Escuché la puerta de abajo cerrarse y luego sus pasos en la escalera, el sonido casi hipnótico de sus zapatos. Solté mi cabello y dejé que mis dedos jugaran con él antes de arrodillarme sobre la mullida alfombra, esperando a mi señor. Cerré los ojos, enfocándome en el sonido de sus pisadas; la puerta se abrió y pude escuchar su pequeño gemido estrangulado.

—Oh, mi pequeño y exquisito dulce, nunca me cansaré de verte así de dispuesta para mí placer. Solo tú, tu cuerpo, tu alma, tus besos... —susurró en italiano. No levanté la mirada para verlo, pero él se arrodilló delante de mí, tomado mi barbilla y levantándola hacia él—. Mi sumisa, mi amante, mi mujer... —Besó suavemente mis labios y luego se levantó, dando dos pasos hacia atrás—. Levántate y desnúdame, *cara*.

Me levanté sin dejar de mirarle; sus ojos verdes brillaban como lava

ardiente. Quité su saco, que cayó al suelo con un sonido sordo; desabotoné su camisa y la dejé caer también.

—*Mi sei mancata.*^[59] —Acaricié mi mejilla con sus dedos.

Dentro de estas cuatro paredes, no éramos marido y mujer, éramos amo y esclava. Quité sus zapatos negros y sus medias antes de subir mis manos por sus piernas, haciéndole jadear entrecortado.

—*Questa casa, questa stanza e questo cuore è vuoto senza di te*^[60]. — Mis dedos se movieron sigilosos por su cinturón, desabrochándolo rápidamente; sus manos se situaron en mi cabeza y abrí el botón de su pantalón, deslizándolo por sus piernas, junto con su bóxer. Su erección se levantó majestuosa, el acero *Apadravya*^[61] brillando para mí. Relamí mis labios antes de tomarlo en mi mano. La primera vez que había visto el piercing fue cuando volvió de Italia y estábamos en el yate de Demian, cuando le pedí que me amara. Estábamos juntos escuchando el sonido de las olas, cuando le pregunté por el pedazo de acero incrustado en su polla.

« El sexo no me llenaba, quería dolor, pero no podía darle más poder a Dominique que el que le había dado cuando fui a su casa a que me castigara. Cuando Fiorella murió, hice mis tatuajes, cuando pensé que no podría volver a verte, me hice el *apadravya*. No es un pedazo de acero incrustado en mi polla, es un elemento que usaré para tu placer. »

Y vaya que lo habíamos usado

—¿Vas a mirarlo toda la noche, *dolce*, o realmente quieres hacer algo con él? —Lo miré sobre mis pestañas y sonreí.

—Como ordene, mi señor... —Mi lengua se deslizó sobre su eje, recogiendo la pequeña gota de líquido preseminal. Gemí al sentir su sabor en mi lengua, viendo con satisfacción cómo él se tensaba. Abrí mi boca, relajando mi garganta hasta tenerlo dentro, antes de dejar que mi lengua se enrollara en su carne.

—Tu boca, nena... Tu maldita y deliciosa boca. —Succioné el glande suavemente—. Tan bueno, *dolce*... ¡Ohm, sí! —Su mano se cerró en mi cabello, jalándome fuerte, pero sin causarme dolor. Arremoliné mi lengua en la punta, succionando más fuerte mientras le escuchaba jadear—. ¡Mierda, no te detengas!

Lo introduje más en mi boca, tratando de abarcarlo todo, sintiendo cómo se agrandaba y se contraía en mi boca. Estaba demasiado cerca, pero no se dejaba ir. Subí mi mano hasta sus bolas y las acaricié levemente.

—Joder, mejor detente...

Hice lo que me pidió y saqué su polla de mi boca con un sonoro ¡plop!

—He traído —me tendió la mano y me ayudó a ponerme en pie. Unió sus labios a los míos de manera apremiante y rápida— te traje un regalo de Tokio —buscó en sus pantalones y sacó unas esferas similares a las bolas chinas que teníamos en el baúl—. Gírate, nena —murmuró roncamente. Hice lo que me pidió, quedando frente a uno de los espejos—. ¿Sabes, *piccola*? En Japón el sexo no es tabú, las tiendas de ropa están casi al lado de los sex shop. Conseguí un par de cosas interesantes allí y quiero probar unas cuantas... esta noche.

Lo vi de tras de mí, gloriosamente desnudo. Me dio una sonrisa ladeada e introdujo la primera bola en mi interior.

Cerré los ojos y me entregué al placer.

Aturdida, desmadejada y completamente saciada, estaba recostada en su pecho, en el jacuzzi, mientras él acariciaba la punta de mis pezones. No había nada sexual en su toque, era simplemente una caricia.

—¿Estás bien, *dolce*? —giré el rostro y asentí, observando sus ojos.

—¿Aún estoy en una pieza? —Le pregunté con una sonrisa

—Deduzco, por tu sonrisa, que te gustaron los nuevos juguetes. —Me giré, quedando ahorcajadas sobre él.

—Me pregunto —él acarició mis muslos y jugueteó con mi clítoris hasta que sostuve su mano—. ¿Crees que algún día tendremos algo normal en esa habitación, tú sabes: nata, chocolate, fresas? —Enumeré.

—Deja de leer tanto jodido libro.

Sonreí mientras me acomodaba, deslizando mis manos en su cuello y besándole en la barbilla.

—¿Todo bien en Tokio?

Colocó sus manos en los globos de mi trasero, su erección altiva se hallaba en medio de los dos.

—Sí, pero debo viajar en un mes para hacer la última revisión. Antonella y tú vendrán conmigo.

No dije nada, ya que, yo lo acompañaría hasta el fin del mundo, si era necesario.

—Ella ha estado preguntando por ti, estuvo en nuestra cama hasta que llegó tu mensaje de texto —susurré en su pecho.

—Lo imaginé cuando vi los truenos del aeropuerto para acá —dijo él. La reciente actividad y su mano, acariciando mi espalda, me tenían somnolienta,

así que no pude evitar el bostezo que escapó de mi boca—. Vamos a la cama.

—Dudo que pueda responder a un nuevo asalto.

—Vamos a que duermas, así puedes responder por la mañana.

—Ya es mañana.

—Sí, como sea.

Me ayudó a salir y retiró lo que quedaba del jabón con la ducha manual, me tendió mi albornoz y se anudó una toalla a su cintura.

Me senté sobre la cama y lo llamé con una mano.

—Tengo que revisar unos documentos. —Se giró hacia el clóset y buscó un pantalón de pijama, empezaba a llover de nuevo—. Descansa, *ragazza*.

—Quédate, solo un rato.

—No.

—Conoces las reglas, Alessandro... —susurré.

—No me presiones, mujer —dijo entre dientes.

—Hasta que me duerma, señor —dije, dándole un beso en su pecho, sobre su tatuaje. Yo conocía su corazón.

—¡Entonces duérmete de una jodida vez! —murmuró, y no pude evitar reírme. No sería él si no tuviese un toque de bipolaridad.

Un nuevo trueno resonó por toda la habitación, el cielo se coloreó blanco mientras el rayo emitía su luz, alumbrando la habitación. Me senté en la cama y busqué mi celular, mirando la hora, solo había pasado una hora desde que me quedé dormida. Otro trueno me hizo pegar un brinco, no iba a tardar mucho para que Antonella apareciese por la puerta.

Dos truenos más me recordaron que debía mover el trasero si no quería que mi hija me encontrase desnuda y en la cama, lo último que necesitaba era una ronda de ¿por qué? Me envolví en uno de los albornoces de Alessandro, tenía los míos, pero los de él olían jodidamente mejor. Regresé a la cama esperando los pasitos de mi nena, pero no llegaban, así que, me levanté de la cama y salí de la habitación justo para ver a Antonella caminar en puntillas pegada a la pared, aferrando la cobija de lana que Isabella había tejido para ella y a Tommy fuertemente.

Decidí ver hasta dónde iba a llegar, ella no sabía que Alessandro había llegado, así que, lo más lógico era que fuese a mi habitación, pero no lo había hecho, estaba bajando las escaleras y caminando hacia un lugar en el que tenía prohibido entrar.

—¿Papi?! —Vi cómo Antonella lo llamaba desde el umbral de la

puerta, en su voz había sorpresa y emoción—. ¿Puedo pasar? —preguntó y, al parecer, obtuvo una respuesta afirmativa, ya que entró emocionada al estudio.

Me acerque aún más, Alessandro estaba detrás de su escritorio y Antonella a su lado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí, *piccola*? —preguntó. Se levantó de la silla y la alzó en sus brazos, tenía el pecho desnudo y mi hija se acurrucó en su cuello, mientras él caminaba hacia el sofá.

—No sabía, pero te extrañaba —murmuró—, solo quería estar cerca de ti. Mami me dijo que vendrías en tres días. —La vi agarrar su manta y juguete con una mano antes de que otro trueno la hiciera saltar. La tormenta había subido de intensidad, pero ella estaba arropada en los fuertes brazos de Lex.

Estuve pegada en la pared, fuera del estudio, por no sé cuánto tiempo. Alessandro había empezado a cantar una canción de cuna en Italiano; Antonella, a sus casi siete años de edad, siempre le pedía que cantara algo para ella desde aquella primera vez que despertó asustada por los truenos. Cuando ya no sentí ruido de parte de ninguno de los dos, suspiré fuertemente antes de asomarme. Alessandro seguía sosteniendo a Antonella entre sus brazos, mientras su barbilla reposaba en el tope de la cabeza de mi hija. Mis ojos se llenaron de lágrimas. En el tiempo que teníamos juntos, él siempre había mantenido un trato especial para con ella, a tal punto que, mi hija lo había empezado a llamar papá nuevamente.

La primera vez, se asustó, su rostro quedó impávido y no dijo nada, simplemente se levantó del comedor y caminó hacia su estudio y no supimos nada de él hasta el día siguiente. Antonella, en su inocencia, pensó que papá había vuelto al trabajo, yo sabía que la sola palabra era impactante para él.

Alessandro no había cambiado, al menos no en su forma de ser, seguía siendo el hombre retraído y oscuro del cual yo me había enamorado y del que aún seguía enamorada. Seguía usando sus métodos a la hora de hacer el amor o “follar con gusto”, como él lo llamaba.

Miré a Antonella acurrucarse más hacia él, cuando un relámpago coloreó de blanco la negrura del cielo, seguido muy rápidamente de uno de esos truenos que la hacían llorar.

—Estoy aquí junto a ti y, mientras yo esté, nada malo va a sucederte, Nella —susurró, abrazándola aún más fuerte—. Yo voy a protegerte, *sempre* —dejó otro beso en sus cabellos—. *Ti amo, piccola*^[62].

No me enojaba que pudiera ser tan abierto con ella, tal como lo había prometido; y a pesar de que su naturaleza seguía siendo la misma, Alessandro

demostraba con hechos sus sentimientos. Le vi suspirar fuertemente y quitar los cabellitos del rostro de Antonella, que se había quedado profundamente dormida en su pecho.

—Me pregunto si algún día te cansarás de espiarme —dijo sin mirarme—. Entra, *dolce*.

Salí de la oscuridad de mi escondite y vi cómo sus dos orbes verdes se encontraban con los míos.

—Ven aquí —ordenó con voz suave, enderezándose en la silla.

Caminé hasta él, sentándome a su lado.

—Luces cansado —susurré, acariciando su mejilla. Alzó su mano, tomando la mía antes de darme un beso en la palma abierta.

—Déjame llevarla a la habitación —negó—. ¿Por qué no subes y descansamos? —Volvió a negar.

—Debo terminar —se levantó sin soltar a Antonella y giró su ordenador, una gran edificación se alzaba majestuosa—. Es una maqueta a escala para lo que será un nuevo proyecto en Nueva York. Demian me la ha enviado para hacer los retoques.

—¿Volveremos a Nueva York? —pregunté sin ocultar mi emoción. Un silencio cómodo nos envolvió, y Antonella se removió.

—Quizás... llevémosla a descansar.

Asentí levantándome para tomar a mi pequeña.

—Yo la llevo.

Subimos las escaleras hasta la habitación de princesas de mi nena. Alessandro la dejó suavemente en la cama y un suave "*papá*" brotó de los labios de mi pequeña. Él sonrió, una sonrisa sincera de esas que él muy escasamente daba, la cubrió con su colcha y dejó un beso en su frente. Yo me había quedado en el umbral, esperando mi turno, pero cuando Alessandro pasó a mi lado, no pude evitar tomarlo por la mano y enredar mis dedos entre los suyos.

—Ven —dije jalándolo hacia la habitación.

Él negó con la cabeza, pero insistí. Y, finalmente, cedió un poco al dejarse arrastrar por mí. Llegamos a nuestra habitación, lo hice sentar en la cama y me desnudé.

—Pensé que no podrías responder a un nuevo asalto hasta mañana. —Miré la luz del amanecer, a pesar que aún llovía.

—Técnicamente, ya es mañana...

Mientras yacíamos desnudos en la cama, pensaba en el futuro. Alessandro tomaba las cosas un día a la vez, pero hacía varios meses que algo rondaba mi cabeza. Sabía que no estaba dormido, su mano subía y bajaba por mi espalda aleatoriamente. Me giré, quedando boca abajo, y peiné su cabello con mis dedos. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió para verme.

—¿Qué te molesta?

—He estado pensando...

—Lo que sea, la respuesta es no.

—Lex...

—Katheryne...

Pensé que lo mejor era soltarlo sin tanto rodeo y luego afrontar la consecuencia.

—Quiero un bebé... —Se levantó de la cama como un resorte.

—No.

—Alessandro...

—¡He dicho que no!

—Escúchame, estoy sana... Puedo quitarme el implante e intentarlo.

Él no dijo nada, sólo miraba fijamente hacia la ventana.

—Quiero un hijo.

—Antonella es nuestra hija.

—Lo es, pero quiero un hijo tuyo.

—No digas cosas que...

—Shss. —Silencié sus labios—. No tiene que ser hoy, solo piénsalo. Por favor, Alessandro. —Me acerqué a él y giré su rostro para que sus ojos enfocaran los míos—. Te amo y yo quiero hacerlo, tenemos derecho y no quiero forzarte, quiero que sea una decisión en conjunto. Yo no voy a irme, no voy a dejarte. Si tengo que encerrarme en estas cuatro paredes mientras él o ella llegan, lo haré, pero esto es una decisión entre los dos. Te veo con Antonella y lo que más deseo es verte alzando a tu propio bebé. No me malinterpretes, sé que mis palabras pueden dar a entender que no considero a Nella mi hija, pero sabes que no es así, tú y yo la amamos como si la hubiésemos procreado, y la seguiremos amando aunque tengamos muchos hijos.

Él me dio una sonrisa sarcástica.

—Hablas en plural, no quiero uno, menos un batallón, estoy bien así,

Katheryne. Estamos bien así.

—Quiero más.

—¡Pues goza de la desilusión! —Se levantó de la cama y se encerró en el baño.

Nuestro matrimonio no era miel sobre hojuelas, era placer y espinas. No era la primera vez que una discusión, que empezaba en la cama, terminaba con un portazo del baño.

Lo intentaría, una vez y otra y otra más. Lo intentaría hasta que él dijera que sí.

Me levanté de la cama y toqué la puerta del baño.

—Lex...

—No quiero un hijo.

—Pues tenemos un problema, amigo, yo sí lo quiero. ¿Vas a abrir o seguirás actuando como Antonella cuando sabe que Sasha incluirá brócoli en la comida? —Esperé un par de minutos antes que la puerta se abriera, tomé sus mejillas con mis manos y hablé desde el fondo de mi corazón—. Deseo con todo mi corazón hacerte feliz hasta el día que no pueda acompañarte; deseo con todo mi corazón poner una sonrisa en tu rostro cada día. Deseo con todo mi corazón llevar en mi vientre a tu hijo, cuando tú estés listo. *Buen aniversario marido, Ti amo.* —Uní sus labios a los míos, mientras sentía su mano en mi nuca; su lengua invadió mi boca y gemí entre sus brazos de hierro y su pasión desmedida. Este era mi hombre... El dominante, el cruel, el que nunca parecía quebrarse, y estaba absolutamente enamorada de él, tal y como era. Si pudiera revivir nuestra historia, no cambiaría absolutamente nada porque todo lo que vivimos fueron ladrillos que nos ayudaron a construir lo que tenemos ahora.

Fin.

Capítulo Extra

Alessandro.

"La familia es algo así como armar un edificio de juguete sin manual de instrucciones."

Ammunni Bala Subramanian

Caminé inseguro por los pasillos del hospital mientras mantenía las manos en mi cabeza y fruncía el ceño. El doctor había salido de la habitación hacía unos minutos atrás, diciéndome que, cuando las enfermeras saliesen, yo podría entrar. En ese momento, un escalofrío recorrió mi cuerpo al darme cuenta de que, por primera vez en toda mi maldita vida, estaba aterrado.

Al principio, no había estado de acuerdo con su idea, pero si algo he aprendido desde que la recuperé es que no hay poder humano que logre quitarle algo de la cabeza. Lo habíamos intentado por varios meses, hasta que por fin lo habíamos logrado. Cuando me dijo que estaba embarazada, mi corazón dejó latir. Pero yo, siendo yo, solo había logrado decir una palabra.

“Felicitaciones.” Y salió de mis labios tan fría y desdeñosa como un *vete a la mierda*.

Llevaba poco más de ocho horas en este mismo pasillo, tan sorprendido que no hubiese hecho una jodida zanja.

Dejé que mi frente golpease la pared mientras respiraba fuertemente. Salí de casa esta mañana, dejando un beso suave en los labios de Katheryne. Podía verlo en su mirada, estaba incómoda, pero había soportado cada malestar, cada incomodidad, como una campeona. Sinceramente, no había escuchado una sola queja suya durante los nueve meses de embarazo; a pesar de que tan pronto lo supe, decidí no tocarla. Mi temperamento cambió completamente; y una vez más, me dejé llevar por el miedo y me alejé. Ahora, el día había llegado, y me sentía desnudo ante una situación que no había solicitado. Escuché la puerta de la habitación de mi *dolce* abrirse y alcé la mirada, encontrándome con Gianna.

—Ha nacido tu hijo —dijo con una sonrisa en los labios, mientras tocaba mi hombro.

Sentí que el corazón iba a salirse de mi pecho.

—A pesar de que te comportaste como un verdadero hijo de puta, tienes un niño sano, enorme, y tiene esos ojos verdes tuyos.

—Ella... ¿está bien? —pregunté, mirando fijamente a Gianna, ni ella ni Chris, y mucho menos Antoine, tenían que saber que estaba asustado hasta el tuétano.

—Sí, algo cansada. Fue un parto difícil, tu hijo no estaba en la posición correcta. —Dos enfermeras salieron de la habitación y, sin decir nada, le di un beso en la frente a Gianna antes de caminar hacia mi mujer.

Necesitaba verla, sentirla.

Cuando había sacado el anillo esa vez en el yate de Demian, lo hice como una medida desesperada a que ella me aceptase de vuelta. La manipulé, la coaccioné, y gané... Suena asquerosamente horrible, pero la manipulación era una de mis armas y esa mujer era lo más importante en mi vida; así que, usé todas mis cartas.

Al entrar a la habitación, noté que Katheryne dormía, su respiración estaba acompasada y su rostro se veía desencajado y agotado. Me acomodé en un rincón de la cama y acomodé los cabellos que estaban fuera de la coleta de mi mujer... Mía, y que el infierno se abriera y me consumiera lentamente si algún día la dejaba ir de mi lado.

Katheryne me había dado más de lo que un hombre como yo merecía, o que algún día había soñado tener, después de la muerte de Fiorella.

Cuando ella preguntó si quería tener un bebé, algo en mi pecho explotó. No sabía que quería un hijo hasta que ella lo preguntó; y aunque en primera instancia no lo quería, pues me sentía aterrado y perdido, solo necesité ver el brillo de sus ojos para saber que ella lo anhelaba. Yo soy un ser egoísta por naturaleza, pero jamás podría negarle algo a la mujer que dejó todo por mí.

Yo la amaba, aunque no se lo dijera. La amaba a mi manera ruin y mezquina. No le tomó mucho tiempo que yo accediera, nada me impedía dejarla embarazada, por lo que acepté y, a cambio, ella me entregó su cuerpo, su alma y su vida, una y otra vez.

Verla llorar cuando mes tras mes su período llegaba tal cual, destrozaba una pequeña parte de mí que no sabía que existía. Quizá pude parecer un monstruo sin sentimientos al no haberla consolado, pero la conocía y sabía perfectamente que ella no era débil, simplemente la dejaba llorar hasta que, al día siguiente, seguía siendo la misma, la mujer que trabajaba para beneficio de mi empresa, la dama que me acompañaba a los malditos eventos públicos, la

madre que tenía todo organizado para Nella y para mí en la casa y la sumisa de mi habitación de juegos, mi esclava a la hora de amar...

Y, después de mucho llanto, observar su rostro lleno de felicidad al darme la noticia de que ella lo había conseguido, me dio tranquilidad y paz, aunque me hubiese comportado como un hijo de puta sin sentimientos.

Riley y Ben se desvivían por ella, incluso Eva, la novia de Riley y niñera de Antonella, estuvieron pendiente de sus antojos; y, mientras yo me concentraba en el trabajo, ella era adorada por otras personas. En la cama, cuando buscaba su calor en medio de la madrugada, se aferraba a mis brazos y besaba mis manos en silencio. Haciéndome sentir como un maldito, pero sin seguir haciendo nada para remediarlo. Ahora, esta mujer valiente, me había dado un hijo, uno que aún no conocía y que me asustaba conocer.

Amaba a Antonella, ella era la niña que el destino me había dado, tras la pérdida de Fiorella, pero era una niña grande, una niña que, aunque dependía de mí y siempre estaba observándome cuando estábamos en casa, era autosuficiente, pero este bebé...

Negué con la cabeza y me levanté de la cama, caminando hasta llegar a la ventana. ¿Podría ser yo un buen padre para ese bebé? Hasta hace un par de años, mi vida era una completa mierda, una neblina que absorbía mis ganas de vivir. mi mundo es oscuridad, mis demonios aún están sobre mi espalda, no duermo más de tres horas y cuando lo hago el maldito de mi tío viene a mí y hace de mi vida un infierno. Soy bipolar, desagradable, sarcástico, un auténtico cabrón como ella me lo ha dicho en estos años que llevamos casados. Nunca en mi vida había pensado en hijos, y ahora no tenía solo uno... Tenía dos...

Nella y ese bebé...

Mi pequeña, *principessa*, pícara y audaz...

La primera vez que me llamo papá, me dejó helado, estábamos cenando y ella, con su vocecita de niña, preguntó que si podíamos ir juntos al día de la familia de su colegio porque ahora ya tenía un papá... El tenedor quedó a medio camino y mis ojos se abrieron apresuradamente. Ella me había llamado un par de veces de esa manera cuando era una bebé... Pero, esa vez, se sintió diferente. Ella me estaba escogiendo a mí como padre, ella me estaba dando un título que yo no pensaba tener. Me levanté del comedor y me encerré en el estudio sin ver a ninguna de las mujeres de la mesa, y no salí de allí hasta el día siguiente, a pesar de que Katheryne insistió en entrar.

Afortunadamente para ella, papá se había ido a trabajar. Así que cuando

la volví a ver, me agaché frente a ella y dejé que sus bracitos y su inocencia me rodearan, abrazándome con toda su fuerza mientras la tomaba en mis brazos. Ese día me juré que Nella sería mi hija, así mi sangre no fuese la que corriera por sus venas; ese día me di cuenta cuán grande había sido el amor de Katheryne por esa niña y porqué había hecho lo que hizo para salvarla. Yo hubiese hecho lo mismo, e incluso mucho más.

Escuché a alguien entrar y me giré para ver a una enfermera...

—¿Cómo está? —pregunté mientras la enfermera acomodaba la almohada de mi esposa... Mi esposa, era la primera vez que lo decía, siempre me refería a ella como mi mujer...

—Bien, solo cansada, fue un parto largo y extenuante. Si usted desea, puede pasar a la sección de neonatos y ver a su bebé, señor D'Angelo.

Asentí, pero sinceramente no quería verlo... No aún.

—Su esposa va a dormir toda la noche, no es necesario que se quede junto a ella.

—Prefiero hacerlo —dije en voz baja, la enfermera anotó algo en el historial y luego se marchó. Me senté en el sofá de la habitación.

Era más de la media noche cuando junté mis manos, colocándolas debajo de mi barbilla, mientras mis ojos estaban fijos en el menudo cuerpo que estaba en la cama.

Los minutos se transformaron en horas, las horas se me hicieron eternas. No pude evitar caer rendido en algún momento de la madrugada debido al cansancio y el estrés.

—Oye —abrí los ojos mirando a Gianna—. Antoine y yo nos vamos, Klauss y Fiore necesitan de nosotros, sobre todo ella —sonrió. Fiorella, en tributo a mi bella flor. Era la pequeña *principessa* de Antoine, tenía solo un par de meses de vida, pero ya tenía a mi amigo agarrado de su dedo meñique—. Fui a verlo, es una hermosura de bebé, gracias a Dios se parece a ella. —Sonríó —deberías ir a conocerlo.

—Luego —la corté—, cuando Katheryne esté despierta.

Gianna se sentó a mi lado y dulcemente tomó mis manos.

—A mí no puedes engañarme...

—Enana, no sé de qué...

—Te conozco, estás asustado—me interrumpió—. No estaba en tus planes ser padre, pero Katheryne fue un huracán... Uno bueno, no me malentiendas — aclaró cuando alcé una ceja en su dirección — ella te dio a Antonella y ahora este bebé, sé que estas preguntándote qué tan buen padre

serás. No conozco tu pasado, pero eso es, Alessandro: Pasado. Y allí es donde debes dejarlo. Fiorella y su bebé fueron parte de tu vida y, aunque se fueron, la misma vida te dio a una mujer que te ama y te acepta como eres y a una pequeña que ve por tus ojos, que para ella eres su héroe. A mí la vida me dio la amiga que me había quitado —miró a Katheryne—. Te lo dije hace varios años: No la estamos reemplazando, Alessandro, simplemente seguimos caminando, la amamos, la recordamos y nunca la olvidaremos; pero esta es la vida. Nella y ese bebé están aquí y son tuyos, Lex —ella apretó mi mano y yo le di un beso en su frente—. A propósito, ¿cómo van a llamarlo?

—No lo sé... —Repuse sin mirarla, yo había acompañado a Katheryne a todos los controles, excepto a los que se hacía cuando estaba fuera de la ciudad. Sabía que sería un niño. Le había dado una tarjeta para que comprase todo, pero nunca me había preguntado cómo llamarlo, o si ella ya tenía un nombre.

—Imagino que Kath tiene uno —sonrió—. Llamé a V, me dijo que vendría tan pronto Demian tuviese tiempo. —Su mano acarició mi mejilla—. Ve a ver a tu hijo, no la hagas sentir mal con algún tipo de rechazo hacia el bebé... Él no lo merece. —Soltó mi mano y salió de la habitación.

No, yo no estaba rechazando al bebé, yo simplemente... Pegué mi cabeza a la cabecera del sofá, yo simplemente no quería ser una mala influencia para él. Llené mis pulmones de aire antes de salir fuera de la habitación.

—¿Quieres que te acompañe? —dijo una voz a mi espalda.

—Pensé que te habías ido con tu mujer. —Antoine sonrió.

—Y yo pensé que quizás mi amigo me necesitaba, así que aquí estoy. —Se acercó a mí—. ¿Quieres que te acompañe? —preguntó nuevamente.

Negué, esto era algo que debía hacer yo solo.

Caminé hacia donde me habían dicho que quedaba el área de neonatos. Se escuchaba el llanto de muchos bebés cerca, así que, me guíé por eso hasta llegar a una habitación con muchos bebés en cuneros, que se podían ver a través de un vidrio grueso. Aflojé mi corbata mientras veía a dos hombres más frente al vidrio, señalando a dos bebés que lloraban a todo pulmón.

Me acerqué vacilante al vidrio y busqué entre las tarjetas de los cuneros hasta dar con la que decía D'Angelo...

No lloraba, pero estaba despierto sus ojitos se abrían y cerraban observando todo lo que estaba a su alrededor. Gianna tenía razón, tenía el color de mis ojos y el tono de piel de Katheryne. No tenía gorro, por lo que pude observar un par de mechones rubios como los de mi *dolce*.

No supe en qué momento los dos hombres que me acompañaban se retiraron; mis ojos estaban fijos en los del bebé frente a mí: Mi hijo...

Tan mío como Katheryne y Nella...

—Sabes, siempre cuando los ves allí y caes en cuenta que él será tu responsabilidad, por muy machote que te creas, da algo de susto; pero luego, cuando empiezan a crecer y los ves caminar o sonreír, te das cuenta que el miedo que sentías es algo efímero. La familia es algo así como armar un edificio de juguete sin manual de instrucciones, Alessandro, y tú y yo lo que mejor sabemos hacer es armar edificaciones. —Antoine me dio dos palmadas y yo suspiré hondamente... Era cierto, si algo sabía hacer yo en mi vida, era construir buenas edificaciones.

Cuando volví a la habitación de Katheryne, ella estaba semisentada, observando la claridad del nuevo día desde la ventana.

—Hola. —Le dije en voz baja cuando sus ojos se encontraron con los míos. Caminé hacia ella, sentándome en el borde de la cama—. ¿Cómo te sientes? —Acaricié su mejilla como un acto reflejo.

—Como si me hubiese traído al mundo a tu bebé... Estoy feliz —dijo acomodándose en la cama hasta sentarse mejor. Sus manos tomaron mis mejillas, algo rasposas por la barba y, juntó nuestras frentes—. ¿Cómo este sientes tú? —Inquirió.

—Estoy feliz también, solo lamento haberme comportado como lo hice.

—No te pido más de lo que puedes darme, no eres perfecto, pero yo conozco lo que hay aquí —tocó mi corazón—. Estaré junto a ti siempre porque así te amo.

—Yo...

La puerta se abrió y una enfermera entró, sonriendo hacia mi esposa. Detrás de ella, otra chica traía al bebé... Mi bebé. Me separé de Katheryne, levantándome de la cama y alejándome un poco.

—Debe darle de comer —dijo suavemente mientras lo dejaba en brazos de mi mujer. Katheryne le sonrió antes de que la enfermera dijera algo más y luego se fuese.

—Ven aquí —la voz suave de Katheryne se escuchó por la habitación—. *Vieni que amore mio*^[63] —me pidió en italiano—. Somos tu familia, Lex, estamos aquí para ti. —Su voz era suave y serena—. Tu hijo quiere conocerte.

Di un paso hacia ella y me detuve, el miedo estaba carcomiendo cada terminación nerviosa, el vampiro, el grifo y el monstruo atemorizados por una

pequeña cosita que pesaba tres kilos. Suspiré fuertemente y avancé nuevamente hasta la cama. Me senté frente a ella sin dejar de mirar sus ojos y el maravilloso brillo que tenía desde que había despertado.

—Tómalo. —Indicó, tendiéndolo hacia mí.

Negué con la cabeza. Sin embargo, ella insistió, así que lo hice.

«¿Qué demonios tenía esta mujer que lograba convencerme de todo lo que ella quería?»

—Nella, él y yo te amamos tal como eres —dijo, acariciando mi brazo—. Solo míralo —uno de sus dedos acariciaba la mejilla del bebé. Bajé mi vista, encontrándome con el par de orbes del niño en mis brazos; el bebé bostezó antes de enfocar sus ojos en los míos y moverse incómodo entre mis brazos. Katheryne guio su dedo hacia su boquita, acariciando su labio inferior y haciendo que él abriese su boca y succionara su dedo—. Creo que tiene hambre.

Asentí antes de dejarlo en sus brazos y que ella destapara su pecho para darle de comer.

—Debemos ponerle un nombre, ¿has pensado alguno? —preguntó.

—Pensé que tú tenías uno para él. —Negué.

—No podemos seguir llamándolo bebé.

Sonrió.

Nuevamente, la puerta se abrió y, esta vez, una pequeñita de cabellos negros se asomó a la habitación. Katheryne sonrió nuevamente y no me cansaba de observar el brillo tan especial de sus ojos.

—Tío Chris me trajo —explicó antes de mirarme—. ¿Puedo pasar, papi?

Papi... Fue en ese momento cuando comprendí lo que Antoine me había dicho. Me levanté de la cama y caminé hacia mi hija, alzándola como hacía de vez en vez, hasta volver a la cama donde Katheryne acariciaba al pequeño.

—Thiago —dije antes de besar la cabecita de Antonella, ante la atenta mirada de Katheryne.

—Me gusta —estiró su mano hasta tocar el brazo de Nella—. Antonella, él es tu hermanito... Thiago Alessandro.

Nella tenía la mirada anclada en el pequeño.

—Hola, Thiago... —el bebé tomó su dedo y ella sonrió. ¿Puedo llamarlo Thi, mami?

Su mirada se posó en Kath.

Ella asintió.

—Gracias —articuló.

Apreté a mi pequeña *pricipessa* fuertemente a mí. Ellos, los tres, eran míos.

—*Ti amo, principessa, la mia dolce far, entrò Nella mia vita e hai lì, per sempre bambino, mai a piedi da me*^[64] —susurré en voz suave.

—*Mai, io sarò con voi tutti i giorni*^[65] —dijo Kath mientras Nella me miraba a los ojos con una gran sonrisa. Yo me encargaría que eso se hiciera realidad.

Agradecimientos

Siempre que voy a empezar a escribir agradecimientos, me digo: “Por favor, Aryam, que no se te olvide nadie; luego quieres enterrar la cabeza en un hueco bajo tierra porque olvidaste a alguien importante”.

Los agradecimientos no son fáciles, siempre se nos escapa alguien, así que intentaré que nadie se me olvide esta vez. “Lo juro por el osito del pan Bimbo”.

Quiero agradecer primero a Dios, a mis padres, a mi familia por la paciencia que tienen conmigo, por el apoyo continuo.

A mis lectoras beta, Cris Manza, Luisa Fernanda Tobon, Mariana Sciacca e Isabel Acuña. Gracias por hacerme notar esos pequeños errores que a mí se me escapan. A mi correctora Flor Urdaneta, quien es la persona que corrige mis faltas. A Lorena de la Fuente, por la ayuda con el italiano. A Isa Quintin por la hermosa portada de esta historia, la amé a primera vista. Isa tiene esa particularidad de captar la idea a primer chat.

A tres chicas especiales, Mayra Lucia Urzola, Salem Fabian e Ivana Martinez, las dos primeras por amar a Lex; la última por odiarlo.

A El Harem... Ustedes son las que me impulsan a continuar y no desfallecer. Quisiera poder nombrarlas a todas, pero ustedes saben quiénes son.

A mi Doc, Johana W., por dejarme abusar de su tiempo y de sus conocimientos como profesional en medicina.

A Vanessa Méndez por la oportunidad de llevar a mis niños a Argentina y México.

A esta persona la dejé de última, y no porque sea menos importante que las primeras, la dejé de última porque sin sus palabras sin su aliento y sin su cariño nunca hubiese logrado dominar a Alessandro, Mi V personal, mi querida Verónica Pereyra. Amaste a Lex antes que nadie, me sostuviste hace cuatro años cuando quería dejar todo, cuando te dije que no podía con él. A pesar de la distancia que nos separa y que nuestras vidas han tomado caminos diferentes, sabes que siempre podrás contar conmigo y que siempre podremos ver The Walking Dead juntas mientras tú me haces una video llamada. Te quiero y siempre estaré agradecida por ser esa pared de hule que me obligaba a levantarme.

Pero sobre todo, Gracias a TI. Sí, a TI que has llegado hasta aquí, que estás leyendo esto, gracias por apoyar esta locura llamada Contrato, por darle una oportunidad a Alessandro.

Gracias por apoyar mi obra y mi trabajo.

Sobre la Autora

Aryam Shields se define a sí misma como una escritora de corazón y Contadora de profesión que le gusta pasar sus días entre números y sus noches entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a los doce años cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con pequeños Fanfiction.

Su primera obra publicada fue la bilogía Enseñame: “Entrégate y Quédate” con la que logró ser *Best Seller* Mundial en Amazon, Siguiendo con Nueve Meses, que estuvo dos meses en el puesto número 1 de los más vendidos y Recuérdame, con quien fue participante del Concurso Indie de 2017 en la plataforma de Amazon, logrando mantenerse entre los veinte títulos más vendidos, durante todo el concurso, hoy cuatro meses después aún se mantiene en el ranking de los 100 más vendidos. Contrato, es su quinta novela, dividida en dos partes, estima que la segunda parte de esta bilogía, sea publicada en el mes de diciembre.

[1] No apuestes tu corazón porque se partirá.

[2] No quiero que me amen, por eso enterré mi corazón. No puedo con una muerte más y si tú me amas... Si tú me amas te voy a perder y no podría soportarlo.

[3] Nada te separará de mi Katheryne... Ni tú misma.

[4] Jamás... Nunca en tu puta vida, vuelvas a dejarme. ¡Dios! Esto no debería ser así, esto no debería... ¡Joder!

[5] Mía... Mía... Mía.

[6] Si pudiera te dejaría ir.

[7] pero no puedo, al menos no ahora.

[8] Cariño.

[9] ¿Qué demonios me sucede cuando te veo? Yo no puedo enamorarme de ti... No podría soportar si algo malo te llegase a suceder.

[10] Simplemente exquisito.

[11] Tú me sacas de quicio, Katheryne Cortéz. Volteas mi mundo, eres como una puta droga para mí. Necesito de tus besos y de tus orgasmos, estoy maldito por tu causa.

[12] *Heathcliff* es un personaje de ficción creado por Emily Brontë para su novela de 1847 *Cumbres Borrascosas*.

[13] Contrato de Confidencialidad .

[14] Te Extrañé

[15] No estoy dispuesto a esperar

[16] Tu coño caliente es lo que más deseo

[17] Tan jodidamente bueno

[18] Mi linda chica virginal e inocente

[19] ¿Sientes cómo te deseo bonita?, quiero enterrarme en ti y quiero beber hasta la última gota de tus jadeos, quiero que gimas mi nombre, que arañes mi espalda. Quiero sentir el calor de tu cuerpo pegado junto a mí, que el olor que desprenden tus poros me envuelva, quiero bañarme en ti y estar contigo hasta que el puto mundo explote a nuestro alrededor.

[20] No, si te tomo en este momento, sería por razones egoístas, sería para mi placer y no para el tuyo, por primera vez sería tu amo y exigiría de ti hasta el último resquicio de placer que puedas darme... No sería justo para ti y no quiero hacerlo así, no quiero que me veas como un monstruo.

[21] Y luego, cuando lleguemos a casa, te follaré hasta el amanecer con esos jodidos zapatos puestos.

[22] Mi dulce y excitante chica.

[23] Dios, te deseo tanto.

[24] Quiero todo de ti, no solo quemar tu cuerpo... Necesito herir tu alma con mi aliento, robar tu corazón y poseer tu cuerpo. Aduñarme de tu mente, tener tus suspiros, ser el dueño de tus gemidos. Saborear tu aliento, tu olor, tu coño estrecho y jugoso. Quiero que seas la esclava de mis besos... Quiero hacer mío cada rincón de tu anatomía .

[25] Tu cuerpo va a ser mi fin.

[26] El infierno se congela primero .

[27] Si te llega pasar una jodida cosa por culpa de lo que dices sentir por mí, vas a destruirme... A aniquilarme. No puedo darme el lujo de creer que esto puede ser más, que yo merezco más, y cuando empiece a saborearlo... Me destruya.

[28] Tú me confundes tanto, pequeña... Tú me haces ser una mejor persona, me sacas el odio y el rencor. Mi oscuridad encuentra un faro de luz cuando estás cerca

[29] Yo no quiero hacerte daño, dulce princesa, pero tú tienes que entender que no hay poder en el maldito

infierno que quiera que me separe de ti por voluntad propia.

[30] Mi pequeña niña hermosa, ¡cuánto te he echado de menos!.

[31] Chica Mala

[32] Yo no veo el futuro, yo quiero tenerte aquí conmigo. Lo necesito, así que, mejor no pienses en el mañana, vamos a amarnos hoy, ahora es momento de vivir.

[33] Not Strong Enough / apocalíptica.

[34] Tú eres el faro en medio de mi oscuridad.

[35] Mi niña, mi princesa fuerte y determinada.

[36] Me gusta el puto universo.... Para siempre.

[37] Y me quemaré en el infierno.

[38] Desgraciadamente, te he amarrado a mí para siempre, a una vida sin amor .

[39]“ Como un rayo”: es una expresión italiana que quiere decir cuando el amor golpea a alguien como un relámpago tan poderoso e intenso que no puede ser negado, compañeros de alma, amor a primera vista.

[40] Algo por algo .

[41] Brilla, Brilla Una Estrellita / una canción de cuna .

[42] Tu sangre canta para mí, tu vida está ligada a la mía. Cometo error tras error buscándote, pero tú eres ahora mi faro. ¿Qué hiciste conmigo, nena?

[43] Te dejaría ir cariño mío, pero no puedes culpar a un demonio por retener a su ángel .

[44] Tú volverás a mí.

[45] El tiempo llega para los que esperan.

[46] Mientras estés junto a mí, princesa yo te protegeré. Esa es mi retribución a tu amor, protección para ti y para tu hija. Siempre que esté en mis manos, yo te cuidaré pequeña niña. Te protegeré a ti y a tu hija como no lo hice con la mía.

[47] Eres realmente hermosa, mi princesa, pero eres tan débil, tan frágil que no estoy seguro de que puedas llevar una vida a mi lado. Soy malo, perverso, pero sobre todo, soy egoísta, Katheryne. Tú has decidido jugar con fuego, yo solo espero poder salvarte de quemarte en mi infierno.

[48] Mi caramelo.

[49] Adictiva, alucinante, real, mágica, perfecta... ¡Por Cristo! ¿Qué demonios voy hacer contigo, pequeña?

[50] Lloro mi chica valiente, mi chica dulce, llora .

[51] Tú, pequeño tonto.

[52] Toda la vida, toda mi puta vida, estuve seguro que Fiorella era mi otra mitad, la parte que me faltaba, y cuando te conocí... ¡Diablos!, no puedes morirte, tesoro. Es tu olor, eres tú... Me complementas, me alcahuetas... te tenía que consumir y tú me consumiste con tus besos... ¡Cristo, mujer!, yo nací para ser tuyo, así que no puedes dejarme ahora. ¡Maldita sea!...Creo que...Creo que...despierta por una puta vez.

[53] Abre los ojos, mi chica hermosa.

[54] Por favor, dulce, por favor vuelve a mí.

[55] Diccionario de psicoanálisis Laplanche y Pontalis.

[56] Buenas noches, mi dulce.

[57] Eres el amor de mi vida.

[58] Por favor, no me dejes tú también... No me alejes de ti, no mates mi corazón una vez más, niña hermosa. Quédate conmigo... Siempre.

[59] Te extrañé.

[60] Esta casa, esta habitación y este corazón está vacío sin usted.

[61] Un apadravya es un piercing en los genitales masculinos que penetra verticalmente a través de la totalidad del glande del pene.

[62] Te quiero, pequeña.

[63] Ven aquí mi amor.

[64] Te amo, princesa, mucho mi dulce. Entraste a mi vida y te metiste ahí, para siempre, bebé, nunca te alejes de mí.

[65] Nunca, estaré junto a ti siempre.